

EDWIN LUGO

CASI EL AMOR
(NOVELA)

Describe la aldea y describirás el mundo. Chejov..
*Los versos que aparecen en el inicio de cada capítulo son del poeta
Laguense Francisco González León.*

Contador, contador que cuentas...
cuéntame un cuento de amor.

Lagos de Moreno, Jal. 16 de Noviembre de 1999..

*Sr. Estanislao Yáñez,
México, D. F.*

Recordado amigo:

En nombre de nuestra amistad de la que has sido un fiel devoto te ruego disculparme por no haberte contestado las cartas que me dirigiste a Guadalajara, y que he recibido meses después, porque hace un año que no vivo allí, pues tan pronto me notificaron el grave mal que padezco decidí regresarme a Lagos en compañía de mi hermana Natalia que hace cuatro años enviudó, y cuyos dos hijos han emigrado, Arturo a Monterrey y Lucía a Aguascalientes; Nati, siempre tan apegada a mí decidió vender su casa en la capital tapatía para seguirme, y hasta acondicionar nuestro antiguo hogar que se encontraba prácticamente abandonado.

Ella habrá de cerrar mis ojos cuando llegue el fin, y sólo entonces, acatando mi última voluntad, te enviará estos apuntes que habrán de responderte la pregunta que un día me hiciste: Juan José: ¿Por qué no te has casado?

Hoy satisfago tu curiosidad, saciando a la vez el viejo anhelo que siempre me ha inquietado y que nació cuando apenas contaba quince años y soñaba con llegar a convertirme en un escritor, entonces mis maestros Don Benigno primero y Clementina Pérez más tarde, alentaban mi inclinación poniéndome sobresalientes en mis composiciones y prestándome libros que yo leía tratando de apreciar y comprender, pero que me fueron forjando una ilusión, que cómo otras, fue imposible lograr; y que sólo hoy, cuando estoy a las puertas de la muerte intento realizarla escribiendo mi primera y única novela, no nacida de la imaginación, sino desprendida de mi propia vida. ¡Verdad que no podría haber mejor tema que la realidad?

Confío que habrás de conceder a tu amigo un poco de tu tiempo para leerla, y tal vez hasta para corregirla y si puedes, publicarla, cuando hayan pasado algunos años y ya nadie se acuerde de mí ni de ella, que se me ha adelantado; y que aunque distante, era mi única razón para continuar viviendo.

Confío que encontrarás un título adecuado, acorde con la sencilla historia de un enamoramiento tan profundo, de una pasión tan avasallante, que consumió cada instante de mi vida.

Deseando lo mejor para ti, te abraza fraternalmente.

Juan José.

PRIMERA PARTE

LAGOS

Anhelos...vanos anhelos, palabras que
Escribimos en el aire.

-1-

Mi nombre es Juan José Estrada Eguiarte y vi la luz primera en Lagos de Moreno, en aquellos años un pueblo pequeño de la región llamada de Los Altos, perteneciente al estado de Jalisco, ubicado en pleno centro del país y cabecera del municipio que lleva su nombre y que actualmente incluye 333 entidades de población.

Los Altos comprende veinte mil kilómetros cuadrados, casi la cuarta parte del estado y la zona esta limitada por el lago de Chapala y el río Santiago, desde su salida del Lago, por Guanajuato en la zona llamada de El Bajío y colinda además con los estados de Zacatecas y Aguascalientes.

La altura de la meseta es de 1,800 m² y sus principales accidentes orográficos son: la sierra de Comanjá y la sierra de Los Altos, en la cual se ubican las mayores elevaciones: Los Picachos y el Cerro Gordo.

La cuenca está formada por el río Encarnación que nace en la sierra de Comanjá y da nombre a una población próxima llamada Encarnación de Díaz y que después de captar por su margen izquierda aguas de los ríos San Juan de los Lagos y Jalostotitlán, recibe el nombre de Río Grande, desembocando precisamente en el llamado río Grande de Santiago o Tolotitlán.

Hay fértiles valles como los de las sierras de La Barca, Combala, Comanjá y Ocotlán, formados por la sierra de Los Altos y la extensa comarca abarca veintisiete municipios.

El clima va de templado a frío y las lluvias de junio a septiembre son suficientes para llenar numerosas presas, ya que en particular Lagos de Moreno debe su nombre a los muchos lagos y lagunas de pequeño y gran tamaño que lo circundan.

La risueña población fue fundada el 31 de mayo de 15063 por el sevillano Hernando de Martel. y fue llamada inicialmente Villa de Santa María de los Lagos, nombre que cambió más tarde, en honor del héroe de la independencia Pedro Moreno González, y tiene por vecinos a las poblaciones: San Felipe, El Puerto, San Juan de los Lagos, La Chona, y en el estado de Guanajuato a San Francisco del Rincón y a la ciudad de León.

Desde su fundación se convirtió en un importante centro agrícola, cuyos campos favorecidos de sol son regados generosamente por abundantes lluvias cuyos excedentes se almacenan en la presa de El Cuarenta, convirtiéndolos en una perenne alfombra, cuya verdura llega hasta el pie mismo de los cerros y colinas tapizados de bosques que a su vez lucen siempre atestados de pinos, encinos, cedros, álamos, fresnos, mezquites, pinabetes, hayas, cipreses, guamuchiles, robles, ahuehuetes, sauces, tepozanes y una infinita variedad de plantas silvestres.

En los bosques abundan: conejos, tejones, liebres, ardillas, zorros y hasta coyotes.

El agua salta en las acequias escurriéndose mansamente con un suave murmullo entre las peñas abruptas, fluye en el lecho de los ríos y en las fuentes de cantera, desliza sus hilos plateados entre los surcos propiciando el portentoso milagro que precede a la germinación de la semilla, al brote de las legumbres y hortalizas, de la espiga dorada del trigo, o de la sonriente mazorca de maíz, y es el elemento indispensable que alimenta las raíces, los troncos, los ramajes, y que el árbol convierte en sombra bienhechora o en fruto almibarado.

-2-

Amaneciste lavada mañanita, pero todavía sin sol.

Al amanecer, cuando empieza a salir el sol, bandadas de pájaros cruzan infatigables el cielo pálido como nácar y van a perderse en un horizonte inacabable. Más tarde, cuando la mañana se va adueñando de los campos y el firmamento se ha vuelto una comba profundamente azul, enjambres de mariposas revolotean inquietas disfrutando a plenitud su corta vida, posándose entre las sencillas corolas azules y amarillas de las flores silvestres. Entonces, obedeciendo al precepto bíblico, los bueyes son uncidos a la yunta y se reanuda la inacabable tarea de los hombres del campo: el barbecho, el abono, la siembra y en las buenas épocas la recolección que pone las caras alegres y los corazones agradecidos frente a la inagotable magnificencia del Dador.

La hora del cenit trae un calor sabroso, y el soportable bochorno invita a la pausa; el campesino o el pastor se refugian bajo la sombra de algún árbol copudo para dar buena cuenta del almuerzo campirano, otro tanto harán las bestias engullendo golosas enormes bocados de pastura, luego, hombre y animal, irán a refrescarse en el agua corrediza de algún riachuelo o de un manantial, y saciadas hambre y sed que grato resulta contemplar unos momentos antes de reiniciar la faena, la hierba que inunda los valles, los cerros y las laderas, invadiendo hasta los peñascos y que como un tamiz hirsuto brota entre los huecos de las piedras, en las hendeduras del adobe, ladrillo o tepetate y hasta en las ínfimas grietas de los troncos o de las maderas.

Un tordo se pone a cantar entre las ramas de algún seto y la parvada de palomas que suele merodear en la torre de alguna iglesia, buscará cobijarse zureando bajo un ramaje tupido.

Y entre una desenfrenada explosión de vida, por los caminos montaraces y pedregosos, que más bien son senderos para las bestias, se escuchará el rebusno del pollino, el mugido de un hato de vacas, el relincho de algún caballo o el balido de los borregos cuya presencia anticipa el alegre campanillo del cencerro.

Unas horas más tarde un viento suave acariciará el atardecer, refrescando los valles medio adormilados, columpiando los ramajes en las alamedas, abanicando los sembrados y las huertas y en el fondo de las sierras, allá donde el cielo y los picos se confunden, el dorado listón del horizonte se irá desintegrando hasta alcanzar el tono violado que preludia el anochecer, y el milagro, casi divino del crepúsculo, volverá a surgir cual una poética apoteosis, mientras en lo profundo de las milpas, de los sembrados o de los bosques, acaso cosquilleará en el ambiente el almizclero olor de un zorro.

Hundido el sol, aparecerán los primeros luceros y la luna cómo una hostia enorme, irá asomándose tímidamente, hasta posesionarse de su imperio nocturno, para presidir el turquí del firmamento; el huele-de-noche perfumará la comarca y acaso desde

el fondo renegrido de las barrancas, perturbará la bienhechora paz el aullido de algún lobo hambriento.

-3-

Casas cómo la casa de mi abuela, donde anduvo mi niñez.

Vine al mundo algún día de mediados del mes de los difuntos de 1923, fui el último retoño del matrimonio de mis padres y sin duda un hijo de Escorpión, signo contradictorio y no muy benéfico por cierto, aunque lejano de poseer realmente las nefastas características que le atribuyen algunos astrólogos, tales cómo que seamos vengativos, celosos, posesivos y fríamente calculadores; en cambio, lo afirmo por mí, convengo en que más bien somos apasionados, vehementes y hasta demasiado soñadores.

Mi padre se llamó Amado Estrada Chávez y se dedicaba al comercio al por mayor, comprando y vendiendo de pueblo en pueblo, mi madre Josefina Eguiarte, murió de un prolongado mal cardíaco por más que a la pobre enferma se le privó en sus últimos años de consumir el más breve ápice de sal en sus alimentos, y apenas alcanzó a acunarme unos meses, por lo que quedé al cuidado de mi abuela materna Inés y de su hermana, mi tía abuela Juanita, una viejecita encantadoramente dulce, quién se ganaba el sustento para ella y su hermana como costurera, visitando las casas de las señoras acomodadas, pertenecientes a las familias acomodadas de Lagos..

Escorpión hace a los niños muy enfermizos durante su primera edad, y yo no fui la excepción, pues en mi temprana infancia estuve a punto de morir en repetidas ocasiones, al grado de que siendo todavía muy pequeño, alcanzaba a presentir por una anunciadora friolencia la llegada de las enfermedades, una, consecuente por una deficiencia hepática y otra a causa de frecuentes hemorragias de sangre por la nariz que me sobrevenían sin motivo aparente o por haberme expuesto algún tiempo al sol, y que estuvieron a punto de terminar conmigo, y aunque no lo consiguieron, me dejaron débil y flacucho.

Tuve además un hermano, Joaquín, el primogénito, cinco años mayor, y del que apenas me acordaba en esos tiempos, debido a que pronto se fue a vivir con mi tía Eloisa, hermana de mi madre, a Guadalajara; y una hermana, Natalia, quién me llevaba dos años, tan tierna y querendona, que mis primeros balbuceos debieron haber sido para ensayar su nombre: ¡Nati!

Vivíamos en las afueras de la ciudad en un caserón antiguo medio ruinoso, edificado en el fondo de una calle cerrada, solitaria y estrecha, con el piso de tierra apisonada y en la cual se comprobaba fehacientemente el absoluto abandono municipal. En una de sus esquinas, donde por cierto se asentaba el taller de un herrero quién golpeaba todo el día tenazmente el yunque mientras chisporroteaba la fragua que nunca se apagaba por completo, había sido fijada una enmohecida placa en la que se trabajosamente se leía: Camino del Pirulito, nombre debido seguramente a la existencia de un corpulento árbol de pirú plantado en las riberas del vecino río Lagos, que nace en la sierra de San Felipe, Guanajuato, y cuyas amenazantes inundaciones en la época lluviosa ponían en jaque a todo el barrio

La casa resultaba demasiado grande para los pocos miembros de nuestra familia y todavía hoy me hago la pregunta, si aún la cruzará de vez en cuando el ánima protectora de mi madre..

Aunque oscura por dentro y construida en una sola planta, a distancia ostenta una alegre apariencia muy acogedora; provista de un portal que a unos cinco metros de la entrada lucía siempre con enredaderas, flores y malvas cuyos variados tonos restaban austeridad a un portón ancho por el que se accedía al zaguán, a lo largo había tres balcones, que cómo toda casa provinciana estaban protegidos por barandales cuya herrería hubiera lucido mejor si se le pintara con frecuencia, y que se levantaban cincuenta centímetros del piso enlosado.

En el interior, subiendo tres escalones se llegaba hasta un amplio y alargado corredor que esbozaba a la derecha una E mayúscula, haciendo marco a medio jardín y por el cual se apreciaban las habitaciones de altos techos envigados al igual que el corredor y cuyas entradas se sucedían una en seguida de otra, y todo ello circundado por un barandal cuya herrería contenía además maceteros donde mis abuelas habían sembrado flores, helechos y palmas.

En el centro del jardín al que engalanaban prados bien delineados con sus calzadas de arena, existía una fuente de cantera cubierta de musgo verde-oscuro, que en mis primeros años, cuando mi padre aún vivía, recuerdo que funcionaba el surtidor y que en el agua nadaban algunos peces, uno de ellos rojo, que en un descuido -que costó al gato Malaquíás, un moquillo que por poco lo despacha al otro mundo gatuno- extrajo valiéndose de perversas artimañas, para primero darle muerte por asfixia y luego, cuando ya estaba completamente inmóvil y afianzado con las uñas de las patas delanteras, devorarlo. Malaquíás honró siempre su nombre de malo y cruel, pues otro tanto hizo con un pobre canario, de plumaje entre blanco y amarillo, al que en un breve parpadeo de mi abuela Inés, quién dejó unos instantes la pajarera abierta mientras le preparaba su ambigú de plátano macho, aprovechando la impasible mansedumbre del ave que no hizo el menor movimiento para escapar de su jaula, Malaquíás se apresuró a extraerlo para comérselo de un bocado, dejando de él sólo algunas plumas esparcidas sobre el piso de mosaicos del corredor. Fuera de estos crímenes y de su afición por espantar a las gallinas que le tenían un justificado pavor, el minino, aunque desobediente, caprichoso y convenenciero como todos los de su especie, era un buen gato, y se le veía dormir cómodamente sobre el sofá de la sala, en alguna cama, con preferencia en la mía, y cuando el frío arreciaba cerca del rescoldo de las hornillas en la cocina, si bien en sus excursiones nocturnas no parecía precaverse del tiempo y se le escuchaba deambular por la azotea alternando sus no muy amables maullidos, es posible que su agresiva conducta, que me fue acarreado el odio por la crueldad que me ha acompañado toda mi vida, me granjeara cierta antipatía por el felino, aunque en su descargo, he de decir, que en mis largos periodos de convalecencia en que permanecía encamado, buscando más el calor que mi compañía, su asistencia gatuna me haya inducido a ablandarme y hasta a quererlo un poco, acariciando su lomo y su panza, atenciones a las que él correspondía con un ronroneo que manifestaba engreimiento y satisfacción. Malaquíás tenía largos bigotes, orejas pequeñas y su pelo amarillo se clareaba en las patas. En honor a la verdad nunca me arañó, ni mucho menos se atrevió a morderme, en cambio me llegó a lamer cariñosamente las manos, Malaquíás pese a su comfortable vestimenta de pelos largos gustaba tomar sabrosos baños de sol echándose cuan largo era o recostado, encogiendo las manos quedándose largas horas meditando seguramente en la proezas de sus nocturnas aventuras.

Atrás del jardín se hallaba la huerta, la cual iba a parar hasta el corral colindante con una barda de adobes que señalaba el límite de la propiedad y donde se había

instalado el gallinero desde donde yo escuchaba cantar apenas amanecía a tres alegres gallos.

Niño delicado al que no permitían en mis calenturientas convalecencias bajar al jardín demasiado fresco, cuando lo conseguía solía disfrutarlo plenamente, bien sentándome sobre el rústico banco de piedra para contemplar los pájaros que veía volar en espirales, o presenciando la labor de las incansables abejas merodeando alrededor de los rosales y en ocasiones hasta observando el vuelo de las avispas de cuyo piquete mi tía Juanita siempre me andaba previniendo, o embebido en observar como se deslizaban las lagartijas verticalmente sobre los muros carcomidos.

En la huerta no faltaban: una parra con sus respectivos racimos, una higuera cuyos higos grandes y jugosos mi abuela Inés cocía y luego enmielados los servía de postre, un floripondio cuyas flores blancas y solitarias exhalaban un delicioso aroma por las noches, algunos almendros, un membrillo que nos entregaba una o dos veces por año sus frutos amarillos exquisitamente aromados y cuyo perfume se quedaba incrustado en el frutero de cristal al que le faltaba un pedazo, y que cómo un lujo ido mis abuelas ponían en el centro de la mesa de nuestro viejo comedor, un arrayán a cuyos agridulces frutos me aficioné tanto, al grado de procurarlos siempre cuando viví en Guadalajara y hasta un ciprés al que mi padre tenía cierta tirria, pues opinaba que esos árboles eran propios de los cementerios, y él, quién tan profundamente amaba la vida huyendo obstinadamente de la muerte, justificaba con irrefutable lógica su aversión ¡Quién dijera que habría de morir tan joven en la plenitud de su vida sana y laboriosa! y que sólo después de su muerte, aquel huerto quieto donde hubo ciruelos, manzanos, perales, y donde cantaban noche a noche los grillos, se fue cubriendo de maleza, al grado de estorbar los pasos de mis abuelas quienes iban al brocal del pozo en demanda de un agua transparente, y limpia, que luego depositaban en el filtro de barro de donde la bebíamos, fresca y olorosa a piedra.

Con la muerte de mi padre dejó de visitarnos el cuitlacoche, pájaro cuyo nocturno canto me embelesaba al escucharlo en las noches de vela en que el temor de las pesadillas me obligaba a mantenerme despierto, y en mitad de las cuales me levantaba sigiloso y abriendo las persianas del balcón me iba a acodar sobre el pretil, contemplando la noche y preguntando a las estrellas si lograría por aliviarme, correr, y disfrutar todas las comidas cómo los demás niños.

-4-

En un sillón de mimbre dormía la abuela...

La casa tenía techos de ladrillo y cemento, pero en las noches de verano, el agua de las lluvias que se acumulaba en las azoteas descendía por los escandalosos canelones de lámina, produciendo ruidos sordos por las corrientes seguido de un incesante retintín de gotas, pero al día siguiente, cisterna, lavaderos y la misma fuente cuyo murmullo no cesaba nunca, aparecían limpios.

La casa albergaba también una azulosa cocina cuyas frecuentes humaredas la habían ensombrecido, estaba siempre caliente y aunque las hornillas de carbón permanecieran aparentemente apagadas, sobre una de ellas había siempre una olla de barro con café renegrido y oloroso a canela, entonces, bastaba acudir al soplador de yute para avivar las llamas y la olla lanzaría dentro de poco sus ruidosas señales anunciadoras de que el líquido estaba bien caliente. Dentro de aquella cocina se asentaba una corte de ollas y cazuelas de todos los tamaños: de cobre, peltre o barro, orejonas algunas, otras planas, unas gordas, otras delgadas y cómo complemento un ejército de cucharas de madera, cucharones metálicos, sartenes, hornos de carbón,

molcajete, metate, coladeras, comales y apretujadas, colgando, tiras de carne puesta a secar para cecina, quesos, jarros conteniendo jocoque, crema, requesón, leche con su nata nadando en la superficie, mantequilla, y en inagotable profusión frascos conteniendo: mermelada, compota, cajeta, guayabate, jalea, frutas en conserva, jaleas, miel de colmena, chiles en vinagre, “cueritos” y patas de cerdo, así cómo dos decenas de recipientes donde se almacenaban granos, café, azúcar, té, harina, chocolate, chiles secos, especias; y una corte de canastillos de minbre almacenando huevos recogidos del gallinero, ó atestados con frutos de nuestros árboles, y un surtido de calabacitas, espinacas, acelgas, papas, chayotes, berros, rábanos, pepinos, tomates, cebollas, coliflores, betabeles y cuanta hortaliza daba la tierra generosa que nos entregaba puntualmente.

El comedor tenía una mesa amplia sostenida por gruesas patas, media docena de sillas, una vitrina conteniendo una vajilla de cerámica de Guadalajara aunque incompleta y desportillada, y algunas copas medio opacas, para diferentes usos, mientras la enjalbegada alacena conventual empotrada en una oquedad de la pared servía para guardar jarras y platos para uso diario, mientras en los cajones de un trinchador se guardaban pulcros y celosamente planchados, blanqueados y almidonados manteles y servilletas. Sobre los muebles solían colocarse platones, fruteros y dulceras con fruta de horno cuando la había. Había además un reloj de madera grande que caminaba con cuerda y daba las horas con campana, una lámpara eléctrica con sus dos arbotantes que nunca vi encendidos y dos o tres quinqués de petróleo.

Por una puerta interior siempre abierta se iba a desembocar en lo que se hacía llamar la sala, donde solían recibirse las visitas de cumplimiento, a quienes se ofrecía un vasito de oporto y una fuente de galletas.

La sala tenía dos balcones que daban a la calle y era una especie de inventario de recuerdos, contenía un sofá y unas sillas con respaldo de bejuco, una consola apolillada sobre la que descansaba un entumido reloj de bronce que siempre estuvo descompuesto, un espejo manchado y descascarado montado sobre un marco dorado cuyos oros se habían ido desluciendo, una alfombra roída manchada y que cubría el piso de duela de madera, un sillón viejo de terciopelo cuyo color poco tenía que ver con el resto de la decoración y otro de minbre sobre el cual solía echar su siesta la abuela Inés, dos o tres mesitas sobre las que se ponían floreros que mi tía Juanita surtía devotamente de flores frescas arreglando los ramos con verdadera gracia, algunos cuadros en lánguidos tonos sepia, con imágenes de Guadalajara y de León a finales del siglo XIX y las fotografías de los abuelos paternos cuyas severas miradas parecían seguirnos y un cuadro con el Sagrado Corazón. Había también una máquina singer de coser, una vitrola para tocar discos de 78 revoluciones y un escritorio provisto de su respectiva cortina de madera sobre el cual mi padre solía sentarse a hacer las cuentas de sus negocios; el obsoleto ajuar con las inequívocas huellas de lo usado, se enmarcaba en unas paredes cubiertas con un tapiz de flores descoloridas, cortinas largas en los balcones ornados además con visillos blanquísimos, realmente impecables, un candil con almendras rotas, faltantes y sucias y los indispensables quinqués apestosos a petróleo que se usaban en previsión de los continuos apagones de la luz eléctrica, y por si fuera poco dos o tres velas ensartadas en sus respectivos candeleros.

La recámara principal de la casa había permanecido cerrada desde que mamá murió, en ella se guardaba la cama de latón matrimonial, cubierta con una colcha que olía a espliego, un librero color café oscuro donde se alineaban las novelas románticas de folletín de Rocambole y Rompecorazones, a las que tan aficionada era, un ropero con lespejo donde se guardaban vestidos, un tocador provisto con su taburete respectivo y su luna y hasta un arcón de madera conteniendo telas para vestidos que ya no le dio tiempo

a hacerse y sobre el, un alhajero de madera que contenía las joyas que con los años fueron perdiendo su esplendor, volviéndose cenicientas, oxidando la plata, verdeando los oros y opacando el brillo de las piedras; y en un rincón un aguamanil blanco con jarra de peltre. El gabinete tenía el piso enduelado y un balcón provisto de puertas-vidrieras y persianas, vestidas de cortinas floreadas cuya tela había resistido el tiempo sin faltar sus visillos blancos y por adorno el marco con la consabida foto matrimonial. Años más tarde mi abuela Inés quiso agregarle una foto mía en taje de marinero y con tal estupor en el rostro que mi figura lucía tan desolada cómo el pobre caballo de madera que tenía plantado a mi lado. Mi abuela, como todas las madres sabedora del incierto destino que me aguardaba y que ella presentía, en lógica consecuencia con mi carácter, diferente al de todos los niños, dado siempre a la contemplación y a la tristeza; siempre me tenía presente en sus plegarias encomendándome a las almas del purgatorio de quienes era asidua devota; y había dejado ese retrato en la habitación de su hija muerta, por el vástago que apenas hubo conocido; ahora pienso que seguramente no se equivocó porque en mis años de desesperado cuando el dolor, la tristeza y la soledad me acompañaron, en esas horas de infortunio la presencia espiritual de mi madre debe haberme ayudado a cumplir el duro destino de mi vida programado para esta encarnación, una vida completa dedicada al amor, sin haberlo llegado jamás a conseguir a plenitud.

En esa casa transcurrió mi niñez quieta, mi adolescencia plena de curiosidad, mi juventud atormentada por el ansia de conseguir lo imposible, mi adultez solitaria y doliente y esta tercera edad, cómo le han dado en llamar piadosamente a la vejez, en la que la resignación se conjuga con la rebeldía, la fe con la duda y la nostalgia con la desesperación.

Y ahora cuando estoy pronto a cruzar el supremo misterio de la muerte, suelo merodear por sus alrededores, meditando, pensando, interrogando, tratando de discernir sobre la adversidad de mi destino, de explicarme el porqué unos nacen para disfrutar las mieles del dinero, del éxito, de la dicha de ser considerados y correspondidos, y otros, cómo yo, nacimos para sufrir abandono, desamor, soledad, y sólo nos es dada una existencia triste y absolutamente inútil, intentando siempre obtener las migajas del afecto, aunque hayamos dedicado nuestra existencia a amar.

-5-

Mi alma aspira la fragancia de las cosas que se fueron.

El tío Jacinto a quién siempre se trataba de señor y de Don era hermano de mi padre, viudo y con dos hijos varones: Alberto y Bernardo, tres y cuatro años mayores que yo; y al cual se le consideraba el Mac Pato de la familia pues era el dueño de la tienda más grande e importante de Lagos: “La Fortuna”, situada en pleno centro a un costado de la Parroquia de La Asunción.

En el amplio local se vendía de todo lo imaginable, desde abarrotes, incluyendo comestibles, vinos y licores, hasta telas, vestidos, ropa para toda la familia, sombreros, zapatos, huaraches, cobijas, sarapes, trajes de charro y de montar; y en una sección especial, aledaña al local principal: instrumentos de labranza, semillas, fertilizantes, abonos y lo concerniente al ramo de la ferretería. Ambos locales permanecían abiertos los 365 días del año de las 8 de la mañana a las 8 de la noche, y sólo se cerraban los domingos por la tarde, el viernes santo, el 25 de Diciembre y el 1º de Enero.

Mi tío quién tenía un talle abultado se colocaba detrás del mostrador, exactamente donde se ubicaba el cajón del dinero y allí con la mirada vigilante, observaba cómo los dependientes iban y venían de la bodega trayendo y llevando

mercancías y por supuesto cobrando las ventas; el buen hombre, quién era un trabajador incansable, cuando la clientela era abundante llegaba a prescindir del almuerzo en su comedor instalado en el primer piso dentro del mismo edificio, y sin perder su buen humor ni el apetito iba consumiendo su comida fría; no obstante, en días normales, Don Jacinto que era un empedernido bebedor de café y fumador incorregible, no negaba nunca un buen rato de conversación a sus clientes y gustaba platicar amablemente con los agentes viajeros que lo visitaban y que siempre conseguían un buen pedido,

Sin embargo aquel comerciante austero y laborioso, estaba muy lejos de la avaricia y repartía con generosidad donativos a todas las iglesias, hospital, orfanato y jamás regateaba cooperar para las ferias y festejos, aceptando las costosas mayordomías, tampoco negaba el socorro a pedigüños, inválidos y desocupados, otro tanto hacía con sus deudores a quienes aguardaba pacientemente, recomendando a los campesinos no malgastar su dinero tan duramente ganado en licor o naipe, y cuando sus múltiples ahijados iban a visitarle, él los despedía con una cálida sonrisa y alguna prenda de vestir, un juguete, o una bolsa de dulces.

Su caballerosidad le había valido las simpatías y gratitud de todo el pueblo, incluyendo por supuesto desde las autoridades civiles y eclesiásticas, el peón de campo más humilde o la viuda sin recursos que no podía sostener a sus hijos; otro tanto hacía con la familia astrosa incapacitada económicamente para enterrar a un difunto o el enfermo que crecía de dinero para la compra de una medicina, todos ellos iban a “La Fortuna” en demanda de alguna mercancía, de un apoyo o por lo menos de un buen consejo; y el hombre sonriente comentaba después ufano y satisfecho que había tenido la fortuna de ser útil.

-6-

Todos apretujados y en fila, los recuerdos surgieron inesperados.

No me reponía completamente de mis enfermedades cuando para mi desgracia me llegó un mal mayor: la orfandad.

Por aquellos días seguramente las conversaciones de mi padre y de mis abuelas debieron versar sobre la guerra contra la dictadura obregonista que se había extra limitado ocasionando que las restricciones impuestas al culto católico, el obligado exilio de sacerdotes extranjeros, el cierre de colegios confesionales, la supresión de conventos y la confiscación de bienes de la iglesia emanada de las leyes juaristas, exasperaron a tal grado al clero, que este se vio obligado al cierre de los templos, privando a la feligresía de la administración de los sacramentos y demás auxilios espirituales, propiciando una violenta indignación que inmediatamente germinó en un levantamiento, el cual, sino alcanzó a generalizarse en todo el país, si se intensificó en los estados del centro; Puebla, Michoacán, Guanajuato, Zacatecas, San Luís Potosí, Jalisco, Nayarit, Oaxaca y en mucho menor grado en Veracruz, Sinaloa, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Chiapas.

La religión constituía la única esperanza para los eternos marginados a quienes la revolución los había defraudado con sus promesas incumplidas, al apartarse de los propósitos iniciales de justicia y democracia, marginando los postulados de Zapata y degenerando al final en una estéril lucha de facciones que sólo ambicionaban el botín del poder, y que culminó en una farsa sangrienta donde el asesinato, la traición, el crimen legalizado y el despojo de los milites escudados en el poder y en la impunidad, fueron las constantes.

El pueblo, la eterna víctima, había soportado: la miseria, la leva, el asesinato, el robo, y la destrucción, pero he aquí, que el ganador, Alvaro Obregón, quién se había

adueñado del poder eliminando a su rival el jefe constitucionalista Venustiano Carranza y prestándose además al deshonesto tratado de Bucareli por el que se tuvo que entregar el oro de México a cambio del reconocimiento gubernamental del imperio yanqui; engallado de prepotencia y de poder, arrebatada a los sufridos habitantes del país, lo único que les había quedado: la religión.

Aunque justo es decir que no le faltaban al gobierno obregonista motivos para ponerle límites al poder del clero, que se había desviado frecuentemente de su cometido espiritual y cuyo comportamiento a favor de los poderosos era deplorable, enriqueciéndose a su vez insanamente, sin contar con su antipatriótico comportamiento en la lucha por la independencia del coloniaje español, su nefasta intervención en la guerra contra Francia y aún en la pasada época del porfiriato en que tomó partido por los latifundistas y hacendados que esclavizaban al campesino; si se añade a lo anterior el antecedente negro de la inquisición, el acaparamiento de tierras y de bienes materiales que las órdenes religiosas llegaron a acumular convirtiéndose en usureros prestamistas, se concluirá que la iglesia actuaba distantemente de las enseñanzas de su fundador quién había establecido exactamente lo contrario: el amor, el perdón, la humildad, la igualdad ante Dios y el disfrute para todos sin excepciones de los bienes materiales; no obstante la humana necesidad profundamente arraigada de creer en algo superior, el poder contar con el refugio y consejo sacerdotal, la participación en la teatralidad pomposa de los ritos y oficios religiosos y la certidumbre muy arraigada de que la iglesia era la única mediadora para alcanzar la salvación y el pasaporte para la gloria eterna donde no existían: miseria, enfermedad, dolor y muerte, obligaron al pueblo a abandonar el arado y el taller para sublevarse y tomar las armas contra el gobierno, aún careciendo del más mínimo entrenamiento militar.

El movimiento fue instigado principalmente por los propios sacerdotes perseguidos, encarcelados, martirizados y asesinados por las brutales huestes militares cuyo salvajismo no tenía freno, y quienes a su vez eran dirigidos por masones, liberales, ateos y enemigos de la religión católica, así, los religiosos agredidos debieron colgar la sotana para tomar el fusil y defenderse de una soldadesca que paradójicamente estaba formada a su vez por las levas o por miserables que sin oficio ni medio de subsistencia se enrolaban como soldados para sobrevivir, pero quienes a su vez en aplastante mayoría, eran tan católicos como los rebeldes a quienes combatían, y que recibiendo una paga miserable tenían que acudir al robo, al pillaje, al despojo y por ende a la violación y al crimen, todo ello como parte de una acción de guerra.

El 27 de diciembre de 1926 se presentó el grupo cristero organizado en San Julián, respondiendo a la bárbara agresión contra el líder cristero Anacleto González Flores, a quién después de torturarlo salvajemente se le fusiló sin otro motivo que el de defender su religión; al crimen le sucedieron otras acciones igualmente infames, contándose en esos años por decenas las detenciones arbitrarias, los brutales interrogatorios de la policía y la soldadesca, los fusilamientos y el ingreso a las cárceles de los católicos tal si se tratara de delincuentes vulgares y con ello el robo sistematizado; estos horrores propiciaron que a su vez los rebeldes que combatían en una desorganizada guerrilla hicieran otro tanto con los federales, así el 19 de abril el padre Reyes Vega encabezó un comando que hizo descarrilar en la estación de La Barca el tren de pasajeros que venía de la ciudad de México, ocasionando la muerte de cincuenta civiles y treinta paisanos respuesta también por el injustificado destierro de treinta obispos que debieron abandonar el país por decreto del feroz manco, a quién victimó José de León Toral en el restaurante de La Bombilla, cuando pugnaba por reelegirse, olvidando que precisamente la lucha armada iniciada por el señor Madero contra Porfirio Díaz, era precisamente por evitar la perpetuación en el poder; aunque la

desaparición del milite no hizo sino acarrear un mal mayor: la entronización en la presidencia del más nefasto líder que ha debido soportar este país, el también sonoreense: Plutarco Elías Calles.

-7-

La prelación formula bendiciones inconclusas,
en reclusas penumbras conventuales...

Mi padre, como casi todos los habitantes del pueblo de Lagos, era un ferviente católico, por lo que indignado por los atropellos, cuyos relatos, a cual más espantoso, sublevaba las conciencias e iban de boca en boca agrandados y multiplicados, ni tardo ni perezoso decidió alistarse en un grupo guerrillero capitaneado por el cura de la parroquia de La Asunción y un aguerrido muchacho de Ocotlán llamado Cosme, y se decidió a enrolarse para ir a luchar hasta morir en defensa de la iglesia y de su religión.

Los combatientes que se hacían llamar cristeros portaban sobre los anchos sombreros una imagen del Señor crucificado y una pequeña bandera tricolor.

Un sábado por la mañana, montado en su caballo tordillo que el quería mucho y al que había puesto el nombre de “El bronco” pues no se dejaba montar más que por su dueño, se despidió de nosotros, prometiendo regresar muy pronto.

Mis abuelas, mis hermanos, mi tío Jacinto y un pequeño grupo de amigos, nos congregamos en la explanada parroquial de donde partiría el contingente armado, y si bien muchos de los presentes trataron a última hora de disuadirle instándole a que renunciara a la peligrosa aventura, mi abuela Inés, consuetudinaria iglesiera, aunque dolida profundamente, le dio su bendición, asegurándole que Dios velaría por él y que para cumplir con sus hijos, seguramente volvería con vida. Es posible que mi padre dudó de que tan buena intención pudiera cumplirse, porque dando a la mano a su hermano le rogó con las lágrimas en los ojos que si quedaba en la lucha no nos desamparara, mi tío conmovido, no le contestó pero le estrechó fuertemente la mano corroborando así que aceptaba el compromiso; en ese momento se escuchó un toque de clarín y el contingente empezó a avanzar llevando al frente el estandarte de Cristo Rey. Mi padre nos abrazó a uno por uno, y luego se subió al caballo sereno y hasta sonriente.

Yo le vi alejarse perdiéndose al igual de los que habrán sido como quinientos hombres, luego, tal cómo si el horizonte se los hubiera tragado, no quedó ni siquiera el rastro de la polvareda, entonces me brotaron las lágrimas de los ojos que hasta entonces había podido contener y me afiancé a las faldas de mi tía Juanita .quién me tomó con sus manos el rostro acogiéndome con benevolencia.

Fue la última vez que tuve a mi padre, quién al igual que otros de sus compañeros, tratando de impedir una incursión de los federales que planeaban un asalto a Lagos, murió combatiendo heroicamente, hoy pienso que con valor, pero con torpeza ¡Qué sabía él de armas, de estrategias o de guerra, si era un hombre pacífico, enemigo de riñas, estimado por todos a quienes trataba por igual de amigos, estrechándoles francamente la mano y tomándolos por los hombros siempre alegre y generoso!

Su cadáver, cómo el de muchos de sus compañeros, no pudo ser traído a Lagos y debió haberse quedado abandonado en algún campo, que al ser tomado por el enemigo imposibilitó a los suyos recogerlo para darle cristiana sepultura, y sólo algunos años más tarde, al hacer un recuento de los combatientes caídos, su nombre fue puesto sobre alguna lápida en el templo de El Rosario; entonces el presbítero ofició una misa de difuntos y en su vehemente sermón aseguró que él y todos los defensores de la fe que

habían ofrendado su vida por Cristo, estarían gozando seguramente en el cielo por toda la eternidad, mientras que yo, huérfano de padre y de madre quedé junto con mi hermana al cuidado de mis abuelas y de la inagotable bondad de mi tío Jacinto que haciendo honor a su palabra muda, nunca nos abandonó, cumpliendo así un compromiso con irreprochable hombría.

Mucho tiempo después se me consideraba cómo el vástago de un héroe, ¿Pero de qué me servía, si mi padre ya estaba muerto y yo era solamente un triste huérfano?

-8-

Se encendía la linterna de mi imaginación...

Poco a poco fue restableciéndose la calma hasta que finalmente se habló de que con la intervención de los Estados Unidos que habían exigido al gobierno mexicano la paz, ya que según ellos, el conflicto religioso amenazaba sus fronteras, había la posibilidad de llegar al ansiado final de la guerra..

Un sacerdote norteamericano, se ofreció a ser mediador entre el gobierno y las autoridades eclesiásticas que a final de cuentas tuvieron que ceder a las condiciones impuestas, ya que en ningún momento contaron con el apoyo de la Santa Sede Romana quién se desentendió absolutamente del problema pese a los asesinatos cometidos contra los sacerdotes.

El conflicto religioso terminó con un desastroso balance para los infelices cristeros quienes no sólo perdieron bienes y familia, sino la misma vida; y los que regresaron hambrientos, desarraigados, mutilados, tuvieron además que recordar por el resto de sus días las atrocidades sufridas por las tropas callistas comandadas por jefes militares que afanosos de congraciarse con el tirano no escatimaron levantar sórdidas prisiones, idear torturas y mutilaciones inquisitoriales y ordenar fusilamientos agrediendo inmisericordes a un puñado de hombres que se habían lanzado a la lucha por un ideal que en resumidas cuentas era el de la libertad ¡La libertad de creer en lo que según su conciencia, cada uno era libre de hacerlo!

El país entre tanto estuvo gobernado por un hombre mediocre el ingeniero Pascual Ortiz Rubio al que el sátrapa Calles manipulaba a su antojo. Le reemplazó el general Abelardo Rodríguez quién asumió la presidencia el 10. de septiembre de 1932.

La iglesia con el regateado arreglo se quedó sin poder, y sólo paulatinamente se fueron abriendo los templos, restableciéndose una relativa normalidad.

Para entonces mi salud había mejorado ostensiblemente

Mi hermana y yo recibíamos cariño y atenciones de aquellas dos viejecitas adorables cuya bondad era conmovedora, otro tanto hacía mi tío Jacinto que nos proveía de cuanto necesitábamos, no sólo con dinero que puntualmente entregaba a mi abuela Inés, sino con calzado, útiles escolares y hasta algunas monedas mediante las cuales pudiéramos disfrutar de la golosina callejera que se nos antojara.

Yo cursaba el cuarto año de primaria sin pena ni gloria y para fortuna mía en una escuela de gobierno, ya que después de las amargas noticias que me daban sobre el trato en las escuelas confesionales cuyas armas pedagógicas eran el rezo, la palmeta, los castigos y toda una espeluznante corte de rigores que ensombrecían la educación impartida por religiosos, el respirar el aire lejos de su fanático autoritarismo era una suerte que disfrutaba plenamente, por más que mi propensión a fantasear alternada con una insaciable y devoradora curiosidad, me distraía de las clases, desubicándome frecuentemente de la realidad, ello me granjeaba la etiqueta de distraído mermando mi capacidad de aprendizaje.

Mi mente gustaba más navegar en la imaginación que tener que sujetarse al tedio de las materias cuyos temas yo restaba importancia.

La contemplación de la naturaleza me subyugaba y siempre estaba imaginando que estaría detrás de la sierra de Comanjá, o simplemente me perdía en mirar la azulejería de la cúpula de la iglesia próxima y que yo podía ver a través de los ventanales aucios del salón de clase; de esta especie de duermevela solía sacarme la voz de mi maestro Don Benigno, interrogándome sobre el asunto de la clase, a la que en ocasiones yo respondía simplemente con un simple ¡Perdón, me distraje! pero otras, me salvaba mi excelente memoria y cierta facilidad de expresión que me permitía tener siempre en la punta de los labios, acepciones para nombrar a las cosas de otra manera, entonces el mentor se quedaba confuso y huido su enojo, en tono conciliador me conminaba a permanecer atento. Hoy reconozco que aquella condescendencia se debía al hecho de que yo era huérfano e hijo de un padre de quién se honraba su valentía y su arrojo.

A la salida, gustaba eludir la compañía de mis condiscípulos para irme a vagar solo por las riberas del río, contemplando el incesante correr de agua, el follaje de los árboles o el inquieto vuelo de las aves.

Era todo un soñador en ciernes, y soñando me he pasado una buena parte de la vida, aunque los despertares en ocasiones hayan sido desastrosos.

-9-

Senectud de romántico misticismo de una vieja ciudad...

Al decir de mi abuela Inés estaba bastante retrasado, por lo que restablecido el culto en las iglesias, debía proceder inmediatamente para prepararme a recibir la primera sagrada comunión, y cómo otros tantos chicos debí acudir a las clases de doctrina cristiana que se impartía Jueves y Sábados a las seis de la tarde en los salones aledaños a la parroquia de La Asunción, donde señoritas de las asociaciones religiosas, que por cierto se multiplicaban y respondían a los nombres de: Esclavas del Santísimo, Devotas de la Vela Perpetua, miembros de la Asociación Cristiana Femenina, Damas Sinarquistas, de la Virgen del Carmen o de San Francisco alternaban con madres de no se que órdenes, monjas y novicias, para hacernos memorizar hasta con puntos y comas, el catecismo del padre Ripalda, los Mandamientos de la ley de Dios, los de la Santa Madre Iglesia, la lista de los pecados mortales y veniales, las obras de misericordia y un arsenal de rezos y oraciones para toda ocasión, sin omitirse naturalmente cómo era de esperarse las narraciones con las vidas de algunos santos, las cuales no tenían mucho atractivo, puesto que casi todos acabaron ajusticiados, macilentos, atormentados, con caras pálidas y desesperadas y sólo el santo de Padua, Antonio a quién una buena parte de mi vida mantuve acosado por mis rogaciones se veía más o menos tranquilo.

En las *pláticas* por supuesto se criticaba veladamente a Benito Juárez, se censuraba con acritud y rencor a los masones, protestantes, musulmanes, budistas, ateos, esotéricos y enemigos de la iglesia y a todos aquellos que habían martirizado y muerto a los ministros de Dios, sobre todo si a la hora de la muerte no se habían arrepentido de corazón por sus sacrílegas iniquidades, ellos, como todos los remisos y renegados arderían para siempre en las llamas del infierno.

En otras ocasiones se nos recomendaba a los varones la pureza, cuyo significado yo aún no entendía, pues era sólo un muchacho de once años estudiante del quinto año de elemental, y se ejemplificaba la recomendación recordando la vida de San Luís Gonzaga, santo que no me inspiraba muchas simpatías debido a esa tristeza que tenía retratada en el rostro ¡Paradoja de la vida, yo, quién iba a estar triste por el resto de mi

vida, preso de un fanatismo más demoleedor y angustioso, aunque muy humano, lejano de Dios y alrededor de una mujer!

En la Semana Santa se organizaban además tandas de ejercicios espirituales de los llamados de “encierro”, los cuales se efectuaban sigilosamente en una *santa* casa ubicada a la mitad de la sierra, escondida entre ramajes; allá se internaba a los niños tres días para rezar, confesarse, cumplir la penitencia y salir listos para recibir el sacramento; para mi doble fortuna también de ese terrible encierro escapé, pues mi maestro, verdaderamente Benigno, de ideas liberales, me negó el permiso de faltar tres días seguidos, amenazándome con la expulsión del grupo si me ausentaba; quienes no corrieron con esa buena suerte me refirieron que entre los tales ejercicios muchos chicos habían sido inducidos a entrar al seminario que allí se albergaba, y cuya prisión y encierro me hubieran casi aterrorizado, ¡Yo que conocí las cárceles del pensamiento, del corazón, me asustaba con la reclusión del cuerpo!

Lo que si consiguieron las insistentes catequistas fue que me inscribiera en la llamada ACJM que celebraba sus juntas los domingos a las doce del día en los salones aledaños a la parroquia y con buena asistencia de muchachos santurroneos. También me comisionaron, previo aprendizaje, a servir como monaguillo y ayudar en la celebración de la misa, para lo cual, mi abuela Inés entusiasmada me hizo un blanco sobrepelliz y su respectiva sotana roja, a lo que mi tía Juanita objetó que eso de vestir a los niños con faldas no resultaba conveniente porque se iban volviendo medio afeminados.

En las juntas de la Asociación se leía la vida ejemplar de San Liborio y las Vidas del año cristiano alternadas con los espeluznantes relatos de los suplicios inflingidos a los mártires en el circo romano, otro tanto a los misioneros en tierras paganas y a los defensores de la iglesia como San Lorenzo, quién fue asado en la parrilla por negarse a entregar los tesoros de la iglesia, entonces yo comencé a encontrar demasiado sádicas esas imágenes del martirio cristiano que me quitaban el sueño, y sólo la bienhechora presencia del cálido Malaquías conseguía tranquilizarme y traerme la tranquilidad en aquellas noches en que el temor me desvelaba.

Para que mi experiencia fuera completa el padre José Guadalupe Vásquez la dio por organizar un coro que puso a dirigir a un músico, Juan Aldana, y sin muchos titubeos tuve que ponerme a aprender motetes, himnos, alabados, kiries y todo ese desabrido repertorio que constituye la música llamada de oratorio, de la que sólo llegó a gustarme el Gloria de Vivaldi.

Pronto me hice ducho en prender velas, abrir los broches de los misales cuyas enormes iniciales rojas en afiligranados y retorcidos caracteres me inducían a traducir el latín, asimismo aprendí a mecer los incensarios de plata, a responder preces, y en cuanto a los cánticos, mi voz que empezaba a cambiar, era tan desconsoladoramente destemplada que optaron por pedirme que me callara con gran contento mío, concretando mi contribución en el grupo con mi presencia.

Algunos seminaristas, comisionados para hacer prosélitos, la dieron por visitarnos platicando amablemente con mis condiscípulos a quienes animaban a ingresar al *colegio* cuando estuvieran más grandes, asegurándoles que aquella vida era excelente pues no sólo había estudio, sino juegos, excursiones y camaradería, omitiendo astutamente la obediencia ciega, sujeción, horarios tiránicos, prohibiciones mil, y hasta penitencias y las consecuentes ideas de culpas y pecados por comer, ver, oír, soñar, hablar, pensar y sentir flojera.

Durante la cuaresma mi abuela rezandera sacaba sus novenas, triduos y jaculatorias, que complementaba con ayunos y pequeños sacrificios como ella misma los definía, y de los que yo también participaba obligadamente, pues el viernes santo no se me permitía ni hablar fuerte, y sólo al medio día, era posible degustar los sabrosos

manjares de vigilia: empanadas, romeritos con tortas de camarón, pescado rebosado, torrijas y sancocho de postre, lo que compensaba en cierto modo las penitencias.

Al fin llegó el mes de mayo, el anhelado mes de las flores, y nos fue señalada la fecha para que recibiéramos, previo examen y confesión, la sagrada forma.

Sea por el clima que se tornaba benévolo, por la enorme profusión de flores alegrando prados y aromando el ambiente, en tanto que los árboles copudos mecían sus ramajes en jardines y alamedas, todo conspiraba para esperar el disfrute de un gozo supremo, cuya apoteosis sería mi primera comunión.

Con días de anticipación mis abuelas me llevaron a la tienda de mi tío quién nos recibió muy sonriente y aceptó gustoso ser el padrino en la ceremonia, luego encargó al señor Cosme que me entregara un traje azul marino a mi medida, con camisa blanca, corbata, guantes, zapatos, calcetines, cirio, y libro; y cómo las hermanas habían organizado para después de la ceremonia religiosa un desayuno, en el cual serían servidos tamales de pollo, atoles de vainilla y champurrado, y bizcochos, previa cooperación de cada comensal; mi tío informado de la cuota hizo cuentas y dio a mis abuelas algunos pesos de plata con la aleación 0720, y ellas, muy agradecidas, me instaron para que a mi vez yo le diera las gracias, haciéndome notar que dádiva tan generosa sólo podía provenir de un padre, a lo que Don Jacinto replicó que jamás usurparía ese nombre y que yo debía llamarle cómo hasta entonces lo había hecho simplemente tío.

Una vez armado con la caja que contenía en su interior todos los regalos, nos despedimos y ya en casa experimenté la enorme satisfacción de probarme mi primer traje.

-10-

Los repiques de las iglesias llaman al rezo del mes de María...

Todavía debía pasar por el amargo trago de la dichosa confesión., lo cual implicaba enlistar y memorizar una detallada relación de todos los pecados y faltas cometidos, incluyendo los pensados y hasta los imaginados, ya que en todos los casos se había ofendido a Dios.

Llegada la hora en que debía cumplir tal menester yo intenté minimizar, más no omitir mis frecuentes distracciones en las inacabables misas de tres ministros, los largos y aburridos sermones, las desabridas procesiones y demás oficios a los que me sometía mi abuela Inés y cuyos rezos repetidos me hacían cerrar los ojos anhelando el momento de que concluyeran. Con sinceridad convine que en esas horas en que mi pensamiento debía quedarse únicamente prendido a Dios yo divagaba por las torres ornadas de filigranas de piedra o las cúpulas encopetadas con ladrillos de Talavera, el coro, el presbiterio, los altares, las pilas bautismales y sacristías olorosas a cedro de los templos, pensando con inevitable tristeza y compasión en las pobres monjas que vivían en clausura, demacradas, solitarias, enlutadas, padeciendo por las carnes desgarradas por los cilicios y arrastrando los rosarios sobre sus hábitos sombríos, y en un alarde de honestidad agregué que me había hecho frecuentemente la pregunta de porqué siendo Dios tan bueno permitía que sus hijas sufrieran tanto, lo cual escandalizó al confesor, también tuve que referirle mi confusión al ver a los santos varones con los ojos vidriosos y la ascética palidez consecuencia de los ayunos, acompañados de libros y calaveras y con aquel inseparable aire mortuorio, cómo si la religión los volviera inmensamente tristes ¡Aún no sabía que todos los fanatismos entristecen, y todas las pasiones, los amores, incluso el de Dios, esclavizan! Y en cuanto a los ángeles y arcángeles señalé que con aquellas túnicas flotantes no sabía si se trataba de hombres o

de mujeres, y si eran tan buenos porque algunos blandían espadas de guerra y miradas amenazantes.

El sacerdote, un muchacho rubio y joven, sorprendido de escuchar aquella sarta de tonterías, ignoro si estuvo a punto de reírse o de indignarse, y se concretó a reprobar las graves majaderías que había cometido en la casa de Dios, instigado indudablemente por la maledicencia del demonio, que se apoderaba de mi imaginación para sumirme en todas esas fantasías y desviarme de las verdades que debía haber aprendido en mis clases de religión; así que para liberarme de tales tentaciones me recomendó concentrarme en la oración y dejar de pensar en los misterios que a mi edad estaba demasiado lejos aún de comprender, y me dio como penitencia rezar una docena de padres nuestros cerrando los ojos para no distraerme y un rosario dedicado a la Santísima Virgen cómo desagravio por todas mis impertinencias. Cuando recibas la comunión –adelantó- dejarás de tener esos pensamientos que te inquietan y si involuntariamente llegan a tu mente procura alejarlos persignándote con agua bendita, luego me dio la absolución, y yo me fui muy obediente y hasta temeroso a cumplir con la penitencia ordenada, resuelto a seguir las recomendaciones del confesor, más cuando salía de la parroquia, pretendiendo alejar mi pensamiento de otra cosa que no fuera meditar en la gracia que Dios me iba a dispensar, asustado por la idea que si moría esa noche ya no alcanzaría a disfrutarla, ví que llegaba hasta el templo muy ordenada y silenciosa una fila de niñas vestidas de blanco portando ramos de flores que iban a ofrecer a la celestial patrona y seguramente también a confesarse. Aquella escena cuya candidez respondía a todas mis conjeturas, atrayéndome a las cosas sencillas, limpias y claras, cómo gotas de agua, apartándome de todos aquellos pensamientos confusos e intrincados, me conmovió y recuerdo haberme detenido para verlas entrar, sinque ninguna de ellas se distrajera, ni tan siquiera para volverse a verme y entrándose en el templo, después de persignarse con devoción, ir entregando su ofrenda floral ante el altar de la imagen sonriente quién parecía aguardarlas y acogerlas con benevolencia; luego, en el mismo orden, fueron acomodándose sobre los bancos y cuando estuvieron todas reunidas la monja que las guiaba les hizo una señal para levantarse y juntas iniciaron un canto tan dulce y melodioso, que era cual un incienso azul que volaba al cielo, y que indudablemente sería aceptado por la augusta señora de azul y blanco.

La monja que las dirigía me lanzó una mirada no supe si de curiosidad o reproche, por lo que yo empecé a alejarme del templo, al llegar a casa mi abuela me hizo saber que esa noche debía abstenerme de probar ningún alimento, ni mucho menos consentir otros pensamientos que no tuvieran que ver con Dios quién iba a llegar expresamente para mí, yo le pregunté si al menos, ya que me iban a privar de la merienda, podía leer alguno de los libros del señor José Rosas Moreno, a lo que me respondió que mejor lo dejara para otro momento, yo insistí que “El canto a la niñez” era un libro escrito para todos los niños y que no contenía nada que pudiera ser tachado de reprochable, entonces, mi tía Juanita, mucho más tolerante, me dio permiso para tomar el libro y aún admitió que las fábulas eran relatos morales y edificantes que no tenían nada en contra de la religión.

-11-

En el día más grande de mi vida,
un gran rey me ha venido a visitar
y esta fecha con oro se haya escrita
en el alma que ahora es un altar.

Al día siguiente muy de mañana, previo aseo estrenando el traje con que la costurera me encontró muy guapo, me dirigí a la parroquia, colocándome en la fila de los muchachos ordenados para entrar al templo. En otro grupo se alineaban las niñas, llevando traje, velo, guantes, cirio y libro blancos, quienes aunque sonrientes y traviesas se advertía en sus rostros infantiles una devoción tan sincera tal si los ángeles les hubiesen traspasado su ingenua piedad

Poco a poco dirigidos por las monjas y asistentes fuimos avanzando al interior del recinto, silenciosos y atentos, allí estaban ya mis abuelas y mi tío Jacinto muy formal enfundado en un traje negro y acompañado de mis primos.

A la tercer llamada de las campanas, estalló la música del órgano y apareció el cura que me confesó, el cual en una parte de la misa dirigió a los comulgantes un fervorín. Luego de haber recibido la sagrada hostia arrodillados con los ojos bajos y las manos juntas permanecimos orando unos minutos, pero cuando levanté la vista contemplé en frente de mí a una niña cuyos cabellos rubios formaban marco al rostro más agraciado que había contemplado en mi vida y en el cual se alojaban perfectas facciones, los ojos dulces y tan azules, cómo si el cielo se hubiera incrustado en ellos, la boca breve y encantadora, la nariz juguetona y las orejas pequeñas y sonrosadas; yo intenté al instante apartar la vista considerando que en aquella hora en que debía guardar recogimiento era imperdonable una distracción, pero el irresistible apremio de contemplarla me atraía cómo un imán y aunque traté repetidamente de atar mi pensamiento a la devoción mis ojos tornaban insistentes en buscarla; al fin, se levantó después de haber permanecido arrodillada y se encontraron nuestros ojos un momento.

En el desayuno celebrado en un salón parroquial, el católico prejuicio que había separado a varones y niñas, cedió permitiendo que los recién agraciados pudiéramos desayunar acompañados de nuestra familia así que yo tuve por compañeros a mis abuelas, hermana, tío y primos y por vecinos a mis instructoras y compañeros de catecismo, pero cuando mis ojos buscaron ansiosamente a la dueña de aquel rostro inolvidable la encontraron entre una chiquillería parlotera que reía estrepitosamente mientras se llevaban a la boca trocitos del pastel embetunado; mis miradas insistentes no pasaron desapercibidas y ella a su vez me clavó los ojos mientras asomaba a su boca el esbozo de una sonrisa que me hizo enrojecer no supe si de felicidad,, de miedo o de gratitud.

Natalia que me conocía mejor que nadie y que me había observado, con su fina intuición y la franqueza que nunca ha perdido, sospechó que algo me había inquietado profundamente.

-¿Y a ti que mosca te ha picado? –me preguntó.

-¿Mosca? ¡Ninguna! pero ya que me lo preguntas, mejor te devuelvo la interrogación.

¿Quién es esa niña que tiene el cabello rubio y largo?

Nati que era amante de jugar me señaló una chiquilla feucha que comía dejándose la cuchara por largo tiempo en la boca

-¿Esa? –me preguntó señalándola

-¡No! –le respondí casi indignado.

En ese momento mi tío Jacinto y mis primos que habían despachado el desayuno se levantaron de la mesa y él con amable sencillez me entregó un regalo, yo me levanté al instante para agradecerse, pero él insistió en que no abandonara mi lugar y acabara de desayunarme, me dio la mano y cuando el abandonó el salón yo hice a un lado el paquete con indiferencia Nati curiosa insistió;

-¿Qué te regalo mi tío?

-¡Qué importa! –le respondí- dime por favor si la conoces, ¿Quién es esa niña.?

Natalia quién desde luego sabía de quién se trataba se sonrió antes de murmurar:

-¡Es Araceli!

-¿Araceli?

-Araceli González Rincón Gallardo.

-¿Y tiene todos esos nombres?

-Pues ya lo ves, y además pertenece a una familia con mucho dinero, imagínate sobrina del dueño de la hacienda de Bella Vista...

-Entonces... ¿Es muy rica?

-Bueno, ahora sólo es una interna en la escuela de monjas, pero cuando herede seguramente lo será, aunque su papá no es tan rico como su tío....

-Pero mi tío también es pudiente...-alegue yo.

-El es solamente un comerciante que trabaja mucho –comentó Natalia con una clarividencia impropia para su edad.

-Yo quiero ser como mi tío –afirmé- cuando termine la primaria voy a pedirle que me deje trabajar en la tienda.

-No pasarás de ser un dependiente.

-Al igual que mis primos, pero lo prefiero a tener que trabajar en el campo.

-Por mucho que trabajes nunca tendrás tanto dinero como los Arce, los Gómez Petrugel, los San Román o la familia De Alba –pronosticó Natalia- y si deseas llegar a ser alguien tendrás que ponerte a estudiar, por lo pronto la secundaria...

-Ya veré- le respondí, feliz porque ya sabía el nombre de la desconocida y me volví a contemplarla con tal admiración que ella devolviéndome la mirada me sonrió francamente, Nati mientras tanto había desenvuelto el paquete

-¡Mira, es un reloj! -exclamó entusiasmada-

Pero yo prendido aquella cara preciosa apenas lo miré. Unos minutos más tarde Araceli acompañada de quienes sin duda serían sus padres se levantó de la mesa y empezó a despedirse, al ver que se iba yo me levanté de la mesa, la chiquilla correspondió a mi atención diciéndome adiós con la mano y yo hice otro tanto..

Al verla partir me quedé clavado sobre la mesa, olvidado de la taza de atole que seguramente ya se había enfriado y del tamal partido desparramado sobre el plato, Tomé el reloj consultando la hora ¡La hora en que la había conocido! Quería grabármela para recordarme siempre aquel encuentro maravilloso, reprochándome como siendo Lagos un pueblo tan pequeño no la había encontrado antes.

Natalia me sonreía burlona.

-¡Araceli! –repetí- ¿No te parece que tiene un bonito nombre?

-12-

Mañana en que está ingenuo el corazón,
mañana de un primero de febrero...

Seguramente me quedé pensando en Araceli, y Nati fue con el chisme con mi abuela Juanita quién me dijo cariñosa.

-¡Ay hijito, ya te anda por ser hombre, y cuando lo seas vas a querer volver a ser niño!
¡Si apenas vas a cumplir 14 años, y todavía juegas a las canicas o con huesitos de durazno!

-Si ese es el problema - me defendí- desde hoy mejor jugaré a las damas chinas...
Hoy recuerdo las palabras de la costurerita, después de los muchos años de sufrimientos, desengaños, y fracasos de mi larga vida ¿Cómo no añorar aquellos tiempos tranquilos en que me daba el gusto de morder un membrillo o meterme en una

huerta a comer tejocotes, nísperos, chabacanos, capulines, duraznos, peras o perones rociados con limón, sal y chile piquín, aunque luego llegaron los retortijones por haber comido la fruta demasiado verde?... pero los años huyeron pronto, cómo si tuvieran demasiada prisa, mientras tanto yo me adiestraba cada vez mejor en subir a los perales a coger peras, o al nogal a buscar nueces.

Por un tiempo no volvía a ver a Araceli y hasta creo que me olvidé un poco de ella ocupado en estudiar para los exámenes de fin de año.

Noviembre se presentó con su inevitable tanda de nublazones, fríos y lluvias menudas; y la cocina con su sabroso rescoldo cálido resultó el lugar ideal para repasar libros y apuntes acompañado de Malaquías que no se apartaba de mí.

Al fin llegó el día del reconocimiento y yo resolví con facilidad los cuestionarios.

Después me fui a recorrer las laderas del río. En una granja me detuve a aspirar el penetrante olor a mejorana; cansado de la caminata y desvelado de la noche anterior dando el último repaso, regresé a casa y luego de elogiar el delicioso picadillo que mi abuela Inés había preparado me fui a mi recámara a pensar en Araceli, ahora que podía dedicarme a recordarla sin tener que memorizar apuntes.

Y con los ojos interiores volví a recrearme en la sonrisa que me había dedicado.

El 10 de Febrero del siguiente año me entregaron el certificado de primaria y mi boleta de calificaciones. Mi abuela Juanita me acompañó en la sencilla ceremonia en la que no faltó el discurso del director conminándonos a continuar estudiando y superarnos.

Don Benigno me felicitó por mi excelente desempeño en Gramática y me dio un abrazo.

No obstante al llegar a casa Natalia me observó triste.

-Hoy es un día de estar contento –me reconvino- después de todo obtuviste buenas calificaciones, en cuanto a Araceli ya la volverás a ver cuando menos esperes, seguramente pronto la dejarán salir del internado.

No le respondí a Nati, porque en ese momento mi abuela Juanita entró con un platón de delicioso arroz con leche para agasajarme, adornado con pasas, nueces y almendras, y apenas lo probé empecé a sonreírme

-13-

Aún la colegiala traía la manteleta azul de las internas...

Aquella tarde me dirigía con mi hermana Natalia al establo porque el burro de Aniceto, el lechero que nos vendía un par de cuartillos de leche diariamente se había enfermado, seguramente por triscar una mala hierba; Nati llevaba el bote y yo caminaba muy orondo, entonces apareció un grupo de jovencitas uniformadas provenientes de algún colegio clerical que venían canturreando algún motivo religioso escoltadas por dos monjas ventradas vestidas de negro con faldas hasta los tobillos portando lentes y con no muy buenas caras, la comitiva se dirigía al templo del convento de La Merced, y las niñas venían de dos en dos muy ordenadas y parsimoniosas, entre ellas divisé a la inconfundible Araceli. ¡Era la más hermosa de todas! Y yo me detuve inmediatamente para contemplarla, impactado por su presencia, tal si tuviera frente a mis ojos una visión fantástica.

Ella también me miró un instante, cuanto debe haberle permitido la discreción a la que la sometían las reglas impuestas por sus guardianas, pero al entrar a la iglesia volvió a hacerme la misma señal de despedida con la mano derecha.

Una de las monjas a quién no debe haber pasado desapercibido mi asombro y mi contemplación me vio de reojo pero siguió su camino.

Natalia me sonrió adelantándose y yo permanecí clavado intentando guardar en mi retina la imagen de la joven.

-¡Es Araceli! –exclamé, mientras la alegría me brotaba hasta por los poros.

-Ya la vi –convino Nati- pero deberías ser más discreto, te comportas cómo un chamaco.

-¡Eso soy! –le respondí, pero al punto rectifiqué- tienes razón, pero me es imposible disimular la felicidad que me causa verla.

-¿Y qué ganas con eso? Ya te dije que es una Rincón Gallardo ¿No te mencionaron en la escuela que Don Carlos era marqués de Guadalupe?

-¿Y eso qué tiene que ver?

-Nunca te hará caso y además es una niña todavía, te apuesto que todavía juega con muñecas. ¡Están demasiado chicos los dos para andar jugando a eso!

-¿A qué? –pregunté tontamente.

-¡Pues a los novios hombre!

Habíamos llegado al establo. Un alud de pensamientos me inquietaba, cuando presto odiaba a Natalia por sus palabras, para luego aceptar que tenía razón. ¡Éramos unos chiquillos!... y sentí tristeza por serlo y además por portarme cómo un redomado tonto. Me sabía diferente a mis compañeros que se ocupaban de otras cosas como cazar, ir de pesca, montar o hacer deporte.

Nos llenaron el bote de leche recién ordeñada olorosa a establo y esta vez yo tomé el bote a mi cargo.

Regresamos silenciosos a casa, aunque Nati me lanzaba de vez en cuando una mirada con disimulo entre seria y burlona.

Dejé el bote sobre la mesa de la cocina y me fui a refugiarme en mi cuarto. Mi abuela Juanita preguntó: -¿Qué tiene?- A lo que Nati se alzo de hombros y respondió:

-¡Quién sabe!... ¡Pero ya se le pasará!

-14-

... la tarde es una prórroga azul, dilata el día ..

No. No se me pasó. No se ha pasado nunca, ni se me pasará, ni permitiría que se me pasara en lo que me queda de esta vida o en lo que me esté esperando en las otras.

Porque desde entonces espero, desde entonces aguardo, desde entonces ansío. Leyendo el libro “Ramo de violetas” del laguense Rosas Moreno que mi maestro Benigno me había regalado casi a finales del curso pasaba las mañanas, el tomo había sido publicado en 1891 y estaba amarillento, pero contenía fábulas y poemas del gran liberal romántico, muerto hacía 8 años de que el libro viera la luz; su autor quién había vivido sólo 45 años, murió en 1893, pero cuantas cosas bellas había escrito en su corta vida. ¡Si llegara a convertirme en un escritor como él! Suspiraba ¡Y llegar además a ser famoso! Pero no, no tenía el talento, ni tal vez la disciplina. Su libro era para mí un agradable entretenimiento, algo que mantenía ocupado mi pensamiento mientras llegaba la tarde en que me iba a esconder detrás de un árbol o de algún pilar, aguardando de pie o sentado en el pretil de la banqueta o sobre una piedra, de frente o cuando menos de cerca, de la entrada del convento de La Merced, sólo para ver desfilar, si llegaban, aquel grupo de jovencitas uniformadas que unas veces silenciosas, otras conversadoras, riendo o cantando, pasaban puntualmente antes de que las campanas dieran la tercera llamada para el rosario. A veces las monjas caminaban silenciosas y austeras, otras, las vigilantes

más jóvenes, que debían ser hermanas novicias se acercaban a conversar con las alumnas, entonces discretamente, ante el temor de ser descubierto por las guardianas yo buscaba con ansias ver unos minutos a mi adorada Araceli, y clavarle los ojos agradecido de poder contemplarla un minuto, ella a su vez me veía a distancia y hasta juraría que también me buscaba, y cuando se iba alejando repetía el mismo ademán de despedida que yo correspondía solícito, luego volvía a mi libro, a mi soledad, y sólo cuando había terminado el oficio y la volvía a ver salir del templo me retiraba.

Una tarde de sábado el grupo apareció más temprano y las monjas llevaron a las educandas a pasear a las riberas del río, que en las lluvias se desbordaba, pero que en la seca, la humedad convertía en un hermoso parque. Las hermanas se sentaron en una banca con las manos metidas en las anchas mangas de sus hábitos, las chicas habían roto la rígida formación y libres como gacelas comenzaron a lanzar grititos y a jugar a la roña y a los encantados; entonces Araceli risueña, traviesa, inquieta como ninguna otra, iba y venía ágil y ligera por todo el parque, luego, sigilosa se acercó hasta donde yo estaba leyendo y me preguntó:

-¿Qué estás leyendo?

Yo me puse más rojo que una amapola y levanté trabajosamente los ojos para responderle:

-Versos

-Versos... ¿Te gustan?

-Sí. —le respondí, ella se alejó rauda, evitando que la monja la sorprendiera hablando con un extraño.

Un cuarto de hora más tarde, todas formadas se dirigieron seguramente al templo y yo, disimulando cómo siempre me quedé sentado mirándola partir... Una de las monjas pasó por enfrente de mí y me preguntó:

-¿Qué está leyendo?

-Versos- le respondí.

-¿Versos? ¡Sería mejor que leyera algún libro edificante!

Y yo, temiendo enemistarme con ella respondí:

-Sí madre, procuraré hacerlo.

El grupo se fue perdiendo.

La tarde se apagó, y nos volvimos a quedar solos: el río y yo.

-15-

...borrosa soledad llena de frío,
por la humedad y vecindad del río...

Aquella mañana me levanté más temprano que de costumbre y me fui a esperar formal y atildado con mi ropa muy limpia a que abrieran “La Fortuna”, y tan pronto como apareció mi tío después del respetuoso saludo de rigor le pedí que me concediera unos minutos, él, quién me pareció que se alegraba de verme accedió gustoso.

-Tío, vengo a rogarle que me conceda trabajar a su lado, quiero serle útil en la tienda en todo lo que me sea posible.

-¿Es decir que deseas trabajar con nosotros?

-Si tío.

-Pero estás muy chico todavía...

-Pero tengo suficiente edad para aprender, he cumplido los 14 años y terminé la escuela elemental.

-¿Sabes hacer cuentas?

-Si señor –le respondí- y estoy dispuesto a hacer lo que usted tenga a bien mandarme.
 Mi tío Jacinto me miró largamente cómo dudando darme una respuesta.
 -¿Te avendrías a trabajar todo el día? La tienda no se cierra nunca. El trabajo es monótono y a veces los clientes son difíciles y descontentos.
 -Me gusta lo que usted hace tío y cuando sea mayor me gustaría llegar a ser lo que es usted.
 -¿Lo que soy yo? Sólo soy un comerciante...
 -Un hombre de negocios –diría mejor- que da trabajo a mucha gente y sirve y ayuda a los demás.
 Mi tío íntimamente halagado por mis palabras no respondió directamente pero llamó al señor Cosme, encargado de la bodega y jefe de los dependientes.
 -Mi sobrino desea trabajar con nosotros –explicó a su subordinado.
 El señor Cosme me miró sorprendido.
 -Pero...
 -Yo le hice ver que aún está muy chico, pero le daremos una oportunidad, si se pone listo aprenderá pronto. Enséñale todo ¡Qué aprenda a pesar y a medir! ¡No se le vaya a ocurrir dar de menos ni de más! ¡Tienes que ser honrado y tratar bien a los clientes, aunque vengan a comprar poco o solamente a preguntar por los precios!
 -Si tío –respondí.
 --La hora de entrada es a las 8 y debes ser puntual. Al medio día almorzamos como a las dos, aunque a veces, cuando se nos carga la gente hasta que se puede...
 -Si tío –volví a responder.
 -Comerás con nosotros, aunque a veces no podemos hacerlo juntos para no dejar solo el mostrador... en cuanto a la paga...
 -No hable de eso por favor señor tío, me la tiene adelantada desde hace muchos años.
 Don Jacinto se quedó de momento mudo por mi respuesta, luego añadió:
 -No hay que hablar de eso. Tendrás tu sueldo igual que todos.
 Me dio unas palmaditas sobre la espalda y se marchó para atender otros asuntos.
 Esa misma mañana me puse a trabajar con tal entusiasmo que el señor Cosme al verme me sonreía muy satisfecho, en esos días lo acosé a preguntas pues deseaba saber donde se encontraba cada cosa y en La Fortuna se manejaban cientos de artículos. A los tres días manejaba la báscula y el metro.
 -Nació para el comercio –pronosticó Don Cosme a mi tío.
 -Igual que su padre –concedió éste- sino la hubiera dado por meterse a guerrillero.
 A diferencia de mis primos y aún del resto de los dependientes desde un principio yo trataba a los clientes con amabilidad y respeto anteponiéndoles siempre el señor, señora o señorita, dando los buenos días o tardes apenas los veía acercarse al mostrador, los pobres campesinos al oírse hablar de señor se mosqueaban y más aún cuando les daba las gracias por el consumo o les recordaba que estaba para servirles.
 Mi tío me observaba, aunque mis primos se reían de mí, un día Alberto me llamó caravanero
 -¡Son los clientes! –les hice ver.
 -¿Y qué? –preguntó el muchacho.
 -Los que nos traen el negocio.
 Bernardo más sensato se sonrió y dijo:
 -¡Déjalo! Ese es su modo de vender...

Los primeros días terminaba muy cansado y me dormía pronto, pero el cuerpo se va acostumbrando a todo, y el trabajo, el sueño y la buena comida, hicieron el resto. Mis músculos se fueron fortaleciendo y del cuerpo enclenque que tenía me fui transformando en un muchacho fuerte capaz de cargar y acomodar pesados fardos de

mercancía, y sólo después de la jornada volvía a pensar en Araceli deseoso de ir a verla pasar frente a la iglesia de La Merced, pero Natalia me sacó de mis cavilaciones, pues Araceli ya no estaba de interna en el colegio, pues había terminado como yo su educación primaria.

-¿Entonces no la veré más? –pregunté entristecido.

-El día menos imaginado te la encuentras por ahí...

Y me quedé aguardando ese día que tardó casi un año en llegar.

-16-

Esas casas amuebladas,
que sus dueños nunca habitan,
viejas casas misteriosas,
viejas casas que dormitan...

El año de 1934 fue un año de tensiones sociales pues en la región a diferencia de otros lugares de la república, sí hubo efectivamente reparto agrario, el político-estadista oriundo de Jiquilpan, Michoacán, Gral. Lázaro Cárdenas del Río quién había sido en 1932 primero secretario de Gobernación y luego de Guerra y Marina en 1933, asumió la presidencia y al punto, siguiendo los postulados de Zapata empezó a realizar una profunda transformación en la economía agraria expropiando extensas propiedades.

Lagos estaba rodeado de grandes haciendas como la de Las Cruces en el cauce del río, La Estancia, la de Santa Cruz, Los Ranchos y la de Taliscoyán, ello trajo el regocijo de los cientos de beneficiados y el descontento de los terratenientes cuyas propiedades hasta entonces habían sido intocadas, pero que al final del reparto se quedaron con los cascarones de las haciendas que servían de residencia y oficina administrativa de sus inmensas propiedades, muchas heredadas desde la época de la colonia, otras compradas, enajenadas, robadas o simplemente adquiridas a la fuerza, explotando para su conservación y beneficio de sus dueños a enormes masas de campesinos cuyo trabajo era prácticamente esclavo o muy mal remunerado al menos, y que vivían endeudados, en la más negra miseria y por si fuera poco doblemente explotados por los administradores, crueles capataces y las mal llamadas tiendas de raya cuyas cuentas se heredaban de padres a hijos, agréguese a ello largas jornadas de trabajo, trato inhumano, ninguna prestación, y acaso si el patrón no era tan malo, el préstamo de algún terreno pequeño para que el infeliz peón sembrara lechugas o chiles para su consumo; y todo esto no solamente solapado por el gobierno, sino por la misma iglesia católica, cuya complicidad con los terratenientes fue casi odiosa, contentándose con manipular a los infelices peones con palabras de conformidad diciéndoles que esa era la voluntad de Dios, que debían haber forzosamente pobres y ricos y que ya gozarían, si eran obedientes, cuando se murieran, de una vida mejor.

Aquellas familias pudientes de las que mi hermana Natalia me había hablado y que yo apenas conocía de nombre, pues se dejaban ver muy poco, pasaban casi siempre en Europa o cuando menos en Guadalajara o en la ciudad de México, de tal suerte que apenas venían de vez en cuando a ver cómo andaban sus propiedades, cuyas rentas eran menguadas por la voracidad insaciable de los famosos administradores; así que con el dichoso reparto, muchas de las grandes extensiones que explotaban pasaron a ser de los campesinos y aunque en su mayoría se trataba de familias dueñas de grandes fortunas, otros propietarios menos afortunados, debieron ponerse a trabajar abriendo negocios o abrazando alguna actividad o profesión si la tenían, para poder conseguir el pan cotidiano, que antes les acarreaban los desdichados peones.

Todavía recordaba que en años recientes cuando cursaba todavía la enseñanza elemental nos habían llevado de excursión por parte de la escuela a visitar una de aquellas haciendas, en cuyas habitaciones había muebles de factura francesa, arañas de cristal cortado, tapices finos, alfombras y tapetes, vajilla con monogramas y copas importadas de Bohemia, los cortinajes de las ventanas eran de terciopelo, las puertas de cedro y hasta los techos se hallaban decorados con escenas mitológicas, todo ello en mitad de un terreno cuya extensión era imposible abarcar con la mirada, si bien al lado de la finca había además: piscinas, gallineros, establos con vacas de ordeña, zahúrdas, caballerizas con equinos de raza, parterres, huertas, capillas suntuosas, patios y traspatios y hasta en algunos casos un pequeño riachuelo que corría a lo largo de la propiedad y todo ello oculto a los ojos y a las codicias por una muralla protegida por torreones donde vigías cuidaban día y noche la propiedad, en ocasiones rodeada de humildes jacales hechos de adobe y apenas cubiertos de endeble tejas que mal los protegían de las torrenciales lluvias que caían de Julio a Septiembre y mucho menos de los crudos fríos de Diciembre y Enero, entonces los miserables trabajadores del campo prendían unas varas secas u hojarascas para calentarse en sus chozas que tenían por piso la tierra, dentro, el frío que parecía volver de hielo a los luceros, penetraba inmisericorde por las hendeduras horadando las carnes, sembrando pulmonías fulminantes, bronquitis incurables, neumonías que provocaban la muerte y también dolorosos sabañones en las manos, que en veces buscaban el calor de la lumbre, aunque esta estuviera a punto de extinguirse en la pobre hornilla donde solía cocerse el paupérrimo té de hojas de naranjo.

Comparado con aquello, mi casa resultaba alegre, cálida y hasta confortable, en ella mi hermana y yo pasábamos tibias veladas cenando un trozo de cecina asada acompañada de tortillas calientes y una buena salsa de chile morita que se bajaba con tragos de café hervido, entonces yo me preguntaba porque Dios siendo tan perfecto hizo ricos y pobres; y la espera por la respuesta que nunca llegaba me sumía al final en el sueño olvidador.

-17-

y la tarde se metió por la ventana

Con mi sueldo que entregaba íntegro a mi familia cada quincena apenas lo recibía, nuestra situación mejoró ostensiblemente, mi abuela Inés empezó a tener reparo en seguir aceptando la ayuda de mi tío, pero éste, cuando ella no acudía a la tienda se la enviaba a casa con alguno de sus empleados, lo cual motivaba que la anciana fuera a La Fortuna para agradecer repetidamente el generoso patrocinio.

En Navidad mi tío nos llamó a cada uno de los dependientes para entregarnos lo que él llamaba nuestro aguinaldo, luego nos abrazó a uno por uno y me pidió que me quedara un momento después de que todos se habían despedido.

-Quiero que estudies la secundaria –me dijo sin preámbulos- no te vas a quedar con la elemental...

-Pero tío... -balbucí.

-No hay tío que valga.

-Si me inscribiera en la escuela nocturna tendría que retirarme a las seis de la tarde y trabajaría dos horas menos.

-Pero yo te seguiré pagando lo mismo. –Afirmó.

Conmovido por la nobleza de aquel hombre entrañablemente bueno, me adelanté para tomarle la mano y besársela cómo una demostración de mi gratitud, pero él la apartó bruscamente.

-No hagas eso. No es necesario. Tu padre, mi querido hermano, que Dios tenga en Su gloria, sin duda alguna habría hecho eso y más por mis hijos, aunque ya lo ves, ellos no la han dado por el estudio, y tal vez cuando vean que tú lo haces, Bernardo o Alberto se decidan, se que ellos suponen que cuando me muera la tienda les bastará para vivir, espero que así sea, pero el comercio es muy incierto, a veces da y otras no, en cambio una profesión, es cómo si llevaras el capital dentro de la cabeza. Tu papá y yo no pudimos tenerla, en nuestros tiempos era casi imposible salir adelante, así que no nos quedó más recurso que trabajar, comenzamos más temprano que tú, además nos llamaba el comercio porque nos había empezado a gustar el dinero que se gana comprando y vendiendo, Amado fue muy inquieto y además le gustaba viajar, era bueno para el regateo y vendía lo mismo semillas que ganado y hasta caballos, yo en cambio me establecí y aquí me tienes pegado al mostrador, aunque a decir verdad a veces quisiera echarme a andar por los caminos, cazar en el bosque o irme a bañar una mañana de verano al estanque de Las Palomas ese que está por el rumbo del cerro de La Bola, pero hay que cuidar el negocio para que no se acabe, estar al pendiente de todo, que no falte mercancía, que los clientes queden satisfechos para que regresen, además, ahora ya no trabajo solamente para mí o para dejarles con que vivir a mis hijos, sino que debo hacerlo por todos, para que mis dependientes tengan el pan para llevar a sus familias, ellos, como tú, y tu familia son mi compromiso ¿A dónde iría el señor Cosme con sus años?... las muchachas tal vez se casen y se retiren...pero ¿Y si les va mal? Tendrían que regresar a la tienda, tú mismo un día desearás irte del pueblo y probar suerte en otra parte, tal vez en Guadalajara o en León, pero si no resulta aquí hallarás siempre trabajo.

Con los ojos bajos escuché las palabras de mi tío, sentía un nudo en la garganta y ya no supe que responderle, había rehusado que le besara la mano pero cuando terminó nuestra entrevista y yo me alejaba me detuvo para decirme:

-Pero dame un abrazo por Navidad, no te vayas así no más...

Me volví al instante y lo estreché con todas mis fuerzas.

Regresé a casa, encontré a mis abuelas y a Natalia preparando la ensalada de betabeles para la cena navideña que habría de servirse después de la misa de gallo a las doce de la noche. Estaba feliz y sentía querer más a aquellas viejecitas y a mi hermana, entonces llamé a Nati para decirle:

-No te pudimos celebrar tus quince años el día que los cumpliste, pero aunque sea un poquito tarde, me gustaría que tuvieras tu fiesta cómo todas las chicas y que mi abuela Juanita hiciera tu vestido...-y le entregué el dinero de mi gratificación. Natalia lanzó un grito de alegría y se abalanzó para abrazarme y llenarme de besos.

-¿Pero de donde has sacado tanto dinero? –preguntó mi tía Juanita.

-Es mi aguinaldo, me lo acaba de entregar mi tío Jacinto, que las manda saludar a todas

-¿Pero no dejarás nada para ti? –preguntó mi abuela Inés.

-No necesito nada, tengo todo cuanto me hace falta, en cambio, ella ya es una señorita que está en edad de merecer y debe tener su fiesta.

-¡Y no sabes como la deseo! –aseguró Natalia- invitaré a mis amigas y hasta a Araceli que ya se que te gusta tanto...

-¿A Araceli? ¿Y tú crees que vendrá a esta casa? Si tú misma me has contado que es una niña rica.

-Pues vendrá. Te aseguro que vendrá. Todavía no somos grandes amigas, pero nos hablamos... y si la vieras es una muchacha tan sencilla... y desde que dejó el colegio de las monjas se ha vuelto mucho más sociable, antes me parecía que tenía miedo hasta de hablar, tú sabes, ya ves cómo son las madres, refunfuñan por todo y tenían a las niñas...

-En el santo temor de Dios. –Opinó mi abuela Inés.

-Si abuelita, pero yo pienso que Dios no quiere que se le tema, sino que se le ame, que se le quiera, cómo yo siento quererlos a todos ustedes...-respondió Nati.

-18-

...los libros, el sol y el fuego son nuestros amigos.

Debía obediencia a mi tío y apenas dieron inicio las clases me apresuré a inscribirme en la secundaria nocturna. Mi tía Juanita comentó que mejor hubiera sido apuntarme en la escuela de Artes y Oficios, pero yo le hice ver que en el futuro probablemente, me decidiría a por estudiar alguna carrera en Guadalajara para convertirme en un profesionista. Entonces sí que ganaría mucho dinero, para que ella abandonara la máquina de coser y las costuras, aunque yo secretamente acariciaba la idea que un título universitario me facilitaría la posibilidad de acercarme a aquella maravillosa jovencita dueña de esos preciosos ojos azules y de una cara marfilea de princesa de cuento de hadas.

Empecé a llevar una vida intensamente activa. Me levantaba con la primera luz del día y con desayuno o sin el me presentaba antes que nadie a la tienda donde me ponía a acomodar mercancías, limpiar cajones, estantes y mostradores sobre los cuales siempre encontraba una delgada capa de polvo y en ocasiones hasta barría y regaba la calle.

A las ocho bajaban mis primos e iban llegando el señor Cosme y los dependientes a quienes mi tío saludaba antes de irse apoltronar en su sitio, luego nos disponíamos para atender a los clientes quienes muchas veces estaban aguardando la apertura de la tienda, entonces cuando me tocaba atenderlos así fuera mujer u hombre, yo aprovechaba para hablarles de que habíamos recibido tal o cual novedad y después de mostrarles el artículo, procuraba persuadirlos para que lo compraran, o al menos para que lo apartaran dejando una pequeña cantidad a cuenta; aunque no en todos los casos funcionaba mi estrategia, bien porque el posible comprador no llevaba más dinero, tuviera prisa o no se interesara, pero otras ocasiones más de algún cliente compró algo más de lo que había planeado adquirir; mi tío, que no me perdía de vista, sonreía socarrón y el mismo señor Cosme aseguraba que yo vendía más, aun saliendo a las seis de la tarde que los otros dependiente que cubrían el turno completo retirándose al cierre del negocio a las ocho de la noche.

A la mitad del día almorzaba de prisa y antes de las seis abandonaba apresurado la tienda para llegar corriendo a la primera clase. El horario escolar terminaba a las 9 o 10 de la noche según el día de la semana, entonces regresaba a casa, donde mi abuela Inés ya me esperaba con la cena calentándose en el rescoldo del brasero de carbón. Me quedaba un rato de sobremesa casi siempre conversando con Nati quién estaba entusiasmada con los adelantos en la confección de su vestido de quinceañera y los preparativos para su festejo: invitaciones, platillos y bebidas que planeaba ofrecer a los concurrentes, asegurándome que ya había invitado a Araceli y que mi tía Juanita, siempre complaciente y animosa iría a solicitarle Doña Concha, su madre, el permiso correspondiente para que la jovencita nos acompañara. Todo ello me causaba un alboroto que no he vuelto a sentir en mi vida. Hasta esa hora mi abuela Inés se desprendía de su delantal y se iba a rezar su novenario en algún rincón semi oscuro de la

sala, en tanto que mi abuela Juanita no paraba de hacer pespuntos en su máquina, levantándose en ocasiones para probar sobre el cuerpo de su sobrina un pliegue, un olán o un adorno, lo que era a su vez motivo de júbilo para la quinceañera.

Yo procuraba no hacerme falsas ilusiones pues Araceli llevaba el apellido de los más pudientes del pueblo y mi hermana más que su amiga, era apenas una conocida, más he aquí, que el sólo hablar de ella, era para mí un motivo de felicidad, porque cuando no se puede aspirar mucho, debemos conformarnos con muy poco.

Me restaba cumplir con mi última obligación del día, bien fuera hacer los trabajos que me dejaban en la escuela, o repasar mis apuntes o los libros, aunque me sucedía igual que en la primaria, mis esfuerzos daban resultados mediocres, porque prácticamente no destacaba en la mayoría de las asignaturas, excepto en historia donde empezaron a motivarme vivamente los hechos del Lic. Javier Primo de Verdad, las hazañas del sacerdote liberal Agustín Rivero y particularmente la vida y acciones del héroe de la independencia el lagunense Pedro Moreno “El Insurgente” y de quién el también hijo de lagos y novelista famoso, Mariano Azuela había escrito una bien documentada biografía. El maestro de la materia que a más de historiador y cronista de la ciudad era síndico del Ayuntamiento, nunca hubiera acabado de enumerar la larga lista de hombres prominentes hijos de nuestra tierra si el timbre no anunciara la hora en que debía terminar su clase. También me atraía la cátedra de Lengua y Literatura impartida por una maestra quién había acumulado años y sabiduría y que una vez que nos hubo liberado de las arideces de la sintaxis y las ortografía, incluyendo los vericuetos de la conjugación de los verbos, se dedicó a inducirnos al conocimiento de las obras literarias, desde los clásicos griegos y latinos, la literatura medieval y renacentista hasta detenernos en la gran epopeya de la literatura española, haciéndonos leer capítulos de Don Quijote de la Mancha de Cervantes, poemas de Lope de Vega o. pasajes de las obras místicas de Santa Teresa, San Agustín y San Juan de la Cruz y hasta parlamentos de las obras de Calderón de la Barca.

Así comencé a apasionarme por los libros que luego conseguía prestados en la biblioteca pública, aunque descuidaba las demás materias, empezando a manifestarse claramente que los libros iban a ser los inseparables compañeros por el resto de mi vida solitaria.

-19-

Alguna blancura ha de hallarse en la negrura mía...

Volví a ver a ver a Araceli cuando menos lo había esperado, pues un día se apareció por la tienda acompañada de su madre a quién atendí gustoso con tal comedimiento y cortesía que la señora se mostró muy complacida.

A partir de aquella ocasión Araceli de quién supuse debía contar con la misma edad que yo la dio por ir a La Fortuna particularmente por las tardes; compraba cualquier cosa o simplemente se acercaba para pedirme que le mostrara alguna tela, adorno, encaje y alguna vez se midió unos zapatos, pero Natalia a quién siempre comentaba aquellos encuentros opinaba que debían vestirla en Guadalajara, ¡Era una Rincón Gallardo y además se suponía la consentida de su aristocrática familia!

El día de la celebración de los quince años de Nati por cierto muy concurridos, un buen número de amigas la acompañó a la misa de Acción de Gracias que tuvo lugar en la Parroquia a las siete de la noche, yo esperaba ver a Araceli pues mi hermana me había asegurado que su madre Doña Concha había aceptado la invitación pero la joven no acudió, y sólo cuando ya había perdido la esperanza y el festejo había iniciado la vi aparecerse acompañada del que presentó cómo su primo Mariano, un muchacho

mucho mayor que estudiaba la carrera de Derecho en Guadalajara y del que me hice amigo casi al momento, Araceli llevó un presente por el que mi hermana se mostró muy agradecida, la reunión aunque modesta resultó muy animada y Nati estaba muy orgullosa de lucir su primer vestido largo confeccionado con la ayuda de un magazine de figurines el cual despertó elogiosos comentarios aún de la propia Araceli quién le aseguro que se veía muy guapa.

Habíamos puesto discos en el gramófono y algunas parejas aventuraron algunos pasos, pero yo me quedé cerca de Araceli quién comentó que ahora estudiaba en el Liceo del Padre Guma y cuando se dirigió a mí empezó a tutearme, pese a que en el negocio me hablaba siempre de usted, aquella muestra de confianza me halagó muchísimo y me apresuré gustoso a ofrecerle cuanto había, ella lo aceptaba de buen grado y hasta probó los buñuelos enmielados que mi abuela Juanita había preparado asegurando que era no sólo buena modista sino excelente repostera.

Un muchacho amigo de Nati le obsequió la agradable sorpresa de llevar unos músicos, ejecutantes de un violín, una guitarra y un salterio, instrumentos con los que ejecutaron vales y poleas que fueron muy aplaudidos, pero a las once de la noche los primos Moreno Rincón Gallardo se despidieron, pues Don Gonzalo les había concedido permiso sólo hasta esa hora; yo debí haberlo lamentado más que nadie, pero el hecho de que Araceli hubiera pisado mi casa me había inducido a sentirme no sólo dichoso sino hasta privilegiado, después de todo se trataba de una Rincón Gallardo y no obstante se había mostrado dulce, graciosa, destilando amabilidad y camaradería, al salir me tendió muy sonriente la mano y felicitó repetidamente a Nati asegurándole que su fiesta había resultado de lo mejor y que pronto volverían seguramente a verse. Mariano me estrechó cordialmente y me dijo que esperaba verme alguna vez por Guadalajara.

De momento quedé pensativo, aquella muchachita linda no era ninguna pretenciosa, pero mi hermana me sacó de mis cavilaciones.

-¡Anda, ven a divertirme! –me dijo- supongo que ahora estarás contento...

-¡No bailas? –me preguntó Graciela, una jovencita morena de ojos brillantes.

-Es que le gustan las gueras –declaró Irene a quién no había pasado desapercibido mi manifiesto interés por la Señorita Rincón Gallardo, todos rieron y yo me puse encendido, pero mi abuela Inés declaró:

-Está muy chico para pensar en eso, apenas va a cumplir quince años, aunque todo el mundo supone que es mayor.

Los músicos ejecutaron otra melodía y yo que tenía los pies pesados intenté ensayar los pasos de un vals con Graciela a quién tenía tanto miedo de tomar del talle, que ella me agarró la mano par prendérmela sobre su cintura. Nunca había bailado y creo que tampoco intenté volver a hacerlo; y sólo después, recuerdo que un amigo me decía: te gustan mucho las mujeres, pero no sabes como llegarles, hay que aprender a bailar y a divertirlos... ¡ Y ya verás cómo te caen!

-20-

Tardes azules que al llegar la noche,
se hacen moradas y enseguida grises,
tardes que al envejecerse
pierden el color de sus matices.

Mi carácter apacible me concertaba buena migas con todo el mundo, por lo que acabé llevándome bien con mis primos quienes al principio me hacían repelar gastándome bromas pesadas, luego, se fueron convenciendo poco a poco, que yo no era

de pleito y que tampoco les guardaba ningún rencor, dirigiéndome siempre a ellos con buenas maneras.

Alberto se en celaba porque yo podía desprenderme de la tienda a las seis de la tarde, mientras que todos se quedaban a trabajar hasta la noche, pero Bernardo, mucho más comprensivo y consecuente, lo calmó justificándome que yo no me quedaba ocioso sino que empleaba ese tiempo en asistir a la escuela, lo que significaba una doble obligación que cumplir, y el muchacho debió contentarse con la explicación porque nunca más volvió a molestarme y hasta llegó a preguntarme si los estudios resultaban difíciles y yo le respondí que me parecían no sólo agradables sino que algunas materias las encontraba francamente interesantes, mintiéndole descaradamente pues las matemáticas, la física y la biología me tenían frito.

Bernardo siempre me consideró un chico inteligente aunque en verdad estaba muy distante de serlo.

Mi tío nos concedía un domingo de asueto cada quince días, el cual yo rehusaba disfrutarlo porque no cubría cabalmente el horario, pero él se opuso terminante haciéndome ver que necesitaba el descanso y no debería privarme de él. Para entonces yo me llevaba de lo mejor con mis primos y planeábamos irnos de excursión para conocer y disfrutar los alrededores de Lagos, tanto nos atraía la naturaleza que llegamos a salir desde el Sábado por las noches cuando se cerraba la tienda.

Me enseñaron a montar y mi tío aficionado a los caballos cómo a los perros de raza fina, nos facilitaba sus mejores ejemplares, recomendándonos cuidarlos, yo le tomé aprecio a un inteligente animal al que le habían adjudicado el nombre de El cacique, sin que lograra saber cual era el motivo que lo había propiciado; lo cierto es que hicimos pronto una buena relación que yo cultivaba dándole de vez en cuando terrones de azúcar que sustraía de la tienda y llevaba en los bolsillos.

Otras veces, aunque friolentos y medio dormidos, nos reuníamos a las cuatro de la mañana para iniciar el viaje y al cabo de media hora de marcha desentumidos y por el ejercicio que implicaba cabalgar, los músculos se iban calentando y el frío se nos iba diluyendo al grado de desprendernos de los ponchos, y apurando unos buenos tragos de café sentirnos maravillosamente bien.

Un día amanecimos en San Juan de los Lagos, población aunque cercana muy diferente, ya que guarda una arquitectura jesuítica, muy colonial, y en su templo por cierto muy prestigiado y concurrido se venera una milagrosa imagen de la Virgen; tiene además un museo que atesora grandes riquezas incluyendo joyas, pinturas y centenares de regalos de peregrinos a quienes la divina señora concedió milagros, así cómo objetos religiosos, tales cómo misales, casullas, cálices, custodias y variados objetos de culto, entonces yo me preguntaba si acaso alguna vez también tendría que venir, cómo aquellos cientos de romeros, cuya fe era conmovedora, a solicitar en medio de una tribulación algún favor, si bien, ahora que acababa de cumplir mis quince años, por vez primero imploré una gracia consistente en estar cerca siempre de Araceli, hoy admito que la Virgen debió haberme escuchado y me la concedió, porque a lo largo de mi vida, volví a tenerla de cerca o a escucharla en muchas ocasiones.

Otras veces nos conformábamos con el paseo por el campo, tanteando algunos caminos que más bien parecían hechos para carretas de traición y después de una caminata de cuatro o cinco horas, atravesando bosques de encinos y de robles, aparecíamos por El Zapote, San Juanico, Matancillas, Paso de Sotos que después llamaron Villa Hidalgo; Cañadas, que también mudo de nombre por el de Villa Obregón, el cerro de la Mesa Redonda y sólo una vez llegamos hasta la comunidad de Comanjá de Corona.

Entonces yo me dejaba subyugar por la belleza de los paisajes, la exquisitez de los contrastes, gozando a veces de un clima suave, o en las alturas, hasta de los rigores del cierzo invernal, porque en las noches a partir de octubre y hasta fines de febrero huele a frío, cómo dice el poeta; también llegamos a capear los aguaceros que en más de alguna vez llegaron a empaparnos hasta los huesos, mientras tratábamos de encontrar un refugio que nos protegiera de ser tocados por un rayo, otras veces padecimos los estragos del calor en mitad de un campo donde no se divisaba la más mínima sombra, y luego, el descubrimiento de los ranchos y caseríos entre las laderas, o a mitad de los valles, entonces cuán grato resultaba desmontarnos y tirados sobre el oloroso colchón de la hierba, apagar la sed con el agua de algún arroyo o pequeño manantial y devorando un almuerzo a base de tacos sudados, carne de bastimento, pollo frío o cecina enchilada que bajo un árbol copudo y entre el cansancio de la caminata nos sabía a gloria.

Otras veces cuando acampábamos de noche, encendíamos una fogata con varas o ramas y hervíamos café prieto que exhalaba un aroma delicioso y que luego endulzábamos con piloncillo y canela y en más de alguna vez que cobramos alguna pieza de caza asamos la carne que unas veces quemada y otras medio cruda, la comíamos acompañándola con tortillas y cebollas, el bocado no cambiaba el sabor a remordimiento que mi invadía al ver cómo mi primo Alberto cegaba la vida de algún animal que tenía la mala suerte de atravesarse en nuestro camino, casi siempre una libre o un pobre conejo y una única ocasión un venado tierno, cuya madre seguramente desolada, nos estuvo rondando un trecho del viaje

En nuestras caminatas nos llegamos a topar con grupos de campesinos que nos ofrecían elotes tiernos que los asábamos antes de untarlos con sal, entonces mi primo Bernardo les obsequiaba cigarrillos Faros o Carmencita, que ellos aceptaban muy contentos pues estaban habituados a liar los cigarrillos de hoja, luego compartíamos un buen trago de café y ellos se sentaban a conversar con nosotros, animando la tertulia con la pintoresca charla de los abuelos de rostros curtidos y surcados de profundas arrugas, algunos, aunque habían olvidado sus años, eran seguramente muy ancianos, uno, recuerdo muy bien aseguraba haber peleado en la primera revolución la que encabezó Panchito Madero en contra de la dictadura porfiriana, otros habían recogido escalofriantes experiencias al lado del general Amaro, el de la arracada, pero lo más trágico venía a recaer siempre en el relato de algún viejo quién narraba con señales puntualísimas la terrible muerte de las parturientas quienes morían a causa de fiebres o de hemorragias, el azote inmisericorde de las viruelas, los estragos entre los niños del sarampión, la tos ferina, el paludismo, la pulmonía y la tifoidea ocasionada por beber agua sucia o por los mosquitos que proliferaban en pantanos y ciénegas, estos flagelos diezmaban aldeas enteras que habían permanecido siempre carentes de la asistencia médica y apenas podían contar con los exorcismos de los brujos o la sabiduría de las yerberas que intentaban conjurar los males con té y una que otra pomada, otras ocasiones nuestros anfitriones eran jornaleros que al concluir la dura faena del día, solían sacar al atardecer sus sillas de tule y nos hablaban de nahuales, coyotes que diezmaban las gallinas y lobos que merodeaban por las noches alumbradas por lunas medio rojizas. En la plática se nos deslizaban veloces las horas, hasta que Bernardo nos recordaba de que era tiempo de emprender el regreso, de preferencia antes de que nos agarrara la noche, exponiéndonos a perdernos, entonces decíamos adiós a aquellos hombres sencillos, prometiendo regresar; las más veces nos sorprendía la oscuridad, otras, Selene se convertía en un sol nocturno y yo me extasiaba contemplando el opulento disco de nieve que avanzaba rompiendo los velos de las nubes.

El regreso se nos hacía más pesado, luego, poco a poco íbamos descubriendo acurrucado entre sombras la pequeña ciudad de Lagos, divisando sus lucitas que poco

a poco se iban volviendo más intensas, veníamos descendiendo por alguna ladera, cruzando algún puente colgante o incluso atravesando el lecho de algún río medio seco pero cuyas aguas empapaban la panza de nuestros caballos, luego nos topábamos con alguna carreta cargada de rastrojo, alfalfa, o pastura para las vacas, o mejor aún rebosando de hortalizas, algunos jinetes que cómo buena gente de campo nos saludaban, o acaso un hato de vacas solemnes y melancólicas que eran devueltas al establo arrastrando sus pesadas ubres llenas de leche después de haber pastado todo el día, o un rebaño de chivas o de borregos que conducía un niño pastor con la ayuda de su perro ovejero al regreso del corral.

Llegamos muchas veces casi al filo de la media noche cuando ya las luces eléctricas se habían apagado totalmente y sólo restaba el resplandor débil de alguna vela que se traslucía de algún ventanillo entonces, la precaria tristeza del resplandor amarillento me lastimaba porque la asociaba con la indecisa luz de las velas que se colocan sobre candelabros en los velorios y que preside el féretro de un muerto; o la incierta luz que alumbra un santo metido en un nicho callejero hospedado entre los muros, y con una oración al pie, imploraba su protección, o me detenía musitando una plegaria por la que rogaba a Dios por el descanso de las almas del purgatorio necesitadas de la oración de los vivos.

En otras casas, de fijo en las más pobres situadas en las afueras de la ciudad ardían hachones de ocote, lo que me parecía muy peligroso pues las llamas podían consumir fácilmente las miserables viviendas.

Al final del paseo íbamos a guardar los caballos a quienes suministrábamos una buena ración de avena y pastura y nos despedíamos en veces cargando un saco de habas, quelites, nopales, elotes tiernos, y hasta hongos que habíamos cosechado.

Yo volvía contento, pensando en que al fin regresaba al lugar donde vivía aquella dulce jovencita a la que nada conseguía despegar de mis pensamientos. ¡Es sólo una niña! –solía reprocharme pero al punto convenía –pronto será una mujer, una muchacha bellísima, única, más hermosa que la del libro de estampas que había encontrado en la biblioteca municipal, ella, vivía en algún rincón de mi Lagos querido y a esas horas seguramente estaría ya dormida, cómo la princesa del cuento, y yo a mi vez, debía descansar para ir al día siguiente aseado y bien dispuesto al trabajo y a la escuela, metía la llave en la cerradura de la puerta de mi casa, deslizándome sigilosamente para no meter ruido y evitar despertar a mi familia pero ¡Oh abnegación materna! Allí estaba mi abuela Inés de pie, aguardándome con la cena, después de haber rezado quién sabe cuantas docenas de rosarios yo la abrazaba con desbordada gratitud y le refería atropelladamente cómo había sido nuestro paseo –Abue... abue... -le repetía- ¿Y por qué no te has dormido?...¡Dichosos aquellos a quién alguien espera! Porque sólo cuando se ha conocido la soledad tan bien cómo yo se puede apreciar lo que significa, entonces, recordamos con vehemencia el amor que tuvimos y que tal vez en su momento no supimos cabalmente valorar porque suponíamos que lo habíamos de disfrutar toda la vida. ¡Qué engaño tan cruel! el cariño no es una constante sino una bendición que llega para irse, y en ocasiones, díganlo sino tantos ancianos que viven y mueren solitarios en los asilos y en los hospitales, para no retornar nunca.

-21-

La calle está desierta,
la calle es de esas mansas
ciudades provincianas,
y va la calle sola
¡Y solos van mis sueños!

Los clientes de recursos solían llamar por teléfono a la tienda, o enviaban a sus sirvientes provistos de largas listas, solicitando surtir sus despensas, seguros de conseguir en La Fortuna a un precio honrado y sin merma en el peso cuanto necesitaban: latería, vinos, frutas secas o en conserva, embutidos, dulces y paquetes de cigarrillos.

El señor Cosme me mandaba entregar los pedidos valiéndome de una traqueteada bicicleta provista de un canastillo. Aquel trabajo me gustaba pues me permitía evadirme de la rutina del mostrador o del encierro de la bodega, saliendo a recorrer plazas, calles y jardines.

En los meses de Enero y Febrero cuando el termómetro bajaba del cero haciendo sentir el rigor de las heladas cuyo aire gélido cuajaba en los vidrios, ejercitarme en la bici resultaba gratificante pues entraba en calor, mientras que en la primavera en los tiempos calurosos, pedalear fuerte propiciaba acarrear aire fresco, y cuando salía muy temprano veía trajinar a los presos que lunes y jueves eran obligados a asear las calles bajo la mirada vigilante de los gendarmes; en tanto que por la tarde pasado el obligado bochorno un aire fresco solía abanicar el ambiente y yo miraba cómo los ocupantes de alguna casa solían sacar a las banquetas sus viejos equipales de cuero para ponerse a charlar tranquilamente, cuidando de lejos a la chiquillería alborotadora que jugaba en su derredor, mientras daban buena cuenta de una medida de cacahuates tostados, garbanzos cocidos, nueces de castilla que había que romper con los dientes si los había y hasta charamuscas rellenas de coco; algunas viejecitas seguramente viudas o solteras portando sus inevitables lentes, y según el clima cubiertas las espaldas con chales de estambre, tejían suéteres bufandas o guantes, bordaban manteles y carpetas, o hacían punto de cruz, y yo gustaba contemplarlas entregadas a su labor en la que invertían hora tras hora sin llegar a sentir cansancio o aburrimiento, a veces descubría a un señor anciano apoltronado en alguna silla de su sala leyendo, lo que sería un periódico atrasado, pero con el amplio balcón abierto de par en par luciendo sus blanquísimos visillos, el buen hombre al verme pasar me sonreía y yo respondía complacido a su saludo, pensando en mi padre, que al decir de todos cuantos le llegaron a tratar era siempre comedido y atento, lo mismo se tratara de niños, mujeres, jóvenes o viejos.

En la calle Rita Pérez Moreno solía encontrar un par de señoras vestidas de negro al igual que mis abuelas, que se sentaban en su zaguán para tejer bolillo sobre unas almohadillas cilíndricas de donde salían multitud e carretes con hilo blanco hilvanado y de los que con la magia de aquellas manos hábiles, casi prodigiosas, se conseguía desprender un encaje tan perfecto que era un verdadero dechado de destreza; mi maestra de lengua y literatura, a quién la maledicencia estudiantil había puesto el ofensivo mote de “la musaraña”, nos comentaba que en Brujas, ciudad medieval de Bélgica cercana a su capital Bruselas, se tejía un encaje primoroso que se vendía muy caro y que las tejedoras eran sumamente apreciadas, en cambio aquellas señoras a quienes yo me detenía a ver trabajar, debían ser sin duda mucho más modestas, por más que con su trabajo lograran algo igual o mejor; una de ellas, a quién por cierto recuerdo tan bien cómo si la estuviera viendo, que tenía un defecto en una pierna y caminaba renqueando, me dijo alguna vez que se llamaba Chila y su hermana era quién la acompañaba en su labor, ambas me sonreían benévolas halagadas por mi interés inusitado, casi increíble viniendo de un muchacho para quién esas minucias podrían haber pasado desapercibidas.

Con el consabido paseo que me permitía pasar revista a calles adoquinadas, casas viejas, mansiones señoriales cómo la de Don Agustín Padilla, portales bajo los cuales era posible guarecerse de la lluvia puntual a partir del mes de junio, fachadas de

cantera de iglesias y conventos, fui conociendo el verdadero Lagos, la villa en la que había nacido y que era aquellos tiempos de mi juventud era cual un museo monástico donde cada piedra era un monumento a la fe, esa fe que los años, los ruegos no escuchados, las esperas sin respuesta, la soledad, los desengaños, la impotencia y el desamor han ido menguando hasta dejar de ella las piltrafas de los sueños rotos, de las ilusiones inconsumadas, de los proyectos renunciados, de esa incurable nostalgia por algo que nunca llegó, pero que tampoco se pudo ir, y si un día alcancé a medio vislumbrarlo se consumió al instante cómo esos fuegos fatuos cuyos intensos colores se disuelven muy pronto en la oscuridad, después de deslumbrar instantáneamente, sólo para hacer más profunda la negrura, más dura la ausencia y más vacío el porvenir.

Hoy vuelvo a deambular ese Lagos, mi Lagos, caminando con la imaginación sobre cada piedra de cada calle

-22-

¿Qué es la tarde?

-La tristeza de las cosas que pasan..

Por aquellos años con las alas que me prestaba el gastado vehículo anduve desde las ruinas de la extinta fábrica de hilados y tejidos La Victoria fundada por Don Francisco Rincón Gallardo y ya cerrada hacía años, la calle de Agustín Rivera y la cercana de Luís Moreno, las de Zaragoza, Salvador Camarena, Juárez, Mariano Azuela, Constituyentes en cuyo hermoso jardín gustaba detenerme unos minutos, en la explanada de Capuchinas y por supuesto en el romántico rincón cobijado por el convento que lleva su nombre, en el Paseo de la Rivera desde cuya zona arbolada me asomé a contemplar como fluían las aguas de aquel río espléndido, el río de Lagos, sin el cual la ciudad no hubiera sido lo mismo y por supuesto en la Plaza del IV Centenario y luego, en amplia profusión, esa multitud de templos cuyo enorme listado se inicia con la parroquia de La Asunción que guarda los restos de San Hermión, soldado romano, cuyo cuerpo incorrupto fue donado por el Papa Pío VI y cuyos muros alcanzan una elevación de 72 metros, lo que lo convierte en uno de los más altos de la república, y el cual es asimismo ejemplo del barroco, con portadas laterales dedicadas a los santos patronos: San Sebastián y Santa Catalina de Alejandría, sus torres de tres cuerpos en estilos: toscano, jónico y corintio y situado en frente el monumento erigido en 1921 en honor de Pedro Moreno, y que preside el Puente del Sombrero.

Y luego, entre un inacabable laberinto de piedra labrada: el templo de El Rosario, el de La Merced, de El Clavario, de San Felipe, de La Luz, del pueblo de La Moya y de La Laguna; iglesias, sombrías algunas, otras medio iluminadas por vitrales y rosetones donde los rayos del sol y los juegos de la luz penetran discurrendo escenografías fantásticas en sus vetustos interiores, olorosos a cera, flores marchitas, incienso y humedad. Templos levantados a la melancolía, monumentos hechos a la tristeza, que ni siquiera se animaban en las fiestas de sus patronos cuando se oficiaban largas misas de tres ministros o las visitaba el señor obispo, cuando se hacen repicar las campanas y sonar los tubos enmohecidos de los viejos órganos y se encienden las luces caducas de arbotantes y candelabros y el boato del ritual litúrgico se luce en los altares demasiado recamados de adornos, atestados de viejas pinturas, de estatuas desteñidas, narrando siempre las mismas escenas de la vida y muerte del Redentor, retratando la cruenta historia de Su pasión y de Su muerte y a su lado la sarta de santos apolillados, portando las vestiduras clericales, sus caras maceradas, pálidas, sufrientes, tal si esta religión nuestra regada con la sangre de los escogidos, lejos de enseñorearse en la alegría de la buena nueva, de la Resurrección, la esperanza y la promesa del gozo

eterno o al menos de la certidumbre de ser escuchados y comprendidos por un Dios benévolo, se inclinara más por narrar la voluptuosidad del dolor, la expiación de los pecados que la humanidad nunca acaba de liquidar, incluyendo el imborrable estigma de haber nacido, culpa que nunca se extingue y por la que siempre estamos pagando, sin que llegue el perdón suplicado en la penitencia, la oración y el ayuno en el que se hace padecer a la carne que ha aspirado gozar la espléndida aventura de la vida y que en incomprensible castigo sólo se le hace vivir para sufrir y abonar la cuenta kármica renovada y crecida por los intereses. ¡Religión emanada del dolor más que del gozo, más que de la alegría del sufrimiento! Inmersa en la obsesión de una absurda leyenda, en ese tétrico mito del llamado pecado original en el que la falta que no cometimos, la culpa que nunca ha sido nuestra y cuya tradición nos calumnia y oprime, hace convertir al mundo en un valle de lágrimas, e impone la abstinencia del goce en aras de una utopía mágica, distante, lejana, inalcanzable; religión ceremoniosa llena de encantamientos y de magia, de confesiones, expiaciones y arrepentimientos, en la que sus ministros castos, solitarios, predicadores de castigos arrastran sus vidas sin el yugo del amor humano, pero con los signos horribles de la castidad, la abstinencia y el sacrificio, deambulando por las sacristías olientes a cedro, entre cajoneras pesadas y oscuras donde se guardan los ornamentos que complementan el fausto del culto, cuando las lámparas anémicas o radiantes alumbran las estatuas adustas, los cuadros con amenazantes representaciones donde se narran los terribles castigos para los infieles, descreídos, lascivos, blasfemos, dudosos, tibios y renegados.

-23-

...melancolicé la idealización...

Yo caminé por esos templos, me detuve ante esas fachadas, subí sus escalinatas, lloré frente a sus altares, supliqué a sus santos, hundí mis dedos en los depósitos de agua bendita y esperé... esperé el milagro que nunca llegó el amor de la mujer que empecé a adorar casi niño y que nunca llegó a consumarse plenamente, un amor puro y verdadero pero marcado por la adversidad y el infortunio.

Entregando mercancías me empapé los pies y mojé los tobillos chapoteando por las calles que con el puntual aguacero vespertino, se inundaban de lluvia, entonces, aún cuando no hubiera anochecido todavía, se prendían muy temprano las anémicas lámparas de la luz eléctrica cuya luz se reflejaba sobre los adoquines, mientras que en la estación seca el sol jugaba al dominó iluminando una acera y oscureciendo otra.

Y luego después de dejar las mercancías en cinco o seis domicilios gustaba de detenerme cinco minutos en la rinconada del jardín de La Merced, mirando cómo la invasión de pasto verde había borrado el empedrado y disfrutando un corto respiro me deleitaba en las opalescencias de la tarde lechosa aguardando ver el prodigio del arco iris, que cual un listón de paz en el cielo, anunciaba el fin de la tormenta y era el precursor de un crepúsculo cuya belleza me detenía el aliento.

Pasado el descanso volvía a pedalear el vehículo perdiéndome por las calles con austeridad de trapa, navegando por los muros carcomidos de las casas solitarias, cuyas puertas perennemente cerradas albergaban recintos conventuales, misterios indescifrables.

A veces solía sentarme sobre el pretil de una fuente donde la humedad sustituyó el rosado color de la cantera y pensaba que aquellas mansiones viejas en su interior serían oscuras y tristes y hasta albergarían fantasmas ululantes.

Una vez me metí hasta el panteón municipal y busqué la tumba de mi madre sobre la que dejábamos de vez en cuando algunas flores, entonces le dije cuanto la

necesitaba; otra, me detuve en la zona arbolada con doce truenos, y una más me quedé pasmado mirando como un despreocupado grupo de lugareños habían sacado a la calle una mesa de pino sobre la que pacíficamente se pusieron a jugar a la lotería con granitos de maíz.

Pero no todo era contemplación, en ocasiones algún comprador agradecido añadía al importe de su cuenta, algunas monedas para mí, suficientes para surtirme un raspado en el puesto de otra doña Inesita que tenía un buen surtido de mieles, o un apastelado en la panadería de La Luz, y cuando la propina era espléndida me alcanzaba para ir a cortarme el cabello en la peluquería de Don Guadalupe Rojas, entonces rebasaba los 16 años y empezaba a interesarme el tener una agradable traza pensando en que podía toparme con Araceli, lo que no tardó en suceder, en esa ocasión venía acompañada de Doña Concha, circunstancia que aproveché para bajarme de la bicicleta y saludarlas ceremoniosamente, cómo si en lugar de ser un pobre mandadero huérfano, fuese un caballero de verdad, lo que hizo sonreír a Araceli, mientras que doña Concha entre seria y sonriente acogió mis caravanas.

-24-

...fue mi libro de texto un amor escolar...

La siguiente ocasión resultó más propicia, la familia de la jovencita hizo un pedido que debía llevar a su domicilio, en realidad no se trataba de gran cosa: queso, salchichonería, galletas y vino de mesa, el domicilio se ubicaba en la Avenida 16 de Septiembre, casi en las afueras del pueblo, se trataba de una hermosa casona de dos pisos escondida en el interior de un vasto terreno totalmente cercado por una tupida hilera de arbolillos y accesible por una amplia reja blanca de metal, el empedrado era de piedra bola y se podía apreciar una hermosa huerta donde había naranjos, limoneros, granados y hasta el emparrado de alguna higuera, a la casa se llegaba entre dos hileras de arbolillos muy bien recortados, que concluían en una ancha escalinata que conducía a una puerta con herrería y cristales.

A mi llegada llamé con un cordoncillo que pendía de la reja y hacía tintinear una campana y me dispuse ansiosamente a esperar.

La respuesta fue magnífica porque la propia Araceli salió a recibirme dibujando al verme una traviesa sonrisa de chiquilla, y tan sorprendida de verme tal si hubiese metido su pequeño piecitos dentro del agua helada de un estanque

-¡Hola! -me saludó amigablemente tendiéndome la mano- ¡Qué bueno que vienes por aquí!

-He venido a dejar este encargo...y también a saludarte.

-Sólo estamos Chacha y yo -aclaró aludiendo a su perrita que saltaba a su lado pidiendo sus brazos.

-No importa, dejaré la mercancía de todos modos.

-¡No nos tienes desconfianza? -preguntó con encantadora sonrisa-

-Ni siquiera lo menciones.

-Mi mamá irá a pagar en cuanto regrese.

-¡Claro! -asentí yo- ¿Me permites que entre las cosas?

-Eres muy amable -respondió ella- y además conocerás la casa.

Ella fue por delante y yo la seguí llevando los paquetes, subí las escaleras y me detuve frente a la puerta.

-¡No quieres entrar?...¿Puedo ofrecerte un vaso de chía?...

-Gracias, otro día te lo aceptaré- respondí pensando que pudiera ser inadecuado mi atrevimiento, ella tomó los paquetes y los fue introduciendo, luego retornó para decirme.

-Imagínate que pensaba invitarte a mi fiesta de quince años.

Me brillaron los ojos de alegría

-¡Araceli! –exclamé tontamente-¿ Vas a cumplir quince años?

-¡Ya los cumplí! Pero resulta que a mis papás y a mis tíos se les ocurrió que vamos a celebrarlos mejor en Guadalajara, y aunque yo les hice ver que deseaba festejarlos aquí donde tengo mis amigas, mis compañeras de colegio y también a ti que eres mi amigo...se salieron cómo siempre con la suya

-Entonces... ¿Me consideras tu amigo? –dije apunto de saltar de alegría y agradecimiento..

-¡Pues claro! ¿No recuerdas que hasta fui a tu casa cuando lo de tu hermana?

-¿Y cómo habría de olvidarlo?

-¿Y cómo están Nati y tus tías?

-Muy bien, y mis abuelas son cómo mi mamá, tú sabes que murió igual que mi padre...

-¿Tampoco tienes papá?

-No. Lo mataron en la guerra de los cristeros.

-Lo siento. Yo tengo a mis padres y los quiero mucho.

-Es una gran dicha –declaré.

-Aunque a veces riño con mamá que aquí entre nos, quiere siempre imponerme su voluntad.

-Imagino que así deben ser todas las mamás –Contesté

-Buen consuelo.

.-De todas maneras aunque celebres tu onomástico lejos, yo te felicito desde ahora y deseo que tengas una fiesta muy bonita... seguramente estrenarás un hermoso vestido

¿No es así?

-¡Quién sabe!... me lo van a comprar en Guadalajara.

-De todas maneras te verás preciosa.

-¿Tú crees?

-¡Eres bella! No importa cómo te vistas.

Araceli sonrió con picardía.

-Bueno, tú me ves así, pero soy cómo todas las chicas...

-No. –declaré vehemente- Tú eres mejor que ninguna. -Estaba encendido, sentía que las mejillas me ardían, pero aún tuve valor para agregar- ¡La más hermosa!

-¿Tú crees? – repitió Araceli entre divertida y halagada.

-Lo juraría... ahora me perdonarás, pero tengo que seguir trabajando –dije atropelladamente.

-Gracias por venir, haber si nos vemos en la serenata algún domingo cuando me dejen ir.

-Te aguardaré impaciente. -Y buscando no ser inoportuno me acerqué a mi bicicleta y con mal disimulado pesar me despedí- ¡Adios Araceli, y ojalá vuelva a verte pronto!

-¡Chao! –respondió ella –ahora ya sabes donde vivo y podrás venir a visitarme –y tal si se hubiese arrepentido de su atrevimiento aclaró- bueno, si quieres...

-Seguro que siempre he de querer, pero no se si te pondré encontrar y si me permitan hablar contigo...y además fijate que trabajo hasta las seis de la tarde y luego voy a la secundaria.

-Eso es bueno, porque si estás siempre ocupado y no te aburrirás...

-¿Aburrime? ... siempre me acuerdo de ti...

Tuve miedo de verla a los ojos, me subí en la bicicleta y empecé a pedalear, sin saber cuando se había retirado de la reja, quería llorar, reír, gritar, decir a todos que era feliz, tan inmensamente feliz que no cabía en todo el mundo mi felicidad.

-25-

.Yo soy anhelo que va llorando.

Yo soy complejo.

Yo soy un niño dentro de un viejo.

La maestra Clementina Pérez a cuyo cargo estaba la clase de Lengua y Literatura Española, era una edad cuya edad debe haber oscilado entre los 38 y 40 años, poseía un verbo fácil producto no sólo de su carrera de normalista sino de buenas lecturas y de una fina sensibilidad. No era muy cuidadosa de su arreglo y sus cabellos castaños aparecían desordenados sobre una cabeza guardiana de una memoria fiel que le permitía recitar sin omitir una palabra versos de Fray Luís de León, Garcilaso, Espronceda o Campoamor, y sin tropiezos conducimos por los polvorientos caminos andados por Don Quijote, en tierras de La Mancha.

Su clase después de las temeridades de las Matemáticas o de la Física resultaba ser un verdadero recreo para el espíritu donde la imaginación, la belleza, la sensibilidad se daban cita, al grado de que siempre nos parecía que el tiempo había transcurrido sin darnos cuenta, y el timbre anunciador del fin, era cómo el despertar de un hermoso sueño Apasionada de los escritores, conocía no sólo sus obras sino sus vidas y por supuesto las épocas y los ambientes en que les había tocado vivir y cómo el medio había influido en su creación. Añádase a la sabiduría de la mentora, un sincero nacionalismo, una fe, una certeza de que los autores mexicanos podían equipararse con los grandes titanes de la literatura universal.

-Aquí tenemos a uno de los más extraordinarios novelistas de nuestros tiempos –nos dijo un día- precisamente oriundo de esta tierra: Mariano Azuela. Sus novelas; Los de Abajo, que es también una reseña histórica de la revolución; Los fracasados del amor o El compadre Pantoja son vivos ejemplos de su talento y de un profundo conocimiento del mexicano.

-¿Y en cuanto a la poesía que autor nos recomendaría usted leer? –Pregunté con timidez.

-¿Te gusta la poesía?

-¡Mucho! –Respondí, mientras clamaba en mi interior una inmensa necesidad de encontrar expresado en las palabras hermosas lo que mi corazón sentía.

-Entonces no necesitas ir demasiado lejos. A unos pasos de aquí tenemos un gran poeta, diría ¡Un extraordinario poeta!

-¿Dice usted que a unos pasos de aquí?

Sí. Y todos le conocemos: Francisco González León.

-¿El boticario? –Preguntó Arcadio.

-¿El mismo! –Respondió Clementina, y sin más preámbulo empezó a recitar:

Las conozco: son tus manos,
son tus manos de enjoradas azucenas
son las penas
de una pena ya sentida
¡Yo he vivido estas escenas
en la vida de otra vida!

Nos quedamos mudos, impactados por el fluido musical de las palabras, tal vez para algunos fue sorpresa, quizá otros no alcanzaron a comprender los mensajes, en cuanto a

mí se me grabaron y el hombre de la botica a quién yo había visto media docena de veces y a quién seguramente me había dirigido en alguna ocasión para comprar una medicina que aliviara mi estómago agredido por comer demasiado, se transfiguró de pronto, alcanzando en mi imaginación una magnitud tal que nunca hubiera imaginado. En ese momento se me despertó una curiosidad, un anhelo de acercarme y hablar con aquel hombre, a quién había visualizado silencioso, modesto y hasta un poco retraído, aunque amable.

-Maestra ¡Vayamos a visitarlo! –Propuse- Y le pediremos que nos lea sus poemas, seguramente deben ser tan bellos cómo esa estrofa que usted nos acaba de recitar.

Clementina titubeó.

-No es mala idea pero ¿Cómo podríamos justificar nuestra presencia sin haber sido previamente invitados? Después de todo, él debe encontrarse ocupado atendiendo su negocio y eso equivaldría a una descortés interrupción.

-Le diremos que somos estudiantes de su clase y que nos gustaría saber cómo es un poeta... y en cuanto a la interrupción le pediríamos excusas amablemente y evitaríamos quitarle demasiado tiempo. –Sugerí.

-¡Eso es! –Admitió Demetrio.

-¿Y si se rehusara a recibirnos? –Preguntó Rafael.

-Bueno, pues nos vamos, pero creo que no lo hará –opinó Arcadio.

-Y que tal si mejor le enviamos una carta solicitándole que nos reciba –propuso Patricio.

-¡Eso es lo mejor! –Aprobó la maestra.

Y procedimos a redactar una atenta nota.

A la siguiente clase Clementina nos informó que el poeta había accedido gentilmente a recibirnos y que nos estaba aguardando en su botica La Luz, así que ni tardos ni perezosos, guardando compostura pero sin poder contener la alegría y la curiosidad, nos encaminamos a la calle de Pedro Moreno número 3 a inmediaciones del convento de Capuchinas.

-26-

¿Ya ves?... ¡Yo fuera alegre!

La vida me hizo triste...

La casa estaba rodeada de casonas de altos muros desde donde asomaban higueras umbrosas y árboles cargados de frutos y pájaros.

El artista-boticario solía permanecer más tiempo en la trastienda entre una amable tertulia con una docena de bohemios que en el establecimiento, por lo que fuimos recibidos por su esposa Petra Antuñano quién nos hizo pasar a una azotehuela y acomodarnos en cuanta silla o banco encontró. Minutos después el poeta bajó las escaleras procedente de un cuarto que había hecho construir arriba de un lavadero y al que se retiraba para escribir y meditar.

González León pasaba de los setenta años pero veía erguido y hasta elegante en su modestia, y la maestra Cleme se adelantó a saludarlo y explicarle el motivo de nuestra visita. Él la escuchó con gentileza y luego nos fue saludando de mano a cada uno de nosotros, indagando nuestros nombres y deteniéndose a preguntar si nos gustaba la poesía y si habíamos leído algún libro suyo. Yo lo observaba satisfecho de que sin tener que ir tan lejos me hubiese sido posible conocer a uno de esos hombres extraordinarios que firmaban los libros que estudiábamos en clase.

Sencillo, humilde, cuando alguien hablaba clavaba atentamente los ojos en su interlocutor, adivinándose que en aquel soñador idealista había algo que lo hacía diferente del resto de los mortales.

-Maestro –dijo Clementina- mis alumnos desean saber que es un poeta.

-¿Y qué puedo decirles? -Respondió él con modestia- soy cómo otro cualquiera. Nací en 1862, a los 18 años me fui a Guadalajara a estudiar Farmacia, y regresé siete años después a trabajar, cómo pueden ver ya soy un viejo.

-Pero se conserva usted muy bien. –aseguró Demetrio.

-Siempre estamos envejeciendo hijo, aunque el frío y la tranquilidad de nuestra provincia nos permiten conservarnos en buen estado de salud.

-Sobre todo por el hecho de estar siempre activo, trabajando, escribiendo... -admitió Clementina.

-¿Qué otra cosa mejor hacer? ¡Si para esto he nacido!

-Maestro: ¿Desde cuando comenzó a escribir? –Preguntó Teodoro.

-Yo creo que desde que me enseñaron a trazar las primeras letras, aunque luego me avergonzaba de todo lo que había escrito...y hasta que tuve 41 años hallé valor para concursar en los Juegos Florales en el año de 1903 donde tuve la suerte de ganar el primer premio, eso me animó a publicar en 1908 mi primer libro: Campanas de la tarde.

-¡Qué hermoso título! –Declaré enfático sin poderme contener.

-¿Te parece?... es sólo un evocación alrededor del llamado al rezo vespertino, pero gustó mucho a mi alumno Ramón López Velarde y a otro zacatecano Enrique Fernández Ledesma.

-¿Y después? –Preguntó impaciente Arcadio

-Pues seguí escribiendo y me publicaron Megalomanías y más tarde Maquetas.

-¿Es verdad que lo lanzaron a la fama su ex alumno Velarde y el poeta hidalguense Efrén Rebolledo?

-¡La fama! ¿Qué es la fama? ¡Una ilusión efímera! Recibir aplausos, lisonjas, homenajes y luego cuando uno se va acostumbrando demasiado, todo cesa y entonces se piensa que nos han olvidado y eso nos entristece... es mejor no llegar a ser famoso...

-¿Entonces, no le atrae tampoco ir a otros lugares, a México por ejemplo donde debe ser muy bien recibido? –Aventuró Arcadio.

-¡México!... ciertamente he tenido que ir algunas veces a México, en 1917 cuando se publicaban mis poemas en El Universal Ilustrado y más tarde en la revista Moderna y también en Pegaso... al principio me atraía el viaje en ferrocarril contemplando paisajes, ciudades, rostros, pero después de pasar tantas fatigas, asistir a reuniones, repartir sonrisas y corresponder halagos, aquello empezó a cansarme y me entraba la nostalgia por regresar a mi tierra.

-¿A Lagos? ¿Recordaba en esos momentos a Lagos? –Pregunté con ansiedad.

-Lo recordaba, porque aquí tengo todo cuanto necesito para mi creación: la naturaleza, los templos, la gente...

-¿La gente? –Repetí.

-Si hijo –afirmó el rapsoda- la gente. ¿Acaso, no son de aquí las mujeres más hermosas de nuestro país? Y además son tan francas, tan sencillas, con sus colores naturales sin los artificios de tanto maquillaje...

El poeta tenía razón, aquí en mi Lagos vivía la muchacha más hermosa, más noble, la criatura más fina y encantadora y yo no tenía que salir para buscar nada, sólo aguardar, esperar, creer en los milagros y desear, desear mucho, porque dicen que cuando algo se desea intensamente, lo que anhelamos nos es concedido. ¡Y yo deseaba: verla, hablarle, mirarla! y mientras González León hablaba de sus libros, de sus versos, yo iba descubriendo que aquello que sentía por Araceli se llamaba amor y ¡Qué estaba

enamorado! ¡Perdidamente enamorado! De una chiquilla que apenas había cumplido los quince años y que como yo apenas empezaba a asomarse a la vida.

La señora Petra nos trajo agua fresca de jamaica y la maestra Clementina pidió al escritor que nos leyera alguno de sus versos, ruego al que él accedió gustoso aclarando que se trataba de poemas de La Hora Romántica, libro en el que ahora trabajaba.

Cuando concluyó la lectura acababan de sonar las diez de la noche y tuvimos que excusarnos por haber abusado de su generosa hospitalidad, pero al bardo pareció no importarle y todavía nos detuvo un rato para hablarnos del panteísmo, del nirvana, de las ciencias esotéricas a las que era tan aficionado y de Buda.

Al fin nos despedimos y al darme la mano cómo por descuido tomó un libro y me lo entregó diciéndome:

-Consérvalo; y léelo cuando te sientas triste...

Lo agradecí inmensamente, luego que nos despedimos, y a la salida de la casa nos fuimos disgregando, afortunadamente la noche lucía bien alumbrada por la luna llena. y Arcadio y yo decidimos acompañar a la maestra hasta su casa.

-¿Qué les pareció El Ermitaño?- Nos preguntó Clementina.

-¡Genial! –Admitió Arcadio.

-¡Cual es el libro que te regaló?

-Campanas de la tarde –respondí.

-Te va a gustar –aseguró Clementina.

Y adoptando su consejo, principié a leerlo aquella misma noche.

-27-

...de aquel cariño que nadie sabe,
de aquel secreto que es un perfume...

Cultivar la amistad de la señorita Moreno Rincón Gallardo se había convertido con vertiginosa rapidez en mi máxima prioridad.

Aquel encuentro breve seguido de las palabras que cruzamos había bastado, para que cómo una yesca propiciatoria se hubiese encendido en mí un fuego interior inextinguible que me generó un absorbente interés por volver a verla, y conseguir de ella una mirada, una sonrisa o la más simple de las palabras.

Los versos de González León me despertaron esa enfermiza sensibilidad que ha presidido mi vida cual un lastre inevitable apartándome de la realidad; y aunque a veces imagino que si la hubiese tratado de atajarla a tiempo, cómo una planta indeseable, acaso me hubiera ahorrado muchos sinsabores; en cambio admito que no habría gozado de esos maravillosos días en que el alma se iluminó con la divina presencia de la primera ilusión, hoy en cambio participo de la certidumbre de que nada de lo que hubiera podido hacer, habría cambiado ni siquiera un milímetro mi destino, ese sino con el se nace gobernado por un dedo invisible, el cual dirige verdaderamente nuestras vidas.

Así transcurrieron cuatro o cinco domingos en los que Araceli nunca se presentó en la dichosa serenata, y desencantado en el fondo, admití que su gentil ofrecimiento no había pasado de ser una cortesía que estaba lejos de cumplir, así que el sexto domingo ya cansado de permanecer vigilante por si se aparecía, decidí entrar en la parroquia para asistir devotamente a misa; en el templo un nuevo predicador desde el púlpito hablaba dentro de un elocuente sermón sobre las bienaventuranzas; y cuando el acto religioso terminó estaban sonando en el reloj parroquial las ocho de la noche. En esos momentos

la serenata estaba en todo su apogeo, la banda municipal tocaba un vals de Strauss y varones y chicas girando en sentido opuesto se arrojaban confeti y serpentinas de colores en cada encuentro, y sólo cuando la serpiente enviada era devuelta por la joven, significaba que el muchacho podría abordarla e iniciar un corto encuentro que desembocaba las más veces en una buena amistad y sólo en alguna ocasión en la oportunidad de iniciar un noviazgo.

La serenata solía era ante todo una fiesta pueblerina en la que esporádicamente se mezclaban las muchachas o jóvenes de un rango social superior, que definitivamente preferían el conocerse en otras circunstancias; aunque la animación, los múltiples puestos callejeros de dulces regionales, buñuelos, garapiñados, aguas frescas y golosinas, la iluminación del kiosco y de los bien cuidados jardines y el ambiente de sana alegría constituían un armónico escenario para el acercamiento de las parejas.

Estaba por retirarme a mi casa acordándome de que debía atender a mis deberes escolares y al menos esa noche regalarme unas horas más de sueño, cuando para mi sorpresa, bella, radiante cómo una princesa de cuento de hadas, Araceli paseaba del brazo de Irene la amiga de mi hermana, entonces, verla y romper la protocolaria costumbre que prescribía respetar los espacios de varones y señoritas, fue un todo, nacido de un impulso ciego e incontrolable.

-¡Araceli! ¡Araceli! –exclamé con tal ímpetu que ella se detuvo sorprendida- ¡Has venido por fin! Y luego como en una catarata desbordante agregué- ¡Tenía tantos deseos de verte, de hablar contigo y gozar, así fuera un minuto de tu compañía! Pero ya había perdido la esperanza, pensaba que nunca vendrías y allí me he estado muchos domingos sentado sobre un banco espionando por si llegabas, imaginándome que eras tú en cada muchacha que veía, pero luego, cuando descubría que no eras tú quedarme triste y desencantado...

Aquella perorata dicha con nerviosismo debió desconcertarla dejándola muda, Irene mucho más tranquila se sonrió burlona, y ambas se desprendieron del bloque femenino, entonces Araceli sonriente me tendió la mano:

-¡Hola!...pues ya estoy aquí...

-¡Gracias! ¡Gracias! –le dije- ¡Me hace inmensamente feliz poder saludarte!

-A mí también me da gusto –Respondió ella totalmente dueña de si y mucho más controlada.

Entonces, encendido de vergüenza caí en la cuenta de que ni tan siquiera había dirigido una mirada a Irene ni mucho menos me había dignado saludarla y traté de enmendar la grosería.

-Perdón señorita Irene no la había saludado –y le extendí torpemente la mano, Irene lejos de ofenderse, estaba francamente divertida y correspondió al saludo.

De pronto me di cuenta de lo precipitado y absurdo de mi comportamiento y aparentando una serenidad que no sentía les propuse:

-¿No desean tomar algún refresco?... ¿Un helado o un café?

Las muchachas se consultaron con los ojos y Araceli respondió:

-Bueno, te aceptamos un helado, así nos sentaremos un momento.

Nos dirigimos a la nevería distante treinta pasos, que a esa hora estaba pletórica de clientes y de pedidos, si bien al pasar al interior descubrimos un lugar vacío; esta vez mucho más controlado al menos tuve el comedimiento de acercarlos los bancos, cortesía a la que ambas respondieron con un gracias amable, luego me acomedí a preguntarles que helado les agradaría pero Irene respondió:

-Ahora vendrán a servirnos.

-¿Y cómo está Nati?. Me preguntó Araceli

-Bien y me ha encargado que te saludara si te veía, luego, cómo si no hubiera acumulado demasiadas torpezas agregué mirándola con adoración: -¡Te ves preciosa!
Araceli se echó a reír francamente y volviéndose a Irene le susurró:
-Te digo que siempre me ve así.
La chica que atendía las mesas interrumpió para preguntar por el helado que deseábamos tomar.

-29-

Pena que se quedó en casa,
de casualidad dormida...

Después de aquel encuentro que tuvo poco de exitoso, no volvía a encontrar a Araceli en media docena de domingos.

A mis diecisiete años comencé a experimentar esa ansiedad que había de padecer todo el resto de mi vida, contando uno por uno de los días que faltaban para que fuera domingo y cuando llegaba el día deseado, esperaba que ese instrumento de tortura inventado en el año 1300 llamado reloj, adelantara las horas para irme a sentar sobre un banco de la plaza, presa del más agudo desasosiego, espionando la anhelada aparición de mi amiga, y cuando daban las nueve de la noche y la espera frustrada se me había vuelto espina y los grupos de muchachas y jóvenes se habían ido disgregando, yo me levantaba malhumorado, roto, sin hambre, sin sueño, imaginando que transcurridas algunas horas debía volver a reiniciar la rutina de la semana: tienda y escuela, por más que a veces me consolaba la idea de que el estar ocupado me distraía, pues los clientes o los libros me libraban de pensar en ella; y pasados uno o dos días volvía a acariciar la esperanza de que al siguiente domingo la sonriente muchacha seguramente retornaría.

Así que el proyecto de mis primos de organizar otra excursión me cayó de perlas. Salir al campo era mejor que quedarse clavado en el banco contemplando envidioso a las parejas de novios.

Bernardo propuso explorar el camino Real o Nacional que atravesaba las poblaciones de Puente Grande, Zapotlanejo, Venta de Pegueros, Valle de Guadalupe hasta llegar a Jalostotitlán. La jornada era larga y salimos desde el sábado por la noche provistos de una buena ración de chorizos, queso y cecina que mi tío siempre generoso nos obsequió, las cantimploras llenas de agua y dos termos con café caliente.

Recuerdo que gocé mucho aquel paseo y que debió haberseme olvidado, al menos por unas horas, aquel obsesivo anhelo de ver a Araceli. Atravesamos caseríos y ranchos, cruzamos pequeños lagos, puentes colgantes y los ríos: Lagos, De la Luz y Saucedá, donde encontramos muy de mañana mujeres de brazos desnudos y morenos lavando sobre alguna piedra, llenando los cántaros, o bañando a sus pequeños en las aguas tibias.

En algunos jacales se adelantaba el nixtamal y hasta se cocían las tortillas suaves y blancas en cuya tibia envoltura envolvimos la cecina crujiente, compartida con aquellas buenas gentes que no tardaron en obsequiarnos con una salsa picosa ofreciéndonos sus chozas con esa francas sencillez que da de corazón cuanto se tiene; el desayuno se vio acompañado además de quelites nopales y cebollas.

Volví decidido a continuar empleando, aunque sólo fuera la tarde de los domingos en recorrer los campos aledaños; y al siguiente, sin la compañía de mis primos apenas cerraron la tienda me fui a deambular solo hasta los manantiales de agua tibia de La Higuera, cercanos a los patios de la extinta fábrica de La Victoria, visitando además el Molino Económico que había establecido en 1853 el marqués José María

Rincón Gallardo y que luego dio su nombre al Jardín Grande, que se llamó Jardín del Molino, y cuyo volumen de agua que movía las ruedas del molino, alimentó los baños de la calle de Belisario Domínguez que dio por llamarse Calle de los Baños.

Al cerrarse la fábrica una buena parte de las aguas quedaron ociosas y fueron empleadas en el regadío de tierras, y en algunos recodos donde se formaban pequeños lagos se habilitaron también rústicos balnearios, como el de Los Caballos cerca del puente de fierro donde muchas familias la dieron por pasar alegres días de campo, bañándose en las llamadas pocetas.

Allí, en aquella soledad, tumbado sobre la hierba, volví a pensar en Araceli hundido en esa obstinación que no conoce el descanso y de la que resulta inútil intentar desterrarla.

Un balance certero le dio la razón a mi hermana, ella era una muchacha muy hermosa y seguramente llegaría a ser muy codiciada, le sobrarían pretendientes de su condición y yo nunca pasaría de ser conocido o a lo más un amigo distante que habría de conformarse con verla de vez en cuando.

Con tan pesimistas perspectivas regresé a casa, donde mi abuela Inés me sirvió la merienda, a poco llegó Nati quién venía precisamente de la serenata.

-¿Dónde te metes? -Me preguntó.

-Por ahí... -Le respondí malhumorado.

-¿Por ahí?...y Araceli buscándote.

-¿A mí? -Le pregunté todavía con mal talante.

-¿A quién sino? Me pidió explicarte que no había acudido los anteriores domingos por encontrarse enferma, con una gripa tan fuerte que la metió en cama con la prohibición de abandonar su cuarto.

-¿Estuvo enferma? -Pregunté palideciendo.

-Sí hombre -aclaró Natalia- pero ya está bien y la encontré muy animosa cómo siempre.

-Enferma -mascullé- y yo sin saberlo para ir a verla...

-Tú no eres doctor, y además te hubieras contagiado

-Tienes razón -agregué más animado- ¡Y no te imaginas las ganas que tenía de verla!

-¡Claro que me lo imagino! -Convino Nati- ¡Y no deberías tomártelo tan a pecho!

Después de todo es sólo una amiga y además es todavía demasiado muy chica.

-Y lo mismo tú- terció mi abuela Inés.

-¡Y ni siquiera son novios! -advirtió Nati.

.Preferí no responderle. Levanté mi taza de chocolate que me supo a gloria y mordisque un pan, mientras el sonriente rostro de Araceli se dibujaba nítidamente en mi mente tal si la estuviera viendo. Amaba y era feliz.

29

...ya en la fuente canta un grillo,
la huerta huele a membrillo
cómo un ropero de abuela,
llevo una carta en el bolsillo
el alma vuela.

Aquella noche apenas pude cerrar los ojos, el sólo pensar que Araceli había preguntado por mí y había venido a la serenata deseosa de encontrarme me hacían sentir eufórico, y me di a soñar acariciando la posibilidad de que a pesar de la juventud de ambos aceptara ser mi novia lo que me permitiría conquistarla involucrando toda mi voluntad, y mi inteligencia hasta conseguir que llegara a amarme y que ese amor

recíproco fundiera la posibilidad de permanecer juntos toda la vida, entonces no sabía que el futuro no nos pertenece y que su dueño verdadero es el destino.

De pronto me vino el pensamiento de que ella ignoraba cuanto la quería y que ni siquiera podría imaginarse las horas que pensaba en ella, cuando estudiaba, trabajaba, o leía, buscando despertarme en otras cosas el interés, cuando mi único y verdadero propósito era verla, escucharla y adorarla.

Comprendí además que me sería imposible expresarle todo cuanto sentía y que al momento de hablarle se me irían las palabras de la boca o se me olvidaría todo cuanto debía decirle para convencerla.

No puedo recordar cuantas veces me levanté aquella noche para salir al corredor o deambular por el jardín, cuantas volví a intentar el sueño en el que ella se me volvía aparecer, hasta que finalmente cuando se acercaba la hora de levantarme para acudir al trabajo me pareció haber encontrado la solución que buscaba: escribirle, y en una carta meditada, pensada, hacerle saber lo que sentía por ella; ello me evitaría que los nervios me traicionaran.

En los días siguientes redacté algunos borradores que deseché pensando que una lectura larga la aburriría y opté por declararme empleando las frases más sencillas, y asegurándole que si me concedía darme una oportunidad nunca le daría motivo de queja.

Araceli se presentó el siguiente domingo acompañada por Irene, yo me acerqué para saludarlas y ambas se detuvieron complacidas, pregunté a mi adorada si se había recuperado por completo del resfriado, y le anticipé que tal vez no sería oportuno probar un helado, pero que un café acompañado de pastel nos vendría bien a los tres. Las muchachas aceptaron y cuando nos dirigíamos a la única cafetería un muchacho que trabajaba con el sastre se acercó a Irene y cómo ambos se pusieron a conversar Araceli indicó a su amiga que nos alcanzara después, aquella oportunidad de hablar con ella a solas me pareció maravillosa, por primera vez tenía a la hermosa jovencita en frente de mí, y dispuesta a escucharme, entonces le dije que la había aguardado muchos domingos deseoso como siempre de verla y cuanto había lamentado saber después que se encontraba indispuesta, ella me respondió que le agradaba mi compañía y me preguntó por mis clases y mis maestros, le relaté nuestra visita al señor González León y la excursión a Jalostitlán, la joven me escuchaba dando pequeños sorbitos al café y llevándose a la boca trocitos de pastel, entonces, armándome de valor le dije que tenía algo importante que comunicarle y que le pedía por favor que leyera una carta que le había escrito, y le alargué el sobre que al principio miró titubeante, en ese momento regresó Irene y Araceli decidió guardar la carta en su bolso de mano.

La conversación se volvió trivial y hubo motivos de risa pues hasta se dijeron algunos chistes y adivinanzas, al fin cuando habían pasado las nueve de la noche pedí a las muchachas que me permitieran acompañarlas a sus casas, Araceli aceptó encantada y me invitó para el Sábado siguiente a visitarla en la kermese que a beneficio de la parroquia se iba a realizar en los jardines del atrio, y en la que iba atender un puesto de dulces; arroz con leche, gelatinas con rompopo, duraznos en almíbar y chongos zamoranos, Irene por su parte estaría con su amiga, y yo me sumé entusiasta asegurándoles que iba a invitar a mis condiscípulos de la secundaria y hasta a los maestros; y por supuesto a los clientes de “La Fortuna”.

Llegamos a la casa de Araceli y nos despedimos de ella, luego llevé a Irene a la suya, y en el trayecto no pudo evitar la curiosidad para preguntarme:

¿Te sigue gustando mucho mi amiga, verdad?

-Estoy enamorado de ella –le respondí

Irene se sonrió y dándome la mano para despedirme agregó:

-Te deseo buena suerte, ojalá y te corresponda.

La noche inmensamente azul, estaba perfumada.

Noches de mi pueblo. Noches de mi Lagos, cuando me vaya, me gustaría irme en una de esas noches.

-30-

...en la misma iglesia durante el rosario,
descubrí sus ojos y bajo su imperio...

La kermes resultó un éxito económico para la iglesia ya que los fondos recaudados se destinaban para sus mejoras.

En cuanto salí de la tienda, pues era sábado y trabajaba el horario completo busqué a Araceli, tenía prisa por recibir su respuesta. Abriéndome paso encontré el puesto de los dulces donde Irene atendía a los pedidos, luego de saludarla le pregunté por su amiga.

-Ha ido a la iglesia –me informó- ahora está terminando el rosario, pero luego regresará.

Inquieto, temiendo que el corazón se me fuera a escapar me fui a esperarla a la puerta del templo, donde a los cinco minutos salió acompañada de Doña Concha. Me hice el encontradizo y fui a saludarlas y la joven muy sonriente explicó a su madre que yo era un excelente propagandista pues no sólo mis compañeros de escuela habían acudido sino también los profesores y muchos clientes de la tienda, Doña Concha me confió que su hija había preparado mucho más de lo que podría consumirse y yo intenté tranquilizarla explicándole que apenas había empezado el festejo.

-Pero no te pasarás toda la noche en el puesto –advirtió a su hija- a las once volveré por ti.

Doña Concha se fue con sus amistades y Araceli me pidió que ayudara, así que me planté para servir vasos de arroz con leche y dulce de tejocotes, en ese quehacer me encontraron mis abuelas y más tarde Nati que empezaba a noviar con un muchacho de San Juanico.

Pasadas las nueve llegaron mi tío y mis primos que compraron de todo y al poco rato divisé a Bernardo *casándose* con una muchacha que llevaba el pelo largo echado de un solo lado, a poco, estallaron los cuetes y se escuchó la música de la banda municipal.

-¿Tú no irás a *casarte*? –me dijo Araceli- ¡Vienes muy guapo!

-Sólo me casaría contigo.

-Te quedarás soltero. ¿No me ves ocupada?

-Entonces no me caso –respondí- y continué lavando vasos apresuradamente.

Irene se dedicaba a cobrar, por más que me temo, que no era muy buena para las cuentas. A las diez de la noche se había agotado por completo la enorme cazuela del arroz con leche y Araceli me juró que había pasado la tarde meneando el dulce para evitar que se pegara.

-Debo traer la cara enrojecida.

-No parece, y cómo siempre luces linda –respondí-

-Tú siempre me ves así –me dijo halagada- y me plantó un beso en la mejilla, más breve que un relámpago, pero al poner sus labios agradecí a Dios por la alegría, la felicidad inmensa que me otorgaba, y ante la prisa por atender a los clientes que demandaban el arroz con leche que ya se había terminado, yo les invitaba a saborear los tejocotes

hechos por mano de ángeles ¿No los irán a despreciar verdad? –preguntaba a una pareja que al fin pidieron dos vasos.

A las once menos cuarto se apareció Doña Concha y Araceli se desprendió de un gracioso delantalito que se había colocado para despachar.

-Me tengo que ir –advirtió- ¡Ya están aquí mis papás!

-¿Vendrás mañana a la serenata? –Le pregunté ansioso.

-No podré. El lunes salimos para Guadalajara y mañana debo alistar mi equipaje.

Sentí que palidecía y los labios me temblaban

-¿Te vas? – Le pregunté angustiado.

-Ya te lo había dicho desde antes ¿No te acuerdas? Mis papás siguen con la idea de celebrarme mis quince años, que ya casi son diecisiete... y seguramente me quedaré unos meses allá..

-Entonces ¡No te veré más! –Dije sintiendo la muerte.

-Sólo será por un tiempo, pero yo te escribiré y tú también podrás hacerlo si lo deseas.

-¡Araceli! –Murmuré con la voz enronquecida.

-Me tengo que ir, si quieres, nos podremos ver en el atrio de la parroquia para despedimos. Te espero el lunes a las diez en punto, diré a mi madre que vengo por la bendición de la Virgen. El tren pasa las diez y media, te traeré las señas para que me escribas.

-Allí estaré –respondí.

-Adios y gracias por tu ayuda.

Araceli corrió donde sus padres. Yo me quedé clavado siguiéndola con la mirada, conteniendo las lágrimas. Mi cara debe haberlo dicho todo.

Irene y su pretendiente contaban el dinero, colocando montones de monedas de igual denominación, pero al verme esta vez en lugar de sonreírse burlona me tomó cariñosamente el brazo

-Tranquilízate, aún tienes la vida por delante.

-31-

...cajas de música acuosa,
que cuantas veces las oigo tocar,
me dan un cosa,
que en mí se pone a llorar.

No se cómo pude haber pasado aquella noche, pero Nati me llevó un té de tila a mi cuarto.

-¿Qué te pasa, que te ha hecho Araceli?

-Hacerme nada, sólo que se va a Guadalajara.

-Ya lo sabías, hace meses que lo planeaba, va a vivir con sus tíos una temporada.

-¡Y yo hermanita, y yo?

-Tú debes portarte cómo todo un hombre. Por que eso eres. Y a ninguna mujer le va a gustar un hombre llorando.

-Pero es que...

-No va a pasar nada. Ya regresará.

-¿Y si no?

-Buscarás otra. No te irás a morir por eso.

-Pero...

-No hay pero que valga. No te comportes cómo un niño, total es sólo una amiga y podrás tener más si quieres.

-Pero tú sabes...

-Qué es una Rincón Gallardo, ya te lo había dicho, y además es todavía una chiquilla lo mismo que tú, y ni siquiera es tu novia.

-Se lo había pedido –dije impulsivamente.

-¿Y qué te ha respondido?

-Nada. No hemos podido hablar, simplemente me ha dicho que se va.

-Ya lo ves. No hay ningún compromiso entre ustedes.

-Pero vendrá a despedirse y a dejarme su domicilio en Guadalajara.

-Entonces ¿Qué más quieres? Deja de portarte como un chiquillo y tómate esto, mañana debes ir a trabajar y van a ser las dos de la mañana.

Apuré un trago del dichoso té que desde luego no me trajo el sueño, pensé en escribirle otra carta pero no me sentía con ánimos de redactar una línea. Esperé que todos se durmieran y sigilosamente cómo otras noches me salí al jardín. Quería desahogarme pero el temor al ridículo me detenía, quise pensar en Dios pero me dio vergüenza, entonces invoqué a la Virgen, ella era también mujer y me comprendería, no se si el ruego o mi cansancio obraron el milagro porque amanecí dormido. Cuando desperté iban a dar las ocho y corrí a la tienda, mi tío ya había bajado y al verme me palmeó la espalda.

-Apuesto a que no te has desayunado.

Señor tío... -le respondí.

-¿Cómo estuvieron anoche las ventas de arroz con leche?

-Muy bien, terminé a las once.

-Pues claro con un buen vendedor como tú. ¡Anda, ve a desayunarte, no quiero que te nos vayas a desmayar de hambre!

Hice lo que me mandaba y al poco rato empezaron a llegar los clientes. Era domingo y mucha gente bajaba de los ranchos, pero a las dos de la tarde cuando ya casi era hora de cerrar llegó uno de los agentes que vendían juguetería y novedades. Mi tío solía hacerle algún pedido para la temporada navideña pero a la mitad del año esa mercancía salía muy poco. El hombre cargaba una maleta de donde fue sacando su mercadería insistiendo en levantar un pedido, mi tío le argumentaba que iba a tener esa mercancía sin moverla muchos meses, con el dinero invertido y además sin tener lugar donde colocarla, el viajero le mostraba las novedades, entre ellas una hermosa cajita de música que mediante la cuerda tocaba lindas melodías, mi tío aceptaba que era un bonito juguete pero argumentaba que la gente de Lagos difícilmente la compraría, al final convinieron en que mi tío haría el pedido pero que debía surtirse y cobrarse hasta el mes de diciembre, concluida la operación ambos se despidieron con un caluroso apretón de manos.

Era mi hora de salida y decidí seguir al viajero que se fue derecho a comer a la fonda.

-Señor –le dije- ¡Qué hermosa es la cajita de música que le mostró a mi tío!

-¿Verdad que sí? –respondió el vendedor entusiasmado- pero siéntate, ¿No deseas comer conmigo?

-Muchas gracias pero me esperan en casa –le expliqué- pero me gustaría saber cuanto cuesta la cajita musical.

-¿La quieres comprar?

-Sí señor. Es para un regalo.

-¡Claro, y vas a quedar muy bien! ¿Cuánto hace que trabajas en La Fortuna?

-Tres años señor.

-¡Y cómo te va?

-Muy bien. El señor Jacinto es mi tío, bueno casi mi padre le diré, porque a mi papá lo perdí en la guerra.

-¿En la guerra? ¿En qué guerra?

-En la de los cristeros. –aclaré.

-¿Perdiste a tu padre, quiere decir?...

-Qué lo mataron señor, murió luchando por la fe, por nuestra fe.

-Lo siento –dijo el hombre realmente compungido- mira te venderé la cajita enteramente al costo, y en cuanto llegue a México haré que te la empaquen y cuando venga al cobro a la tienda me la pagarás. ¿De acuerdo?

-Gracias señor, pero... es que no podría esperar.

-¿Qué no puedes esperar?

-Es que mi amiga se va mañana ¿Comprende usted? Mañana sale a Guadalajara y a mi me gustaría regalársela antes de que parta.

-Pero es mi muestra, con la que trabajo...

-Ayúdeme señor. Yo puedo pagársela en seguida; y le prometo convencer a mi tío para que compre otras cuando llegue la navidad, total es cuestión de hablarles a los clientes, convencerlos y mostrárselas para que vean cómo funciona...

El hombre se sonrió y cuando le traían el plato de sopa en ligar de tomar la cuchar sacó de la maleta la caja y me la entregó.

-¡Tómala, es tuya!

-Gracias señor. Y ahora dígame por favor cuanto le debo, para ir a mi casa a traer el dinero, aquí está cerca y no tardaré ni diez minutos.

-Ya me la pagarás cuando regrese. Y si logras convencer a Don Jacinto que me compre otras, no te la cobro.

Tomé la caja encantado, dando repetidas veces las gracias al viajante. Quería que Araceli tuviera al menos un recuerdo mío. La caja tocaba el vals “Ondas del Danubio”, aquella música vibraba en mi corazón y en mi pensamiento. Nati envolvió el regalo y le puso un listón.

-Espero que Araceli se recordará de ti. Es una buena muchacha; y el obsequio le va a encantar.

Cuando daban las diez de la mañana en el reloj parroquial, Araceli vino corriendo muy apresurada para despedirse.

-Te trigo la dirección de la casa de mis tíos donde voy a vivir –me dijo entregándome un papel- pero debo irme en seguida, mi papá es muy impaciente y mamá no se ha tragado eso de que vengo por la bendición de la Virgen...

-Araceli, tengo esto para ti. ¡Es mi regalo de cumpleaños!

-Gracias por haberte molestado, pero no se si debo recibirlo...

-¿Por qué no? ¡Si yo te quiero! –balbucee suplicante.

Araceli tomó el presente y respondió:

-Yo también a ti. Gracias y adios, más bien hasta pronto, porque voy a regresar pronto ya verás. –Y reiteró- ¡Agradezco mucho tu regalo!

La vi correr hasta la estación apretando el presente.

Mi alma se fue tras de sus pasos, pero mi cuerpo tornó a la tienda, pugnando por detener las lágrimas.

-32-

La urbe episcopal vieja y lontana,
mi pueblo, mi casona, mi ventana,
la granja con su olor a mejorana.

Quedé roto, era un adolescente enamorado y cuando aún no había empezado a disfrutar lo que quizá hubieran sido las mieles de mi primer noviazgo, estas se trocaron en el amargo acibar de una ausencia; y aunque yo ni siquiera podía imaginar lo que era Guadalajara pues sólo había salido de mi pueblo para recorrer villorrios y rancherías presentí que Araceli iba a encontrar seguramente infinidad de distracciones y oportunidades para conocer y tratar a otros muchachos, entonces lo más posible sería que se olvidaría del pueblo y del pobre pretendiente pueblerino. Sin embargo, no todo estaría perdido, Araceli, pese a su extrema juventud, no debía pertenecer por su formación a esa clase de chicas superficiales que se dejan atrapar por la novedad, y recordaría la delicadeza con que yo me había acercado a ella, así conviniendo en que lo único que me quedaba era escribirle, empecé a enviarle cartas, al principio, para enviarle saludos y buenos deseos y después para decirle cuanto la extrañaba y deseaba volver a verla.

Y una nueva inquietud alteró mi tranquilidad; preguntar a todas horas en mi casa si había llegado carta para mí, y espiar al cartero cuando rondaba por la tienda o por mi domicilio.

Empecé el tercer año de secundaria, haciendo esfuerzos por concentrarme más en los estudios. Nati e Irene me motivaban arrastrándome los domingos a la serenata en la que me presentaban a sus amigas, pero yo rechacé obstinadamente noviar con ninguna, y en los encuentros que consideraba insulsos y hasta aburridos todo quedaba en un rato de conversación del que me olvidaba al siguiente día.

Por aquellos días un tío de Araceli, Luís Rincón Gallardo abrió el cine Rosas Moreno y la novedad y la evasión que podía proporcionarme ver películas me distrajo, y los viernes apenas salía de la tienda asistía a la función con alguno de mis primos o compañeros de la escuela aprovechando la entrada al dos por uno, así vi no se si tres o cuatro veces “La madrina del diablo”, las películas de “Tarzán”, “King-kong”, “Gunga Din” y la que protagonizaba el niño indio Sabú con Tony Curtis “El ladrón de Bagdad”.

Fuera del cine comprábamos golosinas que vendían Don Juanito y Sofía “la loca”, y en ocasiones los exquisitos dulces regionales que Doña Porfiria exhibía en un canasto limpio con una servilleta almidonada y que decir de los raspados que Doña Cata siempre sonriente y de amable carácter nos preparaba, y al terminar la función la familia Barbosa solía repartir cacahuates, semillas de jamaica, limas y limones reales.

Un día al regresar del cine Nati me recibió con una buena noticia, Araceli me había contestado; mi buena hermanita que gustaba ser juguetona y traviesa me hizo repelar un buen rato antes de entregarme la carta que tuve que arrebatarla después de corretearle un buen rato por toda la casa. El sobre contenía algunas postales de Guadalajara y Araceli, cuya letra menuda, acentuadamente femenina, me encantó al instante, en el reverso se disculpaba por no haberme contestado antes, ocupada en sucesivos viajes al lago de Chapala, al Santuario de Zapopan, las barrancas de Oblatos y la cercana Tlaquepaque, además de asistir a tertulias, fiestas balnearios y hasta un baile familiar, atendiendo invitaciones de sus numerosas primas y amigas, -Ya te contaré cómo fue mi fiesta de cumpleaños –me escribía- y luego para despedirse me deseaba pasar una bonita navidad y terminar mi secundaria con excelentes notas.

Sus noticias me dejaron eufórico y volví a releerlas decenas de veces al grado de que siempre traía el sobre con las tarjetas en el bolsillo de mi chamarra, en respuesta escribí una larga rata en la que le agradecía el haberse recordado de mí, asegurándole que a todas horas pensaba en ella.

Pasaron otros seis o siete meses, en que a pesar de que yo escribía al menos cada quince días, Araceli me envió otra carta, en ella me notificaba que estaba estudiando para terminar su educación media y que por las tardes tomaba además clases de piano

con una maestra que vivía cerca de su casa, al final mencionaba que iba a hacer pronto un viaje a las playas de Cuyutlán ofreciéndome enviarme algunas fotografías con vistas del mar, que yo me imaginaba sería cómo una laguna inmensa.

Respondí con media docena de misivas en las que me atreví a preguntarle cuando pensaba regresar a Lagos; y volví a sumergirme en aquella mentira que me entretenía: el cine, con su desfile de mujeres hermosas que eran cual fantasmas que se asomaban para desaparecer: María Fernanda Ibáñez, Margarita Mora, Susana Guizar, Olga Jiménez, Stella Inda, Marina Tamayo, María Luisa Zea y mucho después Esther Fernández.

En Octubre después de pasar los exámenes de todas las materias me entregaron mi certificado de secundaria. Mi tío Jacinto me regaló cincuenta pesos y en casa mi abuela Juanita que empezaba a quejarse del mal que se la había de llevar unos meses después, la hidropesía, a pesar de sus pies hinchados por el líquido que la consumía, cocinó un exquisito manchamantel y mi abuela Inés completó el menú con una jericaya tan deliciosa que jamás he vuelto a probarla

-33-

En el viejo cofre lo dejé guardado,
el habito pardo que llevé ceñido
cuando fui novicio de mi noviciado.

Libre de los estudios asistía con más frecuencia las juntas de la ACJM donde el presidente con palabras melosas me reprochaba no poseer la acentuada devoción religiosa de mi padre quién no había dudado un instante en sacrificar su vida en defensa de la fe. Me justifiqué cómo pude, pero en mi interior reconocía que mi verdadera religión era el amor, mi inmenso amor por Araceli. Esa obstinación hacía perder la paciencia a mi hermana que me prevenía:

-Mientras tu te quedas aquí pensando en ella, seguramente estará divirtiéndose, si es que no está ya de novia con algún muchacho.

Aunque crueles sus palabras revelaban la verdad, por más que yo intentaba aferrarme a una esperanza, si bien un día, con los pies en la tierra me pregunté que era lo que realmente esperaba. Araceli era una muchacha que pertenecía a otra clase social distinta a la mía y difícilmente aceptaría casarse, aún estando enamorada, con el simple dependiente de una tienda, mis ahorros ganados con esfuerzos eran ridículos y yo jamás podría ofrecerle una vida medianamente cercana a lo que ella debía estar acostumbrada, entonces tarde o temprano tendría que llegar el único desenlace posible: se casaría y ya no volvería a saber más de ella, por más que yo no me sentía capaz de renunciar a seguirla amando y mucho menos a enamorarme de otra muchacha o a pensar en casarme.

Una tarde triste de noviembre, al salir de la tienda observé que llevaban al Señor sacramentado a visitar algún enfermo o moribundo. Hacía frío y viento y el sacerdote iba flanqueado por dos monaguillos, uno de ellos tocando una campana, y el otro portando el incensario, y todos dispuestos a cumplir su piadoso deber. Yo también estoy enfermo –acepté- de tristeza, de nostalgia, y vivo disimulando mi desesperación... ¿Y a mí no vendrá el buen Jesús a consolarme?

Ese pensamiento me llevó a pedir un milagro, por más que en la secundaria un maestro había insistido en que los tales milagros no existen; y entonces lo que yo pedía, que era un imposible, más allá de lo razonable, aunque frecuentara iglesias, encendiera lámparas e hiciera rogaciones, no podría detener o cambiar los acontecimientos, por lo

tanto lo mejor era no solicitar el amor sino la paz, no la ilusión de lograr a mi adorada, sino la resignación para desearle el bien y la felicidad que indudablemente merecía.

Las juntas de la ACJM terminaron por jalarme a las iglesias donde me encontraba frecuentemente con mi abuela, rezandera de tiempo completo; pero para mi sorpresa, por esos días recibí una larga carta de mi adorada, donde me informaba que ya empezaba a ejecutar piezas sencillas y que hasta transcribía la música de la cajita que yo le había regalado al piano. También me refería cómo había admirado la famosa ola verde y el contemplar a distancia la erupción del volcán de fuego en Colima; y terminaba confesándome que “con todos los paseos siempre recuerdo a mi Lagos y a mi casa y por supuesto también a ti a quién deseo volver a ver muy pronto.” Al final de la misiva como antefirma había escrito:: Te recuerda con cariño, Araceli.

La carta que leí a Nati y a su novio con aire desafiante, cómo un triunfo personal, me colmó de felicidad y buen humor, y unos días hasta la di por bromear, mientras sentía crecer mi fe seguro de que mi ruego había sido atendido y escuchado, pero pasados algunos días. ella me hizo ver que la respuesta no significaba nada, era sólo una graciosa cortesía de muchacha bien educada, no había entre nosotros otro lazo que no fuera una agradable amistad la que debería disfrutar mientras se pudiera sin hacerme demasiadas ilusiones, tal vez sus razonamientos me llevaron a sentir la tentación de entrar al Seminario, y aunque carecía de la vocación y mi fe era sólo la del convenenciero pedigueño, sino lograba casarme con Araceli me quedaba el recurso de buscar una vida sin amarguras ni inquietudes.

Andaba en los diecinueve años, el bigote me brotaba a diario y tenía que rasurarme, leía cuanto libro encontraba a mi alcance y los domingos buscaba la fatiga de la excursión para cansar el cuerpo y al menos dormir una noche completa, a veces emprendía los viajes solo pues mis primos habían encontrado pareja y preferían disfrutarla en lugar de aventurarse por cañadas y llanuras.

Por esos días un tremendo pesar ensombreció mi vida y mi casa. Mi abuela Juanita se agravó el día que el agua le llegó al corazón y a los pulmones y pereció dulcemente, dejándome una tristeza que no se me borró en muchos meses. Escribí a Araceli notificándole el suceso y ella me correspondió enviándome un telegrama de condolencia .Cuando la llevamos a sepultar al panteón municipal le pedí que rogara por mí para que no sufriera por amor, en cuanto a pedir por ella, lo consideraba ocioso, pues fue el ser humano más noble y generoso que he conocido en mi vida. Su máquina Singer de coser, sus hilos y sus telas quedaron tal y cómo ella los había dejado. Nati y yo guardamos luto, pero después de algunos meses mi abuela Inés opinó que mi hermana era una muchacha y debía prescindir de vestirse de negro.

Unos meses después mientras yo estaba atendiendo a unos clientes que venían de San Francisco del Rincón, mi tío que había instalado un teléfono Ericsson en la tienda me dijo que tenía una llamada. Aquello era insólito, al tomar la bocina escuché la voz de Araceli, enmudecí de asombro y sólo después que me recobré supe que me llamaba para decirme que volvía a Lagos dentro de dos o tres días y que por supuesto tenía grandes deseos de verme y abrazarme.

-34-

Marcho de puntillas
por la calle inerte,
marcho temeroso
de que algo despierte...

No se me borrará de la memoria aquella tarde en que cayó uno de los peores aguaceros de la temporada de lluvias que iniciaba puntualmente a fines de mayo. El diluvio si bien lavó techos y calles vino acompañado de una tanda de truenos y relámpagos y a las diez de la noche con el cielo ensombrecido, el viento aullando y el agua descendiendo ruidosa por los caños, mi abuela Inés, quién cómo mucha gente repetía de rodillas en cada relámpago el “Jesús mil veces”, con las puertas y ventanas de la casa cerradas, encendió el cirio pascual rezando con mi hermana la letanía. Desde las ocho en que la luz eléctrica se había ido la casa estábamos a oscuras apenas alumbrados por las lámparas de petróleo lo que le daba al ambiente un aspecto tétrico propicio para las apariciones fantasmales de las almas del purgatorio a quienes se les permitía venir a solicitar de los vivos las plegarias para su liberación, según las creencias de las beatas; Malaquías con los pelos erizados y los ojos fosforescentes asistía al terrible espectáculo escondido bajo el sofá de la sala, mientras perro y gallinas se habían refugiado donde pudieron silenciosos y empavorecidos. La amenaza de una inundación ponía a temblar a todo Lagos y en algunas ocasiones cuando la lluvia amainaba un poco, se había conducido a la Virgen en procesión por las calles, clamando misericordia y rogándole que detuviera la tormenta cuyos estragos en el campo y en la siembras significaba la ruina de los infelices campesinos.

Sin embargo aquella vez dejó de llover a la media noche y no volvió a caer una sola gota más, aunque continuaban iluminándose de vez en cuando las montañas de la cordillera de Comanjá donde la tormenta desencadenaba aún su furia.

Sin dar mayor importancia al fenómeno y a la siniestra oscuridad que me rodeaba, mi espíritu y mi pensamiento giraban alrededor de la llamada telefónica con que me había regalado Araceli. La posibilidad de volver a verla, de hablarle, de volver a tenerla conmigo, así fuera un solo momento me habían colmado de una dicha, que sólo la mujer que amamos intensamente nos puede dar y la lluvia sólo me importaba en cuanto pudiera obstaculizar o retrasar el viaje de mi amada, y si bien recé con mi familia, mi plegaria implicaba más bien el ruego de que ella y los suyos pudieran llegar a Lagos y a su casa sin ningún problema.

Apenas dejó de llover guardé el poemario de González León y me dispuse a ir a la cama, el tremendo susto le había quitado a mi abuela Inés las ganas de ir a la cocina a calentar la cena y mi hermana que tiritaba no se si de frío o de miedo, tampoco tuvo la ocurrencia de llevarme un café.

Me desperté al día siguiente con el temor de que continuara la lluvia, pero para mi consuelo, el cielo lucía impecablemente azul sin la presencia de los cirrus amenazantes y el sol en todo su esplendor iluminaba la ciudad llena de charcos que lucía cómo recién lavada, y al igual que en todos los despertares de las mañanas provincianas las campanas llamaban a misa, entre el zurear de las parvadas de palomas. Mi abuela Inés con su inevitable delantal ya puesto desde temprana hora, se esmeraba en prepararnos un desayuno que compartimos con gato y perro.

En la calle aunque brincando charcos, el aroma de la panadería horneando picones, semitas y chamucos se me metió por la nariz.

Llegué a la tienda optimista, y contagiado el entusiasmo desbordante que descubría otra faceta de mi carácter. Mi tío Jacinto me observaba silencioso. ¡Ah, si Dios quisiera que sus hijos fueran buenos, los hubiera hecho felices!

A las dos de la tarde cuando me disponía a subir a comer, ataviada cómo una verdadera princesa, con peinado, maquillaje, zapatillas con tacones altos, vestido

escotado, se apareció en la tienda Araceli. ¡Ya no era la niña, la jovencita, aquellos años la habían vuelto mujer! ¡Y qué mujer! Era poseedora de un porte, una gracia, una feminidad exquisita que jamás se hubiera podido consolidar en una muchacha del pueblo. Guadalajara la había transformado. Y sólo los ojos más azules que el cielo de aquella mañana, el cabello sedoso rubio que acariciaba el sol haciéndolo brillar, apuntaban que se trataba de la misma jovencita que se había quedado incrustada en mi imaginación. ¡Ahora, era tan diferente! Tal si la imagen alojada en mi memoria resultara muy distante; y las formas que el vestido de seda se revelaban mal disimuladas, proclamaban la armónica belleza de su cuerpo soberbiamente escultural, reafirmando esa hermosura que sólo llega a manifestarse plenamente en las mujeres de Jalisco.

Si verla impactó a mis compañeros de la tienda, incluído mi tío Jacinto que se quedó unos segundos en suspenso, a mí me causó casi miedo, porque la belleza es también un poder ¡El irresistible poder que mueve al mundo!

No obstante la elegancia de su atuendo, las alhajas que portaba, la prestancia con la que llevaba el bolso de mano; su sonrisa continuaba siendo igual, y su sencillez, el agradable timbre de su voz, sus movimientos delicados seguían siendo los mismos que me cautivaron. Mi tío Jacinto se adelantó para saludarla y mis primos y Don Cosme con el aliento suspendido no se atrevían a acercarse y ella saludó a cada uno de mano con la sonrisa más amplia y al fin se acercó a mí para preguntarme:

-¿Y tú, como estás?

-¡Araceli!... –exclamé- y tardé para hilvanar unas palabras que fueron las mismas de siempre- ¡Qué hermosa estás!

Ella se rió francamente y tal si le dijera una confidencia se volvió para dirigirse a mi tío:

-El siempre me ve así.

-Es muy buen conocedor –dijo Don Jacinto galante y luego con amable cortesía la invitó a pasar y le ofreció un refresco- ¡Qué bueno que nos visita! ¿Y cómo están sus papás? –preguntó comedido.

-Mi padre sigue en Guadalajara donde los negocios lo han retenido y mamá cómo siempre muy bien, ya la verá usted.

Unos minutos de conversación trivial y yo ya más repuesto me acerqué a ella que después de probar el refresco empezaba a despedirse, porque según explicó aún debía hacer algunas visitas para saludar a las madres del colegio y a sus amistades, entonces la seguí unos pasos para pedirle:

-Araceli, tenía grandes deseos de verte y de hablar contigo.

-Pues ya me estás viendo –respondió alegre- y ya hablaremos todas las veces que quieras.

-¿Cuándo podré verte?

-Cuando lo desees. Tomaremos un café para que me cuentes todo lo que has hecho, ya se que terminaste tu secundaria y además veo que estás hecho un hombre y sigues muy guapo...

-Entonces... -murmuré.

-No hace falta encontrarnos en ningún sitio, ve a mi casa a buscarme.

-¿Podría ser hoy o mañana?

-Prefiero dejarlo para mañana, hoy tengo que saludar a medio pueblo y desearía tener mucho tiempo par ti.

-Entonces iré a buscarte.

-Pues claro. A mamá también le dará mucho gusto verte, y en cuanto a mí, ya no soy la chiquilla que te pasabas espiando cuando me traían las monjas al rosario...

-¡Y estaré feliz de tenerte toda una tarde para mí!

-¡Y muchas! ¡Todas la que quieras! –y se acercó para ponerme un beso en la mejilla y abrazarme como despedida.

Me quedé hechizado, la vi alejarse caminando con garbo, tal si se tratara de una aparición fantástica.

Mi tío a cuya perspicacia no escapaba nada, se adelantó para decirme mientras me ponía la mano en el hombro:

-Te felicito por tu buen gusto.

Y regresamos al trabajo.

-36-

Si alcanzáramos a narcotizar el corazón...

-Juan José agradezco mucho tus palabras y no dudo que me quieras tanto cómo dices, yo también te quiero cómo un amigo y si no he contestado a todas tus cartas es porque soy torpe para escribir y además estoy siempre ocupada. Por lo demás siento que lo que tú me propones de ponernos de novios no va conmigo, el noviazgo tiene por objeto conocerse mejor con miras al matrimonio y yo, al menos por ahora, no pienso casarme. Para ello haría falta que estuviera enamorada y yo no lo estoy de ti ni de nadie. También quiero que sepas que he venido a Lagos sólo por unos días, a recoger algunas cosas que me hacen falta en Guadalajara donde mi papá ha decidido radicarnos. No tendría caso iniciar un noviazgo tú aquí, yo allá...y eso de escribirnos, aunque me agrada recibir tus cartas, no creo que me llegara a inducir para tomar una decisión tan importante cómo es unirse a una persona para toda la vida.. en cuanto a lo de que deseas verme, puedes venir a Guadalajara cuando tú quieras y te prometo que siempre hallaré tiempo para recibirte y hasta para salir contigo a alguna parte, y aunque mis papás son muy conservadores y apegados a sus ideas antiguas tratando de mantenerme sujeta, yo intento darme mi lugar y defender mi independencia... y quítate eso de la cabeza, de que no puedes vivir feliz sin verme, es algo que me halaga pero que considero una niñería y aunque pone de manifiesto que eres un chico noble y bueno, a mí, al igual que cualquier otra mujer me agradaría sentirme protegida por alguien que sea fuerte, y un hombre nunca debe nunca doblegarse ante nadie y si saberse enfrentar ante cualquier circunstancia por difícil que se le presente en la vida... y por favor, no pongas esa cara, si tanto deseas verme pues aquí me tienes y podemos estar juntos si tanto lo deseas todos los días mientras permanezca en Lagos. Me gusta tu plática, tu afición por leer, y quisiera que me hablaras de tus planes para el futuro...en mí tienes una amiga dispuesta a escucharte y si puedo hacer algo por ti o hablar a mi padre en tu favor lo haré seguramente... y no pienses que rechazo ser tu novia por eso del apellido o de la posición social, y menos aún porque creas que no mereces a una chica cómo yo, porque lo importante en los seres humanos no es el dinero, que hoy lo tienes y mañana puedes perderlo, sino lo que eres capaz de pensar y de sentir. Ambos estamos todavía demasiado jóvenes, aunque aquí los muchachos suelen casarse a nuestra edad, yo pienso diferente. Deseo estudiar, aprender, divertirme, viajar, conocer mucha gente...y si algún día me llegara a inclinar por el matrimonio tal vez entonces tú y yo nos daríamos una oportunidad...-

Sentí cómo si me hubieran sumergido en el agua helada de una cisterna y me quedé mudo, sin saber que responderle, entonces consternado le pedí que al menos me tuviera compasión.

Araceli se desconcertó y casi indignada me dijo:

-No vuelvas a decir eso si quieres volver a verme...

Y al ver que yo estaba más pálido que un muerto se dulcificó agregando:

-Te prometo que sean cuales sean las circunstancias en mi vida, siempre me verás...

-37-

Soledad de un espíritu que en muletas
soporta su dolor...

El ferrocarril había llegado a Lagos en 1882 en que el central mexicano hacía parada en el cerro de San Miguel, el camino que implicaba un gran rodeo fue abandonado por los alteños que preferían bajar hasta Atotonilco para abordarlo cuando venían de Guadalajara o bajar en la estación de Santa María en la vía que llegaba hasta Ciudad Juárez cuando querían venir a Lagos o a León, otro tanto para hacer el viaje a Guadalajara.

Aquella noche después de ayudar con los equipajes a la estación me quedé esperando el arribo del tren al lado de Araceli y de Doña Concha rodeadas de sus numerosas amistades que se habían reunido a despedirlas. Seguramente por mucho tiempo o quizás nunca más habrían de regresar a su casa del pueblo donde mi amada había pasado su niñez y su adolescencia; y hasta algunas de sus maestras fueron a despedirla.

No faltaron los buenos deseos, los abrazos, las sonrisas y las expresiones de estimación de los sirvientes y de quienes se quedaban al cuidado de las propiedades e intereses de la familia y las seguridades del administrador quién afirmaba que todo iba bien y que cualquier incidente lo reportaría inmediatamente a Don Gonzalo para que adoptara las medidas necesarias, otro tanto ocurría con los parientes que rodearon materialmente a madre e hija; no obstante Araceli consiguió apartarse un momento de ellos para venir a mi lado los últimos minutos.

-He pasado unos días inolvidables en tu compañía. Nos divertimos mucho y te estoy muy agradecida. No quisiera llevarme la idea de que te quedas triste, sólo nos van a separar algunos kilómetros, pero no me voy a morir; y ya te dije, ven a verme a Guadalajara cuando puedas y si algo urgente te ocurriera tienes mi número telefónico y podrás llamarme.

La congoja se me había alojado primero en la garganta y después en el estómago y aunque sonreía, luchaba tenazmente porque las lágrimas no me traicionaran. Doña Concha me había mirado con simpatía porque a su corazón de madre no escapaba mi adoración por su hija.

En la mal iluminada estación parpadeaba una lámpara amarilla que iluminaba un trecho del andén. Los minutos de espera se alargaban y el telegrafista y el jefe de estación que se sacaba el reloj reglamentario del chaleco azul, prevenían a los viajeros, anticipándoles que aunque el tren se hallaba ligeramente retrasado no tardaría en pasar. Yo no sabía si desear que aquella espera se prolongara para tener cerca unos minutos más a Araceli, o que el convoy llegara y aquel refinado y espantoso suplicio concluyera y yo pudiera correr entre mi desesperación a llorar .donde no me vieran o ir a lanzarme al río, porque sentía que la muerte era cual una liberación y un escape al sufrimiento que me consumía y al que me sentía incapaz de soportar. Al fin pasadas las nueve de la noche se oyó a lo lejos el trepidar del convoy que se acercaba, apareciendo en el fondo

del camino el ojo luminoso de la potente farola de la locomotora. En esos momentos hubiera sido más piadoso arrojarme a las vías y acabar aquella agonía, y me reprochaba que el miedo al dolor físico me venciera, si lo hubiera intentando cuantas penas mucho más crueles me habría ahorrado, pero el destino es el amo más inflexible y no nos deja escapar, apretando más los lazos que nos ciñen para sufrir el tormento decretado, arraigándonos en el dolor, en el inmenso dolor de perder incluso lo que no nos pertenece porque ni siquiera lo hemos ganado, de renunciar a seguir siendo las marionetas en el drama de pesares que es la vida, de seguir amando sin tener al ser que amamos, Y empecé a dudar de la buena voluntad de Dios para con sus hijos ¿Donde estaban entonces su misericordia, su amor por las criaturas indefensas? De tan deprimentes pensamientos me sacó el fuerte chasquido del aire que enfrenó al tren, el ir y bajar rápido de los viajeros y el campanilleo redundante urgiendo las maniobras. Los del expres se apresuraron a subir los equipajes de los viajeros y yo me acomodé a ayudar a subir a Doña Concha y cuando hice otro tanto con Araceli, sin poder reprimir el llanto y con la cara mojada en lágrimas nos abrazamos brevemente mientras le murmuraba:

-Te juro que nunca dejaré de adorarte.

Mis lágrimas desobedecían sus recomendaciones y lo convenido, me miró severa pero me rozó brevemente los labios en la mejilla respondiéndome:

-Yo también te quiero pero no llores.

El sonido agudo de un silbato puso fin a la escena, la locomotora lanzó unas bocanadas se vapor seguidas de un vómito de humo negro y sus pesadas ruedas comenzaron a girar dando un tirón a la prole de vagones, el tren comenzó a caminar penosamente, vi a Araceli diciéndome adiós tras el cristal de un ventanillo y luego el rápido desfile de las ventanas iluminadas y al último las luces rojas de los protectores colocados en el último vagón y al final la oscuridad más absoluta. Entonces cómo un ciervo herido corrí alejándome de los parientes amigos y demás gente que había asistido a la despedida, alguien dijo: ¡Es el muchacho de “La Fortuna”! pues seguramente mi palidez y mi cara bañada en lágrimas deben haberles despertado la curiosidad, pero yo ya estaba lejos a cincuenta pasos de ellos y roto, herido, huía, buscando en la noche entibiecida una prenda, una señal de la bondad de Dios, algo que me indicara que no estaba solo y que El me acompañaba en mi desamparo. Pero ni eso llegó, y yo sufrí aquella horrible noche vagando cual un enajenado por las orillas del río, sin encontrar valor para presentarme en mi casa ante mi abuela Inés o a los ojos de Nati quién seguramente me acosaría a preguntas y regaños, pensé en ir al panteón a la tumba de mi abuela Juanita pero algo me dijo que era inútil buscarla debajo de la tumba y me puse a invocar su espíritu transido de dolor y desesperación, rogándole que me auxiliara con un poco de consuelo. Tal vez desde aquella noche se fue aflojando mi fe y cuando decidí llegar a mi casa daban las seis de la mañana, mi pobre abuela había pasado la noche esperándome y ni siquiera se había desprendido del delantal, llevaba impreso en la cara tal sufrimiento que sin decirme una sola palabra, cruzó una mirada con Nati y me dejaron ir a lavarme para volver al trabajo. Nadie podía hacer nada, sólo Dios y Araceli, quién estaría llegando a su destino soñolienta y con la fatiga del viaje.

A las ocho me presenté en “La Fortuna” y aquella mañana comencé a volverme hombre.

-38-

¡Ah viejecita que me contabas,
cuentos de brujas y encantamientos,
no todo es ido, no todo ha muerto,
llevo en el alma tu umbroso huerto,

aún brilla el brillo de tus agujas
que me bordaron el pensamiento...

No pasó desapercibido para Araceli el profundo dolor que me significó su despedida y días después recibí una carta en la que me reiteraba las gracias por mis atenciones al par que me reprendía por mi comportamiento. -“el que me quieras tanto halaga mi vanidad de mujer, pero no quisiera que lo que sientes por mí se me convierta en culpa...”

Sus letras me serenaron, seguí escribiéndole y si bien nunca respondió a todas mis cartas, si me contestó aunque brevemente algunas, casi siempre hablándome de cosas triviales que nada tenían que ver con su intimidad: paseos, nuevas piezas y progresos en el piano y hasta de una función el Teatro Degollado a la que asistió.

Cumplí mis veinte años pidiendo a mi abuela Inés que ya pasaba de los ochenta y a mi hermana que se abstuvieran de hacerme ningún festejo. Me alejé definitivamente de la ACJM pese a los insistentes llamados del presidente, empecé a faltar a misa y nunca más volví a confesarme, y aunque seguía tratando a los clientes con cortesía se había acabado mi entusiasmo.

Mis primos enredados en noviazgos y aventuras se fueron alejando de mí, mi hermana Nati hacía los preparativos de una boda que después no llegó a realizarse, y la vida monótona de Lagos empezó a asfixiarme. Pasaba largas horas recluido en mi cuarto sobre la cama pero sin cerrar los ojos intentando imaginarme que estaría haciendo Araceli a esas horas, por más que ella en algunas cartas me describía su casa y algunas de sus actividades habituales.

Me volví parco en el hablar, madrugaba por las mañanas después de desvelarme inútilmente la noche anterior, comía poco y con frecuencia se me olvidaba hacerlo, al principio la di por visitar a mi antigua maestra de Literatura, pero un día cerré el libro con los versos de González León. Me volví solitario, anti social, los jueves y domingos que la gente se animaba en la dichosa serenata yo deambulaba lejos por los sitios solitarios mirando fundirse la tarde en la noche estrellada.

Por esos días empezaron los preparativos de la feria que cada año se celebraba puntualmente del 28 de julio al 13 de agosto.

Una tarde de domingo apenas cerramos la tienda mi tío me pidió que me quedara unos minutos

-Juan José esto no puede continuar así. -Me dijo gravemente.

-¿Qué es lo que no puede continuar así señor tío?

-Tú.

-¿Qué he hecho señor, en qué he faltado?

-¿Qué no has hecho? -me preguntó- ¡Me imagino que todo lo que has podido! Y mira cómo estás...

-¿Cómo estoy?

-Sí. ¿No te has visto?...la pena se te asoma hasta por los poros...

-¿Qué pena señor tío?

-¿Acaso supones que no lo se? Soy hombre igual que tú y me imagino lo que estás sintiendo, por lo tanto he pensado que lo único que te queda es seguirla, convencerla, hacer locuras, ¡No serás el único! ¡Todos las hemos hecho! pero no quedarte así...no te va a ser fácil convencer a su familia...y seguramente ella debe tener otros planes o estará enamorada de alguno de los muchos pretendientes que seguramente tendrá, pero tú te mereces cuando menos la oportunidad de luchar, porque apenas tienes veintiún años y mereces una vida mejor...

Empecé a llorar, la comprensión y la bondad de aquel hombre me llegaron hasta lo más profundo del alma.

-Tío... ¿Cómo sabe usted todo eso? Si yo he procurado ocultarlo lo más que he podido...

-Tanto, que todo el pueblo lo sabe. Juan José: he decidido mandarte a Guadalajara. Te daré algún dinero para que empieces a abrirte camino. Desearía que estudiaras y en todo caso con mis relaciones con las que habré de recomendarte podrás trabajar allá, y entonces, tal vez, cerca de la muchacha, la podrás convencer... parece que la niña tiene un carácter y hará su voluntad aunque todos los Rincón Gallardo juntos conspiren para que te olvide y aún para casarla con alguno de su tamaño y que no te vuelva a ver

-¿Pero entonces ya no estaré más con usted querido tío?

Don Jacinto rió socarrón.

-Si no me ves me extrañarás un poco, pero la irás pasando aunque me recuerdes, pero si cuando menos no ves a Araceli, acabarás destruyendo lo único que posees: tu juventud. Tengo confianza en que la buena educación que has recibido de tu abuela Inés te preservará de los vicios. El alcohol, las mujeres, el juego o los malos amigos no te solucionarán nada y hasta te alejarían más de lo que quieres. Sólo la mujer es la que nos hace, ella nos trajo al mundo y es la única que nos vuelve a hacer. Lucha por ella, procura seguir así y tal vez tu conducta intachable la convenzan de que harías un buen marido, entonces pudiera ser que llegue a amarte y tendrá que quererte mucho para imponerse a su familia...

Abracé a mi tío. A mi abuela Inés que lloró días enteros y a quién cruelmente abandoné cuando ella más podía necesitarme, y si bien nunca dejé de enviarle dinero, de escribirle y seguir al pendiente de su bienestar y de su salud, murió un año después atendida por Nati quién le cerró los ojos. También dejé a mi hermana, a mi Lagos, a mi tío quién hasta me ayudó a subir la maleta al tren y aún el novio de mi hermana a quién rogué que la tratara bien pues era una excelente muchacha y partí para Guadalajara con unos pesos en el bolsillo y dispuesto a buscar a mi hermano mayor y a mi tía Eloisa a quién no conocía.

SEGUNDA PARTE

GUADALAJARA

...como amo yo aquello que siendo no fue...

-1-

...el contemplador absorto ante lo contemplado...

El paisaje se fue fugando de los ventanillos. La locomotora lanzó un alarido triste a la mitad de la llanura, y poco a poco el perfil de la enorme ciudad se fue haciendo visible entre el esfumino de la neblina mañanera. La chimenea de la poderosa máquina lanzó una bocanada de humo negro que culebreó en el cielo antes de disolverse, luego, la máquina, fue aminorando su velocidad y resoplante, armada de su agudo y estremecedor silbato que sonaba cual un largo quejido, valida de sus tentáculos de acero, avanzó lentamente entre los suburbios, tal si un estertor de moribundo se hubiese adueñado de pronto de sus hierros rodantes. Su campana sonsoneó y fue descubriéndose poco a poco, al fondo, el andén de la estación ferroviaria sumergida todavía entre la luz azulada de la noche y el aperlado tono de la mañana.

Descendí del vagón. Hacía frío. Llevaba en una mano una maleta que contenía mis pertenencias y en la otra una bolsa en la que mi abuela Inés había empacado para su hija queso de Lagos, miel de colmena, mantequilla envuelta en hojas de elote, requesón y frutas en conserva.

Como cualquier provinciano recién llegado tuve que valerme de las informaciones de la gente que encontré, quienes me señalaron cómo llegar a la Avenida 5 de Mayo.

Sin poder ni siquiera suponerme la extensión de la capital del estado e ignorante de la ruta que seguían los numerosos autobuses, tomé la calzada de Independencia, atravesé el parque Agua Azul y después de caminar un buen trecho encontré al fin la 5 de Mayo, lo demás, el número 187, fue fácil y cuando daban las nueve de la mañana entraba a un patio repleto de plantas, y macetas con helechos y flores de todas clases y colores, un coro de pájaros gorjeando en una pajarera y hasta un corredor envigado aunque de menor tamaño, idéntico al que había en mi casa.

-¡Tía Eloisa! –Llamé con voz fuerte dos o tres veces.

Al fin envuelta en un chal de estambre, con el cabello gris y portando las indispensables antiparras apareció una señora quién debe haber tenido por lo menos sesenta años.

-¿Quién habla? –Preguntó asomándose.

-Soy Juan José.

La viejecita bajó las escaleras tan rápido cómo se lo permitieron sus piernas y vino a recibirme.

-¡Juan José! ¡Juan José! El otro hijo de mi hermana Josefina que yo no conocía...Pasa hijo, pasa, te estamos esperando desde hace días. ¡Pero si eres un hombre! Mi madre Inés me escribía que eras un muchachito.

-Tengo veintiún años tía- le aclaré mientras correspondía a su cálido abrazo.

-¿Y acabas de llegar? –me preguntó ¿Vienes de Lagos, verdad? ¿Y cómo ha sido tu viaje? ¿Es muy cansado, verdad? - me interrogó acumulando las preguntas.

-Ha sido mi primer viaje en ferrocarril y aquí me tiene usted por primera vez en Guadalajara.

-Entra, entra por favor. ¡Esta es tu casa! ¿No habrás desayunado verdad? Deja, deja eso que traes en la mano.

- Tía, muchas gracias –respondí- pero no quisiera darle molestias...

-¿Molestias? ¡Si estoy muy contenta de verte! ¡Me moría por conocerte! – y con voz fuerte agregó- ¡Tomasa! ¡Tomasa! ¡Ven a conocer a mi otro hijo! ¡Es Juan José! ¡Juan José el hijo de Josefina! ¡El que se quedó en Lagos con mamá Inés!

Tomasa, quién después me enteré que se trataba de una sirvienta vieja que había adquirido hacía años la calidad de parienta, aunque más joven que mi tía y vestida exactamente igual, con un severo traje gris, zapatos bajos, chal y el cabello recogido en un chongo por detrás, se adelantó para verme y saludarme, abrazándome al instante.

-¿Con qué eres Juan José? preguntó tuteándome-

-¡Mira qué crecido está! –Insistió mi tía- yo pensaba que era apenas un muchachito.

-Lo es, señora –dijo Tomasa- sólo que es muy alto- ¿Cuántos años tienes hijo?

-Veintiuno señora –repetí- y ya cumplidos...

-Hay que darle de desayunar –insistió mi tía- pero siéntate por Dios, acomódate- Vas a encontrar a tu hermano Joaquín del que tampoco te has de acordar, pero a la tarde cuando venga ya lo reconocerás.

La señora Tomasa se fue a perder en lo que supuse sería la cocina, mientras yo me ocupaba de entregar los regalos que envió mi abuela y que mi tía Eloisa recibía, agradeciéndolos con verdadero entusiasmo.

-Mi madre siempre tan obsequiosa, tan espléndida –comentó- ¿Y a propósito cómo la has dejado?

-Bien, querida tía. A sus ochenta y tantos años todavía entera, con su dentadura intacta, comiendo de todo y cuidando sus patos, sus gallinas y sus pájaros...aunque usted seguramente sabe que murió mi abuela Juanita.

-¿Cómo no he saberlo? ¡Si hasta le mandamos decir sus misas!

Mi tía Eloisa se había casado con un empleado de la Hacienda quién trabajó más de cuarenta años para la oficina de recaudaciones, y se había quedado a vivir en Guadalajara, en la casa que le compró su marido, viviendo de una modesta pensión que el gobierno le había concedido, por los servicios del difunto.

Su matrimonio fue estéril y no tuvo hijos, por lo que al morir mi madre, le pidió a mi abuela Inés que le permitiera criar a Joaquín, que huérfano cómo yo, precisaba de los cuidados de una madre, y de quién apenas yo me acordaba vagamente.

En el desayuno que compartí con mis amables anfitrionas hubo chocolate, picones de huevo, leche con camote y calabaza enmielados y frijoles bien refritos aderezados con salsa de chile de árbol, crema y topopos.

Entonces dije a mi tía que me había impresionado mucho encontrar una ciudad tan grande, y que ese mismo día pensaba ir en busca de una casa de asistencia o pensión, lo que de inmediato contrarió mucho a la buena señora, indicándome con energía que jamás iba a consentir que yo viviera en otro lugar que no fuera su casa, a la que debería considerar cómo mía, y para pronto me entregó una llave, toda vez que pidió a Tomasa que inmediatamente me preparara la recámara continua a la de mi hermano.

-Aquí te encontrarás cómo en Lagos –me aseguró- yo he sido la madre de tu hermano y también podré serlo de ti, cómo se lo ofrecí a mamá Inés.

Inmensamente agradecido la enteré de que traía una recomendación que mi tío Jacinto me había hecho el favor de darme para los Sres. Castañeda&Delher que tenían una empresa de comisiones en la calle Gigantes, y que si conseguía colocarme y me quedaba tiempo después de mi trabajo pensaba estudiar, lo que las buenas señoras aprobaron al instante, alabando entre ellas mis buenas intenciones, luego me preguntaron por mi hermana.

-Natalia es una señorita muy agraciada –respondí- y está de novia para casarse.

-¡Qué bueno! –Admitió mi tía Eloisa.

-¿Y tú tienes novia? –Me preguntó la señora Tomasa.

-¿Cómo no ha de tenerla? –Dijo mi tía, respondiendo por mí- habiendo tanta muchacha bonita allá en Lagos, porque las alteñas son las mujeres más bellas del estado.

-Pero no tengo novia tía, sólo tengo algunas amigas –dije con franqueza.

-Aquí la vas a encontrar –dijo la señora Tomasa- hay muchas tapatías en edad de merecer, y más de alguna va a desear pescarse un muchacho guapetón como tú.

Los amables cumplidos se multiplicaron, y al final yo acepté residir y comer en la casa de mi tía, siempre y cuando me permitiera contribuir a su sostenimiento, la buena señora me contestó que eso ya se vería cuando consiguiera trabajo, y cómo me insistieran en que debía descansar, me hicieron ir a la cama, dejando para el siguiente día el presentarme con el señor Castañeda

Fatigado del viaje, dormí de un tirón hasta las cuatro de la tarde, cuando me llamaron a la puerta.

-Juan José –dijo desde fuera mi tía Eloisa- adivina quién ha llegado...

Me levanté al punto aunque todavía soñoliento a abrir la puerta, y frente a mí enfundado en un grasiento overol con manchas de aceite y gorra de trabajo estaba un muchacho que era casi mi doble, aunque de mayor edad: Joaquín.

-¡Hermano! –Me dijo- abrazándome con ganas -¡Qué bueno tenerte aquí!

-2-

Aunque ciertamente éramos muy parecidos en lo físico, el carácter de Joaquín era muy diferente al mío; él poseía un excelente sentido del humor, era práctico, dicharachero, se diría que hasta feliz disfrutando de los pequeños placeres que obtenía de su vida, trabajaba puntualmente como mecánico las ocho horas reglamentarias en la casa redonda del ferrocarril del Pacífico, y en sus horas libres no desdeñaba jugar una partida de billar o beberse un tarro de cerveza fría con sus compañeros. De vez en cuando leía los encabezados de “El Informador” y gustaba asistir a una sesión de cine acompañado de alguna amiga, ya que las novias le aburrían y cuando empezaba a volverse informal le terminaban sus noviazgos. No obstante era un buen muchacho, su sonrisa franca, sus ojos bondadosos atraían amistad y confianza; y al siguiente día de conocerme ya me estaba tratando tal si hubiéramos vivido juntos toda la vida.

Al día siguiente que era viernes me presenté con el señor Castañeda quien enterado de la carta de mi tío, empezó a interrogarme primero para saber cómo se encontraba él; y después sobre mi experiencia en el comercio y mi preparación escolar, por último me preguntó si sabía escribir a máquina, hacer facturas y documentos y si me interesaría el trabajo en una casa de comisiones que se dedicaba a la compra y venta de granos principalmente, al final accedió a ponerme a prueba y me pidió presentarme el lunes siguiente a las ocho de la mañana, asignándome de momento un sueldo de trescientos pesos mensuales que me iría mejorando en razón de mi desempeño, señalándome que el horario de salida era a las cinco de la tarde, lo que me permitiría estudiar, de preferencia, -pensé- una carrera comercial que me capacitara como Tenedor de Libros, lo que me permitiría obtener un trabajo mejor remunerado.

Ahora debía atender a lo más importante: ver a Araceli, ello me motivaba una gran ilusión, pero a la vez el temor de ser inoportuno o peor aún, la de encontrar que mi adorada tendría un novio, o por lo menos, cómo era de suponerse muchos pretendientes. Es verdad que ella me había franqueado su domicilio en Avenida de la Paz, donde yo podría enviarle cartas, pero otra cosa muy diferente era presentarme para lo que debería elegir las mejores ropas.

Mi tía Eloisa aguardaba con impaciencia mis noticias y cuando me vio llegar sonriente y satisfecho de la entrevista me aseguró que en Guadalajara había muchas oportunidades para un joven como yo y que me aguardaba un risueño porvenir si yo me empeñaba en superarme, Joaquín también se alegró, y después de que disfrutamos un opíparo almuerzo de bienvenida con que mi tía Eloisa y la señora Tomasa nos agasajaron, me invitó la tarde del sábado a dar un paseo por la ciudad, que iniciamos visitando los templos aledaños de San Sebastián y San José Analco; y después de una larga caminata en la que él se esmeró en mostrarme: jardines, plazas, avenidas, mansiones con hermosas fachadas y monumentos, desembocamos en la Plaza Tapatía presidida por la hermosa catedral y el Hospicio Cabañas al fondo. Aquella enorme explanada, sus jardines cuidados, kiosco, fuentes, portales, tiendas iluminadas cuyos escaparates exhibían todo género de artículos, verdaderamente me impresionaron.

¡Cuán diferente era todo de mi Lagos, apacible, casi monacal! Allá todos los vecinos nos conocíamos, y después de transitar por alguna avenida, ésta venía a parar siempre al campo, en cambio aquí todo eran calles y más calles y hasta me pareció que nunca se encontraría el fin de la ciudad, Joaquín se sonrió de mi apreciación, informándome que Guadalajara se había extendido mucho y abarcaba: Zapopan, Tlaquepaque, Tetlán, y

además los sectores: Juárez, Libertad, Hidalgo, Reforma; y que la urbe apenas se detenía al pie de los cerros del Chapulín y del Cuatro, la llamada Ciudad-Granja y los municipios de Huehuetitán el Bajo, así cómo las salidas a Chapala, Morelia, a Tesistán, Tonalá, Los Altos, y las Barrancas.

-Necesitarás cuando menos una semana para recorrerla –me aseguró- y lo mejor será que empecemos ahora con un paseo en carretela. Allí cómodamente instalados y entre el trotecillo del caballito me mostró una sucesión de maravillas cómo el Palacio de Gobierno, la Presidencia Municipal, el Teatro Degollado, la hermosa Avenida Vallarta y las elegante ruas que albergaban imponentes bellezas cómo la Rotonda de los Hombres Ilustres, la Plaza de la Liberación, y los Palacios Legislativo y de Justicia.

Cuando nos dieron las diez de la noche mi hermano decidió que era la hora de cenar.

-Las cenadurías en Guadalajara se especializan en la sabrosa comida regional: pozole, tostadas, birria, tortas ahogadas y todo ello con un vaso de tepache helado, muchos lugares se alegran con las músicas de los grupos de mariachis, y las parejas, y grupos de muchachas, algunas verdaderamente guapas se divierten sanamente y como ves, deambulan despreocupadas, corre el dinero y los jaliscienses nos damos buena vida.

Yo escuchaba a mi fraterno complacido, mientras él, lanzaba entre la charla miradas y flirteos, pero nuestra primera discusión se suscitó cuando yo me empeñé en pagar el consumo, a lo que él se opuso terminantemente alegando que esa noche era mi anfitrión.

-Cuando ganes mucho dinero me podrás invitar las veces que quieras -me anunció- y afortunadamente la vida me ha brindado la ocasión de apoyarlo muchas veces en cuanto he podido.

-3-

...tras una ausencia
te he vuelto a ver
y me ha traído
dulces recuerdos
de aquel ayer...

A la siguiente semana recién instalado en mi nuevo puesto de trabajo que me satisfizo plenamente, pues los socios, compañeros y clientes de la firma resultaron ser personas amables, apenas salí de la oficina, portando traje de casimir, camisa blanca y corbata me dirigí a la Avenida de la Paz, que por cierto desemboca en la calzada Independencia, sólo que el domicilio de Araceli se ubicaba en el sector de Nueva Galicia.

Conforme me iba acercando sentí que se había apoderado de mí un nerviosismo tal que me secó la boca y me provocó flaquear las piernas. Caminaba rápido entre la prisa por llegar y la conveniencia de aparecer sereno y confiado.

Iban a dar la siete de la noche y la tarde tibia, iluminada por el sol que aunque ya se estaba ocultando aún lanzaba sus rayos dorados sobre las cúpulas y azoteas de mansiones y edificios. Pronto me hallé frente a una residencia que aunque sólo contaba con un sólo piso, mostraba los trazos elegantes que correspondían al abolengo de sus habitantes. El ancho portón de madera fina ostentaba un remate superior de piedra pulcramente labrada y lucía en mitad de dos balcones que a derecha e izquierda se engalanaban con el mismo motivo y sus salientes balustradas de cantera gris les daban

un toque de exquisito buen gusto, en tanto que por las puerta ventanas pintadas de blanco se asomaban primorosos cortinajes y brillaban lámparas tras los cristales; ¡Balcones hechos para una novia que entreabre sus puertas para escuchar una serenata!

Aquella suntuosidad me cohibió y la poca seguridad que aún me restaba empezó a esfumarse, no obstante armado de valor llamé con la aldaba de bronce. Una sirvienta uniformada de azul y con cofia y delantal blanco acudió a abrir la puerta entronizada en el portón de color nogal. Di las buenas tardes y pregunté por la señorita Araceli Moreno Rincón Gallardo.

-¿Quién la busca? –Preguntó la empleada.

-Juan José Estrada de Lagos.

La muchacha dejó la puerta entreabierta y fue a anunciarme, mientras yo escuchaba la música distante de un piano, y cuando vino a avisarme que podía pasar me hallé frente aun precioso jardín; la joven me guió hasta la sala que me deslumbró, tal era el lujo de los muebles, candiles, pinturas, tapete, floreros, bibelots de porcelana y sobre los sofás descansaban muelles cojines forrados de seda, en tanto que en el piano se escuchaba el esbozo de una mazurca.

-La señorita está en clase, pero me ha dicho que tan pronto termine vendrá a recibirle.

¿Desea el señor que mientras tanto le sirva alguna bebida: té, café o algún refresco?

-No, muchas gracias, es usted muy amable.

-Tenga la bondad de sentarse por favor.

Mientras ella se alejaba me senté en el filo de un sillón poniendo sobre mis rodillas el ramo de rosas rojas que iba a entregar a mi amiga.

A los cinco minutos apareció Doña Concha exhibiendo peinado y maquillaje a la moda, aretes y collar, enfundando su humanidad en un traje de dos piezas en tono crema y zapatillas al color.

-¿Con que vienes de Lagos?

-Muy señora mía... -me levanté apresurado.

-Te recuerdo perfectamente, eres el chico que trabaja en la tienda. ¡Pero sí estás muy crecido, hombre! ¡Cómo has cambiado tan pronto!

-En un año señora –aclaré- hace poco más catorce meses que tuve el gusto de despedir a usted y a la señorita Araceli en la estación de Lagos.

-¡Claro! ¿Y cómo voy a olvidarlo?... si hasta nos ayudaste a subir el equipaje, pero sigue sentado por Dios, a mi hija le dará mucho gusto verte, ahora está terminando su clase de piano.

Al principio Doña Concha me clavaba una mirada altiva, que se fue suavizando conforme apreciaba mis miramientos y atenciones, luego me preguntó por Lagos y por mis padres, y tuve que responderle que la provincia continuaba igual que siempre, tranquila, y que en cuanto a mis papás, ambos habían fallecido.

En esos momentos radiante, cual una aparición milagrosa, que aunque humana me pareció que tenía algo de divina; surgió Araceli. Llevaba sueltos los cabellos rubios que le caían graciosamente sobre la frente, los hombros y espalda, mientras por la láctea dentadura se asomaba aquella angelical sonrisa que era cómo una flor que se abre. Una dulzura virginal presidía sus gestos, sus movimientos, sus palabras de bienvenida, en las que se mezclaron la sorpresa y la alegría de volver a verme.

-¡Cómo estás? –me saludó- ¡Qué agradable sorpresa que hayas venido a verme! –dijo en tanto me abría los brazos y me estampaba un beso rápido, yo emocionado, más rojo que una amapola apenas atiné a estrecharla rozando con mis labios sus mejillas sedeñas.

-¿Y esas flores tan lindas son para mí?

-Permíteme por favor ofrecértelas... -respondí entregando el ramo.

-Ahora mismo las colocaré en un florero –dijo mientras las acomodaba en uno de aquellos hermosos floreros de porcelana.

-¿Pero porqué no me avisaste que venías?

-Pues por que –dije tartamudeando- mi resolución surgió así de repente; y aunque yo hace tiempo lo deseaba, mi tío Jacinto fue del parecer que debía apresurar mi viaje a Guadalajara.

-¡Claro! A conocer y a darte un paseíto... opinó Doña Concha.

-No exactamente señora. He venido a radicarme definitivamente.

-¿Pero qué me estás diciendo? –exclamó Araceli loca de alegría.

-Pues que he venido para quedarme a vivir aquí.

-Pero ¿Y a trabajar dónde? –Preguntó nuevamente la señora.

-Mi tío me ha recomendado con los señores Castañeda&Delher y hoy ha sido mi tercer día de trabajo.

-¡Jesús, pero qué rápido pasa todo ahora! -Dijo la dama.

-¿Y dónde vas a vivir? –Preguntó Araceli.

-Pues estoy en la casa de mi tía Eloisa con mi hermano mayor.

-¿Y desde cuando has llegado? ¿Por qué no me llamaste inmediatamente?

-Apenas hace cuatro días, y temí importunarte por teléfono...

-¿Importunarme? Si para eso te di el número.

-Gracias Araceli. ¿Y tú cómo te encuentras?

-Pues ya me ves, en camino de convertirme en una pianista.

-Le han dicho en la academia Serratos donde estudia –terció Doña Concha- que tiene muchas facultades para la música.

-¡Por Dios mamá! Lo que pasa es que soy tan impaciente, que abandoné los tediosos ejercicios del Beyer y del Hanon y me propuse comenzar a tocar algunas piezas...

-¡Nada de piezas! Imagínate, ya toca hasta valsos de Chopin.

Yo escuchaba atento sin enterarme quién era el tal Chopin, afirmando para mis adentros que lo que Araceli hiciera lo debía de hacer muy bien.

-Mamá siempre me anima...-dijo tímidamente, cómo disculpando los halagos de Doña Concha.

-Solamente digo la verdad. Ya la escucharás. El próximo sábado tendremos una tertulia y Araceli tocará en público por primera vez.

-Ningún público –aclaró Araceli- se trata de algunos conocidos y amigos que vienen a conversar y a tomar café, tú también estás invitado, la reunión será a las ocho de la noche.

-Muchas gracias –acepté entusiasmado- desde luego que vendré.

La sirvienta susurró algo al oído de Doña Concha y ella se excusó diciendo que volvería en unos momentos. Araceli yo nos quedamos solos, de pronto yo no supe que decir y me quedé contemplándola.

-Araceli ¡Cómo deseaba este momento! ¡Volver a verte! ¡Hablar contigo!

-Pues ya me estás viendo y puedes venir cuando desees, pero dime ¿Te ha gustado Guadalajara?

-¡Mucho! Pero eso es lo de menos... lo importante eres tú –y luego, pensando que había ido demasiado lejos agregué- mi hermano Joaquín me invitó a dar un corto paseo por la ciudad, instalados en uno de esos cochecitos que se llaman carretelas...

-¡Qué bien! Pero apuesto que te falta mucho por conocer, y ya iremos visitando algunos lugares...

-Araceli en tu agradable compañía, seguramente que todo me parecerá espléndido.

-Sólo necesitamos acomodar los tiempos. Tú trabajas y yo, debo acompañar a mamá a sus visitas sociales, que a veces, aquí entre nos, resultan largas y aburridas...

Doña Concha regresó y anunció a su hija que Don Gonzalo pasaría por ellas en unos minutos, Araceli me hizo un guiño, haciéndome notar su disgusto y percibí que ella hubiera preferido quedarse a charlar un largo rato conmigo. Yo me levanté para despedirme y Araceli me recordó que me esperaba el Sábado, Di las gracias por la hospitalidad a Doña Concha y a la sonriente Araceli, quién salió hasta la puerta a acompañarme, y me volvió a besar la mejilla mientras oprimía mis manos para despedirse.

-Hasta pronto –me dijo- y me clavó sus ojos, dulces, bellísimos, cómo trozos de lapislázuli.

-4-

Placer de no saber
que hora es ...

No supe como salí de la casa de los Rincón Gallardo, acaso pisaba en lana, sobre seda, o sobre una alfombra más suave que la pluma

No me cabe duda que el amor es el más sublime de todos los engaños. Ver a Araceli me hizo sentir ebrio de dicha el corazón y hasta recordé las palabras del padre Jiménez quién una vez fue a darnos una plática a los chicos de la ACJM “el infierno según Santa Teresa –nos dijo- es el lugar donde no se ama” y en cuanto a la felicidad, -añadió el presbítero- no sólo depende de lo que sucede a nuestro alrededor, sino de lo que pasa dentro de nosotros.

¡Y en aquel entonces yo fui feliz! ¡Inmensa y verdaderamente feliz! Y a Araceli debo el saber lo que es la dicha, porque la mujer que es soberana del amor y de la vida, lo es también de la ventura, y ella solamente puede concedernos el milagro de dárnosla o negarla.

Entonces comprendí que el amor tiene una lógica aparte, algo que no puede ser aceptado por quienes no lo han sentido, pero que yo, quizás influido en parte por las lecturas o por la parte novelesca de mi carácter, aprecié cabalmente después de aquel encuentro.

Y caminé, caminé sin rumbo fijo, tal si mis piernas de pronto hubieran adquirido una fortaleza que no vencería ningún cansancio, gozando aquella dulce voluptuosidad, recordando los gestos, las palabras, el atuendo, las sonrisas, las timideces de mi adorada, alternados con mis torpes balbuceos de provinciano; porque sólo cuando se ama mucho se es humilde, y yo no estaba predispuesto a ser el galán conquistador, engreído o presuntuoso, el hombre de mundo capaz de rendir a cuanta mujer se le presenta por delante, no, mi único interés consistía en entregarle mi ingenuidad, mi adoración, mi lealtad, por más que el escritor Joseph Roth que había leído en la biblioteca municipal de Lagos afirmara “que el deseo es sólo una ilusión...” yo agregaría que es ¡La más afortunada de las ilusiones! Y estoy seguro de que el escritor no se refería solamente al deseo carnal, sino a ese desear querer, amar, darse y recíprocamente disfrutar la presencia, las sonrisas, las miradas y las palabras del ser amado.

Hay veces que en el cuerpo no conseguimos que pueda cabernos el alma, o acaso, el alma, volátil, etérea, se resista a habitar ese montón de carne que llamamos hombre.

No se en que rumbos anduve, ni me preocupé en consultar el reloj que me regaló hacía años mi tío Jacinto y que yo había procurado cuidar y conservar por el cariño que sentía por el donador, sólo recuerdo que la noche tapatía se fue disolviendo en un azul y plata y que a mí me pareció que venía de pisar el paraíso.

-5-

...el vals no prosigas,
ya deja el piano
que es conjuro de nieve
tu blanca mano.

Esperé con ansiedad el sábado y cómo tuviera que enterar a mi tía y a mi hermano que estaba invitado a pasar una velada con una familia de Lagos, cuando Joaquín me preguntó de quién se trataba y le contesté que de los Rincón Gallardo, él quién estaba totalmente ajeno del abolengo provinciano me espetó: -¿Y quienes son esos?- y yo tuve que darle cuenta que se trataba de los que habían sido dueños del mayorazgo que comprendía entre otras la hacienda de Bellavista. Poco debe haberle dicho ese nombre pero me dio a elegir entre sus mejores prendas a fin de que me presentara con la mayor dignidad.

A las siete de la noche, cuando oscurecía, ya que el otoño regatea temprano las horas de luz, las nubes llameantes empezaron a hundirse entre el crepúsculo azul; entonces yo me encaminé a la cita; que iba a ser mi primer encuentro con la sociedad jalisciense pero ante todo la ocasión de estar cerca de Araceli.

Llegué demasiado puntual y la amable empleada que ya me conocía me hizo pasar a la sala aún desierta, luego aparecieron Don Gonzalo y su esposa Doña Concha a quienes saludé ceremoniosamente y a los cinco minutos se inició el desfile de invitados a quienes los anfitriones recibían con sonrisas y cumplidos, yo me puse de pie, y aunque sólo ocasionalmente fui presentado traté de mantener un semblante risueño y comportarme con toda pulcritud, así pude enterarme de los nombres de los distinguidos visitantes: el Ingeniero Martín del Campo y su esposa, la familia Riebling compuesta de cinco miembros, el obispo Monseñor Carpio, dos o tres oficiales, dos caballeros de Colón con sus respectivas conyugues, el director de la Academia Serratos, la familia de los Degollado herederos del ilustre apellido y media docena de muchachas jóvenes, amigas y condiscípulas de Araceli, guapas, alegres, amistosas, quienes me lanzaron miradas curiosas que desembocaron en risitas y secreteos, luego, la sala se fue poblando de invitados, y más tarde se presentaron el Lic. Yáñez, y el doctor Elías Nandino, entonces las personas y las lámparas propiciaron tanto calor que debieron entornarse los vidrios de las ventanas para que penetrara el aire fresco.

La luna que ya había aparecido parecía caminar apresuradamente por el cielo y la moche cuajada de estrellas se convirtió en el soberbio techo de Guadalajara que iluminada y transparente se desvelaba entre las risas y murmullos de aquella discreta y elitista tertulia provinciana, que conforme la fui conociendo catalogué de regionalista y tradicional.

Yo estaba solitario y cuando algunos vecinos me dirigieron la palabra, respondí con las mejores maneras. A poco aparecieron tres empleadas que se encargaron de distribuir: bocadillos, pasteles, copas de vino y de licor, café y té.

De pronto la impaciencia se había apoderado de mí y sentí que bajo mi blanca camisa almidonada, el tumultoso torrente pasional de mi romanticismo aceleraba los latidos de mi corazón.

Había presentido que aquella sería la hora de mis horas, porque significaba la ocasión de estar con mi hada y junto a ella, quién al fin se apareció en el salón: elegante, distinguida, tal si portara una corona ducal sobre la cabeza, entonces, la claridad de sus ojos, la alabastrina palidez de la frente, la curva exquisitamente trazada de su cuello, las pupilas húmedas, aquella ternura impregnada en su sonrisa y su alma noble hablando no sólo por las palabras sino por la graciosa sencillez que irradiaba de su persona, me transportaron a un verdadero éxtasis, en el que más que observarla la admiraba, con el asombro que se contempla una visión celestial.

Esa noche lucía un vestido blanco escotado, con mangas cortas y adornaba el alabastrino cuello con un collar de perlas diminutas, en tanto que de su rostro se desprendía una luz angelical que iluminaba más que las lámparas y candiles del salón.

Mientras la veía saludar de mano a cada uno de los invitados pensé que aquel rostro robaría los anhelos de un pintor, de esos que yo había conocido en mis años de adolescente asiduo visitante de las iglesias; y que a no dudar la habría elegido para modelo de alguna virgen.

Al fin se acercó a mí y después de estrecharme cordialmente la mano me estampó un breve beso en la mejilla, distinción que debió atraerme algunas miradas, pues a partir de ese momento algunos de los asistentes se interesaron un poco más por mi persona, preguntándose seguramente ¿Quién era aquel desconocido a quién la señorita Moreno Rincón Gallardo trataba con tal camaradería? Luego, se detuvo a charlar animadamente con sus amigas y escuché el cristalino campanilleo de su risa, entonces se escuchó la voz de quién después me enteré era su maestro de piano, Don Luis Mendoza López Schwerdtfeger quién solicitó a su alumna interpretar alguna pieza, de cuyo lucimiento también el participaría, ella no se hizo del rogar y abrió la tapa del piano aclarando que no se consideraba ninguna concertista ni mucho menos, pues apenas se iniciaba en el aprendizaje del instrumento y se excusaba de antemano por los errores en que pudiera incurrir ¡Muchas de mis compañeras tocan mejor que yo!- – aseguró con modestia. Luego se sentó ante el instrumento. Doña Concha le pedía que tocara el vals de Chopin, que aunque dura un minuto, expresa las simpáticas peripecias de un perrito faldero que no se deja atrapar; Araceli respondió que la obra era aún muy difícil para ella pero que haría el esfuerzo por complacer a su madre

Aquella música aunque extraña para mí, poseía un dejo del romanticismo del que estaba inoculado y que era a fin de cuentas un exceso sentimental, pero que acaparó al instante mi interés, en tanto que la solista acabando de tocar se dio media vuelta en el taburete del piano, sonriente, agradeciendo la generosidad de los entusiastas aplausos de su auditorio y buscando con los ojos la aprobación de su maestro quién indicó:-¡Ahora el Intermezo! Araceli se cohibió por el pedido manifestando que aún no dominaba la obra, pero el ingeniero Salvador Martín del Campo la animó manifestándole que al fin y al cabo estaba entre amigos. Araceli se volvió hacia el teclado para abordar la obra de Manuel M. Ponce y por fortuna sus dedos respondieron satisfactoriamente a su notorio esfuerzo. Al concluir la ejecución pareció que por un momento el aire se había detenido y se sucedió un momento de silencio antes de que los asistentes nos uniéramos en una ruidosa ovación, dando lugar a elogios y comentarios. La señora Riebling opinó encantada:

-Una buena pianista habla de si misma a través del compositor y del instrumento, y he aquí que el alma de nuestra Araceli, esta hermosa y dulce niña, tiene muchas cosas gratas que comunicarnos...

-Aquí tenemos una Scherazada musical que en lugar de contar cuentos podría mantenernos 365 noches escuchándola – afirmó galantemente el Dr. Nandino.

Todo el mundo rió y hasta aplaudió la ocurrencia.

-El verdadero músico –opinó el Lic Yáñez- es aquel que ha convertido a su arte en una religión, un músico apasionado es un monacal, porque el espíritu sólo puede entender la vida de dos maneras: la religión y el arte.

El señor obispo aprobó benévola y el erudito continuó su perorata:

-Solamente el arte es capaz de explicarnos lo que tiene que ver con el espíritu, no con la mente ni con el cuerpo; la espiritualidad se materializa en el arte, ser artista equivale a ser subjetivo y en el caso de la señorita Moreno debo felicitarla porque no hace música para vivir, sino que está viviendo para hacer música.

Todo mundo aprobó sus elocuentes palabras.

-Los artistas expresan sentimientos, emociones y hasta acontecimientos, hacer música es lo mismo que hacer literatura: una necesidad, sólo que mientras la literatura trata de las vidas, la música las vuelve gratas. El arte propicia no sólo el conocimiento sino algo más trascendente: la iluminación.

Araceli escuchó respetuosamente las conclusiones del ilustre invitado, mientras la melodía recién interpretada vibraba aún en el salón, tal si se hubiera quedado flotando misteriosamente.

Los anfitriones cuidaban de que sus invitados fueran espléndidamente atendidos, mientras que el señor Riebling defendía con denuedo su teoría ante un grupo de oyentes:

-No actuamos para vivir –afirmaba- sino vivimos para actuar...

De pronto una voz anunció la intervención del poeta y médico Elías Nandino quién recitó unos versos que hablaban sobre las bellezas de Teocaltiche, por los que recibió un aplauso, entonces Araceli quién había sido acaparada por sus amigas, logrando al fin desprenderse de ellas vino hacia mí:

-¿Cómo la estás pasando? ¿Te ha gustado lo que toqué?

-Todo cuanto haces me gusta –respondí galante- y sobre todo disfrutar tu presencia...

-Apenas si podemos hablar. ¿Cómo va tu trabajo? ¿Estás a gusto?

-Sí Araceli y además estoy muy contento de vivir ahora en Guadalajara porque espero que me sigas concediendo el placer de verte.

-Ya nos seguiremos encontrando a menudo, porque estas reuniones no son muy apropiadas para hablar largamente de nuestros recuerdos y yo tengo tantas cosas que preguntarte...

-Que yo estaré encantado de responder...

-Buscaremos la ocasión, vendrás por mí e iremos juntos a dar un paseo por el parque Alcalde.

-Será estupendo.

-¿Te agrada mi compañía? A veces me vuelvo muy aburrida, y hasta melancólica, otras, creo que soy muy indecisa, pero espero que te irás acostumbrando a mis cambios de humor, en los que suelo ir de la tristeza a la alegría...

-Yo en cambio estaré contento siempre que me permitas acercarme a ti, aunque sólo sea por unos momentos...

-¿Y por qué sólo unos momentos? –me guiñó un ojo con picardía- te prometo que tendremos muchas tarde para nosotros.

Una hora después todos los invitados se despedían y yo hice otro tanto agradeciendo la reunión, entonces Doñas Concha habló a su esposo algunas palabras sobre mi persona.

-Juan José es un sobrino de Don Jacinto Estrada el dueño de “la Fortuna” de Lagos ¿Te acuerdas?

-¡Claro que sí! -asintió Don Gonzalo- ¿Y que haces aquí muchacho?

-Trabajo en una casa de comisiones y pienso estudiar comercio y administración.

-Me parece muy bien, así es cómo se forma uno, con esfuerzo y dedicación. ¡Ya irás progresando! -me pronosticó.

-Lo espero señor y gracias por el honor que me dispensan usted y su señora esposa al recibirme en su casa.

-Puedes venir cuando lo desees, nos reunimos cada mes a conversar y escuchar música.

-Lo tendré en cuenta, y aquí me tendrá seguramente.

No obstante la presencia de sus padres Araceli me despidió con el consabido beso en la mejilla.

Afuera, la noche polícroma era el soberbio marco de la luna de octubre.

-6- .

Novicia que cruzas el claustro de ensueños
de mi fantasía,
rézame te ruego,
un ave maría.

Es posible que los recuerdos que con los años agrandamos, son en realidad por hechos o lugares insignificantes.

No recordamos los acontecimientos tal y cómo ocurrieron, sino cómo deseamos que hubieran pasado.

Debo reconocer que la señorita Moreno Rincón Gallardo cumplió cabalmente su gentil ofrecimiento de acompañarme a conocer la Guadalajara de los años cuarenta todavía empapada con la sangre del mártir Anacleto González Flores.

Por su parte Doña Concha quién me vio siempre cómo un muchacho inofensivo, y a quién nunca le pasó por la mente que yo pretendiera casarme con su hija de la que estaba perdidamente enamorado, consintió, sin conceder a ello la mayor importancia que su hija saliera conmigo, en calidad de amiga, con el propósito de enseñarme la ciudad, demasiado segura de que no existía peligro alguno y además porque en esos tiempos Araceli aunque cortejada por muchos pretendientes, no se resolvía a tener el compromiso de un noviazgo ya no se diga serio, ni siquiera informal, aquella deferencia era una simplemente una condescendencia amable, propia de gente bien educada, con un paisano, cuyas trazas de fuereño lo situaban en el modesto plan del rancherito que baja al pueblo un día de feria.

En cuanto a Araceli, mi apasionado romanticismo que sin mediar la carne invadía mi espíritu, debían haberle causado, aún dentro de su misma ingenuidad, la sospecha de que yo era un hombre sino del todo diferente, al menos no vulgar.

Su grata compañía de amiga propició que se avivara más el fuego interior que me consumía; y que me hizo creer que sus sonrisas y sus ojos que relucían de alegría, cuando nos encontrábamos fueran síntomas de un enamoramiento, en lugar de corteses demostraciones de simpatía, que sería muy ingrato no reconocer que me profesaba.

Reconozco también que he sido siempre un idealista tendiente a soñar más de lo debido, y aunque nunca alcancé a saciar mi corazón, no cómo novios, pero si cómo dos

excelentes amigos, tomados de la mano, deambulamos juntos por el parque Alcalde entre un jardín plétórico de acacias de color amarillo, compartiendo golosos un cucurucho de arrayanes, dulce al que me habitué saboreándolo muchos años después asociándolo con aquellas mañanas de domingo en que Araceli y yo le dábamos fin demasiado pronto, para seguir con una tanda de muéganos, jamoncillos, dulces de leche y nuez, biznagas, plátanos fritos, higos, naranjas, limones rellenos de coco, alfajores de Colima, alegrías, higos, pepitorias y que se yo cuantas golosinas a las que Araceli no obstante su burguesa extracción era tan aficionada, aunque se trataba de dulces para contentar el poco exigente paladar del pueblo, en lugar de los postres que se servían en su mesa: natillas, jericayas, mazapanes, peras o duraznos en almíbar, y flanes napolitanos.

Protegidos del ardiente sol bajo el capuchón de las calandrias fuimos hasta el típico pueblo de Tlaquepaque, donde a falta de saborear una copa de agave, impropia de una delicada señorita, nos entretuvimos en admirar la artesanía lugareña, con la que Araceli hubiera preferido adornar su casa en lugar de los rebuscados adornos de porcelana que tanto agradaban a su madre y cuya colección despertaba envidias entre sus amistades.

Por aquellos días recibí la noticia de que mi hermana Natalia estaba comprometida en matrimonio con un muchacho hijo de un fabricante de zapatos de León y cuyo padre era un pudiente industrial.

El noviazgo que había seguido inmediatamente a la ruptura con el novio anterior, apenas había durado escasos tres meses, los indispensables para planear una boda, correr amonestaciones e instalar y amueblar una casa en León, me tomó de sorpresa; y a mi pesar tuve que dejar Guadalajara un fin de semana para asistir a la boda religiosa, pues la civil se había efectuado la semana anterior, Natalia había enviado invitación a la linajuda familia Rincón Gallardo y una más a Araceli que correspondió con unas líneas y un regalo, otro tanto hice yo, y después de los abrazos y buenos deseos para mi buena Nati regresé prontamente a Guadalajara donde además de atender mi empleo deseaba hablar y ver a Araceli al mismo tiempo que iniciar mis clases en la escuela de contabilidad y administración ubicada en la calle de López Cotilla donde debería asistir de lunes a viernes de seis de la tarde a nueve de la noche, de tal suerte que sólo sábados y domingos me presentaba en la casa de mi amiga, donde empecé a ser recibido sin protocolo alguno, con la confianza benevolente que se suele otorgar a los parientes pobres.

Araceli frecuentemente se excusaba de no poder salir conmigo, o dedicarme algún tiempo. En tal caso el previo telefonazo decidía mi suerte, y si bien nunca dejó de responder a una llamada mía, muchas veces me cancelaba la cita unos días o hasta horas antes, justificando que era debido a compromisos familiares; entonces yo me quedaba sumergido en una tristeza tan profunda que me carcomía al instante interés por la vida, impidiéndome poder concentrarme en los estudios, y bajo la débil luz que proveía una lámpara con pantalla verde colocada sobre una mesa que habilité como escritorio me amanecía pensando en ella, en lo que estaría haciendo, o peor aún, si habría decidido salir con otro, o si en las reuniones y visitas a las que era tan aficionada encontraría seguramente docenas de jóvenes que la pretenderían; en tales conjeturas, de cuya realidad no andaba demasiado alejado, y mientras los libros reposaban tranquilamente en los armarios esperando que al menos los hojeara, veía a través de la ventana cómo iba despuntando tímidamente el alba, escuchaba a lo lejos el ladrido de un perro o el cantar de un gallo, y más tarde cuando el sol amarillo iba alumbrando poco a poco, oía el sonido de la campana de un templo aledaño cuyo badajo se desgajaba para llamar a la primera misa del día, entonces, mordiéndome los labios, pensaba en que la

soledad y el alejamiento que propiciaban mi melancolía, mi honda tristeza y hasta la certeza de saberme excluido de una parte importante de la vida de mi amada, eran el inevitable pago por las horas de dicha que ocasionalmente disfrutaba.

Otras veces en medio de la noche plácida, calurosa, dejaba el escritorio y me iba al corredor en busca de refrescar los pensamientos, regresaba a mi cuarto y al filo de las cinco el cansancio y el sueño me vencían y yo despertaba hasta que el sol rodaba por el patio, y mi tía Eloisa con la bata todavía puesta regaba pacientemente sus macetas, entonces sentía renacer, algo así cómo una esperanza, y aunque admitía que aún en medio de la amable convivencia de mi tía, Tomasa y Joaquín me sentía sólo, por el hecho de no haber permanecido unos momentos con Araceli concluía que la soledad no es siempre una elección sino un destino, y determinaba que si Araceli no se casaba conmigo, lo cual, visto a través de la fría realidad sería lo más probable, mientras llegaba el terrible momento de la separación, al menos podría disfrutar de vez en cuando de esos momentos que ella me concedía y que habrían de convertirse para los solitarios años futuros en maravillosas remembranzas.

Del corto sueño mañanero que ponía fin a esas noches, me sacaban del lecho los olores del desayuno dominguero que la señora Tomasa preparaba incluyendo unos deliciosos huevos rancheros, y de sobremesa una interesante plática en que la cocinera relataba historias y leyendas de Guadalajara, mencionando la época en que la sacudieron fuertes temblores producidos por las erupciones del volcán de Colima, que se encuentra más bien en territorio jalisciense y que por sus continuas réplicas que produjeron caídas de casas y edificios y cuartearon muchas viviendas, la gente aterrorizada optaba por dormir en la calle o irse a vivir a Tonalá o a las zonas montañosas.

Entonces mi tía Eloisa tomaba la palabra para contarnos los tremendos aguaceros que en algunos años amagaron a la ciudad, inundando barrios enteros, anegando calles, debido a que la civilización la había ido privando de sus desagües naturales, segando ríos o barrancos, pero lo más extraordinario eran los cuentos que repetían las viejas rezanderas que creen en aparecidos, incluyendo los muertos que volvían a delatar tesoros escondidos.

Un caso que Joaquín había vivido, era el de la monja que solicitaba limosnas, una vez, mi hermano había salido de su trabajo a una hora muy avanzada de la noche, y por lo tanto no había encontrado transporte para trasladarse a su casa, por lo que aún con la fatiga de la larga jornada tuvo que regresar a pie, en el camino, al pasar por una calle, vio en el atrio de una iglesia a una monja que de pie con el rostro cubierto con un velo y portando sobre una mano una charola solicitaba una limosna, reconocía mi hermano que le extrañó sobremanera que a una hora tan desfavorable, la religiosa que era cual un reguero de luz en la oscuridad estuviera pidiendo la dádiva, y compadecido se acercó a dejar sobre la charola una moneda y continuó tranquilamente su paso satisfecho de su buena acción que relató al siguiente día, sólo para escuchar que tal hermana era un fantasma a quién se había condenado a una terrible expiación, porque en vida, la monja limosnera había dispuesto de los estipendios eclesiales, para darlos a los pobres, acción que aunque caritativa realizaba sin permiso de sus superiores, por lo que a su muerte fue condenada a recuperar el dinero donado; y no descansaría hasta no obtener la cantidad sustraída a su congregación, tan tremendo descubrimiento bastó para que a mi pobre hermano las “tripas” se le hicieran nudo, y del susto no volviera a rondar ni tan siquiera en derredor de la calle.

-7-

¡Oh ideal, Oh prometida!

La fugaz, la presentida,
tras el faro de esta vida
de seguro te hallaré.

Sin embargo no todos los fines de semana resultaban desafortunados. En el arcón de mis recuerdos perdurará siempre aquel domingo que Araceli me anunció con antelación, en el que fui invitado par participar en una excursión al lago de Chapala.

Con febril inquietud aguardé el anunciado día, en el que me presenté puntualmente a la cita.

La pudiente familia había habilitado no sólo los dos automóviles de los que disponía, sino además una camioneta para el traslado de los numerosos invitados que formábamos un grupo de veinte personas, la mayoría muchachos y chicas a quienes a pesar de ser hijas de padres conservadores, estos no rehusaban autorizar a sus hijas a convivir con la familia del rango de los Rincón Gallardo.

Araceli invitó a sus condiscípulas de la Serratos: Kitty, Laura, Eugenia, Verónica, y Sandra y la mamá de ésta última, la señora Doña Marisela y en el grupo de los varones se incluían a: Nacho, Leopoldo, Salvador, y un tal Ramón a quién todos llamaban simplemente “Monchis”.

Don Gonzalo y su esposa presidían el cortejo y apenas abandonamos la ciudad para enfilarse hacia la carretera y ya todo el mundo entonaba canciones, en las que las voces de las condiscípulas de mi amiga resultaban desde luego las más afinadas.

Chapala es el mayor de los lagos de México y se halla a 1,500 snm. cubriendo en aquellos años una área de aproximadamente 1109 kilómetros con 84 de longitud y una profundidad que no rebasa los 12 metros, se diría que es como un fosa tectónica limitada por las sierras de Atotonilco y Pajaracuán, desagua en el Río Grande de Santiago Tolotitlán, pero a su vez recibe aguas del río Lerma.

Unida a Guadalajara por una funcional carretera, el alegre recorrido en que no faltaron chanzas, bromas y hasta el encuentro de las bocas ansiosas y febriles de unos novios, quienes en un momento de distracción de los mayores aprovecharon para unirse; colmó de gozo a la pareja y de sana envidia a los testigos que hubieran deseado hacer otro tanto desafiando las convencionales costumbres.

Subiendo las colinas que parecían acercarnos hasta rozar las nubes que pasaban velozmente sobre nuestras cabezas, la alegre comitiva despreocupada y juvenil reía estrepitosamente las bromas, inocentes algunas y no tanto otras.

Conforme nos íbamos acercando y después de cruzar algunos barrancos, una bandada de golondrinas nos saludó desde el cielo.

A las diez y media de la mañana la luz casi cegaba.

Araceli departía con todos repartiendo sonrisas y su voz tenía inflexiones de violín, y para esos momentos ya todos los de la excursión nos hablábamos de tú; y muchachos y chicas me trataban como a uno de sus iguales, seguramente ignorando que yo era sólo un modesto escribiente empleado en una casa de comisiones.

Pronto divisamos el simpático poblado que se acurrucaba al pie mismo del lago; y entre la algarabía y el ruidoso escándalo descendimos de los vehículos dispuestos a estirar las piernas, no sin antes haber lanzado porras y vivas a los conductores.

Araceli me tomó de la mano, destacando así su preferencia y eligiéndome por pareja, al menos por aquel dichoso día; para entonces el cielo se había trasfigurado volviéndose intensamente azul y retratándose en el lago que aunque tenía su oleaje lucía desde lejos tranquilo y sosegado, en tanto que el pueblo, en el que había trazas de día festivo, se animaba por los innumerables turistas que intentaban al igual que nosotros

embarcarse para visitar las islas de Mezcala y Alacranes que se hallan en mitad de la laguna..

Las muchachas admiraban la multitud de patos y garzas que nadando o reposando meditabundas en la playa paradas sobre una pata, ponían una nota pintoresca en el paisaje.

Los sirvientes mientras tanto encargados de la contratación de las lanchas y de trasladar bebidas y comida, ayudaban a los barqueros a atracar sus embarcaciones para que cómodamente pudiéramos acceder, lo que hicimos al momento.

La señora Marisela cloqueó algo así como -No nos vayamos a hundir- y yo reí para mis adentros admitiendo el inminente riesgo dado el protuberante volumen de la matrona..

Al fin después de una corta navegación arribamos a una de las islas que entusiasmados nos dimos a explorar; a esa hora ya se habían formado algunas parejas y cómo quedarán todavía muchachas solas, Araceli me advirtió:

--¡Cuidado que te vea yo que te acerques a ninguna de ellas!

-Nunca se me ocurriría –protesté yo, proclamando vehemente mi hambre de amor y mi determinación de vivir sólo para ella.

Hoy recapitulo si aquella inocente amenaza, tuvo algo de verdad, o fue simplemente una ocurrencia más, lo cierto es que procuré no separarme de ella, quién en algunos trechos me llegó a tomar del brazo y en otros me tendía las manos para que la ayudara a bajar o subir entre los riscos de la playa pedregosa.

Don Gonzalo mientras tanto hablaba con un grupo de pescadores quienes le aseguraron que por las mañanas muy temprano se extraían algunos kilos de lobina, bagre y carpa los cuales eran vendidos en el mercado y en los restaurantes del poblado para ser consumidos frescos por los visitantes desprevenidos, al contrario que nosotros surtidos de vituallas, quesos, frutas, botellas de vino y latas suficientes para proporcionarnos un opíparo banquete.

Después del almuerzo que nos convocó al sagrado ritual de la comida, el sol empezó a brillar sobre nuestras cabezas y las aguas adquirieron un azul recalcitrante, visitamos la otra isla y retornamos a Chapala donde la tentación de nadar y caminar por el pueblo nos hizo retornar a las barcazas, entonces bien sea por el cansancio de la caminata o por efecto del abochornante calor me quedé algunos momentos soñoliento y silencioso, por lo que Araceli se acercó para preguntarme:

-¿Estás aburrido?

-En tu agradable compañía jamás me aburriría. Sólo estoy acalorado.

-¿Eres feliz?

-Contigo lo seré siempre.

-¿Tanto me quieres?

-Tanto que no consigo encontrar las palabras para expresarlo. Y tú Araceli ¿Me quieres?

-No se.

Entre tanto divisamos desde otro punto el fugitivo paisaje del poblado que se desvanecía entre la tarde entibiecida. Alguien señaló las torres de la iglesia y otros detalles que desviaron totalmente nuestra plática, disgregando la atención, pues cada quién empezó a hablar de lo que le interesaba.

A la llegada a la playa las chicas y los muchachos, anunciaron que traían sus trajes de baño y se fueron acomodando en los vestidores

Había bondad en el cielo y el calor pedía aplacarse con las aguas de aquel lago de ensueño, cuyo azul de turquesa parecía alojarse en los ojos de mi amiga.

Infelizmente yo no traía traje de baño y me tuve que quedar en la orilla. Araceli en cambio salió del vestidor portando el consabido atuendo marino que me hizo

quedar boquiabierto al contemplar las exquisitas formas de aquel cuerpo de mujer, insuperablemente mejor proporcionado que el de sus amigas y aún que el de las numerosas bañistas que jugueteaban en la playa.

Quedé cómo hechizado, y ella, al fin mujer y coqueta, segura de sus encantos me hizo un gesto con la mano a guisa de saludo que yo correspondí.

Su belleza presidía la tarde, a lo lejos los últimos rayos de sol se fueron filtrando en las arboledas.

A lo lejos el horizonte azul se había empapado de color de sangre, luego, nubes ensangrentadas tiñeron el cielo que paulatinamente se fue tornando gris.

La estatua de carne blanca y sonrosada tornó a su vestimenta de excursionista y cuando emprendíamos el regreso volvió a sentarse a mi lado y aunque silenciosa y fatigada reclinó la cabeza en mi hombro, mientras me rozaban sus cabellos dorados.

Agradecí aquel gesto, y respeté su silencio.

Llegamos a Guadalajara a las nueve de la noche.

Todo el mundo se despidió ruidosamente dando repetidas gracias a los anfitriones, yo hice otro tanto, agradeciendo a Don Gonzalo y a la señora Concepción el haberme hecho pasar una tarde inolvidable, también les expresé que mi hermana, agradecía a nombre de su esposo y de ella, el obsequio de boda que a través de Araceli se habían servido enviarle.

Tal vez esa educada y respetuosa actitud que presidió siempre mi comportamiento, me valió para seguir siendo recibido en la casa de los Rincón Gallardo por mucho tiempo.

Me despedí de Araceli asegurándole lo dichoso que me había sentido en su compañía. Ella me correspondió con el consabido beso en la mejilla y yo tomé el camino a casa.

Al siguiente día me esperaban el trabajo y los estudios.

La luna había puesto su tinte blanco sobre las azoteas; pero mi adorada transitaba en nubes.

-8-

En la arena del parque humedecida,
voy leyendo el poema de tu paso.

Entre los glaucos tonos del parque Agua Azul, la dorada figura de Araceli ataviada con un vestido de color amarillo claro, pasea a mi lado.

La joven luce cómo siempre: sonriente, amable, con el rostro inclinado sobre una flor que he cortado para ella y por cuya acción me ha reprendido.

Bajo un cielo azul pálido, moteado de nubes, la tarde se refresca con el vientecillo que sopla con puntualidad cronométrica a las seis de la tarde.

Después de no haberla visto durante cuatro semanas en las que ha debido atender compromisos, ese sábado accedió a concederme un rato, ya que por la noche, según me ha advertido, no habrá oportunidad de vernos.

Se negó a que fuera por ella a su casa y pidió que nos encontráramos en el parque para conversar un rato.

Aunque estaba al principio temeroso de que no llegara, y la estuve aguardando durante quince minutos después de la hora convenida, verdaderamente angustiado; cuando mis ojos preñados de impaciencia la vieron aparecer se me esfumó cómo por milagro el dolor de estómago y me adelanté a saludarle agradeciéndole el placer de su compañía..

Me reiteró, cómo me lo había advertido por teléfono que no dispondría más que de media hora para mí, sin embargo, sumergido entre aquella pasión que me consumía, en esa adoración que se acrecentaba al dejar de verla, su promesa del encuentro fue cual un piadoso respiro, cómo cuando aparece en el cielo entre las nubes negras o plomizas precursoras de la tormenta, la nubecilla blanca anunciadora de la paz.

Al principio, después de dirigirnos las consabidas frases de cortesía, hablamos de cosas sin importancia que no contenían nada personal; su atención a mis palabras y las respuestas amables me animaron al grado de impedir detener el caudal de frases que me quemaban en los labios.

Demasiado había meditado en aquellos días lo que deseaba decirle, aunque debiendo aceptar aun dentro de mi inexperiencia e ingenuidad, que la simpatía que no dudo me profesaba, o el trato cortés con que me distinguía, estaban muy lejos de llamarse amor; y más lejana aún la posibilidad de que ella dispusiera de la voluntad de concretar algún compromiso para el futuro el cual implicara compartir algún día la vida.

Pero los sentimientos no escuchan la razón. El amor es un corcel impetuoso, incapaz de detenerse, que se lanza no se si audaz o torpe al triunfo o al precipicio.

Acaso la diferencia entre un niño y un hombre consiste en que los deseos del infante se satisfacen fácilmente con juguetes, mientras los del varón sólo se sacian con el amor, y finalmente con la posesión y entrega de lo que se ama; y sólo cuando esto se ha logrado se va además en pos del sexo, la realización y el éxito, así mientras en el niño sólo cuenta la satisfacción de un mínimo capricho, en cambio el hombre es una insaciable máquina de producir deseos. Vivimos deseando y conforme estos se van logrando, satisfaciendo o esfumando, aparecen otros más, hasta que cansados de las negativas, de las frustraciones, de los desengaños, terminamos por prohibirnos desear, entonces surgen los últimos anhelos: los de renunciar, de resignarnos, de no sentir y el postrero: de la muerte.

Y mi confesión fue nuevamente proferida con miedo, cual una rogación, o súplica desesperada.

En aquellos años no sabía que el amor no se mendiga, se arrebatada. No se pide, ni se solicita, se conquista; porque las mujeres no soportan la debilidad, tal vez porque ellas a su vez se saben débiles, aunque en la realidad resulten mucho más fuertes que los hombres. Su naturaleza exige el contraste. Buscan siempre quién las domine, quién sea capaz de doblegarlas, porque suponen que quién esto logre también será capaz de protegerlas, por ello desprecian casi siempre al hombre tierno, dulzón, delicado; postergándolo por el macho seguro, capaz de quererlas sí, pero también de olvidarlas y de largarse en pos de otra.

Pero aquella tarde, yo había ensayado mi parlamento y traté de decirlo lo mejor que pude.

-Araceli, yo te amo. Bien sabes que he dejado el pueblo, renunciado a mi familia, sólo por seguirte, por verte un momento, así sea de vez en cuando, y estar cerca de ti tanto cómo me lo permitas. Se que soy muy poco, que nos separan cruelmente tu posición y mi insignificancia, que difícilmente podrías avenirte a mi vida modesta, o tal vez casi miserable; que tu juventud, tu belleza, tu posición social, hasta tu apellido te colocan en la privilegiada posición de elegir entre los muchos pretendientes que tendrás seguramente, al hombre que te convenga para compartir tu vida, y que posea esas cualidades o virtudes de las que yo obviamente carezco: guapura, dinero, talento, prestigio... pero aún sabiéndolo demasiado, te sigo y te seguiré amando, y aunque mi amor no se lograra nunca, hago uso del único derecho que me queda: volverme loco por ti, adorarte, venerarte, y si no puedo dedicar cada segundo de mi vida a tu felicidad, seguirte queriendo con fidelidad de perro, pero no renunciar a ti...

-No sigas por favor –me interrumpió ella- todo eso que me has dicho es irreal, fantasioso, es sólo lo que tú te supones porque no me conoces bien, y ni siquiera imaginas cómo pensamos las mujeres... Juan José una mujer cuando ama, no lo hace siempre porque el hombre tenga un rango, un apellido, un buen físico o dinero... al menos no sería mi caso porque mi familia goza de una posición dentro de la que yo he vivido hasta ahora. ¡Si yo estuviera enamorada ninguna de esas cosas me importaría! Te parecerá cruel lo que voy a decirte, a veces, ni siquiera nos importa demasiado que nos amen o no, sino que un hombre nos atraiga y lo amemos nosotras. Tú me preguntarás entonces ¿Por qué amamos? Y yo te responderé ¡Quién sabe! A veces ni siquiera lo sabemos... simplemente porque sí, porque alguien nos gusta y permitimos que aparentemente nos seduzca, aunque de hecho somos nosotras quienes realmente conquistamos lo que nos interesa. ¡Y yo no te amo Juan José! ¡No estoy enamorada de ti! Si lo estuviera me enfrentaría a mi familia y no me importaría en absoluto ir a pasar a tu lado privaciones o hasta miseria, o ponerme a trabajar, aunque fuera de sirvienta...te seguiría donde fueras como tú me has seguido a mí, y lucharía a tu lado para ayudarte a sostener un hogar, así fuera la más humilde choza, y me importarían poco los pretendientes que dices que tengo, y que te juro que me aburren al grado de encontrarlos a veces insostenibles, tú al menos me agradas, y por eso estoy aquí, porque te estimo, te aprecio, y no estoy ciega ni indiferente ante lo que haces por mí, te agradezco que me busques, que me pienses, pero no puedo corresponderte, ni aceptar un noviazgo que avivara tus esperanzas, y que sería desconsiderado de mi parte alentarlas, porque me siento incapaz de poder cumplir un compromiso; y además porque no me gustaría que sufrieras, al menos por mi causa, ni mucho menos que un día siendo tu esposa llegara a traicionarte...te ofrezco lo único que sinceramente me es posible: mi amistad, mi compañía cuando pueda...

Desde cuando tú me enviaste aquella carta en Lagos he tenido suficiente tiempo para meditarlo. No te contesté porque no quería ni quiero herirte, y por ello te pido que pienses en mí, únicamente cómo lo que puedo ser para ti: una buena amiga, por lo tanto espero que no me celes, ni que sigas sintiendo por mí eso que tú llamas amor, y que en el fondo no es más que una atracción, eso es casi el amor...porque el amor verdadero es una cosa muy diferente es algo que se comparte, que sienten dos a la vez, es, cómo te lo diría yo, una necesidad mutua, un anhelo irresistible, pero de dos, no sólo de uno. No quiero hacerte desgraciado, tampoco deseo que te alejes de mí, es decir, si el verme no te daña; tú compañía me es muy grata, puedes creerlo, la disfruto mucho, pero si veo que eso te deja angustiado, terminaría por evitarte, y yo, no quiero perderte...

-¿Y mañana? ¿Algún día?

-¿Quién sabe lo que puede ocurrir algún día? Ni siquiera pienso en ello ahora. Aún no se si me casaré, aunque mi familia lo desea, pero de lo que si estoy segura es que no me casaría contigo nunca.

-Entonces ¿Quiere decir que jamás llegarás a quererme?

-Ya te quiero desde ahora, pero de otro modo del que tú pretendes. Tal vez podría cambiar, pero prefiero no darte falsas esperanzas. No soy de las mujeres que se casarían por estimación o por lástima sino por amor...

-¡Araceli! ¡Apiádate de mí! –Dije con voz enronquecida, mientras pretendía arrodillarme.

-¡Levántate! –gritó enojada- ¡No vuelvas hacer eso, si quieres volver a verme! –Luego, conmovida, de ver cómo me brotaban las lágrimas agregó: -¡Me has hecho sentir muy mal! Pero lo único que puedo prometerte es que siempre seré tú amiga...-Me tendió la mano que yo rocé apesadumbrado- Y ahora tengo que dejarte. No me sigas por favor.

Yo buscaré un taxi. Ya te hablaré para comunicarte cuando podré volver a verte. Adios Juan José y cuídate mucho.

Fijé la mirada en el lugar en que se había diluido su silueta, observando cómo se fue perdiendo entre las húmedas livideces de la tarde.

El cielo se fue ensombreciendo. Sentí que una abrumadora soledad se había apoderado de la tarde, luego, el parque se fue despoblando hasta quedarse desierto.

Encaminé mis pasos, convencido de que nunca podría enterrar aquel amor, renunciar a aquella adoración, renegar de aquella religión, la única en la verdaderamente creía.

Juré que ella seguramente se dirigía a una cita o a un a fiesta en la que estaría rodeada de gente, divirtiéndose, mientras que yo me quedaba solo, roto, sin amor, sin esperanza, sin porvenir... me detuve a pensar que al menos tenía juventud y que también habrían más mujeres en la tierra, pero deshice casi con rabia esos pensamientos. ¿De que me servía ser joven y de que en el planeta la mitad de la humanidad fueran mujeres?... mi juventud, mi vida, mi persona, eran de ella, aunque no las quisiera y las repudiara... y en cuanto a lo otro el mundo podía estar pletórico de hembras, pero para mí existía solamente una mujer.

-9-

buena señora
que el alma añora,
¿Qué es de tu gato
y tus antiparras?

Y cómo si no fuera bastante para aquel nefasto día cuando llegué a casa me encontré con un telegrama que nos había enviado Nati notificándonos la muerte de mamá Inesita, quién había fallecido apaciblemente mientras dormía.

Tía Eloisa estaba desesperada y lloraba sin parar.

Me abatió la más absoluta desolación y apenas llegó Joaquín a quién enteré de tan triste suceso, decidimos partir inmediatamente para Lagos, valiéndonos del tren a México que nos dejaría en Irapuato.

Poco hablamos en el trayecto, tal si un remordimiento me hubiese enmudecido, había faltado al más elemental deber al abandonar a la anciana que me había criado y a quién debía la vida, por seguir mi esclavizante inclinación por una muchacha que sólo me dejaba caer las migajas de un aprecio que nunca compensaría el inmenso amor que yo sentía por ella. Entre el reproche que me hacía, por mi ceguera y mi tozudez, terminé por confesar a Joaquín entre el traqueteo del tren, lo que yo había dado en llamar mi secreto y que no era otra cosa que mi amor, si bien ponderando la honestidad de ella. Joaquín me escuchó y con su silencio me dio a entender que respetaba mis sentimientos, aunque a no dudarlo era un hombre ajeno a los excesos emocionales, los que de acuerdo a su lógica debía sin duda de reprobarnos.

Con un frío que apenas consiguió aplacar unos minutos el café que nos vendieron en el vagón llegamos a Irapuato donde debíamos transbordar, por lo que esperamos en el andén de la estación tiritando de frío y con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. El central venía cómo siempre retrasado y nos recogió hasta las once la mañana, y sólo mucho después de mediodía llegamos a Lagos.

Al instante nos dirigimos a casa donde encontramos a Nati, a su esposo, y a numerosos vecinos aguardando nuestra llegada.

Joaquín y Natalia se abrazaron, aunque ninguno de los dos hubiera reconocido al otro sino se hubiese dado aquel encuentro.

Malaquías: viejo, flaco, con el pelo caído en trozos, vino a mi encuentro con la cola levantada, ya no ronroneaba, y después me enteré de que pegado al féretro del que no fue posible apartarlo, murió a los tres o cuatro días siguientes, negándose en absoluto a comer.

Mi abuela reposaba en el ataúd conservando en el rostro los rasgos de un retrato antiguo.

Lloré sin pudor y besé repetidamente sus cabellos blancos, pidiéndole perdón por mi abandono y mi egoísmo.

A las ocho llegaron mi tío Jacinto y mis primos quienes tampoco conocían a Joaquín, a sus ruegos aceptamos comer con ellos un bocado, quedándonos a velar la segunda noche.

Al día siguiente muy de mañana, vinieron los enterradores y fuimos al panteón a sepultar el cadáver.

Mi tío y mi hermana acompañada de Rodrigo su esposo encabezaron el cortejo fúnebre, mientras Joaquín y yo taciturnos, barbudos, envueltos en el silencio y una honda tristeza avanzábamos.

.Cuando volvimos a la casa que lucía tremendamente vacía; y pese haber sido el lugar donde transcurrió mi niñez y mi juventud, aquellos muros me parecieron extraños y sentí que los había invadido una soledad tan espantosa, cómo la que yo llevaba dentro del alma.

Era lunes. El cielo se nubló a las tres de la tarde y empezó a llover.

Nati y Rodrigo se esforzaban en organizar lo que iba a ser nuestra última comida en la casa que definitivamente se cerraba.

Comí sin apetito y me fui a buscar mis últimas pertenencias pues debíamos volvernos esa misma noche a Guadalajara, temerosos de encontrarnos con problemas en el trabajo y en mi caso de perder más clases en la escuela. Joaquín a su vez estaba preocupado e inquieto pues había abandonado igual que yo el trabajo sin aviso.

Mi tío avisó al señor Castañeda el motivo de mi ausencia y viéndome tan apesadumbrado me preguntó cómo iban mis amoríos con la señorita Rincón Gallardo, pregunta a lo que contesté vagamente diciéndole que la había visitado varias veces en su casa.

Nos abrazó y prometimos escribirle, no sin darle reiteradamente las gracias por haber ayudado, con su inagotable generosidad, a sufragar parte de los gastos del funeral de mi abuela.

Cuando íbamos a subir al convoy Nati se acercó para preguntarme por Araceli y saber si había adelantado en mis relaciones con ella, pero al fin mujer, intuyó que no había el menor progreso, pero se abstuvo de hacerme ningún comentario desalentador, pero nos anunció que habían decidido radicarse en Guadalajara, donde su esposo pensaba abrir una zapatería para vender los zapatos que se hacían en la fábrica de su padre, y me advirtió que en cuanto estuviera en la capital tendría oportunidad de hablar con la señorita Rincón Gallardo.

De pronto el tren empezó a caminar y Joaquín y yo nos subimos apresuradamente.

Yo llevaba una cara de muerto. Se había puesto todo nublado y se veían por el camino enormes charcos que relumbraban con la luz que se desparramaba desde los ventanillos cuyos vidrios estaban empañados por las gotas de lluvia menuda.

Fue entonces cuando Joaquín pasándome el brazo por la espalda, intentó generosamente consolarme.

-Deja de afligirte más de lo debido. Tú no tienes ninguna culpa, ni eres causante de la tragedia.

-Debí quedarme en Lagos –alegué.

-¿Acaso porque te hubieras quedado podrías haber detenido la muerte? Ten en cuenta que nuestra abuela andaba cerca de los cien años, y debía morir al igual que vamos a morirnos todos. ¡Esa es la ley de la vida! más bien deberías agradecer a Dios que se la llevó sin dolor, que no conoció la enfermedad, y que precisamente por haber sido tan buena mujer, El habrá de recibirla en su gloria. Ahora, ánimo tú, sino quieres espantar a la tía Eloisa... y en cuanto a esos amores ¡Ya hablaremos! –y sacando una anforita con tequila agregó- piensa, en que cómo nos lo han anunciado, pronto tendrás a Nati cerca de nosotros, y que aunque casada, ella vendrá a ser una verdadera madre para ti, porque por lo visto es lo que te hace falta todavía... y ahora tómate un trago que te caerá bien..

Agarré la botella y le di un largo sorbo.

-Aprende a volar, -prosiguió Joaquín- a ser fuerte, a quererte y a saber estar solo. Trata de ser el mejor amigo de ti mismo, porque el hecho de que una muchacha no te quiera no es el fin del mundo...

-Lo se, pero yo... ella...

-Ella es tal y cómo son la mayoría de las mujeres.

-Pero...

-Muy semejantes a los gatos: comodinas, crueles, vengativas, rencorosas, aunque aparenten ser mimosas y suaves...tu niña no debe ser la excepción, además según me dices es aristócrata y bonita ¿Qué puedes esperar de ella?

-Es una buena muchacha.

-No lo dudo. Tan buena, que si no te pones listo, no por culpa de ella, sino de ti mismo, acabarás odiando la vida, y no vale la pena fastidiarse por ninguna mujer habiendo tantas...

-No está obligada a quererme.

-¡Claro que no! Y al menos es decente y te lo ha dicho con claridad.

-Entonces vale la pena...

-¿Qué?

-Seguirla amando.

-Puedes amarla cuanto quieras, pero evita que ese amor arruine tu vida. Búscala, háblale, convéncela, lucha por conquistarla todo lo que puedas, pero tampoco le cargues tu infortunio, tu tristeza, porque ella no tiene culpa alguna.

-¿Y quién la ha culpado?

-Tú, con tu actitud. ¡Con esa cara que llevas, no tanto por tu abuela sino por ella! Mejor goza cuando la veas, aunque sea una vez cada año, diviértete y diviértela y la harás sentir y te sentirás mejor. No vivas pensando en ella, sino en ti. ¡Disfrútala! Para que cuando te vea sienta que aunque la quieres estás alegre. A ninguna mujer le agrada ver caras tristes, y los hombres que tu dices debe tener en su derredor seguramente intentarán hacerla pasar un buen rato. Toma lo que ella te ofrece. No le pidas más a la vida de lo que te puede dar, te ha dicho además que siempre te permitirá verla, pues adelante. ¡Aprovecha eso!... otra, de seguro que ni siquiera te lo habría ofrecido...

Di otro sorbo a la botella que Joaquín me arrebató en seguida.

-Te dije que un trago –me recordó- No te permito que vayas a transitar de una esclavitud a otra peor. El alcohol nunca resuelve nada, pero si empeora todo.

Las luces de Irapuato se divisaron a lo lejos. Era hora de cambiar de tren. ¡Si pudiéramos variar de vida!

...las conozco...son tus manos de enjoyadas azucenas.

Mi llegada a Guadalajara me dio sorpresas. Araceli me había llamado al trabajo; y al enterarse de que mi abuela había muerto y yo había debido ir de urgencia a Lagos, me volvió a buscar en las primeras horas del martes.

-Te llamo para darte mi más sentido pésame por la muerte de la señora Inés, a quién cómo recordarás, conocí cuando festejamos los quince años de tu hermana Natalia. Me hubiese agrado que en el momento que recibiste tan infausta noticia me hubieras hecho favor de informarme.

-Estaba demasiado apesadumbrado –expliqué- y además nunca quisiera abusar de tu tiempo, ni llevarte mis problemas.

-¿Entonces para qué me quieres? ¡Los amigos estamos para eso! Para apoyarnos en los momentos difíciles, no sólo para compartir diversiones. Yo hubiera dejado cualquier compromiso por estar contigo al menos unos minutos, aunque no pudiera hacer nada directamente, sólo acompañarte en tu dolor.

-Gracias Araceli. Me conmueve tu generosidad.

-Deseo darte un abrazo y consolarte personalmente. Dime cuando podemos vernos y yo iré a algún lugar próximo a tu trabajo o a la escuela donde estudias, y arreglaré mis asuntos para estar puntual.

-No desearía molestarte...

-No me molestas. Más sí me enfada saber que no cuentas conmigo.

Accedí al punto a encontrarnos al siguiente día en la Avenida Vallarta donde se alojaba mi escuela, pues no quería perder clases por ir hasta su casa y preferimos celebrar la entrevista a las seis de la tarde en un café aledaño.

Cuando llegué ella me estaba esperando, vino a mi encuentro y me abrazó.

-¡Juan José! –me dijo- imagino cuanto has sufrido. ¡Es muy duro perder a una madre!

-Ciertamente Araceli, y más debido a que yo no estaba a su lado, aunque debo referirte que murió estando dormida, fue una muerte natural sin agonía, ni dolor, tal y cómo correspondía a una mujer que nunca causó ninguna pena a nadie. Hay cosas que no se explican ni se entienden, pero que ocurren, así una buena vida, proporciona a su vez una muerte tranquila...

-¿Y cómo se encuentra Natalia?

-Pues impactada por la desagradable sorpresa, pero al lado de su esposo con quién se lleva muy bien, y piensan venir radicarse aquí en Guadalajara.

-¡Qué bueno, me agrada frecuentarla!

-También a ella, que te envía muchos saludos.

Solicitamos un té para ella y un café para mí. que nos trajeron luego.

-También deseaba disculparme...

-¿Disculparte, de qué?

-De lo del otro día. Tal vez estuve demasiado dura contigo por lo que te dije, pero no quiero que te molestes conmigo...

-Nunca podrá molestar lo que viene de quién se ama, aunque nos llegue a herir.

-No era mi intención lastimarte –un rubor pasó por su frente y encendió sus mejillas- más bien deseaba evitar que no concibieras esperanzas en algo que por el momento no creo que pudiera llegar a suceder...aunque quién sabe, a veces las mujeres no sabemos ni lo que queremos... y yo recuerdo habértelo advertido cuando empezamos a tratarnos: soy muy indecisa...

Siempre hambriento de amor por ella, ansioso de escucharla, de su presencia, intentaba leer en su cara alguna esperanza.

-Comprendo –le dije- no es fácil apostar el porvenir.

-No quiero que sufras por mí –reiteró- por ello, es mucho mejor vernos, tal y cómo te he dicho, como dos buenos amigos. ¿No te agrada ninguna de mis amigas con quienes te he presentado?

-¿Agradarme? ¡Todas!... pero no siento que llegara a querer a ninguna. Enamorarse es otra cosa.

-¿Lo ves? Entonces me concedes la razón. El amor es algo que no decidimos, por más que los psicólogos afirmen lo contrario. Fíjate que he leído en algún libro que el amor sólo dura tres meses. ¡Me parece una falacia imperdonable! ¿Qué responderían a los matrimonios que duran más de medio siglo?

Yo la escuchaba dando pequeños sorbos a mi café sorprendido de su clara inteligencia, que pese haber cursado apenas los estudios de la preparatoria, poseía no obstante una intuición extraordinaria. Asentí a lo que afirmaba, en amor también la infelicidad suele tornarse benigna.

-Juan José –agregó tomándose las manos- no creas que ignoro que eres un buen chico, y estoy segura de que podrás hacer la felicidad de cualquier mujer.

Estuve a punto de responderle que no estaba dispuesto a labrar la dicha de ninguna que no fuera ella, pero preferí callar. Después de todo sus explicaciones no cambiaban nada, y cómo afirmaba no estaba en su voluntad el quererme o no, tampoco estaba en la mía poder o desear liberarme de aquella pasión torturante que me abrasaba. ¡Y ningún psicólogo con toda su relamida ciencia habría de sacarme de aquella cárcel mental, porque el único médico y medicina eficaz era ella! Entonces comprendí una vez más el inmenso poder que Dios había depositado en las mujeres, y sentí no sólo temor sino hasta pánico. No podía negar que ellas tienen su lógica aparte, que son inteligentes, que poseen voluntad e inteligencia suficiente para formar al hombre, pero que al fin humanas, eran ciertamente lo que decía Joaquín: seres voluntariosos, propensos al capricho y a no dudarlo, muchas resultaban: crueles, aventureras, inexpertas o francamente incapaces de valorar lo que no les atraía. La atracción era su secreto, pero la causa, era a veces hasta desconocida para muchas de ellas.

Pronto nos despedimos, porque insistió que no debería perderme de mi clase por su causa, por más que para mí ella era mucho más importante que todas mis clases juntas. Me prometió que me llamaría pronto para volver a vernos, enseguida tomó su impermeable, porque amenazaba lluvia.

-Gracias Araceli –repetí- ¡Eres una estupefante muchacha! ...

-Tú siempre con eso –me contestó sonriéndose- soy cómo todas. No me idealices tanto porque así te decepcionaré menos.

Salió del café mientras yo pagaba el consumo y enfilaba mis pasos a la escuela donde el maestro ya habría iniciado su clase de Prácticas Comerciales.

-11-

... organillo callejero
que en el barrio
y en tu vieja melodía
va llorando una tristeza...

Había pasado mi adolescencia y mi juventud sufriendo la sensualidad que a los muchachos atormenta sin misericordia a todas horas y por todas partes, entonces aún desconocía la voluptuosidad y la prohibición de animar el deseo ni siquiera me turbaba.

La estricta formación religiosa caduca, tradicional, severa, que exige en nombre de Dios la castidad, la abstinencia, y que pone la horrible etiqueta de pecado, de ofensa grave al Creador al impulso sexual; me habían privado hasta entonces de conocer el gozo que conlleva la posesión de una mujer. *El no hagas, no bebas, no fumes, no te masturbes, no cojas...* rigieron esos años en que a los sufrimientos del enamoramiento debieron añadirse los de la abstinencia. ¿Quién puede ser casto por su propio gusto? ¿Quién es capaz de aplacar los impulsos naturales de la carne, los gritos del cuerpo, los estremecimientos del deseo? ¡Intransigente religión la que condena al hombre a la renuncia de una necesidad física indispensable para el equilibrio nervioso, psíquico, mental y espiritual del hombre! Cuando precisamente son los implacables fanatismos exacerbados los que han conducido a muchos varones, incluso de los que pretenden la santidad, los que han expuesto a muchos hombres a cometer las más graves desviaciones, produciendo homosexuales, o victimando niños. Es verdad también que el precio de la satisfacción conlleva la paga injusta y bárbara que condena a cierta clase de mujeres, que la sociedad corrompe para luego despreciarlas llamándolas depravadas y putas. El único remedio a semejante crimen es liberar a la mujer y permitirle, tal y cómo sucede en cualquier sociedad civilizada la completa libertad para que ella a su vez pueda mantener relaciones sexuales, que no deben forzosamente desembocar dentro de la órbita matrimonial, ni mucho menos en embarazos no deseados, porque el matrimonio cómo institución representa mucho más que el permiso religioso o social para practicar la sexualidad y una mujer es mucho más que su sexo, y la relación carnal no tiene que ver obligadamente con el amor, con los sentimientos, o con la compañía que proporciona una pareja. No excluyo la importancia del sexo en una unión, sólo la concibo cómo una parte más o menos importante pero nunca única.

Un Sábado en que Araceli me había avisado de antemano que no podría verme; después de la merienda, entre el abatimiento, la desesperación, la tristeza en que el amor imposible me había sumergido, Joaquín se acercó para sacarme al menos por unas horas de aquella atormentadora obsesión.

-¿Ya cobraste? –me preguntó-

-Hoy -le respondí.

-Pues invítame una copa...

-Con mucho gusto.

-Bueno, pues entonces vendré a recogerte dentro de una hora, a las nueve de la noche.

¡Ponte guapo! –agregó bromeando.

Joaquín llegó puntual.

-Vamos a casa de una amiga –me dijo- que hace algunas semanas que no veo.

-¿Y lo de la copa? –Le pregunté.

-Ya me la invitarás.

Un taxi nos condujo hasta frente a una bonita casa que ostentaba un monograma con las iniciales RM

-Aquí es- dijo bajando del auto.

Pagamos el viaje y tocó el timbre. Una amable sirvienta salió a recibirnos. Joaquín era conocido y la señora Rosa Murillo, dueña de la casa lo recibió con una amable sonrisa.

-¡Hola! ¡Qué bueno que vienes por aquí! Pasa, pasa por favor y siéntense. Ya veo que llegas muy bien acompañado.

-El es Juan José –dijo Joaquín a modo de presentación- la señora Rosa Murillo.

-Gusto de conocerte –dijo la dama- acomódense por favor.

La sirvienta vino a preguntarnos que queríamos tomar.

Joaquín se volvió para preguntarme

-Lo que tú pidas –contesté yo.

-Pues brandy –ordenó Joaquín.

-Nada de brandy –dijo la Doña- porque estas copas son por cuenta de la casa y a salud del nuevo cliente que me traes.

-Pues gracias te sean dadas –dijo Joaquín- ¿Y ahora cuéntame que novedades tienes?

-¡Ya lo verás! –terció la Murillo- y en cuanto a tu amigo ¿Cuáles son tus preferencias? -preguntó dirigiéndose a mí... ¿Te gustan rubias, morenas o trigueñas?

En ese momento caí en la cuenta donde estaba y me quedé mudo momentáneamente, porque irrumpieron a la vez siete u ocho muchachas guapísimas, perfectamente vestidas, maquilladas, peinadas, indudablemente muy bien escogidas que me parecieron verdaderamente fabulosas como brotadas del harén de Harun-al-Rachid trasladado de las 1001 noches a la lujosa sala de la casa. Todas nos saludaron quién de beso, quién de mano y fueron a sentarse en los mullidos sofás de terciopelo rojo charlando y riendo entre ellas.

Trajeron las copas y antes de que dijéramos ¡Salud! La señora Murillo agregó dirigiéndose a mi hermano:

-Estamos aguardando unos amigos, pero antes de eso quiero presentarte a una nueva. Se llama Rebeca. Ve a ver si ya terminó de arreglarse –ordenó a la sirvienta.

Joaquín dijo ¡Salud! Y yo intentando vencer el asombro que era casi estupor y fingiendo en lo posible tranquilidad, le di un sorbo a mi copa en tanto él departía alegremente con las demás chicas. Cinco minutos apareció una bellísima joven: alta, trigueña, con el cabello largo que le caía hasta la cintura, y un aspecto distinguido, portaba con elegancia un vestido negro entallado con elegante escote que le llegaba justamente hasta la rodilla, remate de unas piernas maravillosamente bien torneadas; la media estirada, la zapatilla de charol, luciendo el busto simétrico, una cintura brevísima contrastando con la redondez perfecta de las caderas; y sobre todo la hermosura de una cara impecablemente cincelada, la convertían efectivamente en una hurí escapada del paraíso mahometano.

-Ella es Rebeca –presentó la señora Murillo.

-Joaquín la contempló complacido y se levantó a saludarla, mientras yo me quedaba boquiabierto sin saber que decir.

-Siéntate – le dijo mi hermano- ¿Qué deseas tomar?

-No tomo –respondió ella- pero los acompañaré con mucho gusto, y se sentó entre los dos.

-Al menos ¿Un refresco? –insistió mi hermano.

-Bueno –accedió ella.

-¿De dónde eres?

-De Sinaloa. Vengo de Culiacán.

-¿Y es la primera vez que estás aquí en Guadalajara?

-Sí.

-¿Te ha gustado Guadalajara?

-¡Claro! –Asintió Rebeca.

En esos momentos entraron media docena de visitantes medio escandalosos, unos jóvenes, otros no tanto, quienes fueron recibidos por la Murillo y al punto solicitaron copas y se alinearon con las muchachas, algunos, según observé, debían ser clientes habituales de la casa.

Yo estaba abochornado y aunque trataba al principio de aparecer sereno y sonriente, aquel derroche de carne femenina, joven, perfumada, voluptuosa, sin que la manchara una pringa de vulgaridad, me turbaba seriamente; aunque a decir verdad, la que más me había atraído era precisamente Rebeca quién estaba conversando con mi hermano tal si se hubiesen conocido de años, mientras ella, que había encendido un

cigarro, cruzaba con displicencia la pierna. Joaquín me observaba y aunque a no dudarlo la nueva le había gustado se dirigió a mí para preguntarme:

-¡Y tú por qué no platicas con Rebeca?

-¡Claro que sí! –repuse- Me gustaría que me dijera cómo es su tierra.

-¿Cómo es? –repitió Rebeca- ¿Qué quieres que te diga? ¡Yo nací allí! Así que me parece muy bonita.

-Está tan lejos, que no alcanzo a formarme la menor idea.

-Pues hace mucho calor –comentó Rebeca- pero afortunadamente tenemos cerca el mar.

Entonces Joaquín con afectuosa camaradería agregó:

-Pues ve con ella para que platicuen más a gusto.

-Pero...

-Vamos -dijo mi hermano- te la cedo, ya he visto que te agradó mucho.

-Pero a ti te habían presentado a la señorita –argumenté yo.

-No importa. La señora nos la presentó a los dos.

-¿O es que no te gusto? –Preguntó Rebeca.

-¿Cómo no habría de gustarme? –contesté yo- ¡Es usted una linda muchacha! –afirmé convencido.

-¿De veras te parezco linda? –Interrogó Rebeca indudablemente muy halagada, entonces levantándose me tomó de la mano y dijo: -¡Ven conmigo!

Yo me levanté para seguirla y Joaquín se adelantó para murmurarle al oído:

-Ve con él, yo arreglo lo demás.

Seguí a Rebeca tomado de la mano. Subimos por una escalera alfombrada y fuimos a parar a una recámara acogedora, enteramente encortinada, tapizada y alfombrada en tono rosa, donde destacaba una cama ancha, un lujoso tocador oloroso a perfume y a mujer, y un par de burós a cada lado del lecho provistos de lámparas con pantallas igualmente rosadas que alumbraban el silencioso lugar, absolutamente privado.

-¡Ponte cómodo! –sugirió Rebeca- En el perchero puedes colgar tu ropa para que no se te arrugue.

Yo temblaba, ignoro si de deseo o de miedo, iba a ser la primera vez que estaba con una mujer hermosa. A mis veintitantos años no sabía lo que era el placer, ni había gozado la posesión de un cuerpo joven, y aunque trataba de controlar mis nervios, Rebeca empezó a sospechar que estaba enteramente turbado.

-¿Tú no eres de aquí, verdad? –Me preguntó.

-No. –admití- soy de Lagos.

-Se ve que no tienes costumbre de andar en esto, pero tenme confianza. –Entonces me echó los brazos al cuello y me ayudó a deshacerme del saco, el nudo de la corbata y a desabrocharme la camisa, luego me tomó las manos e hizo que le rodeara la cintura, mientras me besaba apasionadamente.

Imagino que los besos nos fueron excitando a los dos. Entonces ella se desprendió de lo zapatos y me susurró al oído.

-¡Ahora desnúdame!

Yo intenté torpemente de ayudarla a desabrocharse el vestido.

-Por allí no es –me indicó- sino por detrás...-y con una sonrisa pícaro aclaró- se ve que no tienes mucha práctica en esto.

-Ninguna –volví a aceptar-

-Nunca permito que me desnuden, pero me has caído tan bien desde que te vi, que por eso haré una excepción.

Asentí con un gracias y me di a la tarea de hacerlo, aunque sentía que las piernas me flaqueaban.. Rebeca se deshizo del sostén con un simple tirón y me hizo poner las

palmas de las manos sobre sus preciosos pechos que libres del encaje opresor lucían duros, erectos, rematados por el pezón ligeramente oscuro, aquello me excitó y empecé a besarla en el cuello, en las mejillas, en la nuca, en los labios, estrechándola contra mí. En ese momento era mi mujer, algo mío, y lo único que la vida hasta entonces había podido concederme. La muchacha que estaba medio desnuda me reconvino:

-Faltan las medias y el portaliñas

La obedecí con los ojos semi cerrados exánime de deseo, entonces me preguntó:

-¿Y tú a que horas te quitas la ropa?

Seguí su ejemplo, lancé los zapatos, mientras me deshacía de los pantalones, la camisa, la ropa interior, besándola con intenso frenesí, Rebeca jadeaba, de pronto se arrojó de espaldas sobre el lecho y exigió:

-¡Quítame las pantaletas!

Sentí que los dedos me temblaban e hice deslizar el resorte de la prenda que resbaló entre aquellos muslos adorables, en ese momento percibí que todas las cosas tienen alma, los muebles, los objetos e incluso hasta las prendas íntimas de una mujer, pero ya Rebeca estaba completamente desnuda, abría las piernas, mientras con sus manos me tomaba el pene para penetrarla. Aquello nos condujo al clímax, no era sólo el hecho de estar dentro de su vientre, sino el oprimir sus pechos, rodear su cintura, besar su boca y succionar su lengua. Cuando concluimos húmedos, extenuados y satisfechos, se recostó a mi lado y tomó del buró un cigarro que yo me presté a encender.

-¿Eres casada? –le pregunté- ¿O acaso trabajas en algún banco?-

¿Qué te importa eso? –me respondió- y volvió a prenderse a mi boca, pidiéndome más placer

Ya en plena calle la noche cayó sobre nuestras cabezas, entonces Joaquín tomándome del brazo murmuró:

-El mayor delito del hombre es hacer nacer. ¡Evítalo!

Era la una de la mañana, extrañamente un cilindrero tocaba una dulzona melodía casi en frente de la casa de la Murillo. Saqué una moneda que el hombre agradeció. Tomando aire fresco nos fuimos caminando en busca de un bocado, pues a decir verdad yo sentía hambre.

Cuando llegamos a casa daban las cuatro de la mañana y seguramente tía Eloisa iba en el tercer sueño.

-11-

En un bosque durmió por un siglo
la bella princesa que estaba encantada...

Agradecí a Joaquín que se preocupar por distraerme, pero el libertinaje es triste porque una vez ida la momentánea anestesia, sobreviene aún más intensa la aparición del mal.

Sufría porque amaba y aunque vivía amando no podía gritar la palabra: ¡Te amo!

Sin embargo debo reconocer que aquella pasión torturante me concedía a veces insospechadas compensaciones, aunque a veces estas duraran bien poco; y cuando veía a Araceli en las veladas de los sábados derrochando ligereza, alegría, vida, juventud, me volvía a sumergir en aquella adoración de ensueño, y mi anhelo de felicidad que se llamaba ideal, al que jamás hubiera renunciado, encadenándome con sus lazos dorados; me volvía a dejar prendido a la más dulce de las esclavitudes, la esclavitud de amor. Y en esos trances ¿Qué tanto importaba que ella no me amara, si yo conseguía ser feliz con sólo verla? Entonces concluía en que los ideales no se conciben muchas veces para realizarlos, sino simplemente para vivirlos.

No volví a insistir en mis propósitos de noviazgo, y ella me lo agradeció concediéndome atenciones y privilegios.

Al terminar mi carrera comercial ella habló a su padre para que yo pudiera mejorar de empleo; y Don Gonzalo a quién su posición y amplias relaciones le abrían todas las puertas, me recomendó para obtener una magnífica colocación, primero como encargado de la recepción del Hotel Francés, puesto que desempeñé sólo tres meses para convertirme en seguida nada menos que en Gerente del establecimiento, en esos años conceptuado cómo uno de los mejores hospedajes de Guadalajara, el cual era propiedad de una dama francesa, la señora Queer, quién dejó en mis manos con absoluta confianza la administración del establecimiento, permitiéndome poner en juego toda mi capacidad comercial y organizativa, atrayendo clientela extranjera cuyos magníficos ingresos fueron destinados a la modernización del local que se convirtió en el lugar preferido de los visitantes.

Esa nueva posición debida al señor Moreno Rincón Gallardo. me otorgó no sólo buenos ingresos sino seguridad, y confianza, y dejé de sentirme apocado y ridículo frente a la mujer que amaba.

El señor Castañeda a quién cumplidamente di las gracias, lejos de molestarse por mi renuncia me dio ánimos y consejos par asumir con acierto mi nueva responsabilidad, asegurándome que iba a llegar muy lejos.

Joaquín, tía Eloisa y tía Tomasa se alegraron y los domingos solían ser mis invitados para almorzar o para tomar café en los elegantes salones en los que el servicio cortés y rápido, aunados a la buena calidad de los alimentos, cosechaban elogios.

Empecé a vestirme bien y una ocasión Araceli me invitó a compartir con sus papás el palco del teatro Degollado para presenciar, -reconozco por primera vez en mi vida- la representación del ballet La Bella Durmiente que una compañía rusa ofreció en contadas funciones que congregaron a lo más selecto y genuino de la sociedad.

Don Gonzalo portando un bien cortado traje negro, asistió al lado de su esposa Doña Concepción, que paseó desde el palco sus binoculares por la concurrencia, aprovechando la oportunidad de lucir su collar y pendientes de brillantes y un traje de seda negro, escotado de cuello y de brazos que la matrona reclinó con indolencia sobre el antepecho de terciopelo rojo del palco.

A mi lado, Araceli, en cuyo rostro antes infantil e ingenuo, ahora parecía flotar cierta sensualidad en que a floraba la mujer, asistía a mi lado, a veces indiferente y otras atenta a mis comentarios.

Destino y sentimiento son nombres de un sólo significado, y aunque el hecho de estar a su lado causara envidias en muchos de sus pretendientes, nunca fui presentado con más título que el de un amigo muy apreciado, ocasionando que Nati me censurara con sarcasmo diciéndome que era sólo “un bípedo, que con sólo dos patas y sin alas, pretendía volar muy alto, solamente por el hecho de tener demasiada imaginación”.

Aunque neófito en música y arte pretendí ilustrarme con las notas del programa de mano, leyendo cuando las luces de la sala aún estaban encendidas y mientras en el foso los músicos de la orquesta afinaban sus instrumentos.

Araceli sensible al arte y a la música que ella misma cultivaba se disponía a gozar del espectáculo, mientras sus ojos vagaban curiosos de un lado a otro repartiendo sonrisas y saludos.

Al fin se apagaron las luces y se inició la obertura entre el absoluto silencio del público.

El nacimiento de la hermosa princesa colma de alegría a sus orgullosos padres que rigen un reino, la corte ha sido convocada y asisten numerosos dignatarios quienes compiten en entusiastas felicitaciones y parabienes, ofreciendo a la pequeña regios

obsequios, las hadas a su vez le ofrecen generosamente sus dones, pero un involuntario olvido de los soberanos que no han invitado a una poderosa maga, desencadena el enojo de ésta, quién al verse excluida, acude al final del festejo sólo para lanzar una maldición sobre la pequeña quién ha de vivir eternamente dormida; de nada sirven las disculpas y los ruegos, la agraviada hechicera inmovible se retira iracunda, no obstante, las madrinan, quienes también poseen poderes, aunque no tan amplios, cómo la agraviada, consiguen mediante su magia, que cuando crezca la joven dormida, pueda ser despertada si un mancebo enamorado de su belleza la encuentra y pone en sus labios un apasionado beso de amor, quedando así definitivamente liberada de tan injusto maleficio.

Durante un intermedio Nati quién ya vivía con su esposo en Guadalajara acudió al palco para saludar a la aristocrática familia. Su amabilidad agradó a los Rincón Gallardo porque ella a su vez era ahora gracias a la posición de su esposo una dama distinguida, lo que le permitió cultivar cierta amistad con Araceli y llegar a cruzar entre ellas, frases amables y hasta alguna broma.

Tocó en seguida el turno a Vavy, -creo que Valentín- uno de los asiduos concurrentes a las veladas de la familia. Se trataba de un individuo joven, guapo, dotado de unos ojos oscuros, pelo ensortijado y que vestía siempre con impecable propiedad y elegancia, dotado de una cautivadora simpatía que emanaba de toda su persona, y que aunque no ostentaba al parecer profesión conocida, hacía pensar que su ocupación por el mundo consistiera en hacerse gustar y ser gustado por todas las mujeres con quienes se topaba y a quienes sabía divertir con su conversación en la que ponía más ingenio que inteligencia y mucho más superficialidad que profundidad. Buen bailarín, no era romántico, ni aparentaba serlo, tal vez porque no ignoraba que el romanticismo aburría a las jóvenes, tentándolas más por su genuino interés hacía su persona o por la curiosidad. Vavy tampoco gustaba agobiarlas a cumplidos; y su táctica consistía en permitir, que en lugar de ser él quién tuviera que buscarlas y cortejarlas, fueran ellas quienes se le acercaran atraídas por su encantadora personalidad.

Su visita me hizo palidecer presintiendo un desaire que no se hizo mucho esperar.

Para el último acto, el afortunado galán que merodeando por el bosque encuentra a la soñadora criatura, después del consabido beso por el que ella se despierta, adquiere con la mano de la infanta, el amor y la fortuna. Los festejos de la boda se suceden dando lugar a danzas y jolgorios y el telón cae entre el dulzón leitmotiv de la orquesta.

Pero el desenlace de esta historia, tan amable en la escena, contrastó acremente con la terrible realidad; porque al terminar la representación, mi princesa solicitó la autorización de sus padres para abandonarnos e irse con Vavy a disfrutar de una cena, una copa o un café, y si bien Doña Concha la reconvino argumentando que la función había terminado demasiado tarde, y la hora era absolutamente impropia, ella insistió prometiendo regresar a su casa después de una hora; y sin más preámbulos, ausente de toda delicadeza y hasta de educación, se despidió de mí dándome las gracias y las buenas noches.

Humillado, rabioso, amando y hasta odiando, tragué el desaire y me despedí de Don Gonzalo y de Doña Concha no sin dejar de agradecerles la invitación.

Para hacer más penosa mi desgracia a la salida del teatro me topé de nuevo con mi hermana Natalia que me preguntó si no debía de llevar a Araceli hasta su casa por más que hubiera venido acompañada de sus padres. Traté de evadir la bochornosa explicación, y aunque intenté disculparla argumentando que sólo era un amigo con

quién no la ligaba compromiso alguno, no conseguí disimular la contrariedad que me agobiaba.

Así que opté por el silencio, y esa noche, como otras, toqué en la puerta de la casa de Rosa Murillo, esa hipócrita arpía a quién odiaba y con quién cambiaba de vez en cuando cortesías a pesar de mi desprecio por considerarla una infame explotadora de las infelices pupilas sometidas al yugo de su triste oficio que estoy seguro que muchas de ellas, no sólo habrían de practicarlo por necesidad económica, sino por gusto, perversidad o hasta curiosidad, por ir en busca de Rebeca, quién siempre manifestó gusto por verme, aunque aquella noche no tuve ganas de hacer el amor y me concreté a conversar un rato con ella, quién al final también tuvo que dejarme para atender a un cliente.

Y con mi soledad a cuestas regresé a mi casa tarareando el vals de La Bella Durmiente.

-12-

Dios lo quiso y la hizo,
tan voluble cómo un ave,
si me quiso o no me quiso
¡Quién lo sabe!

En esos tiempos me esforcé más que nunca en hacer lo más eficiente no sólo mi trabajo sino el de los demás. En el hotel la más refinada cortesía se volvió costumbre y todos contribuíamos a mantener satisfechos a nuestros huéspedes, instalé un libro de sugerencias que se mantenía siempre abierto y yo supervisaba desde una arruga en una almohada hasta que el café se sirviera a la temperatura que al cliente quería, llegué a auxiliar a huéspedes que enfermaban, y apoyar a hombres de negocios que organizaban reuniones, visitantes extranjeros que venían haciendo turismo o a pasar sus vacaciones, informándoles de nuestros templos, paseos, museos, comidas típicas y diversiones, y procurando que regresaran dispuestos a decir en sus países que México era una nación hospitalaria y Guadalajara el mejor lugar para tomarse un merecido descanso. Las propinas llovían y la señora Queer decidió abonarme una comisión por cada huésped y hasta me regaló después acciones del hotel, entonces la dio por permanecer largas temporadas en Francia segura de la buena marcha de su negocio. Mi primo Bernardo vino a pasar su luna de miel y yo recibí a los recién casados con flores en su alcoba, fruta fresca y una botella de champaña cortesía de la casa; su despedida fue una cena regia preparada por un chef internacional y se fueron tan complacidos que mi tío Jacinto me llamó para felicitarme.

Decliné ponerme horario en el trabajo en el que me refugié intentando de mantener mi mente ocupada.

Tal vez esos pequeños logros contribuyeron a engañarme y a suponer que Araceli me vería ahora con otros ojos, y yo le mostraba orgulloso las felicitaciones que recibíamos a diario de nuestros huéspedes.

-De ti he aprendido a ser gentil –repetía para lisonjearla –pero yo me quedaba pensando que la amabilidad abre las sonrisas más no los corazones, y cuando terminaba mi jornada en la que la cortesía era parte de mi obligación, debía admitir que nada había en mi vida que me pudiera proporcionar una verdadera alegría, una esperanza o una razón para enfrentar la vida.

A veces Araceli llegaba a visitarme intempestivamente, pues al salir de compras al centro de la ciudad se lo facilitaba, su alegría y la mirada de sus ojos juveniles me alegraban, pero cuando yo creía percibir en ellos una migaja de amor ella se ponía a contarme que había ido a bailar o a cenar con el tal Vavy o me relataba como había bailado toda la noche en una fiesta con un muchacho recién conocido, y una vez refiriéndose a cierto pretendiente me aseguró que le gustaba tanto que si se lo pedía se iría a vivir con él aún sin casarse. Con ella subía al cielo o descendía al averno en la misma semana y hasta en el mismo día, entremezclándose la dicha y el sufrimiento, a veces juraba que me despreciaba y otras mi optimismo me inducía a creer que acabaría siendo mi esposa, ya que siempre me aseguraba que era en mi compañía con la que se sentía verdaderamente bien.

Verla o no verla me acarreaban un conflicto. No soportaba el vivir sin tenerla aunque fuera unos minutos para mí, pero a veces el encuentro me dejaba una tristeza y una frustración insoportables.

Por la mañana me llamaba para decirme que iba a salir con un muchacho que tenía tan largas y rizadas las pestañas, que al mirar parecía que estaba medio dormido, pero por la tarde se presentaba en el hotel para pedirme que la llevara al cine.

Araceli había entrado en mis huesos, en mi sangre, en mis pensamientos, estaba cómo incrustada dentro de mi piel y nada ni nadie hubiera sido capaz de desprendérmela, me telefoneaba en un mismo día dos o tres veces y me decía a modo de despedida –te quiero mucho- si bien nunca dijo que me amaba, pero luego se olvidaba un mes de mí, hasta que yo cansado de apoyar la frente sobre el cristal de la vidriera de mi oficina esperando escuchar sus tacones antes de verla llegar, le llamaba temeroso de encontrarme con alguna desagradable sorpresa, luego, cuando menos lo esperaba irrumpía de nuevo saludando a todo el mundo, alegre cual una sonaja, entonces me reprochaba que por estar dedicado al trabajo, no tuviera tiempo de ir a buscarla, y si yo le respondía que no deseaba interrumpirla de sus compromisos, me respondía que si se lo pedía estaba dispuesta a cancelar lo que fuera con tal de estar conmigo, luego se preparaba para irse, no sin referirme antes que un tal Mauricio había solicitado sin previa autorización de ella su mano a Don Gonzalo, mientras que otro de nombre Miguel con quién apenas sostenía quince días de noviazgo ya se permitía celarla, tú en cambio eres tan discreto –me aseguraba- que jamás habrías de violentarme a lo que yo no estuviera plenamente convencida. Yo callaba sin atreverme a responderle que una vida sin amor es una vida marchita terriblemente desolada.

Un día me confesó su extrañeza por ver que yo no tuviera novia o al menos no saliera con muchachas, porque aunque no pensara todavía casarme al menos debía divertirme, ya se que el trabajo te tiene varado –admitía- pero eres joven y cómo todos los chicos tendrás deseos de ir a fiestas o a bailar, yo no puedo salir siempre contigo, pero tengo tantas amigas que alguna habría de gustarte y si las trataras hasta podrías terminar en algo más serio con alguna, luego de verme sonreír tristemente me atajaba:

-Ya se que es lo que vas a decir, pero no está bien, aunque yo me llegara a casar contigo, preferiría que antes al menos hubieras tratado a otras chicas...

Yo me abstenía de contestarle, pero cuando se iba y yo me salía a deambular solitario por algún jardín me proponía despojarme de aquel romanticismo, ya muy pasado de moda en los años cincuenta, y admitía con amargura que la vida se había burlado en todos sentidos de mis sueños de amor, de felicidad, de entrega, de ternura, sueños, donde la imagen predominante era ella, aquella dulce niña que conocí el día que hice la primera comunión, y que hoy trasfigurada me colmaba de sorpresas, aunque desde luego, no pudiera dejar de continuarla adorando, luego, cuando la noche se tornaba violeta regresaba al hotel a preguntar por novedades, llegadas de nuevos huéspedes,

reservaciones, pagos, y además informes para enterarme si el menú del restaurante había agradado a los comensales, si algún viajante de comercio prefería que lo cambiáramos de habitación, o estaba algún grupo por llegar y si nuestra comida se había agotado o habían quedado sobrantes para incluirlos en el buffet sabatino, y después de hacer el corte de caja del día regresaba a casa donde Joaquín me aguardaba para compartir conmigo una cerveza y tía Eloisa volvía a jurarme que aunque tuviera manjares a mi disposición en el hotel, la comida casera de mi tía Tomasa resultaba siempre muy superior, y yo abrazaba enternecido a las dos viejas, cómo lo antes lo hacía con mis abuelas.

-13-

Quizá por quererla tanto
a mi sed no le dio agua...

Llegó diciembre y con un frío soportable que lejos de invitar a envolverse en las mantas, incitaba a disfrutar las tradicionales posadas y la esperada noche de navidad, Araceli me llamó para invitarme a degustar un vaso de ponche caliente y romper alguna piñata en la compañía de su familia de la que era siempre bien recibido.

Me hice el aparecido en la tercera posada en la que los invitados fuimos obsequiados con buñuelos.

La joven se divertía y hasta me pareció que lucía exactamente igual que en aquellos años en que vivíamos en Lagos cuando yo la buscaba ansioso en las noches de serenata. Nada había variado en ella; y en cuanto a mí poco o casi nada había cambiado en mi vida y seguía cobijando los mismos sueños necios y obstinados, las mismas ilusiones desbocadas, la idéntica locura incrustada inseparablemente en mi pensamiento, ya que ni por un instante había abandonado el anhelo de hacer mía aquella angelical criatura toda sonrisa, dulzura, belleza, cuya alegría sentía gorjear dentro de mí; y aunque ahora portara traje, camisa y corbata y mis maneras hubieran mejorado mi corazón continuaba anegado de amor ¡Hasta que el amor me ahogó!

Esa noche venido de no se donde, invitado, nunca supe por quién, llegó al hogar de los Moreno Rincón Gallardo, Alfredo de la Fuente, quién me fue presentado como abogado, aunque después me enteré que nunca terminó la carrera de jurisprudencia, ni mucho menos se recibió o dedicó a la profesión; su padre quién había sido camionero había acumulado una extraordinaria fortuna pues era el dueño de una próspera empresa dedicada al transporte, incluido el de los combustibles, la flota de carros tanque y de trailers precisaba de dos enormes manzanas para alojar formados y alineados a sus componentes.

El treintañero era hijo único y al igual que Araceli no tenía por que preocuparse del porvenir. Pero su fortuna no consistía sólo en los bienes materiales, pues también poseía una agradable presencia, buena conversación, y cierto aire mundano cosechado en sus viajes por el viejo continente.

Alfredo cautivó y se dejó cautivar casi instantáneamente por Araceli.

Es posible que los veinticinco años cumplidos de ella, influyeron en la pronta decisión de sus padres quienes después de un noviazgo que debió durar a lo sumo tres o cuatro meses, aceptaron conceder la mano de su única hija, quién reconoció por primera vez en su vida haberse enamorado, pues así se lo confesó a mi hermana Nati con quién empezaba a ligarla una entrañable amistad, y que a no dudarlo ella buscó con el deseo de influir a mi favor.

Cuando años después supe por mi hermana la respuesta con que Araceli le había contestado al respecto, constaté que no difería de la que a mí me dio, si bien reconociendo mis cualidades, el que la había seguido y buscado, y sin duda –añadió-

que podría haber sido un excelente marido y que convencida de que yo la adoraba ella había pensado en más de alguna vez casarse conmigo, aún contando con la oposición de su familia, que sin duda buscaría el mejor acomodo social y económico para su hija; y cuando Natalia intentó con buenas palabras hacerle ver su ingratitud, Araceli se defendió con la verdad: nunca me había concedido ninguna esperanza, ni siquiera accedió a un noviazgo y sólo me veía cómo a un buen amigo, por lo tanto no cabían ni la ingratitud ni la traición, simplemente no podía ser de mí otra cosa diferente a lo que siempre había sido, una buena amiga, lo mismo que fue desde aquellos días en que yo la espiaba cuando custodiada por las monjas iba en formación camino al templo de La Merced a rezar el rosario. Nati al igual que yo, concluyó que no había adelantado un paso, ni siquiera avanzado un centímetro, Araceli no negaba que yo era poseedor de un corazón puro, casi infantil, y cuando se habló de trasladar sus pertenencias al que iba a ser su nuevo hogar, Nati la oyó decir que lo único que pensaba llevarse era la cajita de música que yo le había regalado y que conservaba sobre su tocador.

Nati debió admitir que si bien Don Gonzalo y Doña Concha empujaron a su hija al matrimonio, Araceli no sólo estaba convencida, sino verdaderamente enamorada. Alfredo no es Vavy –le repitió muchas veces a mi hermana. Él otro era un chico para pasar un buen rato, Fred es para vivir con él toda la vida.

Mi hermana se deslizó más de alguna tarde al Hotel con el aparente propósito de tomarse un café y una rebanada pastel mil hojas que nuestro repostero preparaba deliciosamente, pero en realidad con el fin de tranquilizarme y consolarme, aunque yo oculté no sólo para ella, sino para el resto de mi familia, celosamente mi pena, mi infortunio, encubriendo cómo hombre no sólo mi tristeza sino mi desesperación.

Sin embargo debí admitir frente a mi hermana que me conocía cómo si hubiese sido mi madre, que mi vida era desgraciada porque era necio y no había querido o logrado ser de otro modo, porque renunciar a amarla era como si me traicionara a mi mismo, por lo demás le aseguraba que aquel amor, sin duda desperdiciado, había sido lo más hermoso de mi vida y que a través de él había conocido su auténtico significado, entendiendo porque es la razón y la esencia de todo cuanto existe sobre la tierra, y cuando Nati intentó inducirme a intentar olvidarla y hasta procurarme una muchacha del enjambre de solteras a quienes sin duda habría podido conquistar, le hice ver que mi vida amorosa se había concretado a una sola palabra y a una persona única: Araceli.

Nati no insistió más, es posible que lo consideró inútil o más bien que esperaba que con los años aquella locura se me iría de la cabeza, y sólo deseaba que la madurez que llega con los años no se me apareciera demasiado tarde, cuando fuera más difícil o casi imposible intentar consolidar una relación y un hogar. ¿O es que piensas quedarte como Joaquín eternamente soltero? –me preguntó- ¿Y cuando tía Eloisa falte y yo misma ya no pueda estar cerca, pues debo seguir a mi marido, que va a ser de ustedes? Yo me quedé silencioso sin saber que responderle ¿Qué puede ser de una vida tan pobre y carente de amor? ¿Qué es de los solitarios, de los rechazados y fracasados, de los que fatigados de vivir, decepcionados del sexo, de la ilusión, arrastran hasta el final sus días atados a la cadena del infortunio, de la soledad, de la pérdida irreparable, de quienes nunca han visto un cielo despejado y han creído ingenuamente que la niebla que ha oscurecido sus existencias era sólo un jirón peregrino en lugar de una perenne invasión de sombras?

Hay fracasos que lejos de derrotarnos nos incitan a la lucha, amarguras que nos harán apreciar algún día el sabor dulce del amor compartido, contrariedades que siembran coraje y determinación para conseguir el ideal, llegar a la meta, encontrar el éxito... más también hay penas que son cómo las flores marchitas, las que ni por un momento volverán a ser frescas. Son las heridas que nunca acaban de cicatrizar, las

sonrisas que no consiguen disimular la melancolía, los ojos de los que nunca se borrará el estigma de las ojeras oscuras por las que corrieron las lágrimas, pechos que suspiraron inútilmente, almohadas que nunca conocerán otra compañía que la del insomnio... y tumbas en las que ni siquiera habrá de posarse nunca la más pequeña flor.

-14-

El eco va siguiendo,
mis pasos en la acera,
yo voy de una quimera
¡Si acaso Dios quisiera
pero bien se que nunca
ha de quererlo Dios!

Poco o nada varió nuestra relación, Araceli continuó llamándome para informarme acerca de los preparativos de su boda, y los adelantos para instalar lo que iba a ser su nuevo hogar. No creo que lo hubiese hecho para lastimarme, simplemente se afianzaba a su rol de amiga, tal vez ignorando mis sentimientos, o dando por hecho que yo habría debido aceptar lo que ella se hallaba dispuesta concederme, si bien durante su corto noviazgo nunca volvimos a salir juntos, en parte porque en su enamoramiento sólo deseaba estar al lado de él y porque yo a mi vez prefería evadir un encuentro.

Pero una mañana se apareció por el hotel, advirtiéndome que venía de prisa pero que le invitara una taza de té y que si tenía tiempo le dedicara algunos minutos para charlar.

-Mi nuevo domicilio se ubicará en la Avenida Chapultepec -anunció- y espero que me irás a visitar allá.

-Tal vez no será lo más apropiado. -Respondí

-Le he dicho a Fred que pienso seguir frecuentando a mis amistades y él se ha manifestado conforme.

-Eso dirá ahora, después podría cambiar de parecer.

-Me caso con un hombre civilizado. No me gustan los celos. Si no nos tenemos confianza lo mejor será quedarnos como estamos. Además ¿Por qué habría de oponerse a que me visitaras? Le he hablado de ti, explicándole que eres un buen amigo. ¡Nunca ha habido nada entre nosotros! -Me recalcó tajante.

Sentí que me lo recordara. Eso quería decir a las claras que nunca me vio cómo hombre. ¡Era sólo un pobre diablo inofensivo, incapaz de contar en otro sentido en su vida! Guardé silencio.

-Si tú no lo consideras apropiado, yo te seguiré buscando, nada habría de impedirme saludarte por teléfono, o venir a tomarme un té contigo de vez en cuando.

-Gracias Araceli -murmuré yo, esta vez convencido de que al menos me tomaba en cuenta en su vida. Sentía por mí: estimación, aprecio, no amor; pero eso también significaba algo y yo debía agradecerse.

Involuntariamente afloró mi tristeza, aquella tristeza que enlutó mi corazón por un difunto que nunca acababa de morir, pero que tampoco podía vivir. Entonces por un instante, Araceli pensó en mi amargura, en mi devoción por ella, y hasta debió haber valorado el silencio respetuoso que yo no había osado romper, supuso que mi obstinación de no buscar ninguna compañía femenina, mi repulsa a traer a mi vida un ápice de ternura, de ilusión, le debieron causar sino remordimiento, piedad, compasión por el infeliz que ella sabía de sobra que la adoraba.

-Yo te prometí una vez que nos vimos en el Parque Agua Azul que mientras tú lo desearas, pasara lo que pasara, yo nunca dejaría de verte...

-Si Araceli, lo recuerdo... y gracias por la amable intención.

-¿Intención? No. ¡Fue una promesa! ¡Y también las mujeres tenemos palabra!

-No lo dudo Araceli. Confío que así será y desde hoy te doy lo agradezco. —y luchando por retener las lágrimas añadí torpemente- y te deseo que seas muy feliz, cómo sin duda mereces serlo.

-¿Merezco eso? —me preguntó conciente de que sin ella mi vida se desmoronaba.

-¡Claro! —Reafirmé- ¡Eres una buena muchacha! ¡Y serás una magnífica esposa!

-¿Tú crees que soy buena?

-Si no lo fueras no habría llegado a quererte tanto...

-¿Habrías?..

-Sabes bien que yo te sigo y te seguiré queriendo siempre igual, el hecho de que no haber sido aceptado no te quita la bondad del corazón. Nadie está obligado a querer a nadie.

Araceli se puso pálida y murmuró:

-Pero yo te quiero...

Y tomando su bolso se levantó de repente sin acordarse de la taza de té a medio concluir.

Abandonó el hotel, mientras yo me quedé mirando cómo se alejaba a través de la vidriera

Sí, me quería a su manera, era una forma de cariño, una de esas gradaciones de las que sólo puede saber el alma femenina, y que a los hombres nos resulta tan difícil entender.

El asunto me parecía bueno para uno de esos novelones de folletín, o mejor aún para las radionovelas que transmitía la XEW con su cuadro de actrices lloronas y afectadas; pero no para vivirlo.

No obstante sus últimas palabras se quedaron vibrando en mis oídos, grabándose en mi mente y en mi corazón. ¡Te quiero! —había dicho- y yo insistía en enredarme, en buscar tercamente en esas palabras una esperanza, sumergido en una vastedad de sentimientos contradictorios, pues si por una parte deseaba que aquella boda no se consumara, que algo la aplazara y que ella quedara volviera a quedar otra vez libre, por la otra deseaba que fuera dichosa, y yo anhelaba sinceramente su felicidad, porque suponía que ya era bastante con mi desdicha, con mi soledad, con el tener que arrastrar por el resto de mis días la carga de una vida infeliz sin redención, de una larga noche sin amanecer, deseando la muerte no cómo una liberación, sino como la única y verdadera salvación posible.

-15-

...eremitas, monjes, cofrades piadosos,
que al ceñir los cilicios de la aspereza
en las celdas hallasteis luz de verdades
el polvoso breviario, la fuente raza,
que con su fuga perdieron vuestras edades...

Unos días después en elegante sobre recibí la invitación para la boda que me hicieron llegar con un propio.

La elegante ceremonia sería oficiada en catedral por el Obispo, monseñor Carpio y con la participación del Orfeón Jalisciense.

En el hotel se empezaron a cursar reservaciones para importantes huéspedes que vendrían desde diferentes puntos del país para asistir a la suntuosa boda que todo el mundo esperaba sería un acontecimiento de inigualable relevancia dada la categoría de los contrayentes y el rango de las familias unidas además por el indisoluble lazo del dinero.

Aunque según yo estaba preparado para lo que muchas veces presentí iba a ser el lógico desenlace de un amor condenado al fracaso, la proximidad de la fecha que al principio me tensó, acabó por sumirme en el desasosiego y en la desesperación.

Incapaz de no poder hacer nada por remediar o al menos atenuar mi infortunio, me puse a recordar cómo desde que había conocido a Araceli había empezado a amarla, al grado de que sin cesar, ni siquiera una hora había dejado de pensar en ella, recordando sus palabras y sus actitudes, y rogando al Dios bueno en quién yo ciegamente creía que obrara el milagro no sólo invocado humildemente, sino suplicado. ¡Cuántas veces, en aquellos días, aunque lejanos, frescos siempre en mi memoria, cuando aún vivía en Lagos había implorado la divina asistencia, jurando acatar en cambio cuanto la iglesia exigía, que no era ni mucho menos tan poca cosa, mientras yo decidía hacer cualquier sacrificio, emprender cualquier obra que agradara a Dios, con tal de que El se dignara escucharme y me concediera el amor de aquella, la más privilegiada de sus criaturas, cuya sola vista me hacía feliz y tenerla me habría provocado enloquecer de alegría! ¡Cuántas veces había buscado en los evangelios, entre la amplia gama de los milagros del Cristo dulce y benévolo, un prodigio mediante el cual el hubiese consentido en unir a un hombre enamorado, y me embrollaba pensando que acaso los judíos de esos tiempos estaban exento de amar cómo yo, que con mi sangre latina sentía abrazarme por la pasión amorosa! El Cristo de Las Misericordias, el quitador del karma, había sanado heridas, locura, ojos ciegos, miembros tullidos, fiebres mortales ¿Más, por que no había curado males de amor, sufrimientos de la soledad?... si El me hubiese escuchado yo habría dedicado mis energías, mis pensamientos, mi determinación de servir, obedecer, agradecer a ese Dios benévolo, a ese Dios de amor, la realización del único deseo que demandaba y hasta le prometía no volver a importunarle con el pedimento de otro favor, en cambio le solicitaba fuerzas para quererla, para hacerla feliz, para cuidarla como a una joya preciosa cuando llegara a pertenecerme, porque yo, le pertencí a ella desde siempre, y cuando el cuerpo y la vida me arrastraron al burdel para conocer el placer carnal me quedaba flotando entre un remordimiento, y al desprenderme de los brazos de Rebeca cada vez más adicta y hasta enamorada de mí, yo me juraba que el día que Araceli fuera mi esposa, jamás volvería a tocar a ninguna otra mujer, luego, entre los reproches con que me acusaba iba en pos del penitenciario que me echaba en cara con inmisericordes denuestos mi debilidad. “Dios castiga la concupiscencia –me decía- tu vicio, horrible cómo todos los vicios, sucio cómo son todos los pecados, ofende gravemente la majestad y la ley de Dios quién instituyó el sacramento del matrimonio para rescatar al varón de la podredumbre de la promiscuidad” por más que el tal cieno que la ortodoxia religiosa hallaba, no se pudiera concebir en mi cuerpo de hombre saludable y joven que exigía el desahogo, ni mucho menos en la pobre meretriz cuya historia me había susurrado, víctima del padrastro que la había violado, del novio que la dejó por otra, de la madre que nunca la amparó ni mucho menos supo comprenderla, y de su propia belleza, en la que los hombres lejos de admirarla, la convirtieron en el blanco de sus deseos carnales, sin que ninguno pensara realmente en amarla, sólo en poseerla; el fango sí podía recaer en la Murillo, en la explotadora de las infelices pupilas, y de los parroquianos a quienes exprimía con avarienta codicia.

Al final dejé de acusarme y cómo la mayoría de los hombres terminé por hacer un acomodaticio arreglo con mi conciencia.

Finalmente el amor, el codiciado y anhelado amor no lo encontraba en ninguna parte, aunque entonces, tenía por lo menos la esperanza, una fe oscilante, aunque firme en ocasiones, en la realización de un milagro, esperando siempre un cambio en el corazón de la joven.

Por ello, el saber que estaba a punto de perder definitivamente a Araceli sin haberla ganado nunca me confundió. De pronto se me cayeron los santos de los nichos, sentí que se apagaron las velas rogativas, que las flores en los altares de los templos se secaban y que Dios huía de la iglesias, mientras yo exhausto ensayaba las últimas rogaciones a las estatuas mudas que con sus ojos de vidrio -expresión religiosa demasiado hispana -cómo decía Zweig- permanecían inmóviles e impasibles, mientras yo clamaba, casi desesperado, la conformidad, la resignación nunca obtenida, entonces, abandonaba el hotel y mi obligación, para ir en pos de los oficios religiosos, donde creía hallar la paz, y mi nariz volvió a olfatear el inconfundible olor de las sacristías, me uní a las procesiones, escuché los sermones plagados de las palabras siempre repetidas: pecado, expiación, culpa, perdón, fe, mientras recibía bendiciones entre espirales de incienso, pero ni encontré la tan buscada paz, ni se detuvo el día en que había de realizarse el enlace de Araceli con su Fred.

Una tarde antes de la boda, se presentó Nati cuyo notorio embarazo pretendía disimular mediante un vestido demasiado holgado, y ambos nos dirigimos para adquirir los regalos, ella eligió un mantel portugués de encaje y yo un juego de tocador para la novia.

Quedamos de vernos a hora puntual para asistir a la misa matrimonial y de mutuo acuerdo convenimos en abstenernos de ir a la recepción, luego, ella se fue hacia su zapatería y yo caminé unos pasos entre la tarde amarillenta que se asomaba tras de la cúpula del templo de San Agustín, entré como autómatas, allí, un predicador de hábito blanco gritaba desde el pulpito: La fe es para el que cree, la religión tiene más con el querer que con el deber, pero sobre todo con el creer. Debemos huir de la tentación, Adán, nuestro primer padre humano cayó por el amor de la mujer...

No pude continuar escuchándole y abandoné precipitadamente la iglesia, mientras tanto se habían encendido los faroles iluminando las callejas.

Regresé al hotel donde impartí las instrucciones precisas para atender a los numerosos huéspedes recién llegados, y me fui a casa en busca del sueño que no llegó y del traje negro con el que debía asistir al día siguiente a una boda y a un entierro.

-16-

Ella es la reina de una corte de mil enamorados,
cuánto es bello se ha teñido de su luz.

Fue la boda religiosa que con mayor lujo y suntuosidad, de entre las que yo recuerdo haber asistido, se haya celebrado en la catedral de la capital tapatía.

El interior del templo, emblema de la cristiandad, se hallaba profusamente iluminado, sobre los pasillos de mármol y granito se colocaron gruesas alfombras rojas para el paso de la pareja y su séquito, a los costados sobre pedestales, se colocaron floreros de latón dorado pletóricos de: alcatraces, lirios, margaritas, gladiolos, crisantemos blancos, combinados con estético tino y alternados con varas de nardos que

exhalaban un delicioso aroma, en tanto que el altar mayor donde se oficiaría la misa de esponsales, se hizo adornar con nenúfares, jazmines, claveles y rosas blancas.

Los oros de los relieves, perfiles, de los marcos de los cuadros, candelabros, y demás objetos de la decoración brillaban como recién bruñidos; en tanto que el precioso recinto saturado del aroma de tantas flores, del incienso, y de los perfumes de las encopetadas damas, saturaron de gratos efluvios el ambiente.

Los invitados muchos vistiendo: Jacquet, smoking blanco o traje oscuro enfundados en camisas de popelina blanca con cuellos almidonados y corbatas grises, lucían además, guantes y zapatos acharolados, leontinas, mancuernillas y anillos de oro; mientras ellas portaban vestidos largos de generoso escote, guantes, velos, bolsos y zapatillas del mismo tono, mostrando además sus costosas alhajas. Los infantes tiesos, como liliputs de una corte también vestían de gran tono: las niñas faldas amponas con mangas bombachas y los varones pantalones largos y chaquetas negras; y todos, caballeros y damas, distinguidos, sonrientes, amables, caravaneros, encantados de participar y aprovechar la ocasión de pregonar unos, la aristocracia del apellido, otros la burguesía del dinero, aceite que abre las puertas en todos los ámbitos; pero que además parecían asombrarse y deslumbrarse en la unión de una pareja que recordaría sin duda a muchos sus momentos felices, si es que los tuvieron, o por lo menos, para otros, la insepulta ilusión de haberlos vivido.

La ceremonia que habría de verificarse el Sábado 10 de octubre de 1950 a las doce del día congregó desde media hora a los padres del novio y a este vestido con impecable jaquet compuesto de pantalón gris a rayas, levita negra y camisa, chaleco y corbata blanca; y además a los padrinos de los contrayentes, el Doctor Nandino y esposa los principales, el Lic Yáñez y señora de arras, la señorita Martín del Campo de velo y doce preciosas muchachas cómo damas de honor portando un elegante modelo de vestido blanco incluyendo sombrero, zapatillas, guantes, y ramos de orquídeas blancas, perfectamente peinadas, maquilladas, enjoyadas, que lucían cual princesas que fueran a rendir pleitesía a una poderosa emperatriz oriental, y para completar el séquito media docena de encantadoras chiquillas cuyo cometido consistiría en sostener la larga cola de la novia.

Faltando cinco minutos para las doce a bordo de un auto sport al que se le había levantado el capaceté llegó la novia acompañada de sus padres, que fue recibida con aplausos, sonrisas y parabienes de toda la concurrencia que demandaba ansiosa una sonrisa, o una palabra, en tanto que los saludos a Don Gonzalo y Doña Concha se prolongaban con abrazos y congratulaciones sin fin.

Yo y Nati en modo alguno pretendíamos ser de los cercanos y nos situamos a prudente distancia, si bien nuestro atuendo acorde con la ocasión aunque mucho más discreto nos abrió el paso entre aquella sociedad empingorotada pero amable. No obstante, aún de lejos, pude observar a Araceli, envuelta en aquel espléndido traje nupcial que tenía más que ver con la túnica de un arcángel, o con la vaporosa nube de un hada, que con las vestimenta de una desposada. Sus rubios cabellos caían sobre el escote del vestido, un velo blanco descendía como un manantial de plata sobre los hombros desnudos blanquísimos y se desparramaba sobre la espalda que lucía cual un mármol viviente, el talle se engalanaba en la envidiable silueta dibujándole primorosamente la cintura mientras por detrás pendía la cola que las pequeñas, que más bien semejaban querubines ya se empeñaban en tomar cuidadosamente con los dedos; y entre toda aquella gradación de blancuras relampagueaban los brillantes en el cuello, en las muñecas de las manos, en los dedos, confundiéndose con las perlas, mientras que aquellos ojos, pedazos del cielo jalisciense sonreían incesantes, dilapidando su azul, cual un supremo derroche de turquesas.

¡Era mi Araceli! ¡Mi delicia! ¡Mi tormento! ¡Mi dicha y mi angustia, mi luz y mi sombra, mi ángel y mi dolor, mi insondable dolor, el más cruel de todos los dolores, el más refinado de todos los sufrimientos!

A las doce en punto las campanas del reloj catedralicio sonaron y al punto se presentó un séquito de monaguillos ensotados de rojo con largos sobrepellices blancos, portando incensario y candelabros y escoltando al obispo Carpio que llevaba capa mitral y que salía a recibir dignamente a los novios.

Después de unas breves palabras de bienvenida los invitó a seguirlo y dándose la vuelta murmurando preces emprendió con paso parsimonioso el camino del altar, en tanto que el órgano catedralicio hacia retumbar el recinto con sus potentes notas que lazaban la famosa marcha nupcial que el judío Mendelssohn escribiera para el lucimiento del ritual católico, la obra armonizada con violines retumbaba en las altas bóvedas con la idéntica solemnidad con que debió haberse escuchado en la boda de Francisco José, emperador de Austria Hungría cuando desposó en memorable ocasión a Elizabeth de Baviera, la bella Sisi.

Apenas instalada la enorme concurrencia el prelado dio comienzo a la misa ayudado por dos sacerdotes y una nube de ayudantes, los novios quienes habían sido instalados en sus reclinatorios cubiertos de velos blancos y flanqueados por sus padres y padrinos seguían con minuciosa devoción los pasos tradicionales. Durante el evangelio, fue escogido el pasaje en el que el Divino Maestro realiza Su primer milagro, cuando asistente a una boda convierte el agua en vino.

Mientras la gangosa voz del prelado relataba el pasaje bíblico yo preguntaba para mis adentros: ¡Cuántos hemos suspirado por esa boda a la que no concurrieron ni la novia ni el Divino Invitado!

Leído el sublime mensaje el prelado prosiguió con la ceremonia nupcial donde en nombre de Dios, de la iglesia, y de la sociedad, mi amor, mi único y gran amor era entregada por el resto de su vida a otro hombre, que recibía aquel don, el más sublime y maravilloso de los regalos que Dios otorga al varón; y que el señor de la Fuente iba a disfrutar por toda la vida y tal vez hasta para la eternidad.

Yo palidecí. Y cuando Carpio los declaró marido y mujer, sentí en mi carne, en mi alma, la misma conmoción que debe sufrir el suicida cuando se incrusta en su sien la bala mortal, o se hincan en un pecho el filo de una daga. Y mientras el padre Carpio pronunciaba su virtuosa arenga, insistiendo en la obligación de los esposos a amarse, a ser fieles, a apoyarse en la enfermedad y a formar y educar a sus hijos en la fe cristiana, mi rostro debió haberse cubierto de ceniza y Nati suponiendo que me iba a desmayar me alcanzó su brazo para retenerme, recuerdo que aquel gesto comprensivo debí habérselo retribuido con una mirada de agradecimiento, pero no ocurrió el desvanecimiento, tal vez porque en aquella hora me había llegado también el primer impulso conciliatorio con Dios, con mi destino y con la vida, mediante el cual, apartándome del inútil enojo o de la acerba amargura, vencía finalmente la resignación, esa mansa, cobarde y ruin conformidad a los designios inexplicables ignoro si provenientes de Dios, o del destino, del inexorable Karma o de la crueldad de una fuerza estúpida, inmisericorde, ciega, que es la que rige las tormentosas vidas de los hombres.

Pero ¿Qué importaban las teorías o las creencias? ¿De qué podían valerme las filosofías palabreras? ¿Qué significaban los consejos y las polémicas de los psicólogos que etiquetan todo con su ciencia presumida con nombres rimbombantes que no solucionan nuestras vidas? Lo único real, verdadero, inamovible, indiscutible, era que Araceli habías preferido a otro, amaba a otro, porque nunca me había amado a mí, porque había despreciado mi leal y alocado amor, mi voluntad, mis ruegos, mis años de silenciosa búsqueda y espera, mi voluntad, mi fe ¡Y todo se desmoronaba! ¡Y todo se

perdía y se desgajaba! Y mi vida que había conocido tempranamente la angustia, la esperanza, la creencia vana, pueril y absurda en los milagros inexistentes se derrumbaba, estrellándose niñez, juventud, futuro, hundiéndose en lo único que ahora me esperaba: tristeza, sombra, infortunio.

¡Nunca estuve más seguro del inmenso poder de las mujeres! ¡Nunca calibré mejor que un sí o un no de sus bocas adorables, puede más que los decretos de los déspotas; que los rebusnidos de un emperador romano, o las arengas de Alejandro Magno, Napoleón, Hitler o Churchill, especialistas en pronunciar sentencias de muerte. Una mujer en cambio, pronuncia veredictos para vivir, ¡Para vivir sin ella, por mucho que sea indispensable en nuestras vidas, por mucho que sea deseada y amada; Morir es fácil, piadoso, instantáneo, vivir en cambio es difícil, cruel, despiadado, cuando hay que hacerlo solitario, amargado, saboreando a cada momento la tristeza, la orfandad, la miseria de saberse solo.

Siempre había sido el relegado, ahora iba a ser además el prisionero en cuya celda nunca entraría jamás la luz de una esperanza.

A la hora de la comunión que fue ampliamente repartida comenzando por los novios, se entonaron por el Orfeón Jalisciense primero el Ave María de Gounod y en seguida la de Schubert, luego el prelado dio la solemnísimas bendición y antes de retirarse se adelantó a felicitar a los recién casados.

Concluida la ceremonia los novios fueron llamados a firmar el acta notarial eclesiástica, entonces los acordes del órgano volvieron a reiniciar la marcha nupcial y la novia cuya cola era sostenida por su comedido séquito salió del brazo del señor de la Fuente convertida para siempre en su flamante esposa. Cientos de pétalos de flores fueron arrojados a su paso, confundiendo azahares, rosas y claveles blancos, mientras los flashes de las cámaras fotográficas relampagueaban a cada segundo.

A la salida del templo una verdadera valla humana se formó alrededor de la pareja intentando todos a la vez abrazar, felicitar, saludar, desear parabienes, los parientes, aún los lejanos, los amigos y hasta los conocidos se deshacían en cumplidos, el sol del mediodía hizo brotar en las frentes algunas gotas de sudor, pero por nada del mundo aquella endomingada multitud hubiera renunciado a dejar de complimentar debidamente a aquella soberbia pareja que encarnaba el ideal romántico que se escenifica al final del tercer acto en una opereta, o el desenlace rosa de una película hollywoodense.

Nati y yo nos acercamos discretamente, pero Araceli estaba materialmente acaparada, su esposo, padres, suegros, eran a su vez blanco de abrazos y congratulaciones sin fin, pero en un parpadear de sus ojos me divisó, entonces abriéndose paso sin miramientos y con un perdón en la boca avanzó hacia mí y rodeándome con los brazos puso un cálido beso en mi mejilla mientras me susurraba al oído: ¡No estés triste Juan José! ¡Deséame que sea feliz, para que realmente llegue a serlo!...- ¡Qué seas dichosa! –respondí con voz queda pero audible para ella- luego, saludé a Nati y regresé a repartir abrazos, sonrisas y saludos a la concurrencia.

La educación me obligaba a felicitar al novio, a sus padres y especialmente a Don Gonzalo y a Doña Concepción, repartí saludos tan amablemente cómo me fue posible, Don Gonzalo y Doña Concha se adelantaron para reiterarnos que nos veríamos en seguida en la recepción, lo que me obligó a beber en la casa de la novia, una copa de champañe a la salud del matrimonio, si bien debí disculparme enseguida, pretextando la atención que debía a mis huéspedes muchos de ellos invitados al banquete, así prontamente, opté por retirarme dejando a Nati en compañía de su esposo Rodrigo quienes deben haber gozado con la exquisitez de los espléndidos manjares que fueron

ofrecidos, mientras la armonía de las músicas fue acorde con la magnificencia que se desplegó.

Al término del banquete se bailó, pero según me refirió después mi hermana, los novios se despidieron pues debían abordar el tren pullman a la ciudad de México de donde transbordarían hasta llegar a Veracruz para embarcarse a Paris, de donde después de una estancia se dirigirían a Italia, España y tal vez a recorrer todo el continente europeo sin que pudiera fijarse la fecha de retorno.

Esa noche Nati y Rodrigo retenidos por el convite no regresaron a buscarme al hotel, tampoco me hubieran encontrado, es más, ni siquiera hubiera deseado que me vieran, porque los enfermos, los locos, los desposeídos, los solitarios, reclaman su único privilegio :la soledad. La herida debe cubrirse con vendajes para que la carne sanguinolienta no asuste, las lágrimas deben llorarse a solas para que la luz no las espante, ni las avergüenze.

-17-

Qué funestos augurios los de aquella ternezas,
Qué tristezas tan hondas las de aquellas tristezas.

-Si quieres que te amen, ama- Me decía mi vieja tía Eloisa, y yo la escuchaba sin atreverme a replicarle, después de todo, su lógica no estaba exenta de razón, pero sólo cuando me vio con el rostro ensombrecido, más tétrico que la noche se abstuvo de volverme a comentar nada, otro tanto Joaquín quién me escuchaba caminar por las noches febril, desasosegado, sin poder pegar ni por un momento los ojos, por más que había acudido obediente a cuanto se les ocurría a ella y a Tomasa: tizanas, té de valeriana, leche caliente, una cerveza y hasta un par de buenos tragos... ¡Todo resultaba inútil! La pobre mujer sin saber nombres adivinó que la causa de mi desdicha era el amor, entonces entendió que lo mejor era respetar mi silencio; en cuanto a Joaquín quién me veía colindar casi con la desesperación, intentaba torpemente distraerme hablándome de su trabajo, de las tres docenas de túneles con los que el Sud-Pacífico rompía los diques de la sierra madre y cómo entre los trechos de uno a otro se divisaba casi al pie de los rieles el mar azul, aparentemente sosegado.

-¡Vete a dar una vuelta a San Blas! –me convidaba, o mejor unos días a Mazatlán, no te vendrían mal, sólo tienes que decirme cuando y arreglo tu pasaje en pullman y me aseguro que en el comedor te pongan un par de cajas de cerveza pacífico. En el puerto tengo amigos pescadores, si aceptas te aseguro que te darás la gran vida, puedes ir a pescar, a nadar, y si vas en el carnaval ¡Oh aquello sí que es bueno!... chicas, baile, tragos, y para el día: hamaca, mariscos, playa...-

-Gracias –le respondía- ya iré, cuando llegue la temporada baja y tengamos el hotel medio vacío.

Pero en realidad era sólo un pretexto para declinar la oferta, un día, cansado de escuchar mi negativa a la tercera cerveza declaró:

-Juan José cada quién es responsable de su vida y su felicidad.

-Lo sé –convine.

-No encuentro palabras para explicarme –insistió- hablo de una responsabilidad ante si mismo, ante Dios...

-Es posible –le contesté, tratando de evitar una discusión, aunque para mis adentros pensaba que Dios era responsable de la suerte de sus hijos, Dios, el padre omnisciente.

Huyendo de comentarios opté por pretextar que tenía demasiado trabajo en el hotel y que por una temporada dormiría allí, improvisando un sofá dentro del despacho. Tía Eloisa protestó de inmediato y a sus años, la pobre anciana acompañada de Tomasa

fue muchas veces a llevarme el almuerzo con los platos que a mí me gustaban y que según ella –vanidad de cocinera- ningún chef por renombrado que fuera prepararía con el sazón que Tomasa les daba, entonces me hacía comer en su presencia, mientras me acariciaba amorosamente los cabellos, otro tanto hacía Joaquín que se presentaba con traje y corbata invitándome a conocer unas amigas de su novia, o pidiéndome simplemente que dejara un rato el escritorio para ir a bebernos unas cervezas y echar una buena partida de dominó. Yo condescendía agradecido, ellos eran cuanto me quedaba y no quería perderlos, en esas ocasiones mi hermano conseguía jalarme hasta la casa, otras, yo me rehusaba tercamente y él siempre respetuoso de mi voluntad no insistía, y nos despedíamos a media calle, entonces, yo volvía a regodearme en mi soledad, caminando por las calles de Guadalajara deslustrado, triste, melancólico, mientras la noche se iba llenando de misterios. Empezaba a amar el tormento de la soledad, a veces, la daba por vagar lejos, y discretamente pasaba frente a la casa de soltera de Araceli y hasta me parecía escuchar su piano, que años después supe por mi hermana Nati fue trasladado a su nuevo hogar de casada.

Algunas ocasiones me quedaba en el hall del hotel tumbado en un sillón leyendo cien veces las notas que publicó el Informador sobre el acontecimiento social del matrimonio de Araceli, otras, optaba por tratar de leer un libro del que no entendía nada, solicitando al velador que se fuera a echar una buena siesta, entonces el hombre pensaba que yo le quería quitar su trabajo, el péndulo del reloj dentro de la vitrina giraba acompasadamente y yo me ponía a pensar en donde se hallaría Araceli a esas horas y lo que estaría haciendo, en que país, en que ciudad... y la conjetura sin respuesta posible me atormentaba, y contrito aceptaba que su matrimonio me había conmocionado y carcomía inmisericorde mi vida.

Un día vagando fui a dar a la barranca que se localiza allá en Huehuetitlán el Alto, de pronto al ver su profundidad casi azulada, sentí que un vértigo se apoderaba de mí ¿Y si fuera la liberación? -Me pregunté- pero las voces de dos mujeres vestidas de negro que inexplicablemente pasaron por allí me detuvieron, una de ellas me preguntó- ¿Qué iba usted hacer? ¡Apártese de allí! ¡No ve que es muy peligroso andarse asomando?- No supe que responderle y me regresé a Guadalajara, unos días después me preguntaba si acaso habían sido mis dos viejas: Inés y tía Juanita las que me habían salvado.

Una mañana recibí una postal de Araceli, con un panorama de Ámsterdam, y yo fui a ver en el mapa en que lugar de Holanda se ubicaba exactamente la ciudad, en tres líneas me decía que la estaba pasando muy bien, conociendo muchos países y ciudades y ofreciendo enviarme fotografías, promesa que cumplió, en algunas hacía una breve referencia, en otras sólo ponía saludos y sólo una vez estaba estampada al lado de ella la firma de su esposo; puedes escribirnos a Venecia –me decía- allá llegaremos en unos días y me mandaba la señas del hotel, en otra me preguntaba ¿Cómo están por allá? Yo le contesté enviándole alguna vista de nuestro Lagos, aunque al final nunca supe si la recibió o no.

Más reanimado y con la insistencia de Nati que acababa de dar a luz a su primer hijo a quién pusieron Rodrigo, regresé a dormir a mi casa, más bien a tratar de hacerlo, pues me quedaba largas horas volviendo a contemplar las mismas postales, leyendo las mismas frases; pero sólo hasta la madrugada me quedaba dormido, se me formaron ojeras y haciendo un esfuerzo por seguir siendo el mismo anfitrión amable bostezaba por las mañanas en la recepción del hotel.

Luego, ya no volvieron a llegar más postales, pero las que me había mandado yo las llevé de por vida en mi cartera, era lo único que conservaba de ella, aunque a decir verdad, en alguna de ellas que había introducido en su sobre se pegó un cabello rubio

que yo la di por suponer que era de ella, ello coincidió con un libro que encontré en una librería de viejo, cuyo autor y título no recuerdo, pero creo que decía que necesitábamos relacionar la mente, el cuerpo y el espíritu... tal vez tenía razón pero yo no supe nunca cómo hacerlo.

-18-

...dame una rosa de nieve,
que no se me vuelva lodo.

Una mañana caminaba por Libertad cuando al cruzar una calle se me hizo conocida una cara pese a que la cubrían una pañoleta y unos lentes oscuros, me detuve tratando de reconocerla y su dueña avanzó unos pasos hacia mí.

-¿Rebeca?-pregunté.

-Sí –dijo ella sonriéndose y echándome los brazos al cuello-¿Eres Juan José, verdad?

-El mismo. ¡Qué bueno que te acuerdes de mí!

-Cómo no habría de recordarte si tan sólo por ti me he quedado en Guadalajara.

-¿Por mí? –pregunté extrañado.

-¿Por quién sino?... Aunque hace tanto que no nos vemos ¡Y yo siempre esperándote!

-Gracias Rebeca, yo también te recuerdo, pero el trabajo y los compromisos me han mantenido tan ocupado que no me ha quedado tiempo libre...

-¿De divertirme?

-Bueno, de saber de ti... ¿Cómo estás?

-Me fui a mi tierra unos meses, y ahora estoy de vuelta viviendo con una amiga.

-¡Qué bueno Rebeca!

-Pero tú ¿Estás enfermo? Te ves mucho más delgado.

-Mejor así, me siento mucho más ligero.

-Pero invítame un café si es que no llevas mucha prisa.

-Con mucho gusto Rebeca, si caminamos hacia González Martínez o a Donato Guerra de seguro encontraremos donde sentarnos.

Nos fuimos conversando trivialidades y sólo hasta que estuvimos frente a frente sobre una mesa y degustando el oscuro líquido, ella se quitó los lentes mirándome a los ojos con simpatía y cordialidad.

Hacía meses que soñaba con una mirada de mujer y encontrar a la muchacha me pareció cómo tener un poco de sol en una tarde de lluvia.

Ella se comportaba con naturalidad, no había en su actitud nada artificioso ni vulgar, mucho menos en su vestuario que era como el de cualquier chica, ni en su voz grata, tranquila, alternada con una risa discreta.

-¿A que te dedicas Juan José?

-Soy empleado de un hotel.

-¿Y te gusta lo que haces?

-Bueno sí, atiendo gente que viaja por negociar o por paseo.

-Yo también hago a veces lo mismo, aunque ya no quisiera.

-Eso es bueno Rebeca...si pudieras apartarte de todo aquello. Aún estás a tiempo, eres demasiado joven.

-Tengo veintisiete años y no me llamo Rebeca, mi nombre verdadero es Graciela. Graciela, Graciela Torres para servirte –dijo, adelantándome la mano que yo a mi vez estreché.

-Yo me sigo llamando Juan José.

-Tú no tienes motivo para cambiarte de nombre.

-Pero Graciela me gusta, quiere decir gracia, y tú eres eso una...

-Linda muchacha, me dijiste la noche en que nos conocimos.
Me sonreí.
-¿Y todavía lo recuerdas?
-Ya lo ves, hay cosas que no se olvidan.
-Yo tampoco te he olvidado –contesté por cortesía, aunque en verdad era una mentira, yo sólo me acordaba de lo concerniente a Araceli y lo demás pertenecía a la nada, al olvido.
-Eres el mismo muchacho siempre amable, que sabe decir mentiras agradables.
-¿Mentiras?
-¿Y que otra cosa le puedes decir a una cómo yo?
-¿Una cómo tú?
-Sí, una mujer que se vende.
-Dejemos eso. Eres una dama y yo pienso que todas las damas merecen consideración, aunque se dediquen a cualquier trabajo.
-¿Quieres decir, aunque vivan de los hombres?
-Todos vivimos de todos, no te subestimes por ello.
-Entonces ¿No me desprecias?
-¿Y por qué habría de despreciarte? Al contrario, me da gusto haberte encontrado y saber de ti.
-Creí que nunca más iba a volver a verte, pero no se me podía olvidar la manera cómo me trataste ¡Tan diferente! Eres una persona educada. ¿Puedo preguntarte si eres casado?
Puedes. Pero no lo soy.
-¿Entonces?
-Pues ya lo ves, soy soltero.
-¿Y no piensas casarte? ¿No tienes novia?
-Claro que algún día me casaré, pero no se cuando, y en cuanto a novia...
-No me lo digas mejor, pero al menos, date tiempo para que seamos amigos.
-Eso sí. Me encantará ser tu amigo.
-Luego entonces ¿Volveremos a encontrarnos?
-Eso espero, déjame tu teléfono y te buscaré.
-¿Lo harás?
-Seguramente.
-Te aseguro que no habrás de arrepentirte. Mira Juan yo vivo de los hombres, pero no trataría de vivir de ti.
-¿Quién ha pensado eso?
-Ni siquiera desearía que lo sospecharas, porque deseo ser una amiga desinteresada. Dime. ¿Te sigo gustando?
-¡Claro!
-¿Cómo aquella vez?
-O más aún, porque nos veremos en otro lugar y seguramente en otras circunstancias.
-Entonces quedará esperando que me llames.
-Lo haré pronto y yo también estaré esperando volver a encontrarnos.

Al dejarla de momento sentí que al ir con Rebeca o Graciela, traicionaba mi pena, y el beso que me estampó su boca me dejó el sabor de otra clase de miel, una miel amarga. Si no fuera demasiado exigente con la vida –medité- acaso podría haber llegado a enamorarme de esa muchacha y hasta me habría propuesto sacarla del burdel de la Murillo y casarme o al menos ponerme a vivir con ella, pero aunque la busqué no una sino muchas veces, a las que ella acudió amable, preciosamente ataviada para mí, pasada la euforia comprobaba que la sensualidad no tenía que ver con el amor... y que

éste era cómo la suma de todo, el verdadero dueño de cuanto somos. El sólo sexo sin amor era el sonido sin melodía, la palabra sin expresión, el día sin luz.

Me convertí en el amante de Graciela. Seguramente no el único, pero si el preferido, compartí en su departamento sus besos, su intimidad, su encanto; aprecié cómo sus actitudes, sus palabras, sus gustos, tendían a un solo propósito hacerme feliz, que todas las cosas que usaba: maquillajes, perfumes, ropa, servían para un único fin: enamorarme, seducirme, privilegiarme.

Nunca me aceptó dinero y sólo con ruegos logré que no me rechazara algún regalo, se sentía correspondida cuando yo la invitaba a cenar, a tomar una copa o a bailar, entonces me echaba dichosa los brazos y me daba las gracias. Por mi parte nunca le revelé mi intimidad, ni menos le quise decir ni una palabra acerca de mi frustración, del inmenso dolor que habitaba bajo mis sonrisas. Poco a poco la fui conociendo, y animé sus deseos de abandonar aquel infame oficio y radicarse en otro lugar donde nadie la conociera ni se acordara de ella, y cuando me enteró de que su máxima ilusión era instalar un salón de belleza y hasta me confió cuanto había logrado ahorrar en su libreta de banco, cuando constaté que con ello no podría conseguir su objetivo le facilité una cantidad que ella prometió reembolsarme y que efectivamente lo hizo más tarde cuando ya establecida en Colima su negocio empezó a dar buenos resultados; le había atinado a un buen local y logró hacerse de una numerosa clientela. y aunque yo le prometí alguna vez que iría a visitarla, los acontecimientos no lo permitieron.

Supe por Nati que Araceli había regresado de su largo viaje y anhelando saber más de ella, Rebeca o Graciela se fue borrando de mi mente y de mi vida.

-19-

¡Oh, los sueños míos, por míos tan tardíos!

Trascurrieron casi catorce meses desde que yo vi de lejos a Araceli en el día de su boda, y aunque luchaba por conservar en mi memoria su sonriente imagen de desposada, debía acudir a las fotografías publicadas por el periódico para que no se me escapara ningún detalle.

Ahora conocía verdaderamente lo que era la soledad, y poco a poco me había ido acostumbrando a ella, y no era precisamente porque me hallara solo; mi familia, mi trabajo, me mantenían en contacto con la gente, mi verdadera soledad consistía en estar lejos de quién amaba, en atravesar por una larga noche sin la esperanza de una aurora que nunca había de aparecer.

Una mañana Nati quién solía ir de prisa a visitarme antes de ir a levantar la cortina de su zapatería, me informó que Araceli quién había llegado recientemente de su largo viaje que se prolongó mucho más de lo planeado; le había llamado por teléfono, informándole que se sentía satisfecha de hallarse por fin en su casa a la que debía poner en orden, y prometiéndole que seguramente se reuniría con ella para conversar acerca de todas las maravillas que había visto así cómo para entregarle una bendición papal que le había traído de Roma, en cuanto la dejaran libre los múltiples compromisos familiares y los provenientes de sus relaciones sociales, yo la escuchaba aparentemente jugando con su pequeño hijo Rodrigo, todavía de brazos, que había depositado sobre el sofá del despacho; pero imaginándome casi con terror, que si la pareja hubiera decidido radicarse en alguna ciudad europea, yo no habría vuelto a ver a Araceli en toda mi vida. -¡Date ánimos! –me dijo- las comisuras flácidas te dan una apariencia de vencido y no es bueno que te encuentre así, porque seguramente vendrá a buscarte en los próximos días.

La noticia me reanimó aunque dudo que hubiera conseguido mejorar mi apariencia.

Y tal cómo me lo había anunciado Nati, una mañana se presentó Araceli en el restaurante del hotel preguntando por mí.

Al momento, en cuanto me lo notificaron, fui a darle la bienvenida.

Ella se levantó apresurada y cómo siempre me abrazó dejándome el consabido beso en la mejilla, cómo si apenas el día anterior nos hubiéramos visto.

La estreché con ternura, bebiéndola con los ojos, nada había cambiado en ella, y lucía cómo siempre: fresca, bella, tal si el tiempo que a mí me había cambiado tanto, no hubiera pasado para ella,

-Pero aunque no lo notes –aclaraba- mordiéndose el labio inferior cómo una niña sorprendida en falta- he aumentado un par de kilos, y es, que tal cómo podrás imaginártelo, me he convertido en una glotona, probando toda clase de comidas que encontraba en cada país visitado aunque por fortuna a mi esposo y a mí nos gusta caminar y te juro que hemos recorrido ciudades enteras sin tener que recurrir al transporte público o al auto que solíamos rentar, el hábito que convertimos en un saludable ejercicio me ha librado de .la gordura.

Yo la escuchaba interesado en todo cuanto me decía, pero ella a su vez curiosa, después de relatarme las sorpresas y hasta los inesperados sucesos del viaje, me preguntaba por mi vida.

-¿Y tú que haces? ¿Cuándo te casas? ¿Ya tienes novia? ¿Qué te has hecho todo este tiempo?

-Recordarte Araceli, pensar en ti, imaginarte, romper con el pensamiento la distancia, ir espiritualmente en pos de ti anhelando que estuvieras bien, que te divirtieras, que todo estuviera lo mejor para ti.

Araceli se fue poniendo seria, una vez más comprobaba que ella y sólo ella seguía siendo lo más importante en mi vida, y que nada había de desplazarla de mis pensamientos, ni de mi corazón.

-No está bien Juan José –balbuceó.

-¿Qué es lo que no está bien? ¿Qué te recuerde? ¿Qué te siga adorando?

-No es eso Juan José, pero desearía que salieras con alguna muchacha, que pensaras en un hogar...

-No lo deseo, me basta ir con mi hermano Joaquín a tomar un par de cervezas y a jugar una partida de dominó.

Araceli adivinó mi vida monótona, gris; y aunque en el fondo debió sentirse muy halagada de mi fidelidad y de saber todo lo que continuaba significando para mí, la incurable tristeza imposible de ocultarse pese a mis forzadas sonrisas debieron haberle despertado cierto pesar, tanto más que por su condición actual de mujer casada se hallaba materialmente imposibilitada de mitigar aunque lo deseara.

-Antes por lo menos podía destinarte de vez en cuando una tarde.

Le respondí que de ninguna manera deseaba que el frecuentarme fuera a redundar en problemas en su matrimonio y que yo apreciaba su comprensión.

-Ello no me impedirá seguir pensando en ti, ni dejar de amarte. –Declaré.

-Yo también me he recordado mucho de ti y cuando estuve en Budapest pensé que un presente mío podría agradarte... y te he traído estas mancuernillas ¿Te gustan? –me preguntó abriendo el estuche que había extraído de su bolsa de mano- es mi regalo por el viaje...

-¿Otro obsequio más? Si ya me lo has ofrecido, porque mi mejor regalo es que me permitas verte, aunque sea por unos minutos...

-Entonces ¿No te agradan?

-¿Agradarme? –repetí tomándolas- ¡Claro que sí! ¡Y te agradezco con toda mi alma el que hayas pensando en mí! ¡Y te prometo que nunca habré de desprenderme de ellas! – le aseguré mientras me quitaba las que llevaba para sustituirlas con la ayuda de ella y colocarlas en los puños de mi camisa- Gracias, muchas gracias Araceli, -repetí- son muy hermosas, como tú, ¡Cómo todo lo que viene de ti!

-También te he traído muchas postales –dijo sacando del bolso una docena de tarjetas a colores- y hasta una fotografía mía, mira, estoy atravesando un puente muy antiguo sobre el río Moldava en Checoslovaquia...

Casi se la arrebaté.

-Aquí luces feliz –le dije- y agradezco mucho a Dios que te permita vivir dichosa cómo tú mereces, porque yo lo he implorado mucho, todos los días, a todas horas...

Ella me miró profundamente a los ojos.

-No dudo que lo habrás hecho Juan José y yo a mi vez quisiera verte igual, contento de la vida.

-¿Y acaso no lo estoy ahora viéndote tan cerca de mí?

-Gracias por hacérmelo saber, pero yo quisiera que en tu futuro...

-En mi futuro, hoy y siempre sólo estarás tú. Aunque estés lejos, aunque yo no te pueda ver, y ni siquiera sepa de ti...

-Yo te he dicho que siempre me verás; y que aunque ahora deba serme más difícil, yo encontraré el medio de cumplir mi promesa.

-Entonces puedes estar segura de que aunque no tenga una pareja seré feliz, inmensamente, profundamente feliz.

Las últimas palabras se me atoraron en la garganta, tenía los ojos preñados de lágrimas contradiciendo mi declaración de felicidad, aunque en verdad me sentía dichoso, porque el dolor de amar, de amar lo imposible, de amar intensamente lo que nunca ha de lograrse, también nos puede hacer felices... y yo lo fui tan intensamente aquella mañana, que hasta hubiera besado con devoción el piso en que Araceli posó su pie...

-20-

Proceso nocturnal de hora callada,
en la que el alma ya no espera nada,
porque fuera impudor el esperar.

Pocas ocasiones tuve de volver a ver a Araceli durante un año, si bien debo reconocer que ella me llamaba con cierta regularidad cada dos o tres meses. Las conferencias no eran largas, pero en ellas me hacía saber que estaba bien, ocupada en acondicionar y decorar su nuevo domicilio. Sólo en una vez insistió en preguntarme si por fin me había decidido a buscar novia, y mi respuesta negativa no hizo sino confirmarle que seguía viviendo por y para ella por más que estuviéramos distantes.

-Eso me aflige Juan José, -respondió- porque ahora no puedo estar cómo antes cerca de ti. Busca una muchacha, ya la irás queriendo y cuando estés casado, como matrimonio podrás visitarme sin dar de que hablar.

-Estoy bien así Araceli –respondí- no me hace falta querer a nadie porque te sigo queriendo a sólo a ti.

-Yo también te quiero Juan José, por eso desearía que tuvieras un hogar y hasta un hijo.

-Tengo un sobrino, que a lo mejor hasta conoces, el pequeño Rodrigo de mi hermana Natalia.

-Es un niño muy tranquilo que se parece mucho a su madre, y encuentro que también a ti.

-Es el aire de la familia -convine.

Luego nos dedicamos a hablar de otra cosa, eludiendo los asuntos personales, hasta que con un adiós amistoso colgamos.

Entonces yo me volvía a quedar solo esperando que el tiempo trascurriera rápido y pasaran velozmente los meses para disponerme a esperar otra llamada de ella, aunque yo a mi vez intentaba hablarle casi siempre temeroso de que me fuera a responder el marido, la suegra o las sirvientas, y convencido de que lo mejor era guardar toda la discreción posible, aunque en nuestra amistad, sin mancha alguna no existía nada que pudiera empañarla, ni ser tachado de reprobable.

Nati se había vuelto a embarazar y cuando lo comentó con Araceli me dijo que se había quedado silenciosa y dolida; y después de algún tiempo le habló de su incapacidad de embarazarse sin que los médicos hubieran podido encontrar los motivos de su infertilidad, lo que impedía a la pareja completar su dicha y mi hermana; quién había ido cada vez más cultivando el trato del matrimonio reconoció que Alfredo era un buen esposo atento y considerado con su conyugue, quién a su vez continuaba verdaderamente enamorada de él.

Una mañana Araceli me llamó para anunciarme que partía en tres días con destino a New York y posiblemente visitarían algunas otras ciudades de los Estados Unidos, el viaje -me dijo- se debía a negocios de su esposo, le desee una agradable estancia en la urbe de hierro, y sólo hasta pasados cuatro meses volví a saber de ella, para entonces Nati había dado a luz a una niña a quién pusieron el nombre de nuestra madre: Josefina.

Aunque presionada por la atención de sus dos hijos y el trabajo en una zapatería que abrieron en pleno centro de la ciudad, Nati se veía saludable, tal si el exceso de actividad le beneficiara.

Un mes después del retorno de Araceli mi hermana se apresuró a llevarla a su hija para que la conociera, provocando que a ella, quién jamás parecía perder la alegría se le escaparan las lágrimas, mientras relataba que entre los objetivos del viaje al país del norte había estado en primer término el consultar con los más connotados ginecólogos, quienes después de examinar exhaustivamente a la pareja, habían determinado someterlos a un tratamiento del que no se pudieron obtener buenos resultados. Nati intentó consolarla, asegurándole que cuando menos las esperarían las buenas noticias conminándola no perder la fe en Dios quién un día seguramente habría de concederle el ansiado don de la maternidad.

Unos días más tarde se recibió en el hotel una llamada de parte de la señora De la Fuente, a la que desafortunadamente no pude responder por no encontrarme y sólo después de un mes Araceli me comentó cuanto le habían impresionado las Twin Towers y Radio City con sus famosas rocketts, y deseándonos lo mejor para cada uno nos despedimos.

-21-

Yo voy en pos de una quimera...

Llegó otra vez Navidad y Araceli y yo nos cruzamos tarjetas deseándonos lo mejor para el año de 1957

En esos días llegó al hotel un huésped quién se registró con el nombre de Estanislao Yánez. Debe haber rebasado los treinta años, pero se percibía cómo un hombre inquieto, emprendedor, atento a la caza de oportunidades y con una gran iniciativa, visión y capacidad para olfatear dinero y hacer negocios.

Desde un principio me cayó bien y de una mutua simpatía pasamos a una rápida amistad y a los tres días de estar hospedado me comentaba que le había agradado mucho mi forma de trabajar.

-Eres cuidadoso de todos los detalles y sabes ganarte a la gente que seguramente regresará y lo más importante que seguramente habrá de recomendarte. Los huéspedes gustan sentirse bien tratados, tal si el hotel fuera una ampliación del hogar que a no dudarlo extrañan.

Yo le hice ver que me gustaba mi trabajo y hasta sentía una satisfacción al constatar que la clientela no aflojaba ni en las temporadas bajas.

-¿Así que eres un empleado? –me preguntó.

-Llevo diez años de serlo, pero la dueña del establecimiento, la señora Jacqueline Queer es una excelente patrona que pasa la mayor parte del tiempo en su natal Francia, y ha dejado totalmente a mi cargo la administración de su negocio.

-Esto te ha concedido sin duda una buena experiencia que ahora debes aprovechar en beneficio propio.

-Ya disfruto de esos beneficios, tengo un buen sueldo, una comisión por utilidades y hasta unas acciones, aunque por otra parte, casi vivo en el hotel. y desde que empecé a trabajar jamás he tomado vacaciones.

-Eso es bueno –concedió Yánez- hay que trabajar primero para consolidar un patrimonio, que después tiempo habrá para divertirse y gozar, pero esto vendrá cuando ya no hay porque preocuparse del porvenir y además se goza de una posición.

-Lo cual no siempre es fácil de lograr –repuse.

-Pero no imposible. Mira, México sigue siendo todavía un país de oportunidades que por desgracia, mejor son aprovechadas por extranjeros que por nosotros que somos los dueños legítimos de este país.

-¿Quiere decir?...

-Qué te convido a ser mi socio.

-¿Tu socio?

-Mira: la verdadera riqueza de México es gratis. No necesitamos hacer cómo los yanquis, que primero debieron someter el desierto para levantar Las Vegas. Aquí, la naturaleza te da todo. Tenemos montañas, planicies, bosques, lagos y playas.

-Playas –repetí, yo que en mi vida había visto ninguna.

-Sí. Playas largas, enormes, cubiertas de arena fina, dorada y bañadas de un sol que sale los 365 días del año y no se cansa nunca; así que te contaré, yo ando tras de un fulano que tiene la plata suficiente para edificar un hotel, un hotel al pie de una playa, que ahora no es muy frecuentada, pero que con el tiempo atraerá como imán no sólo a gringos pichicatos, sino a canadienses y europeos que gustan del sol, del calor, las palmeras y todo eso que hace el trópico y que en sus endiablados países no tienen. Estamos a punto de arrancar la construcción y me gustaría que pensaras en adherirte no sólo como administrador, sino cómo parte integrante del negocio.

-Pero yo apenas dispongo de unos ahorros...

-Lo que tengas podrá servir, pero antes debes conocer el lugar y valorar por ti mismo el porvenir que le espera.

-¿Dónde está eso? –pregunté picado por la curiosidad.

En las playas de Oaxaca. El lugar se llama Huatulco y aunque es actualmente un pueblo con un río, poblado por tres docenas de pescadores que viven al día de lo que el mar les regala, de aquí a unos años, que espero no serán muchos, allí correrá tanto dinero, que puedo asegurarte alcanzará para los tres; así que piénsalo y me atrevo a adelantarte que hasta te vendrá bien un cambio de ambiente, allá respirarás oxígeno puro, y tendrás mar,

sol y campo, una langosta en tu mesa y dentro de poco un montón de turistas guapas para llenarte el ojo.

-Eso equivaldría a dejar mi empleo y mi familia.

-Lo del empleo será para mejorar, en cuanto a la familia te la traes a vivir acá y asunto arreglado. ¿Cuántos hijos tienes?

-Ni uno solo, no soy casado.

-¿Entonces, cual es el problema? Mira, te voy a enseñar el proyecto...-y desdobló unos planos, el lugar iba a incluir: bares, piscinas, pista para bailar, sala de juntas, boliche, albercas y un buen trozo de playa que se reservaría únicamente para los huéspedes.

Yáñez no sólo era un hombre que sabía lo que quería, sino un vendedor de ideas, pues reconozco que al conocer los detalles el proyecto me entusiasmó.

Unas cervezas de más, una cordial despedida y una tarjeta con la consabida promesa mutua de comunicarnos, instándome seriamente a meditarlo sellaron una amistad que perduró por años, aunque reconozco que en el momento que se ausentó el hombre yo deseché la propuesta, ello implicaba renunciar a mi familia, a mi empleo actual seguro y tranquilo y lo más importante a estar lejos de Araceli, aunque a decir verdad sus eventuales llamadas telefónicas podrían llegar lo mismo a Guadalajara que al paradisíaco lugar que Yáñez me proponía.

Y me fui a buscar Huatulco en el mapa, sólo para constatar que con letras muy pequeñas se ubicaba en la porción de pueblos de las costas oaxaqueñas.

-21-

La lluvia lenta que se eterniza,
bajo la tarde que muere en calma,
y en pertinacia, tenaz tamiza,
lentas ceniza dentro del alma.

Una tarde lluviosa del mes de Febrero de 1957 a las cuatro de la tarde, murió tía Eloisa en el hospital, su corazón que había resistido dos infartos no pudo superar un tercero y acompañada por Nati quién estuvo hasta sus últimos momentos acompañándola expiró, no sin habernos dado la bendición pidiéndonos permanecer unidos los tres hermanos.

Tía Tomasa inconsolable tuvo un desmayo el día que fuimos a sepultarla y cómo ella llorosa preguntara cual sería su suerte y a donde que no fuera un asilo de pobres podría ir, Joaquín Natalia y yo le aseguramos que la seguiríamos considerando un miembro de nuestra familia y que no debía ir a ningún otro lado que no fuera la casa donde había vivido; enternecida nos abrazó prometiéndonos que tal y cómo se lo había pedido la que consideraba su hermana, en cuanto pudiera vería por nosotros.

Tía Eloisa que había cosechado el aprecio de mucha gente que la fue a acompañar hasta su última morada, dio motivo para que recibiéramos sentidas condolencias que se repitieron durante los nueve rosarios ofrecidos por el eterno descanso de su alma.

Concluido el triste entierro que nos empapó hasta los huesos a los concurrentes abandonamos el panteón y al retornar a casa se apoderó de mí una tristeza tan negra cómo el asiento del café con que intentamos calentar el estómago.

Seguramente Nati informó a Araceli del suceso porque al día siguiente se presentó en el hotel para darme el pésame.

Me vio tan deprimido que se quedó un buen rato ofreciéndome consuelo.

-Yo vendré a verte cuantas veces me sea posible y Alfredo no tiene porque oponerse para que te visites y tú puedes llamarme cuando lo desees.

Agradecí sus intenciones, pero no deseaba crearle el más pequeño conflicto en su matrimonio.

Dos semanas después arribó procedente de París la señora Queer y me solicitó le entregara un minucioso inventario de los activos del hotel y un estado financiero, al observar mi extrañeza aclaró que estaba decidida a radicarse en su país y había decidido vender el inmueble, deseando que los nuevos propietarios me contrataran; aunque en todo caso habría de recibir la liquidación por las acciones que me había cedido.

Agradecí su generosidad y le entregué puntualmente el estado financiero que reflejaba que el Francés libre de gravámenes, había obtenido magníficas utilidades.

Pasado un mes se cerró la operación, lo que me permitió añadir a mi cuenta bancaria lo concerniente a una justa liquidación.

El mismo día por la noche Joaquín me comunicó que había aceptado el nombramiento como Jefe de Taller en la Terminal de Nogales, y que aunque distantes, confiaba en que no perderíamos el contacto y hasta me ofreció que si se me dificultaba conseguir acomodo él intervendría para que yo ingresara a las oficinas del ferrocarril con cuyo superintendente mantenía una excelente relación.

-Es otro mundo –explicó- diferente al que tú conoces, pero podría significar una experiencia interesante.

Le di las gracias manifestándole que lo pensaría.

Advertí que me estaba quedando solo y recordé la opción de asociarme con Estanislao Yáñez en lo concerniente a la construcción y operación del hotel, así que le llamé para enterarme si aún sostenía la invitación de que yo participara en la sociedad, su pronta respuesta enterándome de los adelantos de la obra que se concluiría a lo sumo en seis meses me animaron, máxime cuando Yáñez y su socio estimaban que mi experiencia podría serles de gran utilidad.

Quedaba lo más difícil, despedirme de Araceli quién en esos días se encontraba fuera de Guadalajara, así que opté por escribirle una carta poniéndola al tanto de mi situación y rogándole que se comunicara conmigo cuantas veces le fuera posible.

“En la triste hora de dejar tan lejos, no sólo Lagos sino esta hermosa ciudad en la que al menos respiraba el mismo aire que tú, y tenía la ilusión de verte alguna vez, las circunstancias me obligan a ir en pos de un porvenir y tal vez obtener algún dinero que no me hace falta, y que aún en el caso de tenerlo no tendría a quién dárselo.

Sea esta carta el medio de decirte una vez más, que hoy y siempre mientras viva, he de llevarte en el corazón y que mi mente es el cumplido archivo que guarda cada una de tus palabras, y de tus sonrisas, la única dicha que la vida me ha proporcionado; por ello en cualquier lugar del mundo donde el destino me lleve tu vendrás conmigo y mi amor, este amor que siento que no me cabe dentro del pecho, habrá de ser siempre para ti, sin importar la distancia o las circunstancias.

Te reitero mi anhelo de que sigas siendo feliz y que tu esposo, a quién Dios ha concedido el privilegio de tu cariño y de tu compañía, te ame con la misma fidelidad, que yo, el último de tus amigos, guarda para ti” Juan José.

La carta fue entregada por Nati unas semanas después de mi partida, cuando yo, impactado por el cambio de clima, trabajaba en cuanto era necesario, administrando el empleo de los materiales y la labor de una cuadrilla de obreros que cubiertos de sudor edificaban lo que unos meses más tarde fue el hotel Biniguenda, entonces después de aquietar la fatiga tumbado sobre una hamaca, trataba de encontrar en el inmenso horizonte azul, el dulcísimo rostro de mi amada

HUATULCO

Mi alma es abadesa que en un recuerdo reza,
los últimos momentos de su última ilusión.

-I-

Ternezas que se fueron de puntitas,
temerosas tal vez de algún desaire...

Félix Medina el otro socio resultó ser cómo Yánez una excelente persona, aunque mi aportación había sido insignificante frente a la cuantiosa inversión que había implicado edificar el Biniguenda.

Estábamos endrogados con los bancos y cuando ya no quisieron prestarnos debimos entendernos con prestamistas usureros, pues todavía faltaba terminar por completo algunos detalles.

La urgencia de ingresos nos obligó a hacer una prematura inauguración obligando a Estanislao a realizar frecuentes viajes a Oaxaca y a la ciudad de México, para promover el paradisíaco lugar en las agencias de viajes, incluyendo los mayoristas y consulados en el extranjero.

A mí me asignaron adiestrar al personal nativo para convertirlos en prestadores de servicios, venciendo su indolencia e irresponsabilidad, se trataba de conseguir que los clientes se convirtieran en nuestros mejores propagandistas, buscando ofertar el hospedaje incluyendo paseos en lancha, equipos para pesca, buceo y deportes acuáticos, y ofreciendo una excelente alimentación, lo que implicaba trasportar los ingredientes desde Oaxaca por una angosta carretera que zizagueaba en las alturas de la sierra; enfrentar esos problemas se alternaba con amenazas de embargo, y gestiones para ampliar los créditos vencidos; y cuando el calor amainaba por las noches tornando la frescura de un viento agradable, yo me preguntaba la razón de aquella lucha y reconozco que más de alguna vez me tentó la posibilidad de abandonarla y aún perdiendo mis ahorros, amanecer en mi casa de Lagos o aún mejor en Guadalajara donde al menos hubiera encontrado la posibilidad de ver, aunque fuera de lejos a Araceli.

Nunca, ni tan siquiera en los peores momentos, en que enfrentaba la soledad, los problemas, la apatía de los lugareños que no nos veían con simpatía por considerarnos unos advenedizos que les habíamos arrebatado un trozo de su tierra, aunque éste había sido pagado rigurosamente y que la construcción del inmueble significara una fuente de trabajo para ellos, variaron su actitud hosca, tal si el progreso que el turismo significaba les fuera indiferente, ni aún cuando la voluntad flaqueaba dejé de pensar en ella, repasando sus palabras, anotando celosamente el día y las horas de sus llamadas telefónicas, contemplando la fotografía en que ella atravesaba el puente en Praga, los periódicos amarillentos y maltratados con la crónica de su boda, las tarjetas que recibía con felicitaciones por la Navidad y el par de mancuernillas que me había regalado.

Sus escasas llamadas telefónicas al igual que las de Nati se escuchaban con dificultad y a veces sólo conseguía enviarles un saludo y mis buenos deseos, las cartas que cruzaba con mi hermana llegaban con semanas de retraso, en ellas me hablaban de que sus hijos crecían a ritmo veloz, que habían adquirido una casa en Guadalajara y que la señora Tomasa se había convertido en una buena niñera.

En 1960 cuando el hotel ya funcionaba con normalidad invité a Rodrigo y a mi hermana a venir a Huatulco acompañados de sus hijos. y aunque tenían a la mano las excelentes playas de Guayabitos, Puerto Vallarta y Cuytlán aceptaron entusiasmados mi invitación, no sin antes notificarme que el día anterior había muerto Don Gonzalo a causa de un paro respiratorio, mientras lo trataban de una bronquitis aguda.

La fatal noticia me consternó y apenas colgamos intenté la comunicación con Araceli, lo que no conseguí sino hasta dos días después, sólo para constatar que estaba inconsolable y además preocupada por la salud de su madre. Casi a gritos, debido a la mala comunicación le expresé mi pesar, ella lloraba mucho y al ver que sufría me provocó un dolor tan profundo, que suplicando a Dios su piedad fui a buscarlo en una iglesia consagrada a la Virgen de Guadalupe en el poblado de Santa Cruz, allí rogué por el alma del hombre a quién yo debía favores y era además el padre de la mujer que adoraba.

La muerte daba hachazos con su guadaña, pero entonces no había entendido aún, que sin ella tampoco existiría la vida.

-2-

¡Cuántas injusticias las de estos amores,
Me dejó los cardos se llevó las flores!

Natalia y Rodrigo arribaron una mañana acompañados de sus dos hijos pequeños. Los aguardaba un sol que lucía esplendoroso, un mar tranquilo y treinta y seis playas todas con la arena blanca y suave que convidaba a tenderse olvidándose del consabido ajeteo de la ciudad.

Los abracé feliz de tenerlos conmigo, instalándolos en una de las suites del hotel con vista al mar y aire acondicionado, quince minutos después los convide a degustar un auténtico desayuno oaxaqueño con frutas de la región, chorizo, quesillo, cecina y chocolate.

La pequeña Josefina que no me conocía se mostró al principio reservada, pero apenas me fue tomando confianza resultamos inseparables amigos, Rodrigo chico. tentado por el deseo de nadar terminando el desayuno se encasquetó el traje de baño ansioso de zambullirse.

Nati me llenó de besos fraternales al ver mi inclinación por mis sobrinos y me preguntó porque le habían puesto un nombre tan raro al hotel, entonces yo le expliqué que en el dialecto mixteco-zapoteco que se hablaba en la región, Biniguenda significa mujer bonita, y que yo había solicitado a mis socios me concedieran la canonjía de elegir el nombre del hospedaje, honor que me había sido concedido.

-Y ese nombre por supuesto alude...

-A quién tú conoces.

-Juan José eres incorregible. Pero dime ¿Al menos tienes novia?

-Te gustaría escuchar que la tengo, pero sería una mentira, hay pocas mujeres en el poblado, en su mayoría indígenas, y en cuánto a las turistas extranjeras debo confesarte que no me atraen y que además siempre llegan acompañadas de sus respectivas parejas.

-Una mujer es el premio del éxito –aseguró Rodrigo- sorprendiéndome con su filosófica conclusión, a la que agregé benévolo- y tú eres acreedor al mejor galardón puesto que has logrado un verdadero triunfo, porque edificar, acondicionar y poner a funcionar este emporio me imaginó que no debe haber sido nada fácil.

-Ha sido una labor de equipo –respondí, intentando minimizar mi actuación- mis socios, que son dos hombres emprendedores no sólo han puesto dinero sino trabajo y entusiasmo.

-Pero tú debes haber hecho tu parte –insistió mi cuñado.

-En efecto, pero no lo considero un triunfo, a fin de cuentas ha sido mi trabajo en estos años; y me estimula que ustedes se hayan decidido a compartir por unos días los resultados. Así que a divertirse ¿Qué les parece si se van a dar un recorrido por algunas de las nueve bahías que tiene Huatulco.

-¿Nueve bahías? ¡Eso es increíble!

-Pues habrán de constatarlo y les adelanto los nombres que se me de memoria: Conejos, Tango-Lunga, Chahue, Santa Cruz, Riscalillo, San Agustín, Maguey, La India, Chachacual y Cacanuta, esta última nada menos que con sesenta kilómetros de playa.

-Sería imposible verlas todas –opinó Nati.

-No tanto hermanita –dije mientras les presentaba a un fornido indígena- Sisi, nuestro guía estrella los irá llevando a una por una.

-Estoy a sus órdenes –dijo el aludido mostrando una amplia sonrisa por la que asomaban sus dientes blanquísimos, extendiendo la mano que Nati y Rodrigo estrecharon.

-¿Llevas remedio para el calor? –Le pregunté guiñándole el ojo.

-Dos cartones, un kilo de limones y unos buenos cócteles de cayo de hacha y de pulpo.

-Pues manos a la obra porque cuando regresen van a saborear el plato regional por excelencia: Camarones Almendrados que les he mandado preparar con Doña Celia y por supuesto una succulenta sopa de mariscos para chuparse los dedos...

-Pero tú ¿No te reunirás con nosotros? –preguntó Rodrigo.

-¡Claro que sí! Sólo les pido que me permitan atender unos pendientes con un grupo de canadienses, pero mañana organizaremos un paseo en lancha a la Playa de la Entrega.

-¡Vaya nombre! –comentó Nati

-Pues se llama así porque en ese lugar fue entregado Don Vicente Guerrero por el pérfido y traidor Picaluga, a sus enemigos que lo fusilaron en Cuileyac

Nati me vio tan contento que debe haberse supuesto que al fin me había curado de aquello que alguna vez llamó obsesión; y cómo buena madre se fue tras de su marido y de sus hijos que planeaban levantar castillos de arena, nadar, correr, y hartarse de sol, de oxígeno y de ganas de vivir.

A las cuatro de la tarde cuando regresaron cansados pero felices, me reuní con Rodrigo mientras Nati se despojaba del traje de baño y se ponía otra vestimenta adecuada, nos fuimos a sentar en una palapa para saborear una cerveza picando caracoles frescos, pronto retornó Natalia y él se quedó mirando a su mujer que corría tras de sus hijos empeñados en dejarse arrastrar por las olas mar adentro, aunque el diligente Sisi no dejaba de vigilarlos.

-Cuñado –me dijo- he llegado a la certidumbre de que la principal aspiración de una mujer, no es cómo pretendemos, la de amar a su hombre; sino la de ser madre y conservar la especie...

-Es posible que tengas razón- admití, mientras derramaba la espumosa cerveza en mi vaso- pero cuando la daba por leer allá en la biblioteca pública de Lagos, cayó en mis manos un libro de Joseph Roth, un afamado escritor austriaco, y él afirma que el amor es lo único que determina el comportamiento femenino; y yo pienso que además a todas las mujeres les fascina ser adoradas, pero por el hombre que han elegido, no por otro.

Nati se reunió con nosotros cayendo de inmediato en el tema de nuestra conversación

-¿Lo has convencido? .Preguntó a su consorte.

-¿Convencerme? ¿De qué debe convencerme?

-De que salves tu vida Juan José, ya llevas algunas canas sobre las sienes pero aún es tiempo, más tarde tal vez será difícil, sino es que imposible.

-¿A que le llamas tú salvar mi vida, a casarme? ¿A engañar a una mujer y decirle que la quiero? ¿A recibir el amor que no merezco porque no estoy dispuesto a corresponderlo? Nati cerró los ojos con desesperación.

-Araceli ha sido mi lucha de muchos años, la ilusión de muchas noches; y mientras viva yo seguiré buscándola cómo un viajero sediento que se refugia de los rayos del sol bajo una arboleda.

-Quisiera que despertaras de ese sueño, que olvidaras esa locura... y que al fin pudiera verte queriendo y siendo amado por una muchacha que te acompañara por el resto de tu vida, ello me tranquilizaría, el saber que hay alguien a tu lado que te ama...

-Gracias por tus buenos deseos Natalia –dije, tomándole cariñosamente las manos, conmovido de verla derramar lágrimas por mi causa- pero he aprendido que lo más importante en la vida no es tener quién nos ame, sino más bien tener a quién amar.

-¡Qué bellos pensamientos! –dijo Rodrigo y levantando su vaso añadió- ¡Brindo por ese gran amor!

Y chocamos los vasos jubilosos.

-3-

...por eso ahora pienso en las eglantinas,
si se caen las rosas quedan las espinas...

La última noche de su estancia, mientras Rodrigo jugaba con sus hijos en la terraza, Natalia se quedó conmigo intentando decirme algo a solas. Salimos al jardín y caminamos unos pasos.

-Mañana nos vamos...pero antes...

-¿La has visto?

-Sí, y aunque no debiera...

-¿Qué es lo que no debieras?...

-Traicionar un secreto, una confidencia entre mujeres.

-Toda mi vida está y estará en Araceli.

-Ella no es feliz.

-¿Qué no es feliz?

-Su matrimonio no ha sido lo que esperaba.

-¿Qué me estás diciendo?

-La verdad.

-¿Cual es la verdad?

-Araceli no ha podido tener hijos.

-¿Y eso la ha hecho desgraciada? ¿Es tan importante la maternidad para una mujer?

¿Tan indispensables los hijos en un matrimonio?

-Tal vez no para todas, pero si para ella, y en cuanto a su matrimonio... mejor no te lo digo.

-¡Por Dios Natalia! -supliqué palideciendo.

-Alfredo tiene una amante con quién ha procreado un hijo.

-¿Y Araceli lo sabe?

-Ella misma me lo ha dicho.

-Hace años cuando yo la pretendía me quedaba pensando a quién podría llegar realmente a amar...

-¿A quién sino a Alfredo? Por ello el golpe ha sido más cruel., al principio ella prefirió guardar silencio aunque la tristeza y la rebeldía la dominaban, luego, me pareció que le había llegado incluso la resignación, pero las cosas fueron empeorando, Alfredo no sólo

llegaba a su hogar a deshoras sino que faltaba noches enteras, ella suponía que las pasaba con la otra y caía en la más horrible desesperación, aunque aún pretendía entenderlo y hasta disculparlo, pero cuando le pidió rectificar su conducta, el admitió que tenía que pasar la mitad de su vida con la madre de su hijo, porque éste lo necesitaba; entonces la indignación, la pena, la hirió a grado de llegar a pensar incluso en el divorcio, pero la sola mención de esta palabra espantó a Don Gonzalo y desde luego fue acremente reprobada por Doña Concha, aquello implicaba el escándalo, el dar que hablar a todo Guadalajara, aparte que desde luego la autoridad católica rechazaba el repudio al sacramento, entonces, no hubo otro camino más que guardar las apariencias, y él mismo Alfredo pretendió darle un engaño caritativo jurándole que a ella sola era a quién realmente amaba, en cuanto a sus ausencias no ocurrían porque la querida fuera importante, pero si su hijo que se le parecía y no tenía culpa alguna por haber nacido. Araceli ha llorado tanto que sus ojos están vacíos de lágrimas, aunque su pecho está profundamente angustiado.

-¿Lo sigue amando?

-Me temo que si.

-¿Y a mí, al menos me recuerda alguna vez?

-Nunca te ha olvidado, y siempre me pregunta por ti.

-Quisiera haberme muerto... -declaré sumergido en el más sombrío pesimismo.

-¿Qué dices? –exclamó aterrada mi hermana mirándome atónita.

-Qué no le importa morir a quién nunca ha vivido.

En esos momentos Rodrigo se unió a nosotros.

-¿Qué tanto hablan ustedes?

-Teníamos tantas cosas que contarnos, imagínate después de haber estado distantes todos estos años.

-Pero vayamos a tomar un trago –propuso mi cuñado- ¡Qué sea el de la despedida!

En el salón de fiestas la orquesta atacaba un danzón, a la tercera copa Rodrigo y mi hermana se levantaron a bailar, yo les sonreía acatando mi papel de anfitrión, y sólo a las tres de la mañana, cuando rendidos de cansancio decidieron subir a su habitación, quedé finalmente solo para musitar la plegaria que pugnaba por salir de mis labios: ¡De nuestra desesperación, sálvanos Señor!

CIUDAD DE MEXICO

..he vivido estas escenas en la vida de otra vida....

-1-

Pena que se quedó en casa de casualidad dormida...

Corría el año de 1968, gobernaba México el licenciado Gustavo Díaz Ordaz y la metrópoli el licenciado Ernesto Uruchurtu.

Por las calles y avenidas circulaban automóviles: Pontiac, Nash, Studebaker, Borward y Mercedes Benz cuya suntuosa elegancia hacía pensar en que sus ocupantes eran personalidades de la política, la banca. el comercio o la industria.

El país estaba en calma y la gente se divertía en los teatros de revista: Lírico, Tivolí y Follies donde las vedettes ensayaban parciales desnudos que el oscuro hacía desvanecer prontamente, para las familias estaban las comedias que las hermanas Anita e Isabelita Blanch representaban en el teatro Ideal de las calles de Dolores y las zarzuelas en el Arbeu y en el Esperanza Iris. La ópera se lucía en el Palacio de Bellas

Artes con la participación de cantantes internacionales; y media docena de céntricos cines como el Prado, Paseo, Paris, Roble, Arcadia o Palacio Chino exhibían películas del cine francés y norteamericano.

Las parejas de enamorados brindaban con Campari en el Rendez-Vous en tanto que en los bares de los hoteles Prado, Alameda o Reforma se servían cocktails a media luz y con música al piano de fondo.

A mis cuarenta y dos años -con algunas canas sobre las sienes- ya habían pasado mis apuros económicos, el Biniguenda daba buenos dividendos y yo había incrementado mi inversión hasta igualarla con la de mis socios.

Mi amistad con Estanislao Yáñez no sólo había crecido sino que además me había invitado a bautizar a su primer vástago lo que me permitió conocer y tratar a su esposa y a sus familiares.

El personal adiestrado merecía mi confianza y ya no tenía que estarlo supervisando lo cual me permitía ausentarme del hotel y viajar por varios lugares de la república y visitar con frecuencia la ciudad de México donde había establecido magníficas relaciones con agencias de viajes y gente del medio mediante cuyo concurso había ido en aumento la corriente turística, los operadores contaban ahora con un nuevo producto que ofrecer a su clientela: playas enormes -desconocidas para la mayoría- buenos servicios, precios atractivos y la posibilidad de llegar a Huatulco en poco más de una hora a bordo de un avión de Mexicana.

Rodrigo y Natalia habían abierto un nuevo local y me enviaban calurosos saludos aludiendo a los gratos recuerdos que les había proporcionado su estancia en Huatulco, a lo que yo respondía que estaban permanentemente invitados a regresar cuantas veces lo desearan, a lo que Nati me respondía que antes deseaban tenerme unos días en Guadalajara donde además me esperaban mis sobrinos y la tía Tomasa que vivía preguntando por mí.

Joaquín me escribía de vez en cuando invitándome a conocer Tucson y además: Mazatlán, San Blas, Topolobampo, Los Mochis y Tepic; nunca me enteré si al fin se casó con una joven de Hermosillo, y sólo en alguna carta aludió que esperaban un hijo. Siempre afectuoso terminaba sus misivas preguntándome cuando decidiría buscar pareja y estabilizarme, aunque comprensivo y respetuoso jamás aludió a la inutilidad de mi amor sin porvenir.

Tío Jacinto había aceptado a sus casi ochenta años dejar “La Fortuna” en manos de sus hijos, pues repentinamente se la había detectado la diabetes, enfermedad por la que el hombre fornido había ido adelgazando; Bernardo me llamaba al hotel para saludarme o tomaba mis llamadas en Lagos mencionando que su hermano recordaba siempre nuestras excursiones. –Un día recibirás nuestra visita en Huatulco, aunque no podrá ser de los dos al mismo tiempo, porque alguno tendrá que quedarse a vigilar la buena marcha del negocio- yo le rogaba que no olvidara refrendar a mi tío mi afecto y mi gratitud, así como mis deseos de que Dios lo conservara muchos años más.

En cuánto a Araceli, seguíamos enviándonos tarjetas navideñas de felicitación y telegramas por los cumpleaños, también cruzábamos de vez en cuando alguna llamada telefónica en la que ella solía informarme de la salud delicada de Doña Concha y de los progresos de Guadalajara que se expandía a un ritmo veloz y en cuanto a su vida personal, con -¡Estoy bien, gracias!- daba por concluida la información.

Había conseguido la conformidad, y hasta por aceptar que terminaría mi vida solo, sin amor y sin compañía, aunque debo reconocer que más de alguna vez me tentó la posibilidad de buscar una compañera con quién fundar un hogar, no niego que llegue a tratar y hasta intenté enamorarme de tres o cuatro muchachas que conocí por diferentes medios, y hasta creo que alguna de ellas empezó a quererme y yo a

acostumbrarme a ella, pero si las circunstancias no fueron favorables yo no hice nada en absoluto para cambiarlas; me había empezado a gustar la libertad y sobre todo la posibilidad de permanecer en mi elemento: el ensueño, pensando, recordando y volviendo a vivir los pocos momentos que había compartido con la única persona que había llegado a amar en la vida, y de la que sin tener la más remota esperanza continuaba adorando con esa enfermiza obsesión de los enajenados, que un día imaginan que amanecieron milagrosamente cuerdos y que a la siguiente hora sienten recrudescer con más vehemencia el mal.

-2-

Vieja emoción que te creía extinguida,
y que hoy pones en mi vida
laúdes de resurrección.

Aquella mañana del mes de octubre sentado en la sala del Sanborns de Los Azulejos daba tragos de vez en cuando a mi segunda taza de café mientras leía el periódico mañanero. Al llegar a las páginas de sociales me recordé que hacía quince años que en ellas, había visto retratada a Araceli con motivo de su boda, entonces automáticamente me llevé la mano al bolsillo del saco de donde extraje los recortes que extendí sobre la mesa y volví a contemplar por millonésima ocasión aquel rostro espléndido que irradiaba felicidad; de pronto sentí que por detrás de la silla unos brazos perfumados se habían posado sobre mis hombros a la vez que las palmas de dos manos blancas, finas me tapaban los ojos, mientras una voz suave susurraba:

-Adivina quién soy.

Aquella voz inconfundible sonó en mis oídos cual un canto celestial y velozmente se expandió en mi cerebro, en mi sangre, electrizando mis nervios, al punto respondí:

-¡Araceli!

Efectivamente frente a mí, bella, radiante, majestuosa, estaba Araceli tendiéndome amistosamente la mano con aquella cautivadora sonrisa que parecía llenar de luz sus ojos azules y se desparramaba por todo su rostro. Me levanté cómo movido por un resorte y sin pensarlo la abracé llenándole de besos la cara, los cabellos, mientras ella a su vez me echaba los brazos al cuello feliz de encontrarme, dichosa de verme.

-¡Araceli! ¡Araceli! ¡Estaba pensando precisamente en ti!

-Ya lo veo –respondió ella observando los periódicos que estaban sobre la mesa.

-¡Siempre pensando en ti! –Repetí.

-Pues aquí me tienes.

-¡Ha sido cómo un encantamiento! ¡Hoy has acudido a mi llamado!... pero siéntate por favor ¿Qué te ofrezco?

-Un café para acompañarte.

La hice situarse a mi lado y hasta entonces pude observarla plenamente, vestía un elegante traje de dos piezas que envolvía su cuerpo escultural que no se había alterado pese a sus cuarenta y dos años, su rostro aunque surcado de leves arrugas aún lucía fresco si bien ahora ostentaba las trazas del maquillaje.

--¡Pero que inmensa dicha encontrarte! ¡Nunca me lo habría podido imaginar! ¿Cómo estás? ¿Qué haces en México? Desde hace tres meses que recibí tu última llamada no he tenido más noticias tuyas.

-Pues ya me ves, estoy bien y he venido por un par de días para hacer algunas compras y visitar a mis amigas. ¿Y tú, cómo te encuentras, que ha sido de tu vida?

-Yo he venido por negocios y en cuanto a mi vida, sigo trabajando en el hotel...

-¿No tienes novia?

-Tú eres mi novia espiritual.
 -Entonces ¿Me sigues queriendo?
 -¡Adorando! Aunque no estés físicamente, sigues cómo siempre alojada en mi pensamiento, en mi corazón.
 -Pero... ¿No tienes entonces una pareja?
 -¿Para que habría de tenerla, si te tengo a ti?
 -¡Juan José! –Exclamó Araceli, poniendo sus manos sobre las mías- ¿Entonces me sigues recordando, sigues pensando en una ingrata?
 -¡No digas eso por Dios! ¡No has sido ninguna ingrata! ¡Y te agradezco tus llamadas, tus letras y el que algunas veces te ocupes de mí!
 -¿Y cómo habría de olvidarte? ¡Si me conmueve tanto tu cariño, tu devoción!
 La mesera interrumpió aquel coloquio que nos agitó los ojos y yo le solicité una taza más de café.
 -¿Te recuerdas cuando íbamos al único café que había allá en Lagos?
 -¡Siempre, cómo si hubiera sido ayer! Aún veo los vestidos que llevabas y los rizos dorados jugueteando sobre tu frente, y sobre todo tu alegría, tus palabras... ¿Cómo no habría de recordarlos si sólo vivo de recuerdos?
 Araceli me miró largamente y percibí que a duras penas podía contener las lágrimas.
 -¿Tanto me querías?
 -¡Tanto te sigo queriendo ahora, aunque ya no se si más que entonces! Porque no hay nada que pueda medir el amor... pero dime ¿Cómo está tu madre? ¿Cómo sigue de sus achaques?
 -Mamá ha envejecido desde la muerte de mi padre, y yo he intentado convencerla de que venga a vivir conmigo, pero ella se obstina siempre en conservar la casa donde asegura que aún siente la presencia de su esposo ¡Imagínate que ha conservado íntegra la recámara matrimonial, igual que la mía!
 -¿Entonces tu piano?
 -Lo hice traer a mi casa, pero lo mantengo cerrado. Ya no estudio... por más que me haría mucho bien volver a tocar...
 -¿Eres feliz?
 -¡Hoy estoy feliz de verte! ¡Y si no tienes nada urgente que hacer, me encantaría pasar unas horas en tu compañía, cómo aquellas tardes que llegamos a pasar juntos en Guadalajara ¿Te acuerdas?
 - ¡Nunca se han borrado de mi mente! Entonces ¿Aceptas comer conmigo? –le pregunté con las ansias que le hubiese pedido compartir no una tarde sino la vida entera.
 -Si tú me invitas ...
 -¿Y tomar un trago juntos para festejar nuestro encuentro?
 -¡Y dos, y hasta tres!
 -¿Y no temes volverme loco? ¿Qué baile y grite aquí mismo de alegría?
 -No tengo ningún temor. ¡Así me viera contigo todo Guadalajara, o todo el mundo!
 -¡Araceli! ¡Mi Araceli! –dije por primera vez mientras tomaba sus manos que llené con mis lágrimas.

-3-

Novela sentimental que por acaso pude leer,
 novela que he sellado con mi lloro,
 y en la que he hallado ¡Cual signario de oro!
 Un cómplice cabello de mujer.

Comimos en Belinghausen, yo no cesaba de admirarla embriagado con su perfume, con sus palabras, con esa gracia sutil que emanaba de su persona y que era cual un pregón de refinamiento y de exquisita feminidad. La niña tímida que había conocido el día que hizo su primera comunión se había transformado en una dama que desde que llegamos al restaurante era el blanco de todas las miradas y cuyo encanto y amabilidad, despertaba el respeto de los meseros que se afanaban en servirnos atendiendo hasta los más mínimos detalles.

Araceli había nacido para ser reina y regia era su belleza madura, regios sus movimientos y sus gestos, sus sonrisas y hasta sus maneras de llevarse a la boca trocitos del platillo alemán que había elegido valiéndose del tenedor que le correspondía. ¡La crisálida se había vuelto mariposa! ¡Y la mariposa embrujaba con sus colores, y tras el inquieto vuelo de sus alas arrastraba mis sentidos!

Aquellas horas en su compañía fueron la condensación de toda una vida, y por haberlas vivido tan intensamente sentí compensadas mis largas soledades, mis noches infortunadas en las que solamente la vaga esperanza de recibir una llamada telefónica suya me alentaba a enfrentar el día. ¡Ah, si mi destino avaro en alegrías me hubiera concedido el privilegio de gozar siempre su presencia, no me habrían alcanzado las palabras para decir toda mi felicidad, porque si sobran los vocablos para narrar nuestra desdicha, faltan en cambio para agradecer los bienes que recibimos! ¡Y el supremo bien es una mujer que nos ame y que a nuestra vez le entreguemos toda nuestra devoción, todo ese caudal de ternura que hemos reservado para quién se ha adueñado de nuestra voluntad!

En el almuerzo hablamos de mil cosas a la vez, de Lagos, de nuestra niñez, de aquellas inolvidables tardes en que yo esperaba horas para en un minuto verla pasar formada entre el grupo de niñas celosamente custodiadas por las monjas más severas que amables, y luego, mis pedaleos inquietos y nerviosos sobre la bicicleta atisbando el ansiado encuentro por todas las calles, ansiando llevar un pedido a su casa, o esperando verla aparecer en la serenata dominguera, sintiendo en el estómago el implacable compás del reloj adelantando los segundos, los minutos, para al fin verla llegar desde la perspectiva de una calle que desembocaba en el jardín, linda y sonriente; y en ese instante maravilloso respirar hondo y sentir cómo huía la angustia, cómo llegaban impetuosos los deseos de ir a su encuentro para gritarle ¡Te estaba esperando, porque tú eres el aire porque clamaban mis pulmones!... al escucharme Araceli volvió a soñar, asegurándome que ella a su vez en aquellos días de nuestra alocada juventud, me buscaba con los ojos hasta percibir que estaba allí, aguardándola inmune al frío, al calor o a la lluvia, sin que ninguna otra muchacha mereciera ni una mirada mía, porque sólo suyos eran mis ojos.

-Tú me hacías sentir mujer. Y cuando nos encontrábamos yo premiaba tu espera con un beso en tu mejilla que a nadie más que a ti concedía.

-Luego te fuiste de Lagos y no puedes imaginarte todo lo que sufrí...

-Debo habérmelo supuesto alguna vez; y te recordaba con nostalgia y con cariño. ¡Pero era una chiquilla, inconstante y atraída por tantas cosas que me inquietaban en Guadalajara, después de todo estaba recién salida del pueblo, y cómo toda provinciana me dejaba deslumbrar por cuanto encontraba a mi alrededor: mis amigas, los paseos, los vestidos, las invitaciones para ir aquí o allá y hasta los avances en la construcción y arreglo de la casa que papá hizo levantar.

-Tu casa de soltera era preciosa y confieso que me hizo sentir cohibido cuando fui a buscarte por primera vez. Era una casa elegante que pertenecía a otro mundo muy distante del mío, y yo pude apreciar entonces la distancia que nos separaba y que mi hermana Nati me hacía ver. ¡Tú eras la estrella que yo era incapaz de alcanzar!

-¡Qué tontería! Porque ni entonces ni nunca me han importado ni el apellido, ni mucho menos el dinero y siempre pensé que podía pasármela igual sin cumplir mis caprichos, ello me hacía creer que era más madura que mis amigas que suponía debían ser muy superficiales, tal vez influyó mi educación recibida de las monjas que nos hacían ver que para Dios no había distingos y que al final todos seríamos tratados por igual ante la justicia divina.

-¡Araceli, no sólo admiraba tu belleza, tu juventud. tu alegría, también apreciaba tus cualidades y la bondad de tu corazón!

-¿Te parece que he sido buena?

-Para mí eres la mejor.

Araceli se llevó una brizna de ensalada a la boca mientras luchaba por evitar que el llanto escurriera por sus mejillas.

-¿Y lo dices tú, a quién he hecho sufrir?

-El amor es sufrimiento.

-¡Qué noble eres Juan José! Pero será mejor doblar la hoja para no echarnos a llorar, después de todo nos hallamos en un sitio público. Mejor pensemos que este día es para nosotros y que al menos la vida nos ha regalado estas horas. ¿Me llevarás a bailar?

-¡De mil amores Araceli! Sólo que resultaré un mal bailarín...

-¿No te has divertido? –me preguntó seria- ¿No has hecho lo que todo el mundo hace, ir a fiestas, conocer muchachas, bailar, divertirse? ... ¡Sólo pensar en mí! ¡Sólo Araceli!

-¡Y ha sido bastante! Si en lugar de una vida, tuviéramos varias, yo las hubiera dedicado igualmente a ti. ¡Tú vales por todas las mujeres o las diversiones que la vida hubiera podido concederme! ¡Tú has sido la única!

El mesero se acercó para solicitarnos que pidiéramos los postres, un Mouse de chocolate para ella, un strudel par mí; luego con el café brindamos con una copa de amareto.

-¡A tu salud Araceli, porque sigas siendo siempre tan hermosa cómo antes, cómo continuas siendo hoy!

-Pides demasiado Juan José. ¿No ves que los años nos cambian?... y después ya no somos ni aún la sombra de lo que fuimos.

-Tú serás siempre hermosa porque los años no pueden variar el color de tus ojos, ni robarse tu sonrisa, ni tu voz, ¿No te percaste cómo esta mañana mientras me cerrabas los ojos te identifiqué al instante?

-¡Qué bueno que para ti no pasen mis años!

-Los años te han vuelto más adorable.

-¡Tengo cuarenta y dos!

-Los mismos que yo.

-Entonces salud por nosotros -dijo ella y chocó su copa con la mía.

Cuando abandonamos el restaurante habían dado las ocho de la noche, la llamada zona rosa empezaba a llenarse de parejas, de extranjeros que merodeaban por los bares ávidos de copas y de diversión.

Araceli me tomó del brazo.

-Estoy hospedada en el hotel Regis y me gustaría ir a cambiarme y a arreglarme para ti.

-Te llevaré enseguida –me apresuré a responderle- y te esperaré el tiempo que desees, aún es temprano y podemos ir a bailar al hotel Alameda y si lo prefieres a ver alguna variedad.

En mi auto estuvimos en cinco minutos frente al Regis.

-¿Qué harás mientras tanto? –

-Te esperaré aquí sentado en el lobby.

-Los hombres están listos con saco y corbata en cambio nosotras...

La vi escurrirse mientras yo me quedaba aguardando, se me hacía que si me iba Araceli se me escapaba, la comida y el amareto me instaron a entrecerrar los ojos pero después de una hora una oleada de perfume me conminó a abrirlos para deslumbrarme frente a la más espléndida hurí. Envuelta en un vestido largo en tono azul oscuro, Araceli semejava una turquesa viviente, se había hecho un peinado alto que la dejaba la nuca descubierta un escote entre atrevido y discreto volvía más blanca la tersura del cuello, una estola de mink le cubría los hombros esculturales. Me quedé contemplándola con la sumisa devoción con que se postra un derviche ante una diosa, ella me tendió su mano y al punto hice traer mi auto, sólo para volver a estacionarlo un par de cuadras más adelante. Cinco minutos después estábamos instalados en una mesa a dos pasos de la pista de baile, la orquesta atacó un blues, y yo por primera vez ceñí por la cintura aquel cuerpo soberbio atrayéndolo hacia mí, mientras ella rodeaba mis hombros con sus brazos y nuestros pies empezaban a moverse atrapando el ritmo de la música.

Con la boca llena de palabras no me atrevía a pronunciar una sola, hebetado entre el encantamiento de sentirla próxima, y mientras sus cabellos rozaban mi barba, sentía la misma tentación por los labios femeninos que debió haber enloquecido al Adán bíblico, pero el temor de actuar cómo un usurpador robando lo que era de otro me contuvo, y me concreté a marcar el sensual ritmo, mientras respondía a sus preguntas sobre Huatulco, al fin mujer y curiosa Araceli deseaba saber todo sobre las playas, los nativos, el río, y aquel calor húmedo que nunca cesaba, sus preguntas me hicieron descubrirle mi vida solitaria, dedicada al trabajo, y su aguda sensibilidad supo traslucir la soledad que cual una expiación por amar demasiado la vida me había impuesto y que en veces interrumpía por algunos días la presencia de turistas alborotadores, que luego, un domingo a media tarde abandonaban el hotel dejando en la caja algunos cientos de dólares, y en mi ánimo la triste certidumbre de volverme a quedar solo, acaso con la precaria compañía de un libro o de un periódico pasado.-

Tus llamadas telefónicas han sido cómo el viento que refresca el ambiente...siempre las aguardaba con ansias, a veces, cuando dejabas mucho tiempo de buscarme, imaginaba que estabas enferma o lejos de Guadalajara, y aún así, hacía lo indecible por evitar el extremo de llamarte, siempre temeroso de ser inoportuno y causar un incidente desagradable en tu hogar...

Araceli se quedó muda unos momentos, luego animada respondió:

-Te prometo llamarte con más frecuencia y te aseguro que siempre recibiré con gusto una llamada tuya.

Retornamos a la pista mientras iba descubriendo mis cualidades de buen danzante con tan soberbia pareja; habíamos solicitado las consabidas medias de seda para ella y un fundador para mí.

Antes de las doce de la noche le propuse que fuéramos a otro lugar, necesitábamos algo que nos hiciera reír, ella aceptó complacida mi propuesta y nos encaminamos a la calle de Génova donde se ubicaba el famoso cabaret Can-Can, donde una sospechosa revista musical combinaba la política, lo cómico, lo atrevido y picaresco componentes del gracioso cocktail de la diversión. Entre un público ávido de huir de las preocupaciones, Araceli y yo nos contagiábamos fácilmente y a poco se unieron nuestras risas con la de los asistentes, entonces para celebrar nuestro encuentro pedí una botella de champañe que en el intermedio nos sirvieron metida en un envase entre hielos, con dos copas que al punto llenaron con el ambarino líquido.

-Araceli, porque siempre encuentres toda la felicidad que mereces.

-¿De que me serviría ser feliz si tu no lo eres?— y luego añadió— ¡Por nosotros Juan José!
¡Por nuestro encuentro de hoy!

El champagñe nos puso eufóricos, reímos los chistes, aplaudimos a rabiar cómo los demás y cuando se corrió la cortinilla del escenario deban más de las tres de la mañana.

-Ha sido un espléndido día y una noche inolvidable –declaró Araceli y entendí que debía sentirse fatigada y deseosa de retornar a su hotel. Liquidé la cuenta y salimos del cabaret. La noche era tibia y violeta, una luna enorme lucía en plenitud del cielo cual un disco acerado, dimos unos pasos por las calles animadas en las que nacionales y turistas aún andaban en busca de diversión, luego enfilé hacia el Regis.

-Acompáñame- propuso ella y yo la seguí silencioso en el elevador

-Te has quedado mudo –me dijo observándome- ¡Hace unos momentos estabas tan alegre!

-Mi alegría se ha terminado Araceli, dentro de unas horas tú deberás volver a tu casa y yo a mi soledad...más solo que nunca, porque después de haber disfrutado estas horas en tu compañía te juro que no me alcanzara a caber la tristeza dentro del alma.

-Juan José, no lo veas así por favor... no nos despedimos para siempre, continuaremos hablándonos, escribiéndonos y yo me seguiré recordando de ti... ahora con mucho mayor razón porque guardaremos el recuerdo de haber compartido juntos este día. ¿Verdad que lo recordarás?

Ya no pude responderle, de pronto, impotente de contener mi debilidad las lágrimas se me escurrieron y lloré cómo un chiquillo.

Habíamos llegado al pasillo donde se ubicaba su habitación, Araceli metió la llave en la cerradura y entreabrió la puerta

-¡No llores mas pobrecito mío! ¡No quiero verte sufrir por mi causa!... y me tendió la mano...

EPILOGO

Y en el fúnebre lamento
de la carne lamentable,
vino a mi alma aquel momento
de un amor que fue incurable.

Me acerqué a la tumba que visitaba frecuentemente y frente a la que solía permanecer orando unos minutos por el alma que se había ido, llevándose lo que aún quedaba de la mía.

Cómo antes, iba en pos de ella, de su luz, de su recuerdo imborrable, desde el estéril páramo de mi tremenda soledad, de la incurable tristeza por saberla siempre lejos, por más que en mi mente y en mi corazón la tuviera siempre tan cerca y tan presente cómo estuvo cada segundo de mi vida.

Venía en pos de su espíritu, anhelando que se apiadara de mi orfandad y que pronto volviera a encontrarla para nunca perderla.

Tan abatido me encontraba que no alcancé a percibir el ruido que debieron haber causado unos pasos sigilosos que se detuvieron a corta distancia de la tumba y de mí. Un suspiro, cual el leve susurro de una hoja al caer de un árbol me hizo volverme, el desconocido que llevaba luto igual que yo avanzó hacia mí para preguntarme.

-¿Usted es?...

-Juan José Estrada señor –le respondí, entonces levantando la cara pude ver que quién me interrogaba era Alfredo de la Fuente, a quién reconocí pese a que su rostro lucía enjuto y en la cabeza casi calva sólo caían a los lados algunos cabellos canosos.

-Juan José Estrada... -repitió pausadamente el hombre.

-Sí señor... un paisano de su esposa, quién era cómo yo de Lagos de Moreno... un amigo

-Un amigo... -repetió el hombre en quién la tristeza y el luto se le habían incrustado al igual que a mí- un amigo a quién Araceli recordó siempre...

-Señor... -balbucee.

-Tanto que a la hora de su muerte, cuando los terribles dolores del cáncer no se atenuaban ni aún con la morfina que los médicos le administraban, estando a punto de morir, me pidió que le hiciera tocar la música de una cajita de plata que usted le había regalado muchos años antes y de la que nunca quiso desprenderse... y escuchándola expiró...

-¡Señor! ...-exclamé con el rostro anegado en lágrimas.

Entonces abandonando todo decoro le abrí los brazos que él a su vez me extendió y ambos nos estrechamos en un abrazo único sin que de los labios de ninguno de los dos saliera una palabra más...

Luego, nos fuimos alejando por diferentes lados, aunque a la salida del cementerio donde el chofer de Alfredo lo aguardaba con la portezuela del auto abierta, él hizo el impulso de invitarme a subir, pero yo preferí continuar solo mi camino.

Iba al encuentro de ella allá en la eternidad...

NOTAS DE ESTANISLAO YÁÑEZ

Juan José Estrada Eguiarte murió en Lagos de Moreno en 1999 a los setenta y seis años de edad, cuatro años después del deceso de Araceli Moreno Rincón Gallardo de la Fuente, pérdida que lo conmocionó al grado de abandonar definitivamente Huatulco y solicitar la liquidación de sus acciones del Hotel Biniguenda. Su capital depositado en un banco de la ciudad de México fue cedido en su testamento a favor de sus sobrinos.

Profundamente consternado por la desaparición de quién fue el amor de su vida intentó refugiarse primero en Guadalajara donde vivía su hermana Natalia quién había quedado viuda desde el año de 1970 en que Rodrigo su esposo, sufrió un fatal accidente automovilístico que le segó la vida casi instantáneamente; los hijos Rodrigo y Josefina optaron como muchos jóvenes por abandonar a su madre y seguir su camino en otros lugares del país

Ambos hermanos se hallaron solos, pues incluso la tía Tomasa había muerto ya en 1980 a la avanzada edad de 90 años, otro tanto había sucedido con el tío Jacinto quién falleció en Lagos a los ochenta y cinco años en 1977, y con Doña Concha que sucumbió apenas unos meses después del encuentro de Araceli y Juan José en la ciudad de México; así que decidieron traspasar las zapaterías y vender las propiedades: la casa que tía Eloisa les había heredado, y la que Rodrigo había adquirido para su esposa, luego retornaron a la vieja mansión que aún estaba en pie allá en su tierra *a repasar recuerdos entre tazas de chocolate espeso y rosquillas polveadas de azúcar* cómo confesaba Juan José.

Allí escribió la novela que es una cumplida autobiografía y que antes de morir solicitó a su hermana que me la enviara, en busca decía él de *concederse ejercer su inquietud literaria cultivada en su juventud*, mientras se daba tiempo para viajar hasta Guadalajara y visitar en el cementerio la tumba de Araceli; es posible que en uno de esos viajes pudo haberse topado con Alfredo de la Fuente, aunque todo me hace suponer que dicho encuentro debió haberse realizado a fines de 1998, un año antes de su muerte.

Siempre noble y caballeroso Juan José debió guardar cómo un invaluable secreto su intimidad, absteniéndose de mencionar en el desenlace de su historia si la mano tendida de Araceli con la puerta entreabierta de su recámara en el hotel Regis de la ciudad de México lo conminó al interior de la habitación, o sólo se trató del convencional movimiento de despedida sellando el consabido adiós. ¿Quiso premiar al fin Araceli la fidelidad, la entrega, el amor incondicional, la ilimitada entrega de aquel adorador suyo, con el más sublime don que puede conceder una mujer?... o simplemente se despidieron refrendando el mutuo compromiso de escribirse y comunicarse, promesa que seguramente ella cumplió, pues me consta que hasta antes de su muerte, ella le seguía llamando por teléfono, aunque ocultándole la gravedad del mal que se la habría de llevar. Queda pues a la imaginación del lector el final de la novela.

Ignoro también si deliberadamente o por olvido Juan José dejó sin título su narración, por lo que yo, aunque carente de dotes literarias, debí esforzarme por buscar el que me pareciera más acorde con la historia, por lo que dejo también a quién lea este libro, decidir si ha sido el adecuado.

CRONOLOGIA DE LOS PRINCIPALES PERSONAJES POR ORDEN DE APARICION EN LA NOVELA

(En Lagos de Moreno, Jalisco)

Juan José Estrada Eguiarte. Protagonista principal de “Casi el amor” nace en Lagos de Moreno en Noviembre de 1923, y muere a los 76 años en Lagos a fines de Diciembre de 1999. La carta que dirige a Estanislao Yáñez está fechada el 16 de Noviembre de 1999 y fue redactada siete semanas antes de morir.

Amado Estrada Chávez. Comerciante, viudo, padre de Juan José muere combatiendo al lado de los guerrilleros llamados cristeros, en una acción contra el ejército federal, dejando huérfanos a sus hijos: Joaquín, Natalia y Juan José.

Josefina Eguiarte de Estrada. Madre de Joaquín y Natalia, muere poco tiempo después de haber dado a luz a su último vástago: Juan José en Lagos de Moreno.

Inés. Madre de Josefina y Eloisa, es abuela materna de Joaquín, Natalia y Juan José, y muere mientras dormía después de los 90 años, en Lagos de Moreno.

Tía Abuela Juanita. Es hermana de Inés y trabaja cómo costurera de casa en casa para sostenerla, es una señorita vieja quién ama profundamente a sus sobrinos: Natalia y Juan José, y muere bastante mayor a consecuencia de la hidropesía en Lagos de Moreno.

Natalia Estrada Eguiarte, Nati. Hermana de Juan José, un año mayor que él, se casa con Rodrigo, con quién procrea dos hijos: Rodrigo y Josefina, enviuda, y al final se queda a vivir en su antigua casa en Lagos de Moreno.

Jacinto Estrada Chávez Tío Jacinto. Es viudo, dueño de la tienda “La Fortuna”, padre de dos hijos varones: Bernardo y Alberto.

Araceli Moreno Rincón Gallardo. Protagonista principal de “Casi el Amor”, nace en 1924 en Lagos de Moreno, y muere en 1995 en Guadalajara a los 71 años, es hija única del matrimonio de Don Gonzalo Moreno y Dona Concepción, Concha, Rincón Gallardo, se casa con Alfredo de la Fuente.

Don Benigno. Maestro de primaria, liberal, de Juan José.

Clementina. Maestra de Lengua y Literatura en la escuela secundaria donde estudia Juan José, apodada “La Musaraña”.

Irene Joven oriunda de Lagos de Moreno, amiga de Natalia y de Araceli.

Concepción Rincón Gallardo. Madre de Araceli y esposa de Gonzalo Moreno.

(En Guadalajara, Jalisco)

Eloisa Eguiarte. Tía Eloisa Hija de Inés , viuda de un empleado de Rentas del gobierno, vive y muere en 1957 a consecuencia de un infarto, en la ciudad de Guadalajara.

Tía Tomasa. Sirvienta de Eloisa que llega a ser considerada cómo un miembro de la familia, sobrevive a la muerte de ésta, y muere en 1980 a los noventa años en Guadalajara.

Joaquín Estrada Eguiarte. Hermano mayor de Juan José, cinco años; y de Natalia, cuatro. Trabaja como mecánico en los talleres de la Casa Redonda< del Ferrocarril del Pacífico en Gualajara.

Don Gonzalo Moreno. Padre de Araceli, hombre de negocios, muere en Guadalajara.

El señor Castañeda Socio de la Casa de Comisiones Castañeda&Delher.

Jacqueline Queer. Dueña del hotel Francés de Guadalajara.

Rodrigo. Esposo de Natalia, padre de Rodrigo Jr. y Josefina, muere en 1970 en un accidente automovilístico.

Valentín, Vavy. Amigo ocasional de Araceli.

Rebeca, (Graciela) amiga y luego amante de Juan José.

Alfredo de la Fuente. Esposo de Araceli, se encuentra con Juan José Estrada en el cementerio de Guadalajara, a finales de 1998.

Estanislao Yáñez Amigo y luego socio de Juan José, en el Hotel Biniguenda de Huatulco, Oaxaca, a quién dirige Juan José su novela autobiográfica “Casi el Amor” pidiéndole la corrija y publique cuando él muera.